



BEGOÑA PRO URIARTE  
las  
**CARTAS**  
CODIFICADAS



*La chanson de los Infanzones IV*

TTARTALO



Un año después de participar en la batalla de las Navas de Tolosa, Roland Miguélez llega a Marrakech siguiendo los dictados de su corazón y el recuerdo imborrable de la esclava Nabila. Allí se encontrará con un imperio almohade decadente y peligroso. Mientras, en Pamplona, su padre Miguel de Grez continúa con su inestimable tarea de impartir justicia como miembro de las Juntas de Infanzones y con su sueño de ser algún día su buruzagi, ambición que se verá trastocada por el comportamiento agresivo de su hermano García. Pero esta actitud no será para él ni la mitad de dolorosa que el descubrimiento de unas cartas codificadas en posesión de su esposa Laraine. Porque entonces, no solo sus anhelos se van a ver comprometidos, sino también su corazón. *Las cartas codificadas* es la cuarta y última entrega de la saga de caballerías *La chanson de los Infanzones*. En ella se narran las vivencias de los primeros hombres que fundaron en la Navarra del siglo XIII las Juntas de Infanzones de Obanos, siguiendo la vida de dos de sus primeros cabos: García Almoravid y Miguel de Grez. Hombres capaces de sacrificarlo todo por la justicia y la familia..

**Begoña Pro** (Iruñea, 1971). Licenciada en Ciencias de la Información, apasionada de la Edad Media, *El anillo del Leal* fue su primera novela, autoeditada en 2012 con gran éxito y reeditada en 2015 por Ttarttalo. Con ella comenzó la saga *La chanson de los Infanzones*, que incluye *La dama del velo y el laurel* y *Las cadenas del reino*. Paralelamente ha escrito varios relatos ambientados en esta época. En diciembre de 2013 ganó el I Concurso Internacional Cuentos del Castillo Castrum Fidelis, de Castelldefels, con el relato titulado: Pirata vos, pirata ella. En enero de 2015 su relato *Las fauces de hielo* resultó ganador del II certamen Walskium de microrrelato de terror y fantástico y en 2015 publicó *La trovera del Runa* (Pamiela), su primer libro de relatos.

Diseño de colección: Unai Arana

Diseño de portada: Juanma Aramendi

Ilustración de portada: *Miranda, La tempestad*. 1916, John William Waterhouse

Fotografía de la autora: Clemente Bernad

© Begoña Pro Uriarte

© Ediciones Ttartalo S.L.

I.S.B.N.: 978-84-9843-721-8

Editorial Ttartalo

Portuetxe, 88 bis

20018 Donostia

Tel. 943 310267

[ttartalo@ttartalo.eus](mailto:ttartalo@ttartalo.eus)

[www.ttartalo.eus](http://www.ttartalo.eus)

# LAS CARTAS CODIFICADAS

Begoña Pro Uriarte

La *chanson* de los Infanzones IV

**TARTALO**

*In memoriam* de los valientes y aguerridos hombres que instituyeron y formaron parte de las Juntas de Infanzones de Obanos; especialmente de sus primeros cabos: García Almoravid, Lope Arcéiz de Arce, Miguel de Grez y Sancho Fernández.

*Pro libertate patria, gens libera state.*

## EL REGRESO DE UN ESCLAVO

Diciembre del año de 1213  
Marrakech, imperio almohade

*A son retour à Maroc, après le désastre d'El-Oukab, El-Nasser designa pour lui succéder son fils, le Sid Abou Yacoub Youssef, surnommé El-Moustansyr, qui fut proclamé par tous les Almohades, et dont le nom fut célébré dans tous les khotbah, dans la dernière décade du mois de dou'l hidjà de l'an 609. Puis il se retira dans son palais, où il s'adonna entièrement aux plaisirs, s'enivrant nuit et jour jusqu'à sa mort. Il fut empoisonné par ses ministres, qu'il avait lui-même l'intention de faire périr, mais qui le devancèrent, en lui faisant donner par une de ses femmes une coupe de vin qui le tua subitement, le mercredi 11 de chàaban 610, dans son palais, à la kasbah de Maroc. Son règne avait duré cinq mille quatre cent cinquante et un jours, qui font quinze ans, quatre mois et dix-huit jours, depuis le vendredi 22 raby el-aouel 595, jour de sa proclamation, après la mort de son père, jusqu'au samedi 10 de chàaban, veille de son assassinat.*

***Histoire des souverains du Magreb et annales de la ville de Fès. Roudh el-Kartas. Traducido del árabe al francés por A. Beaumier. Pág. 343***

A su regreso a Marruecos, tras el desastre de la batalla de Al-Uqab (Navas de Tolosa), al-Nasir nombra heredero a su hijo, el príncipe Abou Yacoub Youssef, apodado al-Mustansir, quien fue proclamado por todos los almohades, y cuyo nombre fue celebrado en todos los sermones durante los últimos diez días del mes de dou'l hidjà del año

609. Después, él se retiró a su palacio, donde se abandonó a los placeres y se emborrachó noche y día hasta la hora de su muerte. Fue envenenado por sus ministros, que él mismo tenía intención de hacer desaparecer, pero que se le adelantaron, haciendo que una de sus mujeres le entregara una copa de vino que le mató súbitamente, el miércoles, 25 de diciembre de 1213, dentro de su palacio, en el alcázar real de Marruecos. Su reinado duró cinco mil cuatrocientos cincuenta y un días; esto es, quince años, cuatro meses y dieciocho días, desde el 12 de enero de 1199, día de su proclamación tras la muerte de su padre, hasta el martes 24 de diciembre de 1213, víspera de su asesinato.

*Historia de los soberanos del Magreb y anales de la ciudad de Fez. Roudh el-Kartas. Traducido del árabe al francés por A. Beaumier. Pág. 343. Traducción: Begoña ProUriarte*

LA ESCLAVA FROTÓ la espalda, las nalgas y los muslos de Nabila con el guante de crin, hasta que los últimos restos de piel seca se desprendieron. La joven notó el calor de las manos expertas de la sierva al resbalar entre sus omóplatos y trazar círculos sobre las perlas marcadas de su columna, mientras extendía aceites y ungüentos. La estancia se llenó de un agradable olor a limón, lavanda y azahar. Sintió un cosquilleo nervioso cuando el proceso concluyó en las plantas de sus pies. Se levantó con cuidado y se acercó al borde de la piscina en la que acababa de bañarse. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Un instante de presagio incierto, como si sus frías aguas la conjuraran a quedarse allí para siempre. Con un gesto, la esclava le indicó que tomara asiento y sus pensamientos funestos se diluyeron. Los dedos finos de quien la atendía se enredaron entre sus cabellos largos y oscuros, en los que el agua había borrado los rizos. Se dejó llevar por la agradable sensación que le produjo el suave masaje que la sierva le aplicó en la cabeza, mientras extendía la alheña y cepillaba su pelo con delicadeza. Bajó la vista y sus ojos, tan verdes como las esmeraldas, se ocultaron bajo sus largas pestañas. La esclava marcó su mirada con kohl y le entregó la túnica de seda que debería vestir. Se la colocó ceremonialmente y sintió su suavidad arrastrarse sobre su piel



limpia y tersa.

–Ya estás lista para el amor, Nabila.

La aludida giró la cabeza y se encontró con la mirada escrutadora y seria del eunuco. Sabía que debía seguirlo, pero algo dentro de ella parecía retenerla. Le habría gustado suspenderse en el tiempo, retrasar aquel encuentro pero, ¿quién era ella sino una mujer que debía mirarse en los ojos de su dueño y señor? ¿No era acaso su recién estrenada esposa? Los pasillos le parecieron más estrechos que la última vez que los transitó. El caminar del eunuco que la precedía, con su continuo giro de cabeza, la puso nerviosa. Llegaron ante la inmensa puerta a través de la cual se accedía a los aposentos privados del califa. El eunuco la abrió para ella y con un golpe en su hombro –que quiso ser delicado, pero que fue intimidante–, la empujó al interior de la estancia. Se encontró de repente en el lugar en el que nadie en todo el imperio almohade quería estar: los aposentos del cuarto califa de la dinastía fundada por Ibn Tumart Mahdi. Allí vivía oculto desde hacía más de un año Abu Abd-Allah Muhammad ibn Yaqub al-Nasir. Los hombres que otrora lo agasajaban habían huido de él como de la peste. El corazón humano es así de voluble e interesado. La vida le había dado un duro revés aquel 14 de safar del año anterior y él mismo parecía haber comprendido que su destino era perecer en el olvido y el ostracismo. Por eso, tras la derrota de Al-Uqab<sup>1</sup> contra los cristianos, había tomado la decisión de nombrar heredero a su hijo Abou Yacoub Youssef y retirarse al interior del alcázar real de Marrakus.

Nabila esperó en la entrada. Sabía que no debía acercarse hasta que el califa se lo indicara. Una corriente fría alcanzó sus talones. Contrastó con el ambiente viciado, colmado de diversas esencias, que se respiraba dentro de aquella estancia que llevaba tiempo sin ventilar. La música sonaba desafinada, pero a nadie parecía importar lo más mínimo. Por el aspecto de los músicos, aquellos hombres debían llevar varias horas, o tal vez días, tocando. Nabila se preguntó por qué el califa la habría elegido aquel día a ella, sin saber que había sido Abu-l’Ulá, tío del califa, quien había hecho la sugerencia.

Muhammad tenía los ojos enrojecidos y la tez pálida. La timidez que siempre había destacado en su carácter parecía marcada a fuego en su cuerpo encogido. Era difícil descifrar lo que su mirada azul y fría transmitía. Aquel hombre nunca imaginó que Allah, al-wahhab<sup>2</sup>, hubiera marcado un destino así para él. El califa tardó en darse cuenta de la presencia de la mujer. Con un gesto de su mano despidió a los músicos. Los aposentos se sumieron en un oscuro silencio. Le costó hacerlo, pero, al final, Muhammad movió su dedo

índice de manera sutil. Nabila, atenta, se aproximó hasta él. De cerca, tenía un aspecto descuidado y distraído. Se agachó a sus pies y comenzó a acariciar sus empeines. Sus ojos azules la miraron de manera recriminatoria. Ella se detuvo. Muhammad señaló la bandeja depositada sobre la gran mesa, que mostraba restos de un banquete reciente. Solícita, acudió a ella y sirvió una copa de *robb*<sup>3</sup>. Las manos del califa temblaron al recibirla, pero se la bebió de un trago y se la entregó a la joven para que la rellenara. Una sonrisa tonta asomó a su rostro tras vaciar la segunda copa. Un hilillo oscuro resbaló por la comisura de sus labios y empapó sus barbas. Nabila posó su dedo pulgar sobre ellas, recogiendo las últimas gotas, y luego se lo chupó muy despacio. El gesto pareció gustar al califa. Su sonrisa se acentuó, mostrando una dentadura perfecta.

Al-Nasir le pidió que bailara para él y Nabila, diestra en el arte de la danza y de la música, comenzó a tararear una canción y a moverse al son que su ritmo le marcaba. Inició la danza con movimientos lentos y sencillos y, conforme la cadencia se hacía más rápida, aceleró el meneo, atrayendo la mirada del califa hasta su cintura, sus caderas y sus pechos. Sus manos rozaron sutilmente sus cabellos, y se aproximó a él dibujando círculos cada vez más cercanos. El aroma del limón y del azahar pareció hacer efecto en el califa. Su tórax se movió cada vez más rápido al ritmo de su respiración. La cogió de la muñeca y la atrajo hacia sí. El intenso color de sus iris verdes lo arrastró hacia el jardín del Agdal, con sus dos enormes *buhayra*<sup>4</sup>, sus olivos, sus naranjos y sus granados, por donde tantas veces había paseado con Fathima. Fathima, pensó cerrando sus ojos. Su favorita, la madre de su heredero. Ella también había huido. Le había pedido permiso para estar cerca de su hijo en esos momentos. El pensamiento le provocó una carcajada corta y seca. Nabila continuó cantando, ajena a las reflexiones de su señor. Tomó una de las manos del califa y se la llevó a la boca. Muhammad suspiró largamente. Abrió los ojos y se levantó de golpe. Arrastró a Nabila cerca de la cama mientras la desvestía con urgencia. Ella hizo lo mismo con el califa, pero marcó cada uno de sus pasos para que su cuerpo rozara el de Muhammad y despertara su deseo. El califa sonrió y dejó que Nabila lo condujera por la senda del placer.

No había sido fácil traspasar la Bab el-Robb. La guardia negra controlaba los accesos a la *kashba* y a la medina y habían sido sometidos a un escrutinio minucioso. Y para Alejandro de Salerno estaba más que claro que no disimulaban su condición de extranjeros; cristianos para más inri, por mucho

que se hubieran vestido ropas almohades y que su sobrino se hubiera pasado los últimos meses estudiando y practicando el dialecto árabe andalusí, semejante al árabe africano que hablaban los almohades. También había aprendido algo de bereber. Todavía no se podía creer que estuvieran en Marrakech, que se hubiera dejado convencer para viajar hasta la capital central del imperio almohade. Y todo para buscar a una mujer de la que tan solo sabían su nombre y que, a esas alturas, bien podía estar muerta –en el mejor de los casos– o ser posesión del califa. Alejandro miró a su sobrino. Tras pasar la puerta, parecía alegre y relajado. Podía intuir los hoyuelos que se habían formado en sus mejillas por debajo de su barba todavía escasa. Sonreía y lo que aquella sonrisa manifestaba era que nunca había dudado que lo conseguirían. El brillo de sus ojos era intenso y la tenacidad de su carácter se manifestaba en cada uno de los poros de su cuerpo. Contemplándolo, el corazón de Alejandro se llenó de emoción. Por un momento, le pareció estar delante, no ya de Roland, sino de su padre, de Miguel. Tal era el parecido. Y recordó el momento en que el navarro apareció enfrente de él, espada en mano, en una estrecha calle de Brindisi. De eso habían pasado ya más de veinte años.

Roland tocó el brazo de su tío y le señaló la *Bab Agnau*. Alejandro siguió la dirección de su mano y contempló aquella puerta construida con piedra de un curioso tono gris-azulado. Estaba bellamente ornamentada con arcos ciegos y elementos vegetales. En la parte superior del friso aparecía una inscripción de un verso del Corán que su sobrino tradujo en su oído: ¡Entrad aquí en paz! Hemos arrancado de vuestro pecho lo que en él hay de odio.

No se detuvieron mucho en ella. Caminaron hacia la medina y llegaron hasta la mezquita Kutubiyya. Alejandro se quedó admirado al contemplar las dimensiones de la construcción y su enorme torre coronada con azulejos de color turquesa. Recorrieron sus alrededores sin prisa. Alejandro se dio cuenta de que sus nervios, lejos de desaparecer, se empezaban a acentuar.

–¿Vuestra primera vez en Marrakech?

Alejandro se sobresaltó al ver que alguien se dirigía a ellos. Agitado, miró a su sobrino. Este asintió y su boca se ensanchó en una gran sonrisa.

–Es impresionante, ¿verdad? –les dijo, indicando la torre que se alzaba ante ellos.

–Impresionante –repitió Roland.

–¿Tenéis alojamiento?

El joven negó con la cabeza.

–Seguid esa calle y caminad hacia el norte. Preguntad por Ben Kadys. Él os recibirá en su casa.

–Gracias –le dijo un jovial Roland.

Con la sonrisa aún apretada en su rostro, el joven se volvió hacia su tío. Estaba pálido y parecía a punto de desmayarse. No pudo menos que reírse. Aquel hombre que había desafiado tormentas y piratas estaba incómodo en tierra de infieles. El de Salerno le interrogó con la mirada y Roland le explicó las indicaciones que le había dado el desconocido. El rostro de Alejandro se ensombreció. No se fiaba de aquel hombre. De hecho, no se fiaba de nadie que tuviera nada que ver con los almohades. Ya se la habían jugado una vez. Y no iba a permitir que sucediera de nuevo. Miró al suelo. ¿Para qué quería engañarse? Ya estaba sucediendo. Y esta vez, era el propio Roland el que había salido al encuentro del peligro.

Se internaron en la medina. Les resultó relativamente sencillo dar con el establecimiento de Ben Kadys. Le pagaron dos días por adelantado y se dejaron conducir hasta una habitación pequeña y sencilla. Cuando la puerta se cerró tras ellos, Alejandro se sentó rendido en la cama y suspiró largamente. Se sentía como si les hubiera tragado una ballena. Roland se rio de él. Pero luego se puso serio. Sabía lo preocupado que estaba. Hacía poco más de un año que habían estado en Túnez. Se habían hospedado en casa de Muhammad ibn Ali, un amigo de su tío. Entonces, los almohades estaban preparando la *jihad* contra los reinos cristianos del norte de la península ibérica. Y Abu, el hijo de Muhammad ibn Ali, había vendido a Roland a los tíos del califa como esclavo. El joven navarro había estado a punto de morir. Y Alejandro todavía se culpaba por ello. Pero algo bueno había salido de aquella situación. El destino le había permitido conocer a dos personas excepcionales. Una había sido William de Hampshire, muerto en la batalla de las Navas de Tolosa –que Dios lo tuviera en su gloria–. Con la otra, apenas había intercambiado unas pocas palabras; se llamaba Nabila. Pero habían bastado unos breves encuentros de miradas para que la joven ocupara un lugar en su corazón. Y ese era el motivo que le había llevado a regresar a la boca del lobo. ¡Ojalá hubiera podido acometer aquella empresa con William! Habría sido divertido ir juntos al encuentro de Nabila y de Zulema. El recuerdo de William se le hizo doloroso; el de Nabila, dulce y embriagador.

Trató de tranquilizar a su tío diciéndole que todo estaba bien. Pero Alejandro dudaba. Lo habían hablado mucho durante su travesía y durante los

meses anteriores, en los que Roland se había afanado por dominar un idioma que conocía por encima. Se había aplicado en ello con todos sus sentidos y todos sus maestros habían elogiado sus progresos pero...

–Quiero conocer la ciudad –Roland le habló bajo, tal y como habían quedado que harían, para que nadie les oyera manejar otro idioma–, volveré enseguida.

Su tío negó con la cabeza. Fue en la medina de Túnez donde había perdido el rastro de su sobrino y, esta vez, no lo iba a dejar solo ni a sol ni a sombra.

–Os acompañaré.

Le había hecho escribir una carta a su padre y la habían enviado a Navarra, contándole cuál sería su trayecto y sus intenciones. Al menos, que Miguel supiera lo que tramaba hacer su hijo. Pero Roland había esperado hasta el último instante para enviarla y habían salido de Nápoles mucho antes de que la carta hubiera tenido tiempo de llegar a su destinatario. Prefería no pensar en cuál sería el efecto que produciría en Miguel aquella noticia, ni lo que sentiría el corazón de su prima Laraine. Con un poco de suerte...

–¿Venís, entonces?

El comerciante siciliano asintió. No era lo que más le apetecía en aquellos instantes, pero comprendía que, de alguna u otra manera, Roland tenía que buscar información. Porque Roland tenía un plan. Un plan tan sencillo y lleno de lagunas, tan a merced de la fortuna que, o bien funcionaba, o les reventaba en la cabeza. Solo había una persona que podía ponerle en contacto con Nabila. Y Roland estaba dispuesto a dar con ella. El problema era que esa persona era uno de los *imesebelen* de la guardia del califa. Roland ni siquiera conocía su nombre. Y había muchas posibilidades de que aquel hombre hubiera muerto en las Navas de Tolosa. Mejor que cualquier otra persona, Roland sabía qué destino habían corrido aquellos hombres fieles al califa por el que se entregaban hasta la muerte. Él había contemplado con sus propios ojos la devastación que el ejército cristiano había infligido a la guardia negra durante el asalto a la tienda roja del califa. La mayoría habían muerto asfixiados porque les había sido imposible huir –luchaban amarrados a cadenas, precisamente para aguantar hasta el final sin moverse–, y el resto había perecido bajo el acero cristiano. Roland había recorrido durante horas aquel mar negro en busca de su padre herido. Pero él se aferraba a la esperanza de que aquel guardia hubiera sobrevivido y se acordara de él y, lo que era todavía más difícil, que estuviera dispuesto a ayudarle.

Roland tomó aire y se palpó el arma que llevaba colgada de su cinto, oculta entre los pliegues de su túnica. Había dejado a buen recaudo la suya, y la había sustituido por un alfanje. Todavía se le hacía extraña esa arma de hoja ancha de un solo filo, que se curvaba en su parte final y cuya empuñadura tenía forma de ese. Se preguntaba cómo se comportaría en un posible lance. Aún no había tenido posibilidad de utilizarla, salvo en los entrenamientos. Tras comprobar que el cuchillo en forma de vaina, *Magnot*, estaba en su sitio, salieron al exterior.

Callejearon por la medina sin destino concreto. Alejandro todavía tenía muy presentes los largos paseos que se había dado por otra medina, la de Túnez, buscando a Roland sin recompensa. Eso lo puso en tensión y le hizo mirar de reojo a los lados, anticipando una posible sorpresa. Se había dado cuenta de que Roland también caminaba con cierta rigidez, atento a cuantas personas se acercaban. Había tres hombres a los que debían evitar a toda costa. El primero era Abu ibn Muhammad ibn Ali, el hombre que había vendido a Roland como esclavo. Era improbable que se lo encontraran en Marrakech. Alejandro se había informado sobre él antes de partir y las últimas noticias lo situaban en Túnez. El segundo era Abu-l'Ulá, tío del califa, en cuyas manos había caído Roland y en cuyo barco había servido como remero. Y el tercero era Abd al-Wahid, otro de los tíos del califa, primero de los hombres a quien Abu le había ofrecido a Roland como trofeo. Era improbable que los parientes de al-Nasir se acordaran de él y se decía que ahora tenían otros asuntos en los que entretener sus horas –al parecer se estaban encargando personalmente de formar al que ya era el nuevo califa de los almohades, Abou Yacoub Youssef–; sin embargo, toda cautela era poca.

Decidieron entrar en el *hamman*<sup>5</sup>. Al fin y al cabo, aquel era un sitio destacado de reunión. Alejandro se quedó en una esquina cuando pasaron al cuarto tibio. El siciliano se percató de cómo las miradas confluían en su sobrino cuando entró en la sala. No fue algo hostil, sino todo lo contrario. No supo si achacarlo a la actitud de su sobrino, a su porte, o a la pura buena suerte con que parecía haberlo bendecido el destino; pero lo cierto es que pronto entabló conversación con aquellos que se encontraban allí. Alejandro, serio y solo, trataba de que nadie se fijara en él. Prefería permanecer en la sombra, atento, y dejar que su joven sobrino hiciera el trabajo difícil. Sufrió una especie de vahído cuando pasaron al cuarto caliente. Gracias a Dios, permanecieron allí poco tiempo. Roland pareció encajar muy bien con un joven de su misma edad que lo acompañó a la piscina fría y luego a recibir su

masaje. Alejandro se preguntó entonces si debía ir tras ellos, pero prefirió dejar a su sobrino solo.

Roland notó cómo su cuerpo se relajaba mientras el esclavo procedía con el masaje. Fue como si la habitación se diluyera poco a poco, dejando espacio para apreciar un mar en calma. Se sintió mecido por las olas del Tirreno y acariciado por las ráfagas del *Libeccio*<sup>6</sup>. Se dejó llevar por esa agradable sensación hasta encontrar los ojos de Nabila, de un verde que emocionaba. Así recordaba a aquella mujer que ocupaba sus sueños desde que lo salvara de aquel eunuco que lo golpeó con una cadena. Tenía que encontrarla como fuera.

Alejandro estaba impaciente, pero esperó a llegar a la casa de Ben Kadys para interrogar a su sobrino. Roland se sentó pensativo, frotándose la barbilla y mesándose la barba. Tenía la mirada perdida. Su tío carraspeó y el joven pareció regresar de algún sitio lejano. Lo cierto era que no había encontrado demasiada información útil, le comentó. Aquel amable joven, con el que había coincidido en la piscina fría, le había relatado una lista de lugares que no debía dejar de visitar en Marrakech, incluida la gran mezquita de la *kashba* y los alrededores de la mezquita Kutubiyya, donde se congregaban los librereros escribanos. También le había dado el nombre de una serie de personas importantes a las que debía visitar si quería que Alejandro de Salerno hiciera buenos negocios. Pero fuera de eso, no había hallado nada que le sirviera para llegar hasta Nabila. Salvo algo que había comentado el esclavo que le había dado el masaje. Aquel le había dicho que sabía de buena tinta que el califa tenía miedo a ser asesinado. Y que por eso hacía que todas las noches su guardia negra se paseara por el jardín Agdal, con la orden de matar a cuantos se encontraran en aquel espacio tras caer la tarde. Clavó la mirada en su tío y Alejandro supo en ese instante que lo que iba a escuchar a continuación no le iba a gustar.

El califa se había quedado dormido y Nabila no se había atrevido a moverse de su lado, cómplice de su calor. Sin embargo, ella no había conciliado el sueño. Estaba nerviosa. En esos momentos acariciaba los cabellos de Muhammad como si arrullara a un niño pequeño al que hubiera que proteger. Al-Nasir abrió los ojos despacio y se movió algo desorientado.

–¿Naaaabiila?

–Estoy aquí, sidi –la joven se había acostumbrado a la tartamudez del

califa. Lo miró con dulzura. En aquellos instantes parecía más un muchacho indefenso que el príncipe de los creyentes<sup>7</sup>.

–Naaaabiiii-la. ¿Serás tú tú, la la última?

La aludida entrecerró los ojos, tratando de interpretar aquellas palabras. Sin embargo, no tuvo mucho tiempo para hacerlo. Muhammad se levantó de golpe y le pidió que se vistiera. Nabila tomó su túnica de seda y se la ajustó, mientras el califa daba palmas llamando a su servicio, pidiendo que regresaran los músicos, exigiendo que sus estancias se llenaran de bailarinas, comida y bebida. De pronto, los aposentos reales se transformaron. Llegaron los músicos y ocuparon su sitio. Aparecieron una docena de bailarinas y comenzó el desfile de esclavos con bandejas repletas de manjares y jarras colmadas de *robb*. Muhammad seguía desnudo en medio de todos. Buscó con la mirada a Nabila y se acercó con ella al borde de la cama. Le pidió que le sirviera. Ella así lo hizo. Le llevó bandejas repletas de atún en salazón, le ofreció carne guisada con mostos, cordero lechal troceado... Muhammad comió despacio, saboreando cada uno de los bocados. Algunos le llegaban de la mano de Nabila; otros, de su propia mano.

–Baaailaa para para mí, Nabila.

Muhammad se levantó entonces y se cubrió con una túnica de seda roja en cuyas mangas destacaba el bordado de un motivo formado por cuadrados blancos y negros, cual tablero de ajedrez. Estaba elegante, pero, por alguna razón, Nabila sintió un escalofrío al verlo y contemplar el emblema de los almohades. Anochecía sobre Marrakech. La temperatura había comenzado a descender en el exterior, pero dentro hacía calor. La música sonaba afinada, perfecta. Las bailarinas se movían al unísono y Muhammad se sentía feliz. Sus ojos parecían haber dejado atrás la tristeza y su rostro tenía una expresión alegre, incluso radiante, a la luz de los cientos de velas que alumbraban la estancia. Vació su copa y se la entregó a Nabila. Ella corrió a la mesa. Sus pies descalzos se deslizaron sobre las alfombras cálidas y suaves. Las jarras estaban vacías y ella buscó con la mirada al esclavo escanciador. Se fijó en él y en la sombra que parecía haberse desvanecido a su lado. Por un instante le pareció que Abu-l'Ulá se escondía tras una cortina. La mano del esclavo tembló al darle la jarra. El chiquillo se miró los pies, demasiado asustado para sostener la mirada de Nabila. La joven llenó la copa y se detuvo un momento antes de regresar al lado del califa. Se le veía relajado y dichoso y ella se alegró de ser, tal vez, y aunque fuera de una manera indirecta, la que había proporcionado un poquito de paz al alma de aquel hombre.



Muhammad sonrió a Nabila. La atrajo hacia sí y la besó en los labios, musitando su nombre entre sus dientes. Se rio como si fuera el hombre más feliz, o tal vez, el más afortunado del mundo, cuando, en realidad, hacía mucho que había dejado de serlo. Tomó la copa de manos de aquella mujer cuyos ojos verdes lo habían hechizado y bebió varios sorbos. Bailó con ella, enredado entre sus brazos, mientras la música se elevaba en la sala, inundándolo todo. Parecía que la propia magia envolvía los aposentos. El califa se apartó unos pasos y contempló los movimientos sensuales de Nabila. Seguía sonriendo. Un pinchazo en su estómago transformó su sonrisa en una mueca de dolor pasajera. Ella entornó los ojos. Muhammad le hizo un gesto para que continuara con su ritual mientras él absorbía todo el líquido que quedaba en su copa. Nabila se movía hacia la derecha y hacia la izquierda y el califa seguía sus movimientos con sus ojos, llevando el ritmo con su propio cuerpo. Se dibujaron sombras al fondo de la sala. Le pareció que sus tíos Abu-l'Ulá y Abd al-Wahid paseaban por allí. Eso le hizo recordar que tenía que encargarse de ellos. Las sombras se diluyeron y él concentró su vista en las bailarinas y después en Nabila, noble y honorable y... bella. Una esclava regalo del más joven de sus caídas, Abou el-Djyouch, –que Allah El Más Compasivo, te tenga en el paraíso–. Abou el-Djyouch, se repitió para sí mismo, uno de los miles que murieron en Al-Uqab.

Nabila giró sobre sí misma y ladeó la cabeza. Muhammad elevó su copa hacia ella y le sonrió. Una última sonrisa antes de cerrar los ojos. Su estómago comenzó a arder.

–Maaal-ditos –dijo entre dientes–. Malditos Abuuuu-IUlá y Abd aaaal-Wahid.

Sus piernas flaquearon. La música sonaba de manera grandiosa. Arrastrado por aquellos sonidos viajó por última vez hasta las imponentes montañas del Atlas. Disfrutó de sus frescas aguas que descendían a través de *jetaras*<sup>8</sup> y llegaban hasta Marrakech. Por un instante se paseó por Tinmal, *al-hadra al-'aliyya*<sup>9</sup>, lugar donde se asentó el movimiento almohade. Y contempló el alcázar y la Giralda de Sevilla y la torre Kutubiyya de Marrakech. Sintió el aroma cálido de los naranjos, los granados y las flores del jardín Agdal. Y se vio reflejado en la superficie calma de la gran *buhayra* del jardín Menara, el lugar al que debía haber ido a festejar su gran triunfo contra los cristianos, pero que el destino había apartado de su persona. Bailó una última vez con Fathima y se recreó en el recuerdo de su hijo y heredero, un joven elegante, de buen ver, de nariz fina y abundantes cabellos –que Allah te

bendiga—. Y de súbito regresó a sus aposentos donde un fuerte dolor traspasó su alma. Miró a Nabila —¿inocente?—, responsable de su destino. Bella hasta la muerte. Ojalá te hubiera conocido en otras circunstancias. Tragó saliva. Su boca se había quedado seca. Trató de encontrar su lecho, donde guardaba el Corán. Pero el suelo se difuminó ante él y las caras de los músicos, de las bailarinas y de los esclavos se volvieron turbias. Sintió un abrazo y un borrón verde pasó por delante de sus ojos. El dolor lo envolvió y amenazó con barrer cualquier otro sentido. Y, de pronto, todo se volvió negro y frío.

Alejandro miró a su sobrino mientras afilaba su alfanje. No disimuló su contrariedad. Alababa su perseverancia y su coraje, incluso su osadía, pero no compartía su optimismo. No en este caso. Tembló al pensar que dentro de unas horas, bien podría estar muerto si, como pretendía, se introducía en el jardín Agdal de noche, con decenas de senegaleses rondando y con la orden de matar a cuanto se moviera. Había tratado de convencerlo. Le había dicho que no soportaba la idea de verle morir lanceado por alguno de aquellos gigantes. Le había sorprendido la madurez de su respuesta al afirmar que, si se habían aventurado hasta allí, era para llegar hasta el final; que debía intentarlo. Cada amanecer era empezar de nuevo. Cada día había que luchar hasta que el último punto de luz hubiese sucumbido a la oscuridad, e incluso después. Y él estaba dispuesto a luchar aquella noche en el jardín Agdal. Eso le había dicho. Y sabía que no había forma de hacerle cambiar de opinión. En eso era tan obstinado y pertinaz como su padre. Miguel... El de Salerno pensó que esta vez no iría a pedirle disculpas. Si a Roland le ocurría algo, él sucumbiría también. Roland era para Alejandro el hijo que nunca había tenido. Lo adoraba. Pero si no podía protegerlo, no quería sobrevivir al día de tener que enterrarlo.

—Sois como vuestro padre.

Roland elevó la vista unos instantes. Acompañó el gesto con una corta sonrisa.

—Y eso es malo... según vos.

—Según mi parecer, pésimo para mi corazón.

El joven fijó la mirada en su alfanje y lo examinó con ojos de experto.

—Es admirable vuestro ímpetu y vuestro arrojo.

—Pero...

—Desdichado el que comparta vuestro destino. Es esa sangre vuestra

navarra.

Roland se rio con ganas. Sabía bien lo que su tío iba a decir. En sus venas corría lo mejor y lo peor de generaciones normandas, persas, sicilianas, lotaringias, mesapias y navarras. Alejandro decía que siempre había odiado la parte mesapia de su prima Laraine, madre de Roland. Pero, por supuesto, en Roland, lo que más temía, era su parte navarra.

–Todo saldrá bien, tío. Os preocupáis por hechos que ni siquiera sabéis si van a suceder. Y os lo agradezco, no os penséis que no es así, pero prometí que volvería a por ella...

Alejandro dejó que su sobrino siguiera hablando. Bien sabía él lo que era hacer locuras por amor. Hacía mucho tiempo había estado enamorado de su prima, de Laraine. Y su obsesión a punto estuvo de terminar con la vida de Miguel.

–Me habéis enseñado a pelear por las mejores mercancías, a distinguir a quienes pretenden engañar. No habéis escatimado esfuerzos en adiestrarme en el manejo de los barcos, en mostrarme las vías más apropiadas para cada época del año, los mejores caladeros en los que recalar... Eso, sin contar con el adiestramiento en armas que mi padre inició y que vos habéis tenido a bien completar, al permitir que aprendiera con los mejores maestros. Y no olvidéis que yo estuve allí.

Por allí, Roland se refería a la batalla de las Navas de Tolosa. Alejandro lo sabía, como sabía que nada en el mundo iba a hacerle cambiar de planes a aquel joven que tenía delante.

–¿Estáis preparado para morir? –le preguntó.

Roland dejó lo que estaba haciendo. No hacía mucho había pensado de veras que iba a morir. Lo cierto es que los recuerdos de sus días de cautiverio eran extraños. Recordaba con extrema clarividencia algunos hechos. Sin embargo, otros se guardaban en su mente, rodeados de un halo de bruma. Sin mucho esfuerzo, recreó el momento en que fue entregado a Abu-l'Ulá. Apretó los dientes al recordar el instante en que fue amarrado a aquel remo con sus ropas impregnadas en su propio vómito, seguido de la voz de William que lo animaba a remar. Y el momento en que aquel maldito eunuco mandó golpearle sin piedad con una enorme cadena, solo porque imaginó que una de las esclavas destinadas al califa, Nabila, y él estaban de alguna manera amancebados. Sin embargo, fue gratificante sentir de nuevo el apoyo de

William y su sonrisa, o recrear la fresca mirada de la esclava. Ella había avisado al despojado<sup>10</sup> en cuanto vio lo que ocurría. Nabila lo salvó y, ahora, era él quien pretendía salvarla. Porque Nabila, como él, era una esclava de los almohades, aunque estuviera encerrada en la más bella estancia del harén del califa. Cerró los ojos e intentó recordar cada trazo de su rostro y luego hizo lo mismo con el del *imesebelen* que había cuidado de él. Así hacía a menudo para no olvidarlos, para poder reconocerlos en cualquier sitio, incluso en la oscuridad. Esos eran los recuerdos que lo acompañaban sobre su cautiverio. Sin embargo, todo lo que sucedió después hasta que su padre lo encontró a punto de morir en aquel agujero excavado en la tierra, era impreciso y confuso. Y tal vez, fuera mejor así.

–Sí, lo estoy –contestó Roland decidido.

Alejandro forzó una sonrisa y posó su mano sobre el hombro de su sobrino, condescendiente.

–Entonces, supongo que no hay más que discutir.

Salieron de su habitación y se encaminaron hacia la calle. Antes de salir, tuvieron que hacer frente a las preguntas desconfiadas de Ben Kadys. Recelaba de ellos. Sin duda había empezado a sospechar de aquellos dos huéspedes, que se habían presentado en su casa como un comerciante extranjero y un joven de al-Andalus al que su padre había mandado para acompañarlo. Compartirían parte del viaje y luego Roland, que se hacía llamar Bab el-Hadid, marcharía hacia la Meca. Era una coartada absurda, pero, por eso mismo, Roland estaba seguro de que funcionaría. Después de un rato de charla, Ben Kadys pareció sucumbir al encanto natural de Roland y se mostró más receptivo, incluso amable y amistoso. Les explicó que no era conveniente salir a la caída del sol porque había una estrecha vigilancia. Sin embargo, aquella noche se celebraba una fiesta en honor del heredero almohade, por lo que las calles y los accesos a la *kashba*, pese a estar vigiladas, permanecerían abiertas a la gente. «Si tenéis algún problema decid que estáis en mi casa», les terminó confiando por fin.

Ben Kadys los siguió con la mirada hasta que desaparecieron por la puerta. Le entró una extraña nostalgia al ver el fuego y el ímpetu de aquel joven que parecía pretender comerse el mundo. Sin embargo, no estaban los tiempos para optimismos. Como muchos otros, Ben Kadys también creía que Allah estaba disgustado con ellos. La ira divina había caído sobre su pueblo por no haber obrado correctamente y su misericordia había abandonado al propio califa. Había signos en el cielo que así lo atestiguaban y otros muchos

se sostenían en la tierra, como la reciente derrota de Al-Uqub. Se preguntó cuánto tiempo más conseguirían mantener sus conquistas en al-Andalus, la tierra de la que procedía aquel joven con el que acababa de hablar. El avance cristiano era ya un hecho consumado. Pero no era tarea suya preocuparse por eso. Al fin y al cabo, él tan solo regentaba un negocio de huéspedes.

Se alejaron por fin por las calles de la medina. Aunque no había entendido las palabras exactas, no hacía falta que su sobrino le reprodujera la conversación. Soltó un suspiro, a lo que Roland contestó con una sonrisa franca. Tal vez la fiesta de la que hablaba Ben Kadys fuera una señal. Habría mucha gente por las calles y en la ciudad fortificada. Eso significaba mayor presencia de guardias, lo que en sí mismo era una contrariedad, pero eso también significaba que había más posibilidades de tropezarse con el imsebelen que él buscaba. Una gran cola se extendía desde la Bab Agnau. Por el rabillo del ojo, Alejandro observó a su sobrino. Parecía estar concentrado. Le habría gustado preguntarle qué iba a alegar para que les dejaran pasar a la ciudad fortificada, pero prefería no saberlo. Si Roland estaba dispuesto a morir... él lo acompañaría. Solo esperaba poder reírse pronto de todo aquello. Dos guardias imponentes taponaban la entrada. Roland lo pronunció, dijo el nombre maldito de Abu ibn Muhammad ibn Ali —el hombre que lo había entregado como esclavo— y funcionó. Había dudado hasta el último instante sobre si usar ese nombre o el de Ben Kadys como referencia. Y lo había hecho mientras estudiaba de manera directa y sin disimulo las características de los rostros de aquellos dos colosos. Y tras decidir que ninguno de ellos era el que estaba buscando, lo había dicho. Era el nombre de aquel almohade al que más odiaba en el mundo. Pero sirvió. Los dos guardias se apartaron. Al parecer, el hijo de Muhammad ibn Ali, el amigo tunecino de su tío, aún tenía mucha ascendencia en aquel palacio. Caminaron juntos, sin atreverse a mirarse, ni a decir media palabra hasta que estuvieron lejos de aquella puerta.

—¿Abu ibn Muhammad ibn Ali? ¿He entendido bien?

Roland se encogió de hombros. Estaba emocionado. Y le daba igual lo que pensara su tío. Había bastado y eso era lo importante. Sin embargo, esperaba no tener que rendir cuentas ante Abu por haberle usado de llave para sus propósitos. Se movieron despacio. Roland observaba a los guardias apostados en cada uno de los pasos francos. Buscaba un rostro que no aparecía. Había bullicio por las calles y todos parecían dirigirse hacia un punto concreto en el interior del alcázar. Sin embargo, él no tenía intención de seguir a la masa. El

hombre al que buscaba no estaría con el heredero de al-Nasir, sino con el propio al-Nasir. Y dudaba mucho que al-Nasir asistiera a la fiesta de su hijo. Se detuvieron en una de las esquinas. Debían seguir hacia el sur, pero era difícil orientarse en la creciente oscuridad. Roland se acercó a su tío y le aseguró que buscaría en el jardín. Alejandro lo aceptó como algo que debía suceder tarde o temprano y lo siguió.

Una larga tapia separaba el lugar en el que se encontraban del jardín Agdal. Roland pensó que daba igual el punto a elegir. En su cabeza había imaginado la distribución y forma de esos jardines colosales, pero era obvio que, una vez dentro y de noche, no habría forma de orientarse con precisión. Miró a Alejandro. Sabía lo que estaba pensando. Eran demasiados cabos dejados al azar. Su barco bien podía ser arrastrado por la marea. Dejando atrás esos pensamientos, se centró en el cometido que tenía por delante. Con ayuda de su tío se aupó hasta el borde. Después ayudó a Alejandro desde arriba. De un salto, se dejaron caer al otro lado. La oscuridad envolvió sus rostros y sus siluetas. Todo se volvió hostil.

Las lágrimas anegaban sus ojos y le era difícil enfocar lo que sucedía ante ella. La habían apartado de él y los médicos lo rodeaban en aquellos momentos. El califa estaba echado en su cama. Sus ojos azules miraban a un vacío de silencio. Su rostro se había quebrado en una mueca torcida que afeaba su expresión. Nadie se atrevía a moverse y tampoco lo podían hacer. La guardia negra había cerrado todos los accesos y no había posibilidad de entrar ni de salir sin su aprobación. Un médico miró a un segundo; el segundo, a un tercero; y el tercero, al primero. Algo más tranquila, Nabila fue capaz de interpretar aquellos gestos. Era evidente que el califa había muerto. Se acercó hasta él. Sus pies rozaron la copa que hasta hacía unos instantes Muhammad había sostenido en sus manos. La alfombra había empapado las últimas gotas de *robb*. Una mancha oscura así lo atestiguaba. El escalofrío que sintió fue doloroso y cruel. Le costó tragar la poca saliva que encontró en su boca. Pero siguió avanzando. Nadie se lo impidió. Posó su mano sobre el rostro del califa e intentó recomponer su gesto. Algo logró. Una lágrima se deslizó entonces de sus ojos y salpicó la barba de Muhammad. Nabila apretó sus labios y miró alrededor. Sabía que su destino dependía del veredicto que aquellos tres hombres transmitieran a los ministros y tíos del califa. Sus ojos fueron de nuevo hasta la copa y después hasta los presentes. Empezó a ser consciente de que el silencio que sentía no era tal. Había sonidos a su alrededor: los cuchicheos de los médicos, los sollozos de las bailarinas, el rechinar de

dientes de los músicos, las respiraciones acompasadas de la guardia personal del califa... y los latidos de su propio corazón. Deseó que ocurriera algo, sin saber que habría sido mejor que nada sucediera.

Tardaron en llegar, pero se presentaron ceremoniosamente. Alguien comentó que habían tenido que abandonar una fiesta en honor del heredero. Los últimos en entrar fueron Abu-l'Ulá y Abd al-Wahid, seguidos de un escribiente. No supo muy bien la razón, pero a Nabila le pareció que ninguno de los ministros ni de los tíos de Muhammad estaba sorprendido de lo sucedido. Abd al-Wahid se hizo cargo de la situación. Se acercó a los médicos, ignorando al resto de los presentes, principalmente a Nabila, quien sentía un gran nudo en el estómago. Las palabras del califa quemaban en su boca. ¿Serás tú la última?, le había preguntado. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Tal vez hubiera sido mejor haberse quedado sumergida en las aguas de la piscina para siempre. La soledad que cubrió su corazón dolía como una enfermedad incurable. En su anhelo, buscó algo en lo que apoyarse. Vio a Zulema, una de aquellas bailarinas que permanecía quieta. Sus hombros subían y bajaban al compás de su desasosiego. Había entablado con ella cierta amistad antes de la batalla de Al-Uqab, cuando Abou el-Djyouch las había llevado al campamento del califa como regalo. Escrutó los rostros de la guardia negra y su mirada se encontró con la del senegalés que había conocido también por esos días. Y entonces recordó al joven cristiano al que Abou el-Djyouch había puesto, inexplicablemente, bajo la protección de ese *imesebelen*. Recordó su nombre: Roland. Se preguntó qué habría sido de él. Aquellas dos presencias la reconfortaron un poco. Cuando volvió su mirada hacia Muhammad se percató de que los tres médicos, los ministros y los tíos del califa se habían retirado a un lateral y hablaban en susurros. Pero ella podía entender aquellas palabras como si el viento las llevara hasta sus oídos. Tomó la mano derecha del califa y la sujetó fuertemente. Todavía conservaba su tibieza. Muerte natural, escuchó con nitidez. Colapso sufrido por la falta de sueño, la abundante comida y la soledad en la que se había sumido. Otra lágrima surcó el rostro de Nabila. Era cierto. Muhammad había muerto.

Se abrieron las puertas y todas las miradas confluyeron en el joven que las acababa de atravesar. Un sereno Abou Yacoub Youssef avanzó hacia la cama de su padre. No se dignó a mirar a Nabila y ella entendió que debía retirarse. Hizo una profunda reverencia. Al apartarse, la vio a ella, a Fathima. La indiferencia del hijo contrastaba con la clara muestra de animadversión del rostro de su madre. Y esa hostilidad estaba dirigida a ella, a Nabila. ¿Quién

sabía qué sentimientos albergaba su corazón? Se colocó cerca de aquel guardia que conocía, no supo si por instinto o por pura casualidad. Nunca le había preguntado su nombre y él tampoco se lo había dicho. Simplemente era uno más de la fiel guardia negra del califa. Por el rabillo del ojo se concentró en su cuerpo fornido y musculoso. Su pecho estaba atravesado por una cicatriz larga y recta, recuerdo de la batalla de Al-Uqab; igual que lo era otra más pequeña que surcaba su muslo derecho, y la de su frente. Se concentró en su oreja derecha, inconfundible, a la que le faltaba un trozo, solo porque necesitaba apartar de su mente la imagen de Muhammad. Estaba muerto, le repetía una vocecilla en su interior. El hombre con el que acababa de yacer, estaba muerto.

Abou Yacoub Youssef, por indicación de sus tíos, comenzó a dar sus primeras órdenes como sucesor del califa muerto, su padre. Apuntó que mantendría en su puesto de visir a Abu Saíd ben Yamí. El aludido hizo un gesto de reconocimiento y saludó al joven con una reverencia de cortesía. Nabila vio cómo Abd al-Wahid hablaba al oído de su sobrino nieto. Al poco, el joven habló de nuevo.

—Es mi deseo que todos los que han sido testigos de la muerte de mi padre guarden silencio para siempre.

Nabila tardó en comprender el verdadero significado de aquellas palabras pronunciadas por un joven prácticamente imberbe, que ahora tenía en sus manos —o mejor dicho, en las de sus tíos— el destino del imperio almohade. Y lo hizo solo cuando los médicos se llevaron el cuerpo de Abu Abd Allah Muhammad al-Nasir, salieron sus tíos, sus ministros, su hijo y Fathima y todo quedó envuelto en un siniestro silencio. No fue ella la primera en gritar, sin embargo, y nunca supo quién lo hizo. Pero en cuanto se escuchó el primer chillido, todo se volvió caos. Empezaron a correr los músicos, blandieron sus lanzas los *imesebelen*, surgieron alaridos de las bocas de las bailarinas... y Nabila se quedó paralizada. Se sintió aprisionada por unos brazos inmensos y fuertes. No te resistas, finge. Yo volveré a por ti. Eso es lo último que escuchó antes de sentir un agudo dolor en su costado y caer sin fuerzas contra el suelo alfombrado. Varios mechones de pelo azabache ocultaron su rostro colmado de miedo y dolor. No se atrevía a mirar, ni a respirar. Los gritos laceraban sus oídos. Notaba el lento caminar de la sangre fuera de su cuerpo. Estaba asustada. Alguien la pisó. Algo cayó sobre ella. Todo se apagó poco a poco. Cesaron los chillidos, se detuvieron las carreras y un siniestro hálito rozó aquella sala. Lo único que quedó fueron las súplicas silentes de seres que



agonizaban, clamando más por la muerte que por la vida, y las voces de los últimos miembros de aquella reducida guardia negra del califa Abu Abd Allah Muhammad al-Nasir.

Nabila sentía la urgente necesidad de gritar, de respirar a bocanadas. El dolor parecía haberse conjurado por unos instantes, aunque sentía una tremenda opresión en su pecho y estaba inundada de temor. Escuchó la voz de su *imesebelen*. Parecía que era el que estaba al mando, o el que se había puesto al mando. A través de las pequeñas rendijas que dejaban abiertas los mechones de sus cabellos vio pasar numerosos pies ante ella. Podía sentir su olor, mezclado con el de su propia sangre. Le entraron ganas de vomitar. Buscó algo en su mente en lo que centrarse. Un chorro cálido y húmedo impactó en su espalda. El tiempo parecía pasar lentamente.

El oficial de la guardia negra contempló por última vez aquellos aposentos. El suelo había sido despojado de todas las alfombras, excepto una. Ninguno de sus compañeros había vuelto. Era el momento de asumir las consecuencias de la muerte de aquel a quien habían jurado defender hasta el final. Hasta la muerte, pensó el oficial mirando el delicado cuerpo de Nabila. No le debía nada. Lo sabía. Sin embargo... Rozó su hombro sin decir nada y luego la envolvió en aquella alfombra, haciendo un rollo con ella. Sin gran esfuerzo, se la subió al hombro y se alejó de allí.

Roland se apretó fuertemente las sienes con las manos. Aquel era el peor de los momentos para tener uno de aquellos horrorosos dolores de cabeza. Los padecía desde la batalla de las Navas de Tolosa, donde recibió un fuerte golpe que incrustó su yelmo en el cráneo. Lo cierto era que los ataques se habían distanciado conforme pasaba el tiempo, pero cuando le asolaba uno de aquellos accesos tenía que tumbarse y dejar lo que estuviera haciendo. No es el momento, no ahora. Estaban en una zona de vegetación exuberante. Palmeras, granados, naranjos... Sin duda era un buen sitio para que un vigía los sorprendiera. Sacó su alfanje, apretó su mandíbula y tensó los músculos al tiempo que una mueca de dolor se marcó en su rostro. Su tío lo seguía de cerca. Avanzaron despacio, pegados a los troncos de los árboles, agazapados para mimetizarse con los arbustos. Anduvieron y anduvieron sin encontrar nada que no fueran hojas, ramas, flores y perfumes. Roland miró por encima de su hombro. El dolor se incrementó. Su tío pronunció su nombre. Notó cierta preocupación en su susurro. Pero él se limitó a decir que estaba bien y que continuaran adelante. Le pareció raro el silencio de aquel espacio tan grande.

Y aún más extraño no haberse topado con nadie. Si era verdad que la guardia negra rondaba el jardín, ya deberían haber tenido noticias suyas. Tal vez, se le ocurrió, sí que los habían visto y solo esperaban el momento oportuno.

Algo llamó su atención y detuvo sus pasos. Alejandro temió que tuviera que tumbarse y se acercó a él de manera paternalista. Aunque tenía ya dieciocho años, todavía se preocupaba por él como si tuviera doce.

—¿Oís eso?

Escuchó un leve ronroneo, pero no sabía si era en su cabeza o fuera de ella. Su tío se detuvo a su lado. Por un momento, temió que fueran solo imaginaciones suyas y que Alejandro le pidiera que interrumpieran la búsqueda. Por un instante, él mismo creyó que no podría seguir.

—Parece un griterío. El viento debe traer el jolgorio de la fiesta esa de la que nos han hablado.

—Tal vez —dijo poco convencido. No parecía un rumor alegre, sino otra cosa.

Continuaron, mientras Roland, cada vez más aturdido por su dolor de cabeza, se preguntaba si no estarían andando en círculos. El murmullo creció, aumentado y reverberado entre los árboles y, de súbito, un tremendo silencio lo cubrió todo, como si una plaga de langostas hubiera devastado la cosecha. Alejandro posó su mano en el hombro de su sobrino. Los dos se quedaron sin respiración. Ante ellos se abría un inmenso estanque de aguas negras en las que los reflejos de las nubes creaban chispas blanquecinas.

—Me ha parecido ver una sombra —dijo Alejandro.

Roland notó el corazón subírsele al cuello. No había una, sino varias sombras. Parecían seguirse unas a otras. Todas llevaban algo al hombro y todas desaparecieron hacia el mismo lugar. Esperaron durante largo tiempo en el silencio de la noche, roto solo por el roce de sus respiraciones. Alejandro sintió una tremenda necesidad de salir de allí. Su cuerpo de marino se lo pedía a gritos. Sabía muy bien a qué se debía la sensación que sentía dentro de él. Era la calma que precede a la tempestad. En Marrakech sucedía algo extraño. Se lo iba a decir a Roland cuando el filo de una enorme lanza se cruzó ante sus ojos.

El oficial de la guardia negra apuntó con su lanza, sin soltar el bulto que cargaba en su hombro izquierdo. No sabía quiénes eran esos dos intrusos con los que se acababa de tropezar, pero tampoco pensaba preguntarles qué hacían

allí en ese momento. El más joven lo miró intensamente, como si lo estuviera estudiando. No percibió en su rostro rastro de temor y eso lo desconcertó un poco. Sin embargo, se centró en su cometido y su instinto de guerrero le dijo que si lanzaba con la fuerza adecuada traspasaría a los dos hombres con su lanza. No le haría falta nada más. Dejó caer su brazo hacia atrás y se preparó para hacer el lanzamiento.

–¡Espera! –escuchó en su lengua–. Nos conocemos.

El *imesebelen* frenó su impulso, pero no bajó la lanza. Por detrás se escuchó el suspiro de alivio de Alejandro. Roland se adelantó unos pasos y envainó su alfanje.

–Nos conocemos –repitió muy seguro Roland. Había visto su oreja. Tenía que ser él–. Tú eres a quien Abou el-Djyouch encargó mi custodia. Antes de la batalla de Al-Uqab.

El pecho del oficial de la guardia negra subió y bajó despacio. No había duda de que era un hombre frío y calculador. Un asesino que no iba a vacilar a la hora de empuñar su lanza.

–Solo quiero información –insistió Roland.

El oficial miró a su interlocutor. Tal vez Allah hubiera escuchado sus plegarias. Tal vez la respuesta que estaba buscando se la llevaba aquel esclavo al que el cadí más joven de Muhammad le había pedido que protegiera y mantuviera con vida antes de la batalla de Al Uqab. No había más opciones. O moría con ella o la entregaba a aquellos desconocidos. Sin mover su cabeza, miró a su alrededor. Aquellos jardines siempre le habían parecido uno de los rincones más bellos de Marrakech. Ciertamente que en los de la Menara celebraban sus victorias y tenían lugar las competiciones acuáticas, aprovechando los formidables estanques donde almacenaban el agua, pero aquel jardín le parecía que tenía una magia especial. Sin pensarlo, había decidido el lugar en el que quería morir. Estaba resuelto, entonces. Bajó su brazo y la punta de la lanza se alejó del corazón de Roland.

–Por aquí –les dijo–. Seguidme.

–Vamos –sentenció Roland estirando de la manga de un atónito Alejandro.

Justo cuando se colocó detrás de él se dio cuenta de que lo que portaba aquel enorme hombre de piel oscura en su hombro era una alfombra. Lo insólito de aquella visión se clavó en su cabeza todavía dolorida. Cada cosa a su debido tiempo, pensó, mientras cada paso retumbaba dentro de él. Pronto llegaron a una tapia y siguieron su línea hasta el final. Estaban en el punto más

al sur del jardín. El *imesebelen* dejó con delicadeza la alfombra en el suelo, como si se tratara de algo frágil.

–Te subiré hasta el borde –le dijo a Roland.

Sin esperar respuesta, juntó sus manos en forma de cuenco y el joven colocó su pie izquierdo sobre las palmas de sus enormes manos. Ni siquiera las de su rey, don Sancho, eran tan grandes, calculó el navarro. Sintió el empuje de sus enormes y potentes brazos y sus manos se asieron al borde de la tapia.

–Espera ahí. No saltes.

Procedió del mismo modo y le indicó al de Salerno que aguardara junto a su sobrino. Luego les pasó la alfombra.

–Mucho cuidado –les advirtió.

Ellos hicieron como les mandaba, pero no era fácil manejarla. De un rápido salto, el oficial alcanzó el borde con sus dedos y se puso de pie sobre la tapia. En un visto y no visto, el gigante senegalés se plantó al otro lado del jardín.

–Dadme la alfombra.

Tío y sobrino se miraron y después le lanzaron lo que pedía. Él la recibió como si le hubieran lanzado un niño pequeño. Después se la colocó de nuevo al hombro.

–Saltad.

Cuando se aseguró de que los dos hombres estaban en el suelo les pidió que le siguieran y que no miraran atrás. Se alejaron de la tapia. El frescor y la magia del jardín se desdibujaron como por encanto, pero la extraña sensación seguía en la cabeza de Alejandro. Corrieron cuanto pudieron; aún así, no lo bastante como para seguir a aquel guardia cuyos pasos parecían poder recorrer cientos de leguas en un instante. Llegaron a una zona cubierta de palmeras y se detuvieron.

–Esperad aquí –les ordenó–. Y no toquéis la alfombra.

–Aguarda, he de preguntaros algo. Se trata de Nabila. ¿La recuerdas?

El *imesebelen* detuvo su movimiento y miró a Roland hasta casi traspasarlo.

–Volveré –dijo desapareciendo en las sombras.

Alejandro y Roland se miraron. Todo se estaba volviendo demasiado irreal.

–¿Qué significa todo esto?

–No tengo ni idea –respondió Roland sentándose y guardando su cabeza entre sus rodillas.

–¿Ha vuelto?

–Ha vuelto. Hasta siento el olor acre de la sangre, como si hubiera regresado a aquel campo sembrado de cadáveres de las navas.

–Supongo que él os lo habrá recordado.

–No lo sé. Tal vez pase pronto. A veces, los ataques no duran mucho.

Alejandro le sonrió con cariño. Así era... algunas veces. Otras, las más, lo sumían en una especie de letargo y debía permanecer quieto y a oscuras largo tiempo.

–¿Qué creéis que está sucediendo? ¿No os parece extraño que la guardia negra del califa se dedique a trasladar el mobiliario del palacio?

–Tal vez esté trapicheando. Las buenas alfombras son caras.

Roland se rio. Trapicheando, pensó con sorna. La guardia negra del califa, trapicheando. No les dio tiempo a elucubrar más. Un lejano relincho les indicó que alguien se aproximaba. Se pusieron alerta por si tenían que esconderse y Roland deslizó el alfanje fuera de su funda. Su mano tembló al hacerlo. No de miedo, sino porque el fuerte dolor que sentía en su cabeza le empezaba a nublar los sentidos.

–¿Es él? –preguntó a su tío.

Alejandro no contestó. Fijó su vista en el horizonte en el que parecía empezar a recortarse la silueta de unos caballos. Mientras, el joven se apoyó en el tronco de una palmera.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó al percibir un sonido diferente–. Me ha parecido escuchar como un lamento.

Alejandro se preguntó si su sobrino no habría empezado a delirar.

–No he oído nada –contestó atento al horizonte.

Roland gateó por el suelo y se acercó a la alfombra. La miró antes de atreverse a tocarla. Sintió un escalofrío, pero bien podía ser fruto del estado en que se encontraba.

–Es él –dijo por fin Alejandro.

Roland no hizo mucho caso a la voz de su tío. Estaba intrigado por esa alfombra situada a sus pies de la que estaba convencido salía un lamento. Una voz grave a sus espaldas le hizo detener el movimiento de su mano, que trataba de desenrollar la alfombra. El joven miró sobre su hombro. El guardia negro

estaba atando un par de caballos cerca de ellos. Cuando concluyó su tarea se acercó al joven. Se miraron durante un instante.

–Ayúdame. Con cuidado.

Desenrollaron la alfombra con tanta delicadeza que parecía que tenían entre las manos una pieza de alto valor. Y cuando menos se lo esperaba, la joya quedó al descubierto. Roland casi se cae de espaldas. ¿Le estaría jugando su visión una mala jugada?

–¡Nabila!

Hubo un momento eterno entre las palmeras. Roland parecía atrapado en el tiempo. Sintió sobre sí la escrutadora mirada del guardia negro y la incrédula expresión de su tío.

–¿Qué ha sucedido? –pudo preguntar por fin Roland.

–No hay tiempo para explicaciones. Debéis huir. Lejos. Subid a los caballos y alejaos de Marrakech, cuanto antes. Hay comida y agua en las alforjas. Cuando amanezca debéis estar lejos de aquí.

Roland lo miró sin comprender. Todo era demasiado repentino. La aparición de Nabila, demasiado increíble.

–No hay tiempo –repitió–. Debéis llevaros a Nabila. La herida no es grave, no morirá. Yo mismo me he ocupado –al decirlo, se miró las manos, como si ahí estuviera la respuesta.

–¿Y tú? –preguntó el joven navarro.

El guerrero miró hacia la capital del imperio almohade. ¿Tal vez con cierta nostalgia? Imposible descifrar su significado en la oscuridad.

–Me queda un deber que cumplir.

Aceptó su respuesta, aun cuando estaba lejos de comprender su significado. Se dio cuenta de que sentía frío, pero no le dio tiempo a pensar en ello. Los movimientos del último de los miembros de la guardia negra de Abd Allah Muhammad al-Nasir arrastraron a los otros a la acción. Pronto, Alejandro estuvo subido en su montura. Roland ayudó al guardia a coser la herida de Nabila y a vendársela, luego subió en su caballo y esperó a que el hombre corpulento le pasara el frágil cuerpo de la mujer.

–No miréis atrás.

–¡Espera! Me gustaría preguntarte por qué me ayudaste mientras aguardábamos el embarque.

–Solo hice lo que me pidieron.

–¿Abou el-Djyouch?

Asintió una vez.

–¿Y ahora? ¿Por qué nos ayudas? ¿No vas a decirnos...?

–Las palabras sobran cuando la voluntad de Allah se manifiesta. Si ella quiere, te lo dirá, joven esclavo.

–Salvaste mi vida y te lo agradezco.

–Y yo te pido ahora que salves la de ella.

–*Assalamu'alaikum*, entonces.

–*Wa'alaikumumu ssalaamu wa rahmatu l-lha wa barakatuh*.

El último de los hombres de la guardia negra de Muhammad se quedó mirando hasta que la oscuridad se tragó a aquellos tres seres. Las dudas le duraron un instante. Ya era demasiado tarde para cambiar de opinión. La historia estaba escrita. Miró hacia Marrakech y aspiró fuertemente como si así pudiera captar la esencia de aquella urbe. El imperio almohade había empezado a agonizar. Enrolló la alfombra y se la colocó sobre el hombro. Echó a correr hacia la ciudad tan deprisa como sus largas piernas y su complexión atlética le permitieron. A esas horas, la noticia ya habría corrido por las calles de Marrakech. Una noticia que, por otro lado, muchos esperaban con impaciencia. Se encaminó hacia el jardín Agdal, llenó la alfombra con piedras y la hundió en una de las *buhayras*. Luego se dirigió al lugar donde aguardaban los otros *imesebelen*. Nadie le recriminó su tardanza. Asintió una sola vez y sus compañeros hicieron lo mismo. Apretando fuertemente la lanza, igual que hicieron los demás, la dirigió hacia su pecho y se la clavó tan hondo como pudo.

- 
- 1 Batalla de las Navas de Tolosa. (14 de safar del año 609 de la Hégira, 16 de julio de 1212).
  - 2 *Al-wahhab*: El dador de todo. Uno de los noventa y nueve nombres de Allah.
  - 3 *Robb*: Licor preparado a base del cocimiento de zumo de uva. En principio no tenía alcohol, pero podía llegar a convertirse en bebida alcohólica, por lo que los almohades lo habían prohibido.
  - 4 Estanques donde se recogía el agua que llegaba del Atlas, a unos 30 kilómetros, a través de canalizaciones. En este caso estaban situados en el jardín de Agdal, al sur de la kasbah, o ciudad fortificada de Marrakech.
  - 5 *Hammam*: Baño árabe.
  - 6 Viento que en el mar Tirreno sopla del suroeste.
  - 7 Al-Nasir era conocido entre los cristianos como Miramamolín, deformación del título árabe amir al-mu'minin, que significa príncipe de los creyentes.
  - 8 *Jetaras*: canalizaciones que recogían el agua desde las montañas del Atlas y la conducían hasta Marrakech, un recorrido de unos 30 kilómetros.
  - 9 Aunque la capital del imperio almohade estaba allí donde se encontraba el califa, los almohades consideraban a Marrakech como la capital central, Sevilla y Túnez eran capitales regionales y a Tinmal hacían referencia como la capital excelsa: *al-hadra al-`aliyya*.
  - 10 Despojado se refiere aquí al *imesebelen* o guardia negra del califa.



## EL PASO DE UN SANTO

Enero del año de 1214 Navarra

La legalidad que prestaba a la Junta el apoyo del rey venía representada por la confirmación del cabo o mayoral, al que también se llamaba buruzagui, cabdiello o sobrejuntero. Este personaje era elegido por los miembros de la Junta y confirmado por el monarca. Aparece como responsable máximo de la asamblea, la cual dirigía junto con los representantes de las comarcas, los sobrejunteros o mayoresales, elegidos también por los junteros y confirmados por el rey. De García Martínez de Lerín se sabe que representaba a la ribera del Ega, que pudiera corresponder a la zona de Estella, y se alude también a don Martín Garceiz de Eusa como sobrejuntero de la cuenca de Pamplona. Una de las declaraciones menciona, junto al buruzagui y en pie de igualdad con este, a otros dos mayoresales. Cabe pensar que los sobrejunteros eran tres y uno de ellos representaba a la Junta, ocupando el cargo de cabo mayor. Este puesto, junto a cierta preeminencia en la dirección de la hermandad, llevaba consigo la ejecución de las justicias, para lo cual el cabo convocaba a las armas a los junteros. En ocasiones se prescindía de su presencia al aplicar la justicia, tomándose la Junta esta por su mano, en lo que podía constituir un abuso de las atribuciones que le habían sido conferidas.

*La Junta de los Infanzones de Obanos hasta 1281. M<sup>a</sup>  
Raquel García Arancón*

GARCÍA SE QUITÓ LOS GUANTES y acercó sus manos al fuego. Las llamas acentuaron el color de las ronchas rojas de sus extremidades. Estaba siendo un invierno inclemente. Una fina capa de nieve helada barnizaba el suelo duro

que crujía bajo sus pies. El vaho de su boca se extendió hasta confundirse con el humo de la enorme hoguera, alrededor de la cual se congregaron los hombres. Sin decir nada, Martín Garceiz se acercó a su lado y le entregó un vaso lleno de caldo caliente. Su estómago lo agradeció. Dejó que su mirada se perdiera en las llamas, peregrinando entre ellas mientras trataba de absorber el calor. El frío era tan intenso que se agarraba a sus espaldas como lo harían las garras de un ave rapaz. García estuvo tentado de ordenar prender una segunda hoguera pero, en realidad, esperaba moverse de allí enseguida.

—¿No hay noticias de mi hermano?

Martín negó levemente, clavando su mirada en el *buruzagi*. García se había vuelto bastante huraño desde su regreso de la batalla de las Navas de Tolosa. Garceiz comprendía lo duro que había sido para él descubrir que su mujer había muerto durante su ausencia —más estando embarazada de su quinto hijo—, pero se estaba convirtiendo en una persona intratable. Retiró su mirada y sorbió despacio. Aunque poco sabor tenía aquel caldo —que más parecía agua hervida— su calidez entonó su estómago. Sintió que García Almoravid, líder de la Junta de los Infanzones, se erguía al mismo tiempo que sus oídos captaban el trote de un caballo. Vio cómo su compañero tiraba lo que quedaba de líquido en la hoguera y salía a su encuentro. Su hermano Miguel de Grez llegaba al galope. Martín también se puso en pie. Miró con deje amargo su propio caldo e imitó el gesto del cabo.

—Los tenemos rodeados. Se han atrincherado en la fuente de Izu —les dijo Miguel, señalando un punto en el horizonte donde aguardaban los demás.

—Ya habéis oído. En marcha —ordenó García.

Habían comenzado la persecución pasado el mediodía. García Jordán y sus hijos habían robado un buey en Ororbía. Habían sido conminados a enmendar su acción, a lo que se habían negado. Y tampoco habían solicitado fiador, por lo que los junteros habían *içado apellido*<sup>11</sup>: García les había llamado a las armas. Y allí estaban en aquel atardecer de gélidas temperaturas, persiguiendo a los tres criminales.

No tardaron en encontrarlos. No se habían alejado ni media legua en dirección noreste desde Ororbía. García Martínez de Lerín, quien los vigilaba, saludó a García Almoravid con un ademán de su cabeza. En silencio le señaló el lugar en el que se encontraban los fugados y procedieron a rodearlos. A los fugitivos no pareció sorprenderles la llegada de los hombres. Quizá, tampoco los esperaban tan pronto, pero sabían de sobra que, tarde o temprano, iban a

actuar.

–Vaya sorpresa, los *sobrejunteros* con su *buruzagi* a la cabeza –García Martínez se bajó la capucha, dejando al descubierto su pelada cabeza, su larga barba y su nariz estrecha. García Jordán soltó una carcajada.

–No sé qué te hace tanta gracia –le espetó Martín Garceiz. De todos, era el más viejo. Tenía mirada de lechuza, con unos ojos pequeños y muy juntos que hacían que su mirada pareciera algo esquiva–. Os conminamos por última vez.

–¿Acaso esperáis que vomitemos el buey? –preguntó uno de los hijos del conminado.

García Jordán miró de manera despectiva a su vástago.

–Así que admitís que os lo llevasteis...

–No, no nos llevamos ningún buey –acotó el padre antes de que su hijo pudiera meter más la pata–. Terrén miente.

–Si no aceptáis devolver el buey, ni restituir en dinero su precio, entonces no me queda más remedio que aplicar la justicia –García elevó la voz de forma potente. Por un momento, el agua helada de la fuente pareció temblar y su sentencia se marcó a fuego entre los árboles cercanos, como si hubieran tenido una revelación de lo que muy pronto sucedería.

No era la primera vez que García Jordán y sus hijos se dedicaban al robo y al pillaje ejerciendo la fuerza. Habían dejado heridas a varias personas y una de sus víctimas había estado a punto de perder la vida.

–Se os sentencia pues, a morir ahorcados.

La cara de García Jordán se quedó tan gélida como aquel día invernal. De verdad había creído que esta vez se librarían de nuevo, que todo quedaría en una simple amonestación por falta de pruebas. Sin embargo, la paciencia de muchos había llegado a su límite y habían pedido a la Junta de los Infanzones que actuara.

Miguel de Grez notó un fuerte pinchazo en su pierna al descabalgarse. Cerró los ojos mientras el dolor retorció su muslo y se derramaba por todo su cuerpo como si la sangre misma lo transportara. Aquella maldita herida que un *imeseleben* de la guardia personal de al-Nasir le había infligido justo cuando la batalla de las Navas de Tolosa ya estaba decidida, le traía a mal andar. Desenvainó su vieja espada *Fidelis* y se dirigió hacia García Jordán. Acompañando su movimiento, el grupo de jinetes se cerró sobre los tres hombres. Uno de los hijos de Jordán logró escabullirse, pero su intento de fuga

le duró tan solo unos instantes. El suelo resbaladizo, el ambiente gélido... poco o nada contribuyeron al éxito de su aventura. Seguramente, porque la aventura de aquellos tres hombres había llegado a su final. Se rebelaron, por supuesto, y lanzaron improperios e insultos. Y maldijeron a aquella hermandad de orgullosos caballeros, infanzones, clérigos y labriegos, que se creían con poder para impartir justicia. Pero la justicia se hizo. La ejecución fue rápida. Y al poco rato, tres cuerpos inertes oscilaban de las ramas de los árboles cercanos. Los dos sobrejunteros dieron por concluido su cometido allí. Se despidieron de García Almoravid. Hacía frío y el anochecer se anunciaba ya por el este. Su rastro y el de sus hombres se perdió enseguida por el horizonte. Quedaron los dos hermanos, frente a frente, envueltos en el silencio de la muerte. De los cuerpos de los ejecutados se escapaba en forma de nubes de vapor el último calor de la vida.

–Idos.

Miguel no se movió.

–¿No me habéis oído?

–Lo he hecho, pero no me gusta cabalgar solo.

–Es cierto. Ahora sois un tullido fácil de sorprender y atacar.

El rostro de Miguel se congestionó. Su pierna dolía, sí, como cada día desde aquel 16 de julio de 1212 en que lo alcanzó una lanza. Pero a pesar del dolor había logrado andar, correr y cabalgar. Con cierta dificultad y cojera, según los días, pero lo había hecho.

–¿No me habéis oído? –le volvió a decir con su mirada fija en los tres hombres que acababan de ahorcar–. Idos. Es una orden; una orden Almoravid.

Miguel envainó a *Fidelis* y buscó su caballo, resignado. Un hombre irónico, cínico, irrespetuoso; en eso se había convertido su hermano desde las muertes de su esposa y de su amante, ocurridas prácticamente a la vez, poco antes de regresar de la guerra santa contra los almohades. No supo si sentir lástima o indiferencia por él. Apoyó su pierna buena en el estribo y se aupó sobre el caballo. Giró su cabeza una vez. García se había sentado en el suelo helado y contemplaba el callado balanceo de los ajusticiados. Se alejó al paso, acompañado por una soledad llena de interrogantes. Su hermano se enfadaba con facilidad, abusaba de la bebida y sus reacciones eran siempre desproporcionadas. Respiró profundamente sin saber qué hacer. Había intentado hablar con él, pero, para cuando Miguel se había recuperado lo suficiente de su lesión y se había percatado de la situación de su hermano, era

demasiado tarde. Cuando trataba de entablar una conversación con él, siempre se mostraba infranqueable, inaccesible... Aún así, decidió esperarlo. No quería dejarlo cabalgar solo. Aguardó cerca, pero oculto de su vista.

El frío hacía que le doliera la garganta cada vez que inhalaba aire, pero no le importó. García trataba de alargar el momento de alcanzar Pamplona. Se lamentó del castigo que cargaba sobre sus espaldas. Dios le había golpeado bien, llevándose a su esposa y a su hijo y arrebatándole a su amante. Había creído que todo se curaría con el tiempo. Que el dolor que aquellas pérdidas conllevaba remitiría con el pasar de los meses. Se equivocaba. Los fantasmas le visitaban todos los días. Las palabras póstumas de Catalina, su esposa, pesaban cada vez más. *Dile que le quiero y que lo perdono*. Eso le había transmitido Laraine de su parte, quien había sido la depositaria de su legado póstumo. Por eso no quería regresar al hogar de los Almoravid. La casa de sus antepasados le agobiaba. No podía olvidar. Muy al contrario, cada vez se sentía más culpable. ¿Qué le quedaba? Le quedaban sus hijos. Una sonrisa hipócrita atravesó sus labios. Sí, estaban Miguel *txikia*, Elvira, Fortún y Johan... y el otro al que quería olvidar, pero no podía. Por eso evitaba estar en presencia de sus hijos, porque quería olvidar al hijo póstumo de Toda, de su amante, quien crecía en el monasterio de Leyre, alejado por su propia mano del hogar de los Almoravid. Se restregó la cara. Sus manos ásperas y frías encontraron una barba petrificada. No, no quería volver a casa. No quería convivir con la familia bien avenida de Miguel, ni con la mirada llena de reproches de Laraine. Se levantó colmado de rabia. Lo único que le haría sentir bien sería sacar su espada y emprenderla contra aquellos cadáveres que lo miraban desde la penumbra de la muerte. Ellos también se reían, se reían de él, y le lanzaban gritos silenciosos de culpabilidad. Y lo hizo. Con furia, arremetió contra los cadáveres de los recién ejecutados y les infringió heridas en muerte. No se detuvo hasta que, vencido por su propio ímpetu, la espada se le trabó en el suelo helado. Miró arriba. El cielo estaba gris y su espada roja. Cabizbajo, se dirigió hacia su caballo. Culpable, culpable, culpable, traidor, traidor, traidor, le gritaban García Jordán y sus hijos, y esos fantasmas con los que cargaba como una pesada cadena.

Miguel se acomodó a sus pasos, saliendo del recoveco. Notó cómo la cólera llegaba hasta las pupilas de los ojos de su hermano. Apretó las bridas con sus manos.

—¿Acaso no os he dicho que regresarais a Pamplona?

–Es lo que estoy haciendo.

–¿Os parece ingeniosa vuestra treta?

–García...

–No seáis condescendiente conmigo. Cada vez lamento más que mi padre os trajera a casa y os prohijara. Un vulgar siervo... no sé cómo el bueno de don Fortún pudo siquiera pensar en ello y, mucho menos, llevarlo a efecto.

Lo pronunció con dureza, tratando de hacer daño a su hermano de sangre, a pesar de ser consciente de que Miguel siempre había estado a su lado, a través de los años y de las dificultades. Mucho más que su propio hermano Guillaumes. Y que, tanto como el que más entre los Almoravid, él había sido fiel a su apellido de adopción.

Miguel se tragó la rabia que sentía dentro. Las palabras de su hermano le habían herido. Habían logrado su cometido. Le dolían más por venir de él y porque nadie, a excepción del malvado Yenegro Martínez de Subiza, le había llamado siervo para humillarlo.

–¿No vais a decir nada? –le recriminó García. Tenía ganas de provocarle y más que nada deseaba que le contestara, que diera pie a que la discusión continuara y se calentara.

–Tenéis suerte de que le prometiera a vuestro padre en su lecho de muerte que siempre estaría a vuestro lado pasara lo que pasase –y dicho esto, Miguel se adelantó al trote y dejó a su hermano atrás.

–¡Tal vez don Yenegro tuviera razón y solo sois un *fududinculo*<sup>12</sup>!

Tal vez, pensó Miguel, mientras las murallas de la vieja Iruña surgían en el horizonte.

Había sido otra noche de insomnio. Mucho antes del alba, mientras notaba el aire frío de su alcoba incrustado en su rostro, supo que ya no iba a volver a quedarse dormido. Pero no quiso aventurarse fuera de la cama, ni abandonar el dulce calor que desprendía el cuerpo de Laraine. Sin embargo, en la oscuridad de su habitación, no podía dejar de darle vueltas a la cabeza. La tensión con su hermano había aumentado tras la discusión de ambos durante el regreso a Pamplona, después de ejecutar a García Jordán y a sus hijos. Lo cierto era que cada vez se sentía más alejado de García. Casi un extraño para él. No sabía cómo había sucedido, ni cuándo. Él había estado centrado en su recuperación. Había tenido que aprender a mantenerse en pie de nuevo; había luchado por caminar y correr, a pesar del dolor de su pierna herida. Y de

repente, para cuando se dio cuenta, su hermano se había convertido en un extraño. Sintió el movimiento de su esposa y una mano agarró su brazo.

—¿Ocurre algo?

Miguel se apretó contra ella.

—No. Seguid durmiendo.

Enseguida escuchó el suave ritmo acompasado de su respiración y supo que Laraine se había dormido de nuevo. El amanecer tardó en llegar, como hace siempre que queremos que el tiempo avance deprisa. Pero en cuanto sintió la primera claridad, Miguel se estiró en la cama y salió de ella. Los objetos que lo rodeaban eran todavía contornos difusos envueltos en vaho y frío. La cojera se le acentuaba por las mañanas, cuando el músculo de su pierna —todavía perezoso—, tardaba en calentarse. El suelo estaba gélido en contraste con sus pies, pero no le importó. Repasó la dulce línea del rostro de su esposa, cogió sus ropas y sus botas y salió, evitando hacer ruido. Iba con tiempo. Pensaba esperar a su hermano y hablar con él. Tal vez, tras el descanso nocturno, su temperamento se habría calmado un poco. Sin embargo, llegó tarde. Cuando alcanzó el zaguán de la casa, la silueta de García atravesaba ya el patio. Lo llamó, pero le aseguró que tenía prisa. Miguel se quedó en medio del patio, con su camisa, sus calzas y sus pies descalzos sobre el patio helado. «¡Ojalá pudiera alcanzar sus pensamientos más profundos y saber qué hacer con ellos!».

Se metió en la casa y se dirigió directamente al salón pequeño, testigo de tantas comidas y encuentros familiares. Tan lleno habitualmente que su quietud lo turbó durante unos instantes. Se sentó. La seriedad de su rostro acentuó el brillo de sus ojos y su mirada preocupada. Una sirvienta solícita llegó al poco y prendió fuego a la chimenea. Miguel agradeció aquel calor.

—Habéis madrugado mucho, señor.

Y para nada, se lamentó Miguel en silencio.

—¿Cómo va vuestra pierna?

—Mucho mejor —le dijo. Tal vez, si lo comentaba muchas veces en alto se hiciera realidad.

—¿Queréis que os suba agua para lavaros?

—Más tarde. Laraine aún duerme. Traedme el desayuno.

El crepitar del fuego sustituyó a la voz de la sirvienta. De nuevo solo, sus pensamientos le llevaron por caminos tortuosos. Los cuerpos de García Jordán y sus hijos colgados le habían traído a la memoria el día en que colgaron a don

Yenego y a Terrén. Y el eco de la gran victoria en las Navas de Tolosa llegaba con el regusto amargo de su herida.

–¿Y García?

La llegada de Iñigo Almoravid hizo regresar a Miguel al presente.

–Se ha ido.

Entró la sirvienta con una bandeja repleta de comida y su tío no tuvo ningún reparo en hacerse con los mejores bocados. La mujer sonrió y dejó a los dos hombres solos. Su silencio le decía que aguardaban a que se fuera para continuar con la conversación.

–¿Sabéis lo que se dice por la Navarrería?

Miguel centró la mirada en su tío mientras mordía un buen trozo de queso.

–Dicen que alguien se ensañó con los cuerpos de García Jordán y de sus hijos.

–No fuimos nosotros –le aseguró Miguel.

Iñigo elevó su ceja izquierda.

–¿Fue él? –la pregunta sonó como un trueno en la cabeza del infanzón–. Quiero saberlo, Miguel.

Antes de contestar, el de Grez tragó su bocado y espiró con fuerza.

–No lo sé –su voz sonó a derrota.

–¿No lo sabéis? –remarcó su tío.

–García me ordenó que regresara a Pamplona y que lo dejara solo.

–¿Y vos lo hicisteis?

–¿Qué queríais que hiciera? Fue una orden Almoravid. Aún así –concretó suavizando su tono–, lo esperé un poco más adelante. No quería dejarlo solo.

Iñigo recostó su espalda en el asiento de la silla, pensativo. La responsabilidad de los Almoravid no recaía en él, sino en su sobrino García.

–¿Sabéis adónde va todos los días? ¿Dónde se esconde en las duras jornadas invernales?

–Eso mismo me pregunto yo.

Salió de la ciudad a toda prisa. Se había hecho preparar algo de comida y de agua y llevaba dinero por si le apetecía pararse en alguna posada. Se cubrió con la capucha y retó al frío intenso de aquel mes de enero. La superficie del Runa<sup>13</sup> estaba helada. Igual que lo estaba su corazón. Ajeno a las celebraciones y reconocimientos que durante todo el último año habían tenido lugar en el reino tras la aplastante victoria en las Navas de Tolosa, su



corazón se había llenado de dolor. Y tras el dolor, le habían empezado a visitar los fantasmas. Veía los espectros de Catalina y de Toda y sentía que les había fallado. Y, a pesar del desconsuelo que eso le causaba, no eran esas visiones las que más desazón llevaban a su alma. Era el fantasma diminuto de un niño que había abandonado el que mordía sus entrañas. Pero él sabía que había tomado la decisión acertada. La única posible. El horizonte destilaba soledad y frío. El invierno se desparramaba no solo sobre la gélida tierra navarra, sino, especialmente, sobre su corazón.

Llevaba mucho tiempo vagando por caminos y veredas, queriendo excusarse de su cometido con la hermandad de Infanzones para vigilar el reino. Deseaba alejarse de su casa y de los suyos. Hubo un tiempo en que le pareció que podría vivir en paz, que podría reconciliarse consigo mismo, recomenzar su vida; pero se había dado cuenta de que era imposible. Se alejó de nuevo, pensando que, al distanciarse de los suyos, se desvinculaba de sí mismo, sin saber que sus pasos lo llevaban hacia el monasterio de Leyre sin preguntarle si quería ir hacia allí.

El golpeteo de las espadas había inundado el viejo patio de la casa Almoravid. Nunca se perdonaba un entrenamiento, hiciera calor o frío, lloviera o cayera el sol a plomo. Era el momento de reunión de los hombres, el instante en que los Almoravid planificaban sus batallas y se aleccionaba a las generaciones más jóvenes. A García le correspondía llevar el peso de aquellos adiestramientos, pero se había desentendido. Y el joven Miguel *txikia*, su primogénito, todavía no había tomado el relevo, por lo que Miguel dirigía aquellas sesiones, manteniendo el espíritu Almoravid –Apellido, honor, valor, rey, Navarra–, empleándose para ello a fuego y sangre.

Mientras, en el salón pequeño, Elvira, Isabel, Magdalena, Dulce y Clemencia recibían clases de música y danza. Y Johan y Etienne asistían a otra aburrida clase de latín, al tiempo que envidiaban a Fortún, que ya había iniciado su formación guerrera como *domidellus*<sup>14</sup>.

Para Laraine también era una mañana normal. Tras la muerte de Catalina había sucedido lo que García le había reprochado justo antes de partir a la llamada de la cruz: que había asumido el peso organizativo de aquella casa. A diferencia de entonces, ahora no parecía importarle. Se encontraba en la cocina, confirmando con el servicio los menús y las existencias alimenticias, cuando uno de los sirvientes le anunció que alguien preguntaba por ella. Se trata de un mensajero, aclaró.

–Hazle pasar.

Un joven con cara de frío entró refrotándose las manos.

–Señora Laraine, ¿os acordáis de mí?

Laraine sonrió. Era la segunda vez que aquel joven se presentaba en su casa con noticias de su primo Alejandro y de su hijo Roland.

–Por supuesto. ¿Vienes directamente de Sicilia?

–Prácticamente.

–Pasa y caliéntate. Y come algo.

–No tengo mucho tiempo –declaró, poniendo en su mano una carta lacrada.

–Aunque sea en la cocina –le insistió.

Aceptó y se calentó en el hogar mientras una de las sirvientas le obsequiaba con un poco de vino y un trozo de carne. La comida le abrió el apetito y el vino la locuacidad. Pronto comenzó a contarles cosas sobre su vida y su viaje. El servicio y Laraine escucharon con atención.

–En Rocaforte<sup>15</sup> no se habla de otra cosa –les dijo–. Ese hombre es diferente. Lo he visto. Va descalzo y apenas se cubre con una túnica vieja. Pero tiene fuego en su mirada. Habla del hermano sol y de la hermana luna y saluda a todos en el nombre de Jesucristo, deseando la paz. Es digno de ver. Dicen que va a fundar allí un convento.

Laraine sonrió ante la vehemencia con la que contaba aquel asunto.

–Se llama Francesco y dicen que es oriundo de Asís. Acaba de regresar de su peregrinaje a Santiago –les fue desgranando entre bocado y sorbo.

Al poco, el joven se marchó agradecido, no sin antes decirle a Laraine que volvería por Pamplona al cabo de unos días y que pasaría por aquella casa, por si quería que le llevase alguna noticia a su primo.

Laraine subió a sus aposentos. Quería soledad y tranquilidad para saborear las palabras de su hijo o de su primo. Al rozar la carta, su mano tembló levemente. Estaba emocionada. ¿Qué andarían haciendo? Hizo saltar el lacre y desdobló el pergamino. La carta parecía haber sido escrita en Brindisi, pero no ponía fecha.

*Querida madre:*

*Embarcamos próximamente y atracaremos en Rabat. Llevamos el cargamento acostumbrado con el que comerciaremos pero, he de decir, que nuestro destino final se encuentra unas cuantas leguas mar adentro. El tío Alejandro ha insistido mucho en que os escriba. Tanto*

*que no me hubiera dejado iniciar esta aventura sin haberos hecho llegar estas líneas contando exactamente nuestro itinerario.*

Mientras leía, Laraine no podía dejar de preguntarse en qué loco episodio se había aventurado su hijo. Algo le hizo temblar por dentro. Devoraba las letras apretadas de su carta para descubrirlo.

*¿Os acordáis de Nabila? Supongo que no. No tenéis por qué hacerlo. La conocí cuando me vendieron como esclavo. Abou el-Djyouch pensaba regalársela a su califa –sí, habéis leído bien, regalársela. Ya sé que para vuestros oídos eso será una afrenta, pero aquí ocurren estas cosas–. Ella me ayudó durante mi cautiverio. Creo que es hora de que pague mi deuda. Me propongo buscarla y rescatarla. El tío dice que me estoy empeñando en algo imposible. Cierto es que desconozco su paradero, pero he de creer que estará cerca del califa. No la habéis visto. Es bella como la primavera. Seguro que el califa la ha elegido para su harén.*

*Esto es lo que el tío Alejandro ha insistido tanto que os cuente. (Todavía se siente culpable por lo que me ocurrió en Túnez y me ha dicho que no quiere tener que volver a reconocer ante mi padre que me ha perdido por segunda vez). Así que, si me ocurre algo, esta vez solo será culpa mía. Me ha pedido que insista en este punto, con lo que en estas líneas le exculpo de cualquier responsabilidad.*

*A pesar de sus reticencias y de sus reprimendas, sé que me acompañará hasta Marrakech, donde Miramamolín vive recluido tras su derrota, y juntos buscaremos a Nabila. Tengo por seguro que no se separará de mí, bien sea para tenerme vigilado, bien para correr mi misma suerte.*

*Seguramente, para cuando recibáis estas noticias, nuestra empresa se habrá realizado con éxito y estaremos de regreso los tres. En cuanto pueda, os haré llegar noticias de nuestro rescate.*

*El tío Alejandro os envía muchos besos.*

*Vuestro hijo, que os quiere:  
Roland Migueléiz Almoravid*

*Ps.: Muhammad ibn Ali, el amigo tunecino del tío, nos acompaña en el barco en esta aventura y nos esperará en Rabat. Él os dará la voz*

*de alarma si nos ocurre alguna cosa (que no lo creo). En cuanto a nuestro padre, vos sabréis cuándo y cómo darle estas nuevas.*

Releía la carta cuando Miguel entró en la habitación. Ella ni se dio cuenta. Estaba abstraída. Notaba su garganta atorada. No es que quisiera llorar, pero una capa de preocupación había cubierto sus espaldas de manera inesperada. Miguel hablaba, pero en sus oídos solo había cabida para una voz, y esa era la de su hijo. Se lo imaginaba con esa mirada pícara tan suya y sus hoyuelos marcados entre la barba, escribiendo, mientras se recreaba en el momento en que conseguía rescatar a esa tal Nabila. ¿Quién se había creído que era?

—¿Laraine? No me estáis escuchando.

La aludida elevó su vista. No, no estaba escuchando sus palabras. El infanzón se acercó a ella y entonces vio la carta entre sus manos.

—¿Ocurre algo? —le preguntó estirando su mano derecha hacia la misiva. Laraine tomó conciencia del aspecto de su esposo. Gotitas pequeñas de sudor le escurrían por la frente. Llevaba el pelo alborotado y se acababa de quitar la cota de malla. Un duro entrenamiento, pensó ella mientras dejaba que Miguel le quitara la carta.

—¿Qué sucede? —volvió a preguntar él.

Laraine se puso de pie de un salto.

—Que qué ocurre —dijo indignada entre palabras atropelladas—. Es igual que vos, idéntico. Se le mete una idea descabellada en la cabeza y la lleva a efecto. Sin medir las consecuencias. Sin pensar en los demás. Lo hace y ya está. Y encima se cree que enviando una carta lo arregla todo.

Miguel leyó la carta de pie. Una medio sonrisa se abrió camino entre sus labios, y terminó convirtiéndose en risa.

—¿Qué os hace tanta gracia?

Trató de ponerse serio, pero no pudo. En realidad no sabía por qué aquellas noticias le habían hecho reaccionar con una sonrisa y no con un enfado tremendo.

—Venid aquí —le dijo a Laraine con una sonrisa franca, tendiéndole su mano.

—Estáis...

—Lo sé: sudado y sucio. Pero eso no ha sido ningún obstáculo otras veces — le dijo muy cerca del oído, tomándola por la cintura—. Admito que la de Roland es una idea absurda, propia de un joven...

–Engreído, orgulloso, arrogante...

–Más bien pensaba en impetuoso y fiel a sus principios.

Laraine torció el gesto.

–Estará bien –le aseguró rozando su pecho con la mano–. ¿Qué siente vuestro corazón?

Lo miró a los ojos. Era cierto que su corazón estaba tranquilo y que ningún mal presentimiento, ni presagio había cruzado por su mente.

–Y Diego está bien. Acabo de entrenar con él y no ha dado síntomas de sentirse mal. ¿Os acordáis de la otra vez? Cuando Roland fue vendido como esclavo, Diego comenzó a vomitar y a encontrarse mareado. Y nada de eso le ha ocurrido ahora. Lo más probable es que Roland no haya podido siquiera entrar en Marrakech. Mucho menos acercarse al harén de al-Nasir.

–Y eso es lo que me preocupa.

–Si os vais a quedar más tranquila, haré algunas averiguaciones de manera discreta. De una forma u otra me informaré de lo que está ocurriendo dentro de las fronteras del imperio almohade –le prometió.

–¿Iréis a ver a Diego?

–Acabo de estar con él y se le veía feliz.

Laraine insistió. Le bastó torcer el gesto para que Miguel accediera a ir en busca de su primogénito.

Miguel hubiera preferido disfrutar de un buen baño de agua caliente. Sin embargo, todavía vestido con sus ropas de entrenamiento y su cuerpo iniciando la fase de enfriamiento tras el ejercicio, salió del feudo Almoravid. Aquella mañana gélida, las gentes de la Navarrería habían preferido quedarse en sus casas, al calor de un buen fuego. Y Miguel no se lo reprochaba. Salió de la ciudad por la puerta del Abrevador. Los cascos de su montura tenían problemas para sujetarse en el suelo resbaladizo. Se acercó cuanto pudo a la orilla del río. La superficie del Runa seguía cubierta de una fina capa de hielo. Cabalgó a la par de los árboles desnudos y pelados hasta que media legua más al este vislumbró un par de siluetas. Se acercó despacio, pero haciendo el suficiente ruido como para que los dos jóvenes no se sobresaltaran con su presencia inesperada.

Diego y Dulce estaban muy pegados el uno al otro. Parecían temer que el calor se les escapara si despegaban sus cuerpos. Él parecía susurrarle algo al oído mientras le mordía el lóbulo de la oreja y ella sonreía abiertamente.

Cuando se dio cuenta de la presencia de su padre una expresión entre incrédula y preocupada surcó su rostro.

–*¡Aita!*

–Vuestra madre me envía para que me cerciore de que os encontráis bien.

Su primogénito torció el gesto.

–¿Por qué iba a encontrarme mal?

Trabajosamente, Miguel se apeó de su caballo. Diego no intentó ayudarle. Su padre era muy suyo para esas cosas.

–Ha llegado carta de vuestro hermano. Al parecer... ha ido a Marrakech a buscar a Nabila.

Dulce se sobresaltó al escuchar las palabras de su suegro, mientras Diego trataba de mantener su rostro serio y su actitud impasible sin conseguirlo del todo. La risa amenazaba con escapársele de la boca.

–Creo que podéis asegurarle que me encuentro perfectamente. Vos sois testigo y Dulce os lo puede confirmar. Nada de vómitos esta vez. Decidle que no se preocupe, mi hermano gemelo está bien.

Miguel asintió, como si su hijo hubiera dicho algo que él ya sabía. Tomó las riendas de su caballo e hizo ademán de marcharse. Cojeaba ligeramente. Antes de despedirse, miró a su hijo y a su nuera.

–Nunca he entendido por qué preferís venir aquí, al calor de nuestra casa.

–Nuestra casa está demasiado abarrotada.

–Diego, por Dios.

El aludido se encogió de hombros.

–Si cruzáis el río, un poco más al norte, hay una cueva al resguardo del monte Ezquaba.

La ceja izquierda de Diego se elevó ligeramente mientras su padre ya le daba la espalda. Los dos soltaron una sonora carcajada a la vez.

–Es un buen sitio. Os gustará –les dijo ya desde la distancia.

Sin esperar el regreso de su esposo, Laraine cogió una capa gruesa y salió de casa. A buen paso, se dirigió a la iglesia de Santa Cecilia y entró en el templo donde se arrodilló. Allí había acudido cuando supo del rapto de su hijo y allí acudía de nuevo para que la santa protegiera a Roland y se lo devolviera sano y salvo. Pasó largo rato orando. El humo de las velas cercanas ascendía en finas hebras hacia las caras de las imágenes, impregnándolas de una capa

de suciedad que las hacía parecer de tez oscura. Rezó con devoción, con los ojos cerrados. Las rodillas se le entumecieron, pero ella siguió un rato más en esa postura, aguantando el dolor y el frío intenso que hacía que su barbilla temblara. Era cierto que no sentía realmente que Roland estuviera en peligro. Pero hacía tiempo que no prestaba atención a sus premoniciones, ni a sus intuiciones. Las horas del día no daban más de sí. Y ella llevaba las riendas del hogar Almoravid. Se encargaba de la educación de sus hijas, Magdalena e Isabel, y de su hijo pequeño, Etienne. Y luego estaba su sobrina Elvira quien, tras la muerte de su madre, se había unido más a ella. Las dos se habían convertido en confidentes que compartían un secreto. Un secreto que si era descubierto por García... Prefería no pensar en ello. Y estaba también la pequeña Clemencia, la hija de Iñigo. Así que no tenía mucho tiempo para escuchar a su intuición.

Mientras rezaba una última plegaria, sus pensamientos retornaron hacia su hijo. Conocía demasiado bien el carácter de Roland. Siempre había sido impetuoso, lanzado, extrovertido y, por qué no reconocerlo, un poco temerario. Sabía que dentro de él crecía un espíritu inquieto más dado a experimentar que a estudiar las cosas. Magdalena era, en ese aspecto, muy parecida a él. Puro instinto, puro nervio. Por eso había insistido tanto en que Roland se fuera con su primo a Brindisi y a Nápoles. Jamás habría encajado en la dura y férrea disciplina de los Almoravid. Además de tener a su hermano Diego como ejemplo y barrera, lo que le hubiera valido no pocos enfrentamientos con su padre y con García. Sabía que Roland jamás se recluiría voluntariamente en un hogar para ver crecer a sus hijos. Su casa estaría siempre allí donde él estuviera. Eso le llevó a pensar en Nabila. Si la llegaba a encontrar, ¿cómo encajaría ella en la vida itinerante de Roland?

Se levantó despacio. A sus piernas les costó encontrar su postura habitual y sentirse cómodas. Blanca, la beata, se unió a ella cerca de la puerta. Se cogieron del brazo y salieron al exterior.

—Hace días que no te veía.

—He estado en Rocaforte.

Laraine escrutó el rostro de Blanca. ¿De qué le sonaba Rocaforte? Recordó. Había sido el mensajero quien lo había mencionado.

—Rocarforte. ¿Es cierto lo que cuentan de ese hombre?

El rostro de la beata se iluminó.

—¿Vos también habéis oído hablar de él, de Francesco?

Apenas pudo asentir, porque fue como si a Blanca la hubieran arrebatado de golpe.

–Lo he escuchado, doña Laraine. He estado hablando con él. No sabría explicarlo. Cuando habla es como si se iluminara mi alma. Habla de la pobreza, de extender la palabra de Dios, de convertir a los infieles. Dice que Jesucristo le habló y le dijo que reparara su iglesia, que estaba en ruinas. Tenéis que verlo, Laraine, tenéis que verlo. Yo creo que es un santo. Fray Bernardo de Quintavalle, que lo acompaña, me contó que Francesco es hijo de un comerciante muy rico, pero que ha renunciado a su herencia y que todo cuanto tiene lo regala a los pobres. Dice que su esposa es la pobreza.

–Me gustaría conocerlo.

–No os arrepentiréis. Es un hombre santo –repitió, mientras se despedía.

No había duda de que aquella sería otra noche gélida en Pamplona. Laraine echó un leño al fuego y se quedó mirando cómo prendía. Miguel se había sentado en la cama, a medio desvestir. En esos momentos parecía ajeno al frío, ajeno a todo.

–¿Andáis preocupado por Roland?

–No digo que no ansie tener noticias de nuestro hijo, pero es alguien más próximo quien ocupa mis pensamientos.

–García –dedujo Laraine.

Miguel asintió mientras su mano se enredaba entre los cabellos sueltos de su esposa. Se sentó a su lado e inclinó su cabeza hacia su mata de pelo. Olía bien.

–No ha regresado –declaró él–. Y ya es muy tarde.

Laraine acarició el rostro de su esposo muy lentamente, como si dibujara los trazos de algo conocido.

–¿Sabéis lo qué hizo? –le preguntó mirando directamente a sus ojos. Estaban muy cerca el uno del otro. Laraine posó su frente sobre la de él. Notó su nariz fría–. Ultrajó los cadáveres de García Jordán y de sus hijos. Se ensañó con ellos. Ya estaban muertos, Laraine. No sé. Hay algo que me preocupa. Esa conducta no es propia de mi hermano, no es propia de un Almoravid.

–Debéis tener paciencia.

–Tal vez estéis en lo cierto, pero temo que acabe lastimando a alguien, o incluso se haga daño a sí mismo.



La siciliana rozó sus labios y su mano se deslizó por debajo de la camisa de su esposo, buscando su calor.

–No andará muy lejos. Seguro que mañana está de vuelta.

Miguel cerró los ojos. Le gustaba sentir el tacto de los dedos de su esposa, fríos como estaban, mientras se deslizaban por su pecho y su vientre.

–¿Habéis oído lo de ese hombre que ha llegado a Rocaforte, al que todos consideran casi un santo? –dijo ella cambiando de conversación–. Dicen que se llama Francesco y que viene de Asís.

El infanzón se separó un poco de ella y la miró, negando levemente.

–Me gustaría ir a verlo. ¿Nos llevaréis?

–¿A todos?

–Por favor...

–Tal vez, cuando regrese mi hermano.

Laraine sonrió.

–Tal vez García lo escuche a él.

Miguel volvió a juntar su frente con la de su esposa. Muy despacio, mientras él mismo deslizaba sus manos por su espalda, buscó sus labios y la besó apasionadamente. La desnudó despacio y se metieron dentro de las sábanas calentadas por gruesas piedras.

–Laraine –le dijo con voz ronca–, volved a hacer eso otra vez.

García regresó hacia el mediodía. En el silencio más absoluto, con los ojos enrojecidos, ebrio y perdido. Miguel e Iñigo se encerraron con él en el salón pequeño. Subió el tono de las conversaciones. García era el que más chillaba. Como no conseguían hacerle entrar en razón, lo sacaron entre los dos al patio y metieron su cabeza dentro de un barril lleno de agua. Por supuesto, se resistió y maldijo. Salpicó todo y a todos pero, al final, consiguieron que se relajara.

Volvieron al salón. Se sentaron. El fuego crepitaba al fondo, ocupando los silencios que los tres hombres no atinaban a destruir. Nada consiguieron, sin embargo, ni Miguel ni Iñigo. García no soltó prenda de dónde había estado, ni qué había hecho, ni con quién. Se le veía delgado, con marcadas ojeras y la mirada huidiza. Miguel pensó en don Fortún, su padre adoptivo, el padre de García, y sintió que le estaba fallando. Tras mucho insistir, García accedió a comer algo y se retiró a sus aposentos. Al menos, se consoló el infanzón, estaba en casa.

–¿Qué vamos a hacer, Miguel?

Tío y sobrino se habían quedado a solas. Comían uno enfrente del otro. Miguel no contestó de inmediato. Le hubiera gustado tener una solución, pero por más vueltas que le daba...

–Siempre pensé que seríais vos, el rebelde Miguel, quien agitara los días de mi vejez y cargara mis viejas espaldas con preocupaciones y disgustos. Pero, ¿García?

Los labios de Miguel dibujaron una mueca parecida a una sonrisa.

–Está pasando una mala racha. Eso es todo –dijo tratando de quitar hierro al asunto–. Pronto volverá a ser el mismo de siempre.

–Os veo muy optimista esta mañana.

–Estoy preocupado, Iñigo, de verdad. Más de lo que doy a entender. Pero mi hermano es un Almoravid.

–Espero que eso baste.

–Laraine me ha hablado de un hombre venido de Asís que está en Rocaforte decidido a asentar allí las bases de un futuro monasterio. Las gentes hablan bien de él. He pensado que tal vez podríamos pasar unos días en Aibar. No queda lejos de Rocaforte.

Iñigo se recostó hacia atrás y dejó que su mirada se perdiera entre las llamas de la chimenea.

–Os tocará la parte más difícil: convencer a vuestro hermano.

Miguel se echó a su vez hacia atrás y respiró profundamente. El calor del fuego se agarró a su espalda.

–¿Me mandáis a bailar con la más fea?

–La idea es vuestra.

–La idea es mía –repitió, pensando en Laraine.

No fue tan difícil convencerlo como había creído. De hecho, García claudicó enseguida. No pronunció un sí convincente, ni hizo ningún gesto que demostrara la creciente alegría con la que el resto de la familia Almoravid había acogido la noticia, pero tampoco enarboló una resistencia exacerbada. Lo que no sabía Miguel era la razón por la que su hermano no se había opuesto. Viajar hasta Aibar y Rocaforte le acercaba al lugar al que había intentado llegar sin éxito en su última escapada: el monasterio de Leyre, el lugar en el que crecía su hijo y el de Toda. Al final, no se había atrevido a llegar hasta allí.

Salieron de mañana, dos días después. Las temperaturas, aunque frías, ya no lo eran tanto. Y el río se había descongelado. Viajaron sin incidencias y llegaron hasta Aibar, localidad en la que la familia conservaba una pequeña casa, recuerdo de los tiempos en que habían sido tenentes de ese lugar. Los jóvenes estaban entusiasmados. No tanto por la idea de ver a Francesco de Asís, cuanto por salir de la rutina de los días invernales. Johan y Etienne fueron los que más disfrutaron, ya que el viaje los alejó de las clases de latín.

Cenaron todos juntos y, aunque García se retiró pronto y estuvo poco comunicativo –más bien envuelto en una gruesa capa de indiferencia–, no escabulló, esa vez, su deber como jefe del clan Almoravid.

Se retiraron a dormir después de una buena dosis de batallas e historias en las que ellos eran los protagonistas. Aquella no fue una velada como las fiestas de Apellido en que se reunían todos los miembros de la familia, pero se le pareció bastante. Con los primeros rayos, se levantaron y desayunaron con prisas, pendientes de partir cuanto antes hasta Rocaforte. La sorpresa la dio García al comentar en un aparte a su hermano y a su tío que no los acompañaría.

–¿Cómo que no? –se enfadó Miguel–. Dijisteis...

–Dije que haría el viaje, no que quisiera ir a Rocaforte con vosotros.

–¿Y se puede saber qué vais a hacer?

No dijo nada, pero ni a Miguel ni a Iñigo les pasó inadvertido el lugar hacia el que su mirada se escapaba.

–Vais a ir a verlo, ¿verdad? –le preguntó Iñigo–. Vais a ver a vuestro hijo.

–Lo que haga es asunto mío y de nadie más.

–¿Lo habéis pensado bien? –quiso saber Miguel.

García no se molestó en contestar. Se giró y se marchó. Miguel y su tío se miraron sin saber qué hacer. El infanzón se adelantó y alcanzó a su hermano.

–Esperad. Venid con nosotros y yo mismo os acompañaré más tarde al monasterio.

–¿Pensáis que necesito niñera?

–García. Solo creo que...

–¿Qué, qué creéis?

–Solo pensaba que os apetecería un poco de compañía, nada más.

–Pues os equivocáis. Los dos –dijo señalándolos con el dedo–. Y ahora dejadme solo. Es una orden Almoravid –les dio la espalda y se alejó.

–Últimamente os esforzáis mucho por apartar de vuestra vida a todos

cuantos os quieren.

García se giró cual serpiente herida. Sus ojos destilaban ira y odio. Miguel le mantuvo la mirada, pero supo que, en ese instante, más que en su hermano, García se había convertido en su enemigo.

Les llamaron las mujeres y montaron en sus imponentes caballos árabes. Iñigo se colocó en cabeza y Miguel se quedó en la retaguardia, cerrando la marcha. Poco tardaron en alcanzar Rocaforte. La localidad estaba tranquila a esas horas. De una de las casas les llegó un delicioso olor a pan recién hecho. No fue difícil encontrar a Francesco. Estaba a las afueras de la localidad. Era tal y como lo había descrito Blanca, con sus pies desnudos, su hábito desgastado y remendado –aunque limpio–, su tonsura, su barba y ese fuego en los ojos. Sonrió al ver apearse a toda la familia y les saludó deseándoles la paz. Junto a él se encontraba otro fraile, que debía de ser Bernardo. Pasaron con ellos apenas unos instantes, pero fueron intensos. Francesco les exhortó a vivir según las palabras de Jesús, a mirarse en la naturaleza, a no tener miedo a ser desprendidos.

Los dejaron trabajar y orar y ellos se retiraron a comer, amparados bajo la protección de los muros del viejo castillo, al resguardo del aire. Antes de sentarse, Laraine tomó algunos de los alimentos y se acercó a los frailes.

–Nos gustaría compartir con vosotros estos alimentos que hemos traído – les dijo.

Francesco la miró un instante.

–Sois una dama –no era una pregunta, sino una afirmación que Laraine supo valorar en su justa medida.

–Dios siempre me ha favorecido con una buena casa, vestidos y comida, pero no soy poseedora de grandes riquezas, tan solo administro lo que el Señor ha puesto a mi alcance.

–Eso está bien, porque nada de lo que hay en este mundo se vendrá con nosotros cuando nos llame Jesucristo a su presencia. Bien decís al afirmar que tan solo sois administradora de los bienes con que el Señor os ha colmado. Haced buen uso de ellos –le dijo aceptando la comida de Laraine.

García descendió por la estrecha senda, alejándose del monasterio de San Salvador de Leyre. Sus demonios bajaban pegados a su espalda. El viento azotó su rostro. No se atrevía a mirar atrás, porque lejos de sentir paz, notaba

cómo su alma se agostaba de remordimiento. Había mantenido una pequeña conversación con el abad, que compartía su mismo nombre. Y este le había recalcado su buena acción al preocuparse por aquel niño huérfano, hijo de su sirvienta. García le había tendido una bolsa con dinero para el mantenimiento del monasterio y le había dado las gracias, sintiéndose tan cínico que estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva. El abad le había preguntado si quería ver al niño, pero García solo se había atrevido a mirarlo de lejos con una triste sonrisa posada en la comisura de sus labios. Tenía más o menos un año y medio y apenas levantaba unos palmos del suelo. Su cabello y sus ojos oscuros resaltaban sobre el suelo cubierto de nieve sobre el que sus pasos, todavía torpes, le hacían caer una y otra vez. Sin embargo se reía, parecía feliz en aquella inmensidad blanca. Con la excusa de regresar a Aibar, García se había despedido, por miedo a que alguien pudiera sacar conclusiones indeseadas y descubrir que aquel niño llevaba impresa la marca de los Almoravid.

Así, mientras bajaba de la sierra, el peso de su resquemor y su pesadumbre aumentaron. Llegó a Aibar con la sombra del anochecer pisando sus talones. Y se quedó a la entrada del pueblo, hirsuto en su montura, con la mirada hacia dentro, hacia el lugar de donde surgían sus demonios. Se lamentó por haber fallado a su esposa, por haber hecho daño a Toda, por haberlas engañado a las dos, por haber estado lejos cuando ambas murieron. Y, especialmente, por haber apartado a su hijo de su lado. Pero no podía hacerlo de otra manera. No podía anteponer el hijo de Toda a aquel hijo que había muerto al extinguirse la vida de Catalina. No se atrevió a elevar su cabeza por miedo a que Catalina estuviera allí, entre las estrellas que iban apareciendo en el cielo, observándolo. Hincó espuelas tan fuerte como pudo y salió a galope tendido. Nada lo detuvo hasta que su caballo reventó.

---

11 *Içar apellido*: llamar a las armas.

12 Fududinculo, sodomítico o fodido, era el insulto sexual masculino más utilizado en la época.

13 Río Arga.

14 Domidellus: Primer escalón en la formación para llegar a ser caballero.

15 Rocaforte: Sangüesa.

## LA SOMBRA DE LOS ALMOHADES

Costa de Rabat

*L'Emir des Musulmans, Youssef ben Aby Abd Allah el-Naser ben Yacoub el-Mansour ben Youssef (le martyr) ben Abd el-Moumen ben Aly le Zeneta, le koumy, eut pour mère une femme blanche nommée Fathima, fille du sid Abou Aly Youssef ben Abd el-Moumen; qualifié du nom d'El-Moustansyr Billah (celui qui attend tout sans secours de Dieu), il fut surnommé Abou Yacoub. Fort jeune, il abati une taille élancée, une jolie figure, le teint frais, le nez fin, la chevelure épaisse. Il conserva les secrétaires de son père, et il eut pour ministres ses propres oncles, qui prirent les rênes du gouvernement avec les cheikhs Almohades, parce que, lors de sa proclamation, il était pubère à peine, imberbe, ignorant et inexpérimenté. Ce furent donc les cheikhs almohades et ses oncles qui lui conservèrent le khalifat, durant lequel il ne fit ni expédition ni guerre, et il n'eut aucune puissance.*

***Histoire des souverains du Magreb et annales de la ville de Fès. Roudh el-Kartas. Traducido del árabe al francés por A. Beaumier. Pág. 344***

El emir de los musulmanes, Youssef ben Aby Abd Allah el-Naser ben Yacoub el-Mansour ben Youssef (el mártir) ben Abd el-Moumen ben Aly el Zeneta, el comes<sup>16</sup>, tenía por madre una mujer blanca de nombre Fátima, hija del señor Abou Aly Youssef Ben Abd el-Moumen. Fue conocido como El-Mostansir Billah (aquel que recibe todos sus auxilios de Dios) y se le dio como sobrenombre Abou Yacoub, Era un joven fuerte, esbelto, de bonita figura, de tez fresca, nariz fina y cabellera espesa. Conservó los secretarios de su padre y tuvo por

ministros a sus propios tíos, quienes tomaron las riendas del gobierno junto con los jeques almohades, porque, en el momento de su proclamación, todavía era un púber afligido, imberbe, ignorante e inexperimentado. Así que fueron los jeques almohades y sus tíos quienes le preservaron el califato, durante el cual no preparó ninguna expedición, ni guerra, ni tuvo ninguna potestad.

*Historia de los soberanos del Magreb y anales de la ciudad de Fez. Roudh el-Kartas. Traducido del árabe al francés por A. Beaumier. Pág. 344. Traducción del francés al castellano de Begoña Pro*

ALEJANDRO VIGILABA DE REOJO A SU SOBRINO. Permanecía con su pose habitual: brazos en jarras, piernas separadas, mirada perdida en el horizonte encrespado... del todo ajeno al bamboleo del barco que ya empezaba a ser fuerte. Sin embargo, había algo distinto en su gesto neutro. Lo vio mirar hacia la costa por última vez. Tal vez se preguntara cómo había resultado todo tan sencillo si lo comparaba con el rescate que su padre había tenido que improvisar para encontrarlo a él vivo, casi dos años antes. Quizá, tan solo saludara el hecho de dejar atrás a los almohades y a la ciudad de *Ribat al-Fath*,<sup>17</sup> lugar en el que Abd al-Mumin –bisabuelo de Abd Allah Muhammad abu Yuqub al-Nasir– había construido un campamento fortificado el año 1146. Desde aquel lugar habían partido incontables aceifas hacia la península Ibérica para hostigar a los cristianos. Lo vio cerrar los ojos e inspirar con fuerza, como si necesitara beber de la brisa marina para sentirse vivo.

No habían tenido problemas para llegar hasta Rabat desde Marrakech. Nadie les había parado, ni preguntado adónde iban, ni se había interesado por la mujer herida que les acompañaba. Muhammad Ibn Ali les había facilitado la entrada a la ciudad y les había instalado en una noble casa, cerca de la que había poseído Abou el-Djyouch en la ciudad. Era un pena que el joven caído, amigo de Miguel, hubiera muerto en la batalla de las Navas. A buen seguro que el infanzón se entristecería cuando se enterara. Habían dejado pasar unos días, esperando a que Nabila recobrar fuerzas suficientes para emprender un viaje largo. Mientras tanto, habían sido testigos de cómo riadas de gentes



partían de la ciudad, tras conocerse el fallecimiento de su califa. Todo había sido sencillo, pero tan diferente a como se lo había imaginado Roland... Entre otras cosas, había supuesto que surgiría un entendimiento especial entre él y Nabila. Y nada de eso había sucedido.

Navegaban con buena carga, pero su intención no era comerciar con ella, sino retroceder directamente hacia Nápoles y esperar allí a que concluyera el invierno. No más aventuras. La mar se agitó de manera subversiva y el oleaje comenzó a crecer. Eso no amilanó a Roland, quien permaneció quieto, salvando con elegancia las fuertes oscilaciones del barco. Giró la cabeza hacia su izquierda y se encontró con la mirada de su tío. Le sonrió. Con un gesto de su mano, Alejandro lo despachó y Roland se encaminó hacia el castillo de popa, donde llevaba su carga más preciada. El siciliano se quedó en cubierta, estudiando la evolución de las nubes, el empuje del viento y el cariz de la mar. Todos los marinos estaban preparados, todos sus hombres de confianza estaban allí. Su buen amigo Muhammad ibn Ali, tras conocer por boca de Nabila el fallecimiento del califa, había decidido partir hacia Marrakech. Solo le deseaba buena ventura, pero se alegraba de poner agua de por medio entre los almohades y ellos.

El rugido del viento se amortiguó al cerrar la puerta. Roland miró a Nabila, quien dormía o fingía hacerlo. Lo esquivaba desde el primer momento en que ella había abierto los ojos y sus miradas se habían encontrado, pero no entendía el motivo. Tampoco es que quisiera ser tratado como un héroe, pero Nabila ni siquiera le había dado las gracias cuando le explicó el motivo de su viaje. La mujer solo había abierto la boca para decir que el califa había muerto. Sin embargo, nada había dicho sobre lo extraño de su herida y, mucho menos, sobre la manera –todavía más rara– en que la habían encontrado, enrollada en una alfombra. Roland sabía que lo había reconocido, que no le era un extraño. Sin embargo, cuantas veces había tratado de entablar una conversación con ella, había sido obsequiado con un prolongado silencio de indiferencia.

El joven se sentó en el borde del camastro, dispuesto a intentarlo una vez más. La piel de Nabila era muy fina y blanca. Roland acercó sus dedos hacia su rostro, pero fue incapaz de rozarlo, a pesar de que deseaba sentirlo bajo las yemas de sus dedos. Estuvo allí largo rato. Notaba las acometidas del mar compitiendo con los embates de su propio corazón. ¿Se había equivocado al rescatarla? ¿Tal vez la había apartado de una buena vida? ¿Cuánto deseaba poder reflejarse en aquellos ojos verdes que seguían cerrados para él! El

bamboleo de la embarcación hizo que el cuerpo de Nabila girara hacia Roland. Le golpeó la cadera con su brazo y el joven notó cuánto daño provoca un roce cuando el amor no es correspondido. Se levantó por miedo a perderla para siempre. Le dio un vuelco el corazón al pensar que, tal vez, ella no deseaba su presencia. La miró desde su cuerpo alto, desde sus ojos oscuros llenos de juventud, desde su corazón de enamorado. Y se fue por temor a despertarla, a ser el causante de sus sueños agitados y sus eternos silencios.

El anochecer lo sorprendió en cubierta, oteando el horizonte. Bordeaban la costa sin alejarse demasiado de ella. La tierra se intuía al este, una tierra enemiga de la que había arrancado a una de sus joyas. Pero el califa había muerto. ¿Alguien la echaría de menos? ¿Habría alguien en Marrakech, o en alguna parte del mundo, preocupado por la desaparición de Nabila?

—¿Alguna novedad? —le preguntó su tío poniendo en su mano un cuenco con comida.

Meneó la cabeza de izquierda a derecha varias veces.

—Va a ser una noche agitada —prosiguió el de Salerno—. Pronto comenzará a llover.

Fue mentar al diablo... y aparecer. El agua empezó a caer helada, agitada por el viento. Navegaban en uno de los mejores barcos de Alejandro, pero en ocasiones se escoraba tanto que parecía que iba a volcar. Se oscureció todo de súbito y poco más que mantener el barco a flote pudieron hacer. Cuando no puedes con tu enemigo, a veces hay que optar por unirse a él.

Tardó en pasar la tormenta, pero el mar siguió agitado por enormes olas. Se habían alejado de la costa y tal vez se encontraran demasiado lejos mar adentro. Tendrían que esperar al amanecer para enderezar el rumbo.

Empapado, entró en el alcázar de popa. Nabila se había sentado y tenía sus manos fuertemente agarradas a uno de los asideros de la pared.

—Lo peor de la tormenta ha pasado —le dijo mientras se quitaba la camisa.

Nabila se levantó y, sin decir nada, cogió una toalla y le secó la espalda y el pecho. Le buscó una camisa limpia y se la dio. Después, se volvió a meter en la cama. Roland la miró, hizo un gesto de incompreensión con su cabeza, le dio las gracias y salió de nuevo a la superficie. No entendía por qué de pronto se mostraba tan servicial con él. No esperó a que ella dijera algo. Bien sabía que no lo haría. Confuso, afloró de nuevo en cubierta.

Tío y sobrino vieron amanecer juntos. Extendieron las cartas de navegación y comprobaron su posición con el astrolabio. Dedujeron que no se

habían desviado demasiado y que sería fácil retomar el rumbo. Con la mañana despegándose del mar, marcaron el rumbo y se dirigieron hacia las aguas del estrecho. En cuanto fue relevado de sus obligaciones, Roland se sentó en cubierta, a resguardo, y se sumergió en la lectura de un libro de reciente adquisición. Se trataba de un ejemplar del *Liber abaci*, un tratado de aritmética escrito por Fibonacci<sup>18</sup>, en el que aconsejaba el uso de los números arábigos y hablaba de los números fraccionarios. Desde el principio le había parecido interesante. Creía que para las transacciones comerciales les vendría muy bien. Tan enfrascado estaba en la lectura, que no se percató de la llegada de Nabila.

–¿Te importa si me siento? –eran las primeras palabras que le escuchaba pronunciar tras decir que el califa había muerto.

Nabila hablaba un árabe culto, algo diferente al dialecto andalusí que Roland había terminado por dominar. Pero Roland conocía los rudimentos del idioma como para entenderse sin problemas. El joven le hizo un gesto de invitación con la mano.

–¿Es interesante? –le preguntó señalando el libro.

–Habla de los números árabes.

La mujer asintió y miró al frente. Roland cerró el libro. Sentía un muro entre los dos.

–¿Hice mal en ir a buscarte? –le preguntó, franco.

Buscó aire antes de responder. Ciertamente, no lo sabía.

–¿Qué le ocurrió al *imesebelen* que me salvó?

–Te dejó a nuestro cuidado y se fue. No fue muy explícito al respecto, pero creo que muerto el califa al que había jurado defender...

–Tal vez ese debería haber sido también mi destino.

–Si eso es lo que piensas realmente, entonces... hice mal en ir a buscarte.

Roland se levantó y se asomó por estribor. Las olas dejaron pequeñas gotitas en su cara.

–¿Por qué viniste? ¿Por qué recorrer tanto espacio para buscarme? –le preguntó situándose a su lado.

–Porque te aparecías en mis sueños, porque me llamabas en ellos, porque no podía sacarte de mi cabeza, porque pensé que me necesitabas. ¿Realmente importa eso, si tú no parece apreciarlo?

Y dicho eso, se alejó de ella, dejando el libro en el suelo.

El fuerte oleaje que acosaba el barco no era ni sombra de lo que Nabila sentía en su interior. En su memoria, aún notaba el regusto de los manjares ingeridos en los aposentos privados de Muhammad pegado a su paladar. Todavía podía sentir el suave roce de sus dedos sobre su espalda, el olor a *robb* de su aliento, su mirada azul recorriendo su cuerpo... Todo eso se había terminado de golpe, había desaparecido. Estaba en la cama con Muhammad y un instante después... Detuvo ahí sus pensamientos. No deseaba revivir lo que había venido después; aquellos momentos agónicos en que todo comenzó a dar vueltas a su alrededor. Aquel guardia negro la había salvado. No entendía por qué, posteriormente, había decidido dejarla en manos de aquellos cristianos, deshaciendo su mundo en pedazos.

La herida de su costado le dio un pinchazo, pero aquel corte no dolía tanto como la herida que se había abierto en su interior. Había nacido cristiana, en algún sitio que no recordaba. No sabía exactamente cómo había llegado a manos de Abou el-Djyouch. Y ahora se encontraba de nuevo entre cristianos. Se sentía confusa y perdida. Tal vez estuviera condenada a vivir fragmentos de vidas que nada tuvieran que ver unos con otros. Quizá su destino fuera reinventarse una y otra vez, solo que en esos instantes no se sentía con fuerzas. Había olvidado quién era ya una vez. ¿Debería arrinconar a Nabila y convertirse en otra persona? El mar estaba gris, igual que lo estaban sus pensamientos, igual que el cielo que se cernía sobre su cabeza. Se agarró fuertemente a la baranda de estribor. El viento azotó su rostro y sus vestidos. Sintió vértigo al pensar que estaban a merced de aquella vastedad inmensa de agua, cuya superficie se abría en forma de bocas devoradoras.

Estaba totalmente mareada y su estómago parecía haberse vuelto del revés. Sintió una náusea y vomitó sobre el agua rebelde. Roland no se acercó a ella como en las veces anteriores, para sujetar su frente y preguntarle si se encontraba bien. Desde que se había marchado dejando el libro de Fibonacci como único testimonio de su presencia, no había vuelto a estar con ella. No se había acercado al alcázar de popa, donde ella pasaba la mayor parte del día. Dormía con la marinería en la bodega, o incluso en cubierta, ajeno al balanceo del barco y a las inclemencias del tiempo, como si hubiera nacido en el mar. Comía en cubierta, de cualquier manera, entre maniobras, cabos y velas. Y jugaba a los dados. Lo buscó con la mirada, pero Roland estaba totalmente concentrado en lo que hacía. Se pasó el revés de su mano por su boca, retirando los restos de saliva que se habían pegado a la comisura de sus labios. Pero había algo amargo que no pudo arrancar. Con pasos inciertos, a

trompicones, se dirigió a la popa y se escondió en su camarote. Se tumbó. Pero eso no le hizo sentir mejor, ni física, ni anímicamente. Al cerrar los ojos, la mirada azul de Muhammad se transformó en la de su hijo Abou Yacoub. Y sin saber muy bien la razón, sintió un terrible escalofrío helar su alma.

- 
- 16 Entiendo que koumy hace referencia aquí a kumis; donde kumis es la arabización del término latino comes o conde. Este título aparece asociado, por ejemplo, al conde Casio (siglo VIII), al que se hace referencia como kumis Qasi.
- 17 *Ribat al-Fath*, traducido como Campamento de la Victoria o Fortaleza de la Victoria. Núcleo primigenio de la ciudad de Rabat.
- 18 Fibonacci era el nombre con el que se conocía a Leonardo de Pisa. El *Liber abaci* fue escrito en 1202. Este matemático italiano es conocido por idear la sucesión de Fibonacci.

# LA CARTA QUE MIGUEL NUNCA DEBIÓ ENCONTRAR

Marzo del año de 1214

El primer cabo [de la Junta de Infanzones de Obanos] fue don García Almoravid. Como este rico-hombre cometiera luego injusticias, el rey lo reemplazó, a ruego de los miembros de la Junta, por don Lope Arceiz de Arce.

*La Junta de los Infanzones de Obanos hasta 1281. M<sup>a</sup>  
Raquel García Arancón.*

CADA VEZ QUE SALÍA DE SANTA CECILIA, miraba al frente y a los lados, deseosa de encontrarse con el rostro conocido de Roland, esperanzada de que sus súplicas hubieran tenido respuesta. Sin embargo, aquel día, otra persona llamó su atención. Estaba apostada frente a la puerta, como si estar allí fuera solo fruto del azar. Sus ropas salpicadas de polvo delataban que era un viajero de buena posición; su rostro afeitado, que venía del otro lado de los Pirineos. Antes de clavar sus ojos en él, Laraine miró de nuevo a ambos lados. Esta vez para asegurarse de que no había nadie conocido en los alrededores. El joven no esquivó su mirada, sino todo lo contrario. Laraine bajó la cabeza y se cubrió con el velo sin apartar sus ojos de aquel hombre que, fuera de toda duda, la buscaba a ella. Se alejó de la iglesia y tomó la rúa de los Peregrinos, que la llevó a los pies de la puerta del Abrevador. Sin mirar atrás, pero sabiendo que el viajero la seguía, salió de la ciudad y buscó la espesura de los árboles, que ya se estaban cubriendo de hojas, para esconderse.

—¿Nadie os ha seguido? —preguntó ella cuando lo sintió cerca.

El extranjero negó dos veces con la cabeza.

Miguel fue el último en salir de la morada Almoravid. Le había correspondido a él la organización de aquel entrenamiento. Con Iñigo alegando estar envejeciendo y las ausencias, cada vez más prolongadas, de su hermano García, él había quedado como responsable. Después de repartir los grupos y de asignarles sus objetivos, les había ordenado partir al galope. Todos los hombres atravesaron la puerta grande como una exhalación, mientras él les dejaba espacio y se montaba lentamente en su caballo. No hacía mucho, él mismo había formado parte de uno de esos grupos que ahora se alejaban por la parte norte de la ciudad, mientras don Fortún –su padre adoptivo– e Iñigo se quedaban en la retaguardia. «¿Cuándo me he hecho viejo?». Le dolía la pierna. Uno nunca se acostumbra al dolor, pero accede a convivir con él, a llevarse lo mejor posible. Y eso había hecho Miguel. Su mano izquierda rozó el pomo de su espada, mientras le asaltaban las imágenes de un campo sembrado de cadáveres entre los que se levantaba un *imesebelen* enorme. Sintió un pinchazo en la herida y sacudió la cabeza. A veces, en la noche, los sueños parecían tan reales que era como estar de nuevo en las navas, con el calor pegado al cuerpo y el sabor de la sangre cubriendo por entero el paladar. Durante el día, ahuyentar los fantasmas era más fácil. Atravesó la puerta del Abrevador y saludó a los guardias. Suspicious, miró al frente cuando uno de ellos le comentó que su esposa acababa de salir de la ciudad por esa misma puerta. Miguel le sonrió mientras se preguntaba qué habría ido a hacer Laraine fuera de la ciudad, sola. Le había dicho que se dirigía a Santa Cecilia, como todas las mañanas. Siguió el camino, tratando de no dar importancia a la información y pensando en el entrenamiento de aquella mañana fresca de moderado viento. Pero unas voces llamaron su atención. Se bajó de su caballo, escondiendo su dolor en un rictus de impasibilidad. Ató al animal y le acarició el cuello.

Entre las ramas y las hojas más bajas, Miguel entrevió una mujer vestida de manera discreta y elegante. Un suave velo a juego le cubría el rostro. Detrás de ella, un joven de porte distinguido, afeitado, vestido con traje de viaje, le hablaba al oído. Le mostró algo. Parecía una carta doblada y sellada. Laraine la cogió y, en un movimiento rápido, se la guardó en algún lugar que Miguel no acertó a ver. Se le aceleró el corazón igual que hacía cuando el olor de una batalla se metía en su cabeza. Tuvo el impulso de acercarse a Laraine, de arrancarle ese documento y leerlo. O peor, de arrancarle la cabeza a aquel joven que sonreía a su esposa en un lugar inadecuado, al que había acudido sola. «¿Por qué?». Sintió fuego ascender por su garganta, mientras su mano



diestra se acercaba al pomo de su espada. Laraine se movió. Vio la caída de sus pestañas al cerrar los ojos y sintió un pinchazo, pero esta vez en su corazón. Su espada estaba desnuda, asida a su mano. «¿Qué estoy haciendo? Solo le ha entregado algo. Tal vez sea una carta de Roland. Pero las noticias de nuestro hijo no llegan de esa manera. Laraine tendrá una explicación. Espero que la tenga. La tendrá. Solo tengo que preguntarle. Pero no ahora. No ahora». Enfundó su espada y se hizo a un lado. Laraine se fue a toda prisa. El extraño permaneció un rato más, recostado en el tronco del árbol más cercano a él. Tuvo tiempo de examinarlo. La luz dibujaba sombras de hojas sobre su rostro. Sus ojos eran ligeramente rasgados; su nariz delgada y recta. Su mentón, algo echado hacia delante, estaba partido en dos. Lo vio alejarse, jugueteando con una rama fina. Por un instante pensó en seguirle. Suspiró largamente. Tenía otras obligaciones. Si no llegaba pronto al lugar del entrenamiento, no quería ni pensar en qué condiciones encontraría a los contendientes de ambos grupos. Miró hacia la muralla. Seguramente, la explicación más lógica se le estaba pasando de largo. A su regreso, hablaría con Laraine. Montó de nuevo y se apresuró hacia el norte. Le extrañó no escuchar sonido alguno. Se estaba acercando al punto señalado y todo parecía envuelto en silencio. «¿Qué demonios...?».

–¿Se puede saber por qué no estáis haciendo lo que os he mandado?

Todos los hombres se pusieron de pie a la vez. La voz de Miguel sonó como un trueno. No se podía creer que hubieran decidido descansar en un entrenamiento, comadrear en vez de blandir la espada. La mayoría de los ejercicios consistían siempre en defender y atacar un cerro, una colina, pero desde la batalla de las Navas de Tolosa contra los almohades, también entrenaban el cuerpo a cuerpo. Y ninguno de aquellos hombres estaba ni siquiera sudado.

–Ya hemos terminado –su sobrino Miguel *txikia* se acercó a él con una jarra de vino.

–¿De dónde has sacado esa jarra de vino? ¿Y por qué os habéis sentado si yo no he dado por finalizado el entrenamiento?

–Pero yo sí.

El infanzón miró a su alrededor.

–Se os ve muy exhaustos –dijo irónicamente–. ¿Cuánto tiempo habéis batallado? ¡Ni siquiera os ha dado tiempo a desenfundar vuestras espadas!

–Pues lo hemos hecho, *aita* –confirmó su hijo Diego, quien parecía tan

poco dispuesto como su primo a continuar con aquel ejercicio.

–Entonces, lo haréis otra vez. Y esta vez quiero ver esfuerzo. Quiero ver sudor en vuestras frentes y sangre en vuestras espadas.

–Tío, lo queráis o no, ya hemos concluido.

El aludido se acercó a su sobrino hasta que sus pechos casi se rozaron. El de Grez, que ya estaba tocado por el incidente de su esposa, miró fijamente a su sobrino.

–Empezaremos de nuevo. Quiero que vuestros hombres se alineen de la forma prevista. ¿O acaso no sois un Almoravid? ¿Os recuerdo cuál es nuestro lema? Apellido, honor...

–...valor, rey, Navarra –concluyó Miguel *txikia* de mala gana–. ¿Vais a darme a mí lecciones de Almoravid, vos que no lo sois? ¿Vos que estáis tullido y, como dice mi padre...?

Ese murmullo que se crea en el aire cuando alguien ha dicho algo inconveniente, delante de oídos inadecuados, surgió de repente. Miguel tomó aire exageradamente. Se abrieron las aletas de su nariz y su ceja izquierda se arqueó, elevándose hacia la frente.

–Idos. Todos. Menos Miguel y Diego –no había cólera en sus palabras, aunque la sintiera por dentro.

Un siniestro silencio torpedeó el aire. Los hombres se fueron sin rechistar. Miguel miró a los dos jóvenes caballeros. Por menos de lo que había dicho su sobrino, Iñigo le había hecho a Miguel pasar toda una noche atado a un árbol. Se quedaron los tres quietos durante unos instantes mientras el sol se elevaba entre las nubes sobre el horizonte. Los pájaros habían vuelto a cantar y sus trinos conformaban un telón de alegría que ninguno de los tres hombres sentía en ese instante. Las palabras de Miguel *txikia* todavía escocían en sus oídos. Lo de menos era que lo hubiera dicho delante de los hombres que un día le tocaría liderar, lo importante era saber por qué había llegado a ese estado de rebelión.

–¿Por qué? –le preguntó el de Grez directamente cuando el eco de los cascos de los caballos desapareció.

Su sobrino se giró, mientras replicaba que no tenía importancia. Miguel fue rápido, desenvainó su espada y la colocó entre los omóplatos del joven. Diego trató de interceder, pero se encontró con la respuesta rígida de su padre diciéndole que la pregunta también le concernía a él. Miguel *txikia* se giró con las manos en alto.

–¿Vais a matarme? ¿Eso es lo que vais a hacer? –preguntó el joven.

–Ya está bien, Miguel. Los hombres se han ido. No hay nadie al que impresionar con vuestro comportamiento, ni con vuestras palabras. Solo quiero saber por qué habéis desobedecido una orden Almoravid. Da igual quién la haya dado. Era una orden que debíais haber cumplido. Los dos –dijo incluyendo a su propio hijo.

La punta de la espada descansó sobre el pecho de Miguel *txikia*, muy cerca del lugar donde se ocultaba su corazón.

–Vos no sois mi padre.

Miguel sonrió con desgana.

–Desenvainad. Los dos. Hoy haremos un entrenamiento especial.

–No voy a pelear contra vos.

–Por supuesto que lo vais a hacer.

–Os reitero que no. Cada uno elige sus batallas. Eso soléis decir vos. Son vuestras enseñanzas.

–Pues hoy aprenderéis una nueva lección. Cada día, cada instante, hay que estar presto para la batalla porque todos los días hay una lucha que afrontar. Y yo –dijo remarcando las palabras, casi pronunciadas entre dientes–, sí he elegido esta batalla. Así que desenvainad, los dos.

Y sin dar tiempo a quejas posteriores a sus palabras, Miguel tomó impulso con sus manos y blandió la espada y ejecutó un movimiento rápido de ataque de manera que su punta rozó el pecho de ambos jóvenes. Reaccionaron los dos sacando sus armas. Tantearon al principio por dónde atacar, pero Miguel no les dejó pensar. A ninguno. Y aunque acometieron con fuerza, no lo hicieron con demasiado ánimo, ni conjuntados, pensando que Miguel solo trataba de terminar a su manera un entrenamiento que se había visto frustrado. Pero no era esa la intención del de Grez. Miguel iba muy en serio. Tanto, que cuando desarmó a su sobrino, tomó su espada y se apresuró a atacarle con ambas armas, una en cada mano. Miguel *txikia* metió la cabeza y arremetió contra el estómago de su tío. Este cayó de espaldas y dio varias vueltas sobre sí mismo antes de intentar levantarse. Crujió su pierna y apretó los labios. Miguel *txikia*, que había robado la espada a su primo, se abalanzó sobre su tío –teniendo la pelea ya como algo personal–, pero Miguel cruzó sus espadas sobre su pecho y paró el lance, trabando la espada de su rival. El arma salió volando. El de Grez dio una patada a su sobrino, lo apartó, y se quedó con la tercera espada, que prácticamente cayó en sus manos como llovida del cielo.

Así concluyó aquel entrenamiento. Miguel *txikia* tenía un corte en el pecho, dos en sus brazos, la ceja partida y las rodillas ensangrentadas. Diego no iba mejor parado. Tenía una herida abierta en el pecho, otra en el muslo y el labio malparado. En cuanto a Miguel, sentía su pierna herida a punto de partirse en cientos de trozos. Jadeaba mientras el corazón cabalgaba desbocado, como si tratara de hacer un agujero en su pecho y huir de él. Pero tenía las tres espadas. Y no había sido tan difícil; aunque los resultados, analizando su pierna, podían ser demoledores. No se atrevió a moverse. Miró a los dos jóvenes. Diego tenía cara de preguntarse cómo había sucedido todo. En cuanto a su sobrino... no le pareció ver odio en su mirada, pero sí rencor. Se preguntó qué quedaba de su abuelo Fortún en ese joven que ahora tenía delante. Él había sido, hasta el mismo momento de su muerte, un gran Almoravid, el mejor caudillo que aquella familia podía tener. ¿Y de García? García lo había sido hasta las Navas de Tolosa, un gran jefe. ¿Qué pasaría con Miguel *txikia*? Él debía tomar el relevo. Él debía ser ese hombre que liderara a los Almoravid en un futuro próximo. Tal vez demasiado próximo, si su padre se empeñaba en salir huyendo.

–Vamos –les dijo.

Esperaron a que Miguel se moviera. Al hacerlo, sintió un fuerte dolor. Su tez se tornó lívida, pero se obligó a dar un paso detrás de otro. Siempre había sido orgulloso y, aunque ahora esa altivez de su carácter estaba matizada por un poso sensato y maduro, jamás reconocería que necesitaba ayuda. Y menos en aquella ocasión en que estaba tratando de dar una lección a dos jóvenes rebeldes. El de Grez se montó en su caballo y los dos muchachos lo imitaron. Cabalgaron hasta bien entrado el mediodía, sin rumbo fijo, en silencio. Parecían tres caballeros a los que hubiera sorprendido una bandada de ladrones, o tres hombres en busca de peleas y algaradas.

Miguel dio el alto y bajó de su caballo dejándose resbalar hasta que sus pies rozaron el suelo. El dolor ascendía como un calambre desde el tobillo a la cadera con cada paso que daba. Buscó un sitio donde sentarse, y recostó su espalda contra el tronco de un árbol. Había elegido un lugar en alto, donde la brisa era suave. Sus ojos castaños brillaron al otear el horizonte. Estiró su pierna derecha buscando la posición más favorable, pero todas eran parecidas. Su sobrino y su hijo siguieron sus pasos. Se sentaron cerca de él, malheridos, pero sin protestar. Diego llevaba el rictus serio. Miguel podía leer en su mirada lo que sus labios no decían. Sin comerlo, ni beberlo, parecía haberse visto envuelto en una pelea entre su progenitor y su primo. Pero él

también tenía su parte de culpa según lo veía el de Grez. Él era el capitán de uno de los grupos y sus hombres se habían rendido, igual que los de Miguel *txikia*. Interpretar lo que pasaba por la cabeza de su sobrino era más difícil.

–Conocí una vez a un hombre visceral, de sangre caliente y reacciones rápidas, tal vez algo arrogante.

–¿Vais a hablarnos de vos? –inquirió su sobrino, con cierto tono de enojo.

Miguel sonrió por primera vez y se pasó su mano izquierda por la frente para retirar un mechón de cabello con el que el viento parecía entretenerse.

–Podría hacerlo –le replicó–, pero hoy quiero hablaros de alguien mucho más grande que yo, mayor que nadie que haya conocido en mi vida. Era ese hombre de gran valor, instintivo y, tal vez, en sus actos no fuera leal más que a sí mismo.

–¿Seguro que no habláis de vos, *aita*?

El infanzón miró a su hijo y detuvo su conversación, como si le hubiera hecho gracia el comentario.

–Era un caballero apasionado, que generaba a su alrededor pasiones, tal vez tan exageradas como sus propios actos. Los que lo seguían, lo hacían hasta la muerte. Levantaba fidelidades que rayaban en la locura. Pero, de igual forma, despertaba odios y resentimientos. Recuerdo verle rodeado de hombres devotos y leales, pero apenas contó con amigos. ¿Y sabéis por qué, Miguel? –preguntó, fijando la vista en su sobrino y dejando escurrir el tiempo para que su pregunta tomara el mayor realce posible.

Su sobrino se limitó a encogerse de hombros. Le escocía el pecho y la ceja le daba pinchazos. Miró a su tío con desgana, pero un débil brillo en sus oscuros iris Almoravid le dijo que le interesaba la historia que estaba contando.

–Porque los mejores caudillos nunca pueden hacerse amigos de aquellos a quienes capitanean. Los buenos líderes saben que, tarde o temprano, tendrán que enviar a la muerte a aquellos hombres con los que comadorean. Y esos hombres saben que su comandante, más pronto que tarde, les pedirá que se coloquen en primera línea. Así que, Miguel, no trates de hacerte amigos entre tus hombres. No rías sus gracias, no intentes llevarte bien con ellos y nunca, jamás, desobedezcas una orden de tus superiores, si no quieres encontrarte con que ellos lo hagan contigo.

Los hombros de Miguel *txikia* se pusieron en tensión. Miraba a su tío. En esos instantes, Miguel tenía toda su atención.

–¿Sabéis qué debería haber hecho hoy con vos, delante de esos hombres a quienes pretendíais impresionar?

La pregunta se quedó en el aire. Por un instante, pareció que Miguel *txikia* cogía aire para responder, pero el infanzón lo detuvo con su mano.

–A los dieciséis años, no dudó en sublevarse contra su padre. Tomó la inexpugnable fortaleza de Taillebourg en dos días. Conquistó Chipre sin apenas esfuerzo. Fue nombrado comandante de la Tercera Cruzada sin oposición. Y conquistó Loches en tres horas.

Para cuando Miguel terminó esta exposición, su hijo y su sobrino ya sabían de sobra que estaba hablando de Ricardo Corazón de León.

–Nunca supe bien qué tenía de especial aquel hombre, aquel caballero, aquel rey. Tal vez fuera la convicción con la que ejecutaba sus actos, o su personalidad arrolladora, o su gran talento para la estrategia, o el saberse levantar una y otra vez cuando las cosas no salían como él pretendía. Se creó enemigos, sí, pero, al final, hasta estos le mostraban su respeto. Yo lo hubiera dejado todo por seguirlo. Y como yo, cientos de otros.

Esperó unos instantes, con la vista perdida en el pasado, recordando sus andanzas, sus encuentros con Ricardo, su mirada tan azul que quemaba y helaba a la vez. Y recordó a Berenguela, la única persona que, quizá, siempre le había amado tal cual era y cuyo corazón todavía le guardaba fidelidad eterna.

–No sé qué clase de líder queréis ser, Miguel –le dijo de forma directa–. No sé qué habréis hablado con vuestro padre al respecto y creedme si os digo que no me importa y, claramente, no es de mi incumbencia. Pero sé lo que os diría vuestro abuelo de estar aquí. Os diría que fuerais siempre fiel y leal a vuestro apellido. Porque un caudillo puede que no tenga amigos, pero un líder Almoravid tiene a su familia y esta jamás le va a fallar. Siempre le apoyará y le sostendrá. Un Almoravid nunca estará solo porque tendrá detrás de él a sus hermanos, a sus tíos, a sus padres, a sus primos, a sus abuelos... siempre. Y es de allí de donde debéis beber para haceros fuerte. Pero tened muy presente, Miguel, que la familia Almoravid siempre esperará lo mejor de aquel que la acaudilla. Y yo espero de vos mucho más que lo que hoy me habéis demostrado que sabéis hacer.

Otro silencio largo mientras las palabras calaban en la mente de su sobrino.

–Podéis marcharos –les dijo, por fin, Miguel, recostando su cabeza sobre

el tronco de aquel árbol—. Ya hablaremos de la forma en que deberéis recuperar vuestras espadas.

Miguel *txikia* se levantó. Contempló largamente a su tío. Su pecho subía y bajaba con cierta prisa. Respiró hondo y se pasó la lengua por los labios. Bajó la cabeza y apretó los puños. Se giró sobre sí mismo y se encaminó hacia su caballo. Diego dudó unos instantes. Su cuerpo se inclinó hacia su padre y, luego, hacia su montura.

—¿Queréis que os esperemos?

Miguel miró a su hijo unos instantes.

—No. Creo que sabré encontrar el camino yo solo.

Laraine atravesó la puerta de la morada Almoravid, ajena a los movimientos de su esposo. Creía haber sido precavida. Siempre lo era cuando se trataba de Simon. Se fue directa al salón pequeño y se quedó en la puerta. Bastó una débil seña para que su sobrina entendiera. Discretamente, Elvira salió y siguió a su tía. Sus mejillas se habían arrojado y su corazón se agitó de la emoción. No podía creerlo. ¡Había carta de Simon! Se tropezó en un peldaño y a punto estuvo de tirar a su tía, que caminaba delante de ella.

—Tranquilizaos, sobrina.

Entraron en los aposentos de Laraine.

—¿Es Simon? ¿Ha llegado la carta?

Apenas vio la misiva entre los dedos de su tía, Elvira se la arrancó de las manos.

—Subiré en un rato —le dijo a la joven, dejándola un instante de intimidad—, pero sabed que..

—... que descifraréis y leeréis la carta después —concluyó Elvira, con una sonrisa de oreja a oreja.

La muchacha contempló la correspondencia embobada, como si esperara que se pusiera a hablar. Había pasado tanto tiempo que tenía miedo de haber olvidado el rostro de Simon, el sonido de su voz, la forma de sus manos, el color de sus ojos... Se habían conocido al poco de morir su madre, en el verano de 1212. Los ultramontanos que habían participado en la cruzada contra los almohades regresaron antes de que esta concluyese. En su retorno hacia su lugar de origen, descansaron en Pamplona. Lo de descansar era solo una manera de decirlo, porque en realidad, habían puesto la ciudad patas arriba. Y los vecinos de los tres burgos, enfrentados ya entre ellos, habían

aprovechado para saldar viejas deudas, lo que había convertido Pamplona en un campo de batalla. Simon de Bordèu era uno de esos ultramontanos y sus caminos se entrecruzaron en una vieja calle del burgo de la Navarrería, cuando las mujeres Almoravid regresaban de rezar por el alma de su difunta madre en la catedral. Y en ese instante, cuando unos hombres trataban de asaltarlas, apareció Simon. Su compañía le había reconfortado en aquellos días tan tristes para ella. Pero luego regresó García de la batalla de las Navas de Tolosa, y tachó a Simon de Bordèu y a todos los ultramontanos de traidores y cobardes y lo despachó de su casa con cajas destempladas. Y les prohibió volverse a ver. Pero ellos habían mantenido el contacto a lo largo de todos esos meses a través de tía Laraine, a la que habían convertido en su confidente.

Elvira abrió la carta y se recreó en aquellas letras escritas sin sentido. Sonrió. Habían ideado una forma de cifrar su correo para que García nunca pudiera saber que se carteaban. Y nadie en la casa pudiera entender nunca ese mensaje. No había sido una manera muy ingeniosa de hacerlo, tan solo había que mover las letras cinco espacios hacia la derecha para tener la adecuada correspondencia, pero eso les hacía sentirse más libres de expresarse. Rebuscó entre las ropas de su tía hasta hallar el codificador. Se sentó en el escritorio, tomó pluma y tinta y comenzó a transcribir. Si alguien aparecía, habían quedado en que diría que estaba escribiendo una carta para su tía. Se concentró en su tarea y una sonrisa apareció en su rostro.

Laraine vio llegar a los hombres del entrenamiento en tropel. Iñigo salió en ese instante al encuentro de los recién llegados y ella se desentendió del asunto, centrándose en seguir los procesos educativos de los Almoravid más pequeños. Estaba ensimismada escuchando una melodía que Isabel interpretaba con la zanfoña, cuando el rostro iluminado de Elvira se asomó por la puerta. Salió con ella al patio, paseando como solían hacer en busca de un poco de sol.

—¡Viene, tía! —le dijo al oído—. Simon vendrá a principios de mayo.

Laraine se alegró de veras por Elvira. Sin embargo, tal vez no fuera el momento adecuado.

—¿Os ha dicho con qué intención?

—Eso no lo menciona. Solo dice que tiene una sorpresa. ¿No será que ha encontrado a otra mujer?



–Para deciros eso no vendría hasta Pamplona –le dijo para tranquilizarla.

–Eso es cierto. ¡Dios mío, tía! Viene, viene Simon desde Burdeos.

Se cogieron de las manos, guardando en sus corazones aquel secreto que compartían. ¿Habría tiempo suficiente para preparar el camino?, se preguntó Laraine. En ese instante, su hijo y su sobrino mayor entraron a galope por la puerta.

–¡Dios mío! –exclamó Laraine, llevándose la mano al pecho–. ¿Qué os ha ocurrido?

Ni Miguel *txikia* ni Diego contestaron a su pregunta. El primogénito de García se limitó a dar una orden escueta, clara y breve y todos los hombres lo siguieron, incluso Iñigo.

–Algún día se van a matar en estos entrenamientos.

–Tendré que hablar seriamente con mi esposo.

Miguel se puso de pie. No le hacía falta mirar para saber que tenía el tobillo de su pierna herida hinchado. Cojeando, casi a la pata coja, se acercó a su caballo. Subió su pie derecho al estribo y se ayudó con sus manos para auparse. Poco a poco, regresó hacia Pamplona. Cientos de pensamientos revoloteaban por su mente. «García. ¿Dónde se meterá mi hermano durante sus ausencias? Tendré que hablarlo con él. ¿Y Roland? ¿Habría podido rescatar a Nabila? ¿Habría sabido sortear el cerco de los almohades? Laraine y aquella carta. ¿Qué demonios hacía Laraine con aquel hombre? ¿Y de quién es la carta que ha ido a buscar fuera de la muralla y de la seguridad de Pamplona? Todo a su tiempo. Miguel *txikia*. Diego... La vida no da tregua. Da igual que seas alto, bajo, joven o viejo. Todos los días presenta su batalla y más te vale tener la mente ágil y la espada pronta. Hoy levantamos castillos que mañana tumba el aire de un solo soplido. Y vuelta a empezar cada amanecer. A veces, tengo la impresión de que nada de lo que hemos hecho antes sirve. Tenía que haber azotado a Miguel *txikia*. No, no es como yo. ¿Por qué esa rebeldía ahora? ¿Por García? García, ¿dónde estás? Es curioso que siempre aparezcáis cuando los Infanzones izan apellido, pero que os alejéis constantemente de vuestro apellido». Se frotó la barba. Y decidió concentrarse en no pensar en nada, para ver si se disipaba el dolor de su pierna.

Le pareció escuchar unos gritos. Su oído, siempre listo para percibir gritos de socorro, le hizo espolear su caballo. Nunca se imaginó que pudiera encontrar lo que vieron sus ojos.

—¡Qué demonios...!

Su tío Iñigo llegó hasta el lugar por el que había aparecido Miguel.

—No tengo ni idea de lo que ha sucedido hoy —le dijo, guiñándole el ojo—, pero os juro que hacía tiempo que no veía a los Almoravid emplearse así. No desde los tiempos en que García y vos peleabais por ser los mejores.

Miguel contempló con sus ojos aquel pequeño trozo de tierra por el que un puñado de hombres, agrupados bajo los mandos de Diego y de Miguel *txikia*, se desvivían por derrotar a los otros.

Desembarcaron en la casa con los cuerpos cansados, los rostros cruzados de sangre y sudor y envueltos en silencio. Realmente parecían venir de una batalla y no llegaban muy bien parados. Laraine asistió boquiabierta al desfile, pero reaccionó enseguida. La siciliana ordenó al servicio que pusiera agua a hervir de inmediato y preparara vino, ungüentos, cataplasmas, tisanas... Luego envió a un sirviente a buscar a Oria. Ella sola no iba a poder ocuparse de todos. Los hombres se pusieron en fila. Los más graves, los primeros. Diego y Miguel *txikia*, los últimos.

Miguel entró en la casa renqueante, arrastrando su pierna. Laraine parecía haber tomado el mando y el trajín de la casa era ordenado. Todos obedecían sus indicaciones. El de Grez contempló a su esposa unos instantes, en silencio, sentado en el tercer escalón de las escaleras. Cuando la dama se perdió en el salón pequeño —el improvisado dispensario médico que había organizado—, Miguel comenzó el ascenso hacia sus aposentos. Miró hacia arriba calculando el esfuerzo que aquella maniobra le iba a suponer. Sentado como estaba y, con ayuda de sus manos, arrastró su trasero peldaño a peldaño. Al llegar arriba, se puso en pie y avanzó hasta la puerta cojeando. Miró la cama. Ciertamente le atraía dejarse caer sobre ella, pero su mente tenía otro objetivo. Nunca había husmeado entre las pertenencias de su esposa. Le parecía raro hacerlo en ese momento, pero... Miró a su alrededor para calcular por dónde empezar a buscar. Registró el lado de la cama donde dormía su esposa, rebuscó entre sus peines y joyas y después empezó con los cajones. Comenzó por el último y allí, en medio de una de sus camisas, encontró una carta. La tomó en las manos y la desplegó. No tenía fecha, ni firma. Comenzó a leerla... pero no pudo hacerlo. «¿Qué extraña lengua es esta?». Pensó que podía tratarse del mesapio, el idioma que, aunque extinto, su mujer dominaba. Sin embargo, lo poco que conocía de él le decía que no se trataba de ese idioma. ¿Entonces?

Se sentó en la cama y releyó una y otra vez aquellas letras. Llegó a la conclusión de que aquella carta no estaba escrita en latín, tampoco era griego, ni árabe, ni romance navarro, ni en la lengua de oc, ni en la de oil, ni en inglés... «¿Entonces, qué demonios estoy leyendo?». Desvió la vista de la carta y respiró profundo, mientras su mente trabajaba frenéticamente. Y no solo se ocupaba de descifrar lo que aquellas palabras podían decir, sino que barajaba distintas posibilidades sobre quién sería el emisor de aquel mensaje. Y las conclusiones a las que su cabeza llegaba no eran muy alentadoras.

Un ruido le alertó de la presencia de alguien. Dobló rápidamente la carta y la introdujo entre la camisa, tal y como estaba. Con su pie derecho empujó el cajón y se tumbó en la cama justo en el momento en que la puerta se abría. Entró Laraine. Iba despeinada y las arrugas de su entrecejo se habían acentuado. Sin embargo, su belleza había madurado a la par que ella. Miguel sintió un escalofrío al enfrentar sus ojos.

—¿Qué se supone que es esta locura? Al veros entrar a todos he creído que os había atacado una hueste entera o que habíais participado en una de esas batidas vuestras de los infanzones, pero los hombres dicen que se trataba de un entrenamiento.

Laraine hizo un repaso rápido del cuerpo de su marido mientras hablaba y, por último, se centró en su pierna derecha.

—¿Se puede saber en qué estabais pensando, Miguel?

«¿Queréis saber en qué estoy pensando?».

—El guardia de la puerta del Abrevador me ha dicho que os vio salir esta mañana de la ciudad —le dijo tomando su mano.

Laraine esbozó una mueca parecida a una sonrisa.

—Creo que se ha equivocado.

—¿No habéis salido hoy de la ciudad?

—¡Claro que no! —le dijo mientras fijaba su vista en la cesta preparada para las curas—. El viejo guardia me ha debido confundir con otra.

Miguel la soltó. «¿Qué escondéis, Laraine?».

—¿Son necesarios estos entrenamientos extremos, Miguel? —le dijo mientras le quitaba la bota.

El infanzón apretó los dientes mientras lo hacía. Apareció un tobillo totalmente hinchado, que ya había empezado a amoratarse. Laraine apretó sin compasión, buscando una fractura que, para su alivio y el de Miguel, no encontró. Pero el dolor fue tremendo. Miguel se tumbó en la cama. Ella lo

miró. Y esa mirada le reprochaba ser un inconsciente y un imprudente.

–Esto os aliviará –le dijo sacando un unguento de la cesta.

–Yo me lo pondré –le respondió Miguel–. Vos tenéis muchos asuntos de los que ocuparos.

La siciliana se extrañó. Su esposo nunca había eludido sus atenciones médicas, pero se retiró dejándolo solo. Era cierto que había decenas de asuntos de los que ocuparse.

Miguel cerró los ojos. Se retorció de dolor, pero al menos sabía que no tenía ningún hueso fracturado. Se untó el tobillo con el unguento que le había dado Laraine. Poco después, para su alivio, el dolor comenzó a disminuir. Se levantó y retomó su búsqueda entre los enseres de su esposa. Le había mentido. Laraine le había mentido. Él mismo había sentido el temblor de su mano cuando le había dicho que el guardia de la puerta la había visto salir. Él mismo la había oído decir «el viejo guardia me ha debido confundir con otra». Efectivamente, había sido el viejo guardia el que se lo había dicho. «¡Maldita sea!». Y a pesar de las evidencias, Miguel estaba seguro de que la hubiera creído. Porque, como dijo Julio César, los hombres tienden a creer aquello que les conviene. Y a Miguel le convenía creer que su esposa no le guardaba secretos como ¿un amante? Tenía que averiguar lo que decía esa misiva. Y debía hacerlo pronto.

Sacó de nuevo la carta pero, esta vez, tomó también pluma, tinta y pergamino y copió el texto. De la rabia, a punto estuvo de derramar todo el contenido del tintero. Devolvió la misiva original a su sitio y guardó la copia en el zurrón que siempre tenía preparado para salir de viaje. Cerró los ojos un instante, aguantando el dolor. De tanto como había releído aquellas letras, se las empezaba a saber de memoria. Se lanzó a registrar el resto de la habitación aunque no sabía bien qué buscaba. ¿Una prueba? ¿Otra carta? Si tan solo encontrara la forma de averiguar lo que decía ese texto... Alguien se había guardado muy bien de esconder ese mensaje. Se detuvo en medio de la habitación. «Tal vez... Julio César... tal vez...». Abrió su zurrón y extrajo el pergamino que acababa de copiar. De un par de saltos se plantó de nuevo en el escritorio. ¿Y si la carta estaba codificada? ¿Cuál era el modo en que Julio César cifraba sus mensajes? Desplazaba las letras un cierto número de posiciones. ¿Y si...? ¿Pero, cuántas? Iba a necesitar más pergaminos. Comenzó por una, luego lo intentó con dos, con tres, con cuatro, sin que el mensaje tuviera sentido. Pero a la quinta... funcionó. Y, ojalá que no lo hubiera hecho. La sangre subió a su cara. Se sentía furioso y traicionado. Su

mundo empezó a resquebrajarse. Iba a buscar a ese maldito hombre, fuera quien fuera, y una vez lo tuviera delante... En mayo. Vendría a principios de mayo a Pamplona. Suficiente tiempo para madurar su venganza.

Estaba solo en el salón. El fuego a punto de extinguirse y una copa sujeta a su mano izquierda, vacía. Tenía la mirada perdida y la pierna derecha en alto. Laraine le había aconsejado que la mantuviera así y que no la apoyara en el suelo. Le había hecho caso en eso, pero no había sido capaz de subir a la habitación con ella y compartir su lecho. No aquella noche. «Os echo de menos, no sabéis cuánto. Nos veremos pronto. A principios de mayo. De mayo». Las palabras bailaban en su mente algo turbia a causa del vino ingerido, mientras su parte todavía serena negaba lo que parecía ser una certeza. Sobre los troncos heridos de muerte de la hoguera, los últimos rescoldos se precipitaban en lenta agonía, su ardor rojo a punto de extinguirse. Había dejado su espada cerca de él, siempre a mano para ser esgrimida. A la derecha de la chimenea, descansando en perpendicular al suelo, aguardaban las de su sobrino y su hijo. Aquel no había sido un buen día. La casa estaba en silencio. Todos sus moradores se habían retirado ya a descansar, excepto su hermano, que llevaba tres días sin dar señales de vida.

Sintió sus ojos pesados, a punto de cerrarse. Una silueta imprecisa se dibujó en la puerta. La copa se escurrió de su mano. Sonó a barro haciéndose añicos. Las palabras murieron en su boca pastosa. Asió su espada y trató de ponerse en pie.

Se despertó de golpe. Sus ideas tardaron en asentarse en su cabeza dolorida. Y, cuando lo hicieron, sintió el desasosiego de una traición que llamaba a su puerta. Estaba solo. Laraine había corrido las cortinas para que la luz no le molestara. Se sentó en la cama. No recordaba cómo había llegado a su alcoba. Su intención era haber pasado la noche en el salón pequeño, acompañado por el silencio de su propia soledad. Recordaba vagamente una silueta y luego... nada. El ambiente en la habitación era frío. Descubrió sus piernas. Laraine debía haberle untado el tobillo con uno de sus ungüentos, porque una capa gruesa de algún mejunje de extraño aroma lo cubría por entero. No sentía dolor y la hinchazón prácticamente había desaparecido. Se levantó con cuidado. Descorrió las cortinas. La repentina luz le hizo cerrar los ojos. Alguien le había dejado agua preparada y ropa limpia. Se aprestó a

lavarse y a vestirse. Bajó las escaleras con cuidado de no apoyar el pie. Los hombres desayunaban en el salón pequeño. Cuando entró, se hizo el silencio. Miguel miró a su sobrino y a su hijo, sentados en una mesa aparte. Se levantaron cuando lo vieron. Los hombres, lo hicieron también, pero estos para marcharse tras saludar al de Grez.

–Buenos días.

–Buenos días, tío. Diego y yo estamos dispuestos para recibir nuestro castigo y esperamos de vos que nos mostréis la manera de recuperar nuestras armas.

Luisa, la sirvienta que había sustituido a Toda en las labores de la casa, entró en esos instantes con una bandeja de comida.

–Señor, vuestro desayuno –le anunció.

–¿Ha regresado mi hermano, Luisa?

–Lo siento, señor. Don García no ha regresado todavía.

Miguel asintió.

–Deja aquí la bandeja –le pidió.

El infanzón esperó a que se escuchara el ruido de la puerta e invitó a los dos jóvenes a sentarse.

–¿E Iñigo? –les preguntó tras un buen rato de silencio incómodo.

–Le prometió a Clemencia que la llevaría a ver la nieve a la montaña. Están haciendo los preparativos.

–Quiero a los hombres listos en el patio inmediatamente.

–¿Haremos una salida?

–El entrenamiento será hoy aquí.

Diego y Miguel *txikia* se levantaron y se fueron. Miguel apreció la mirada que los dos dirigían de reojo a sus espadas, que aguardaban cerca de la chimenea. Se quedó solo, tragándose su malestar y las turbulencias que agitaban su alma.

Los hombres estaban formados en el patio. Dos filas, una enfrente de la otra. Aguardaban pertrechados con uniformes de entrenamiento, sus espadas y los escudos, donde el emblema de los Almoravid –un campo dorado con tres bastones de azur–, lucía bajo los primeros rayos de sol de aquella mañana despejada. Miguel *txikia* miró a su primo cuando vio a Miguel y a Iñigo asomarse por la puerta. Los dos hablaban serios y los jóvenes se preguntaron

si su destino se estaría decidiendo en aquellos instantes. Cuando los vieron avanzar hacia ellos, los dos se acercaron. Hubo un instante en que los cuatro se miraron. Fue Miguel *txikia* quien se adelantó.

–Desobedecimos vuestras órdenes –dijo el primogénito de García– delante de nuestros hombres, así que es justo que recibamos el castigo delante de ellos.

Y diciendo esto, los dos jóvenes se quitaron la camisa y sus torsos quedaron desnudos. Miguel *txikia* tomó un látigo de los de azucar a los caballos y lo puso en las manos de su tío. Miguel observó a ambos. Las secuelas del último entrenamiento surcaban sus carnes y sus rostros. Parecían muy decididos a recuperar el respeto que habían perdido a los ojos de Miguel. El infanzón cerró su mano sobre el látigo. Su sobrino y su hijo se volvieron de espaldas. Miguel miró a Iñigo y dejó el instrumento de castigo en sus manos mientras él, a su vez, se despojaba de sus protecciones de cuero y de su camisa, dejando su espalda y su pecho al descubierto.

–Vos primero –le dijo Miguel a su tío Iñigo.

Diego y Miguel *txikia* se giraron al escuchar aquello. Había una sonrisa extraña marcada en el rostro de ambos adultos que les hizo preguntarse si no estarían pasando algo por alto.

–Vos primero –anunció entonces Iñigo, dejando el látigo en manos de su sobrino y quitándose de igual modo la ropa.

Iñigo le dio la espalda a Miguel. Este agitó el látigo y lo hizo restallar sobre la espalda de su tío una vez. Luego Iñigo se volvió e hizo lo mismo sobre el espaldar de su sobrino. Diego y Miguel *txikia* se quedaron con la boca abierta sin saber qué decir o hacer. Por fin, el heredero Almoravid logró sobreponerse a los locos latidos de su corazón mientras la roja sangre manaba de las heridas de las espaldas de sus tíos. Dio un paso al frente, tomó el látigo de manos de Iñigo y se lo dio a Diego.

–Vos primero –le dijo muy serio.

Un leve temblor invadió la mano del joven. Miró a su padre y después a la espalda desnuda de su primo. Sabía que decenas de ojos lo miraban. Dio dos pasos atrás y se colocó en posición. Su brazo se movió hacia arriba.

–¡Suficiente! –dijo Miguel, cogiendo el látigo y guardándolo.

Los dos fueron a protestar, pero Miguel levantó su mano en un gesto inequívoco de autoridad.

–Volved a la formación. Quiero un enfrentamiento por parejas y vos –le

dijo a su sobrino— dirigiréis los movimientos de ataques y respuestas.

—Ya lo habéis oído —dijo Miguel *txikia* muy serio, mientras su tío se colocaba de pie, al frente de las dos filas de hombres, aguantando el dolor de su espalda y la incomodidad de su pierna.

Laraine entró en la morada Almoravid justo en el instante en que el látigo descargaba sobre las carnes de su esposo. Se le puso la carne de gallina y su semblante se tornó adusto. Notó un rayo atravesar su propia espalda y se encogió. Llegaba de rezar en Santa Cecilia y apenas había tenido tiempo de hacerse una composición de lo que había ocurrido. Cuando Iñigo entró en la casa, ella lo siguió, preguntándole qué era lo que les ocurría últimamente a los hombres de la familia.

—Nada que deba alterar vuestras rutinas, os lo aseguro.

La dama suspiró. Iñigo le daba evasivas, como sabía que haría su esposo si se lo preguntaba. Nadie podía inmiscuirse en sus asuntos. Tenían sus propias reglas. Molesta, se alejó hacia sus habitaciones.

—¿Seríais tan amable de mirar...? —le atajó Iñigo.

—Subid —le dijo algo hastiada. Empezaba a cansarse de tener que curar heridas innecesarias.

Iñigo se sentó en un taburete al lado de la ventana, donde más luz había. Laraine empapó una tela limpia en vino y limpió la herida del ricohombre. Repitió la operación varias veces dando suaves golpecitos. La herida era corta y limpia. Cicatrizaría bien y dejaría una marca que se uniría a las otras que formaban el historial guerrero de aquel valiente milites. Laraine no pudo menos que preguntarse cuántas de ellas habrían sido en vano, cuántos de aquellos golpes y heridas podían haberse evitado. Secó la herida y se dio por satisfecha. Iñigo se puso en pie y, murmurando un rápido gracias, desapareció. A través de la ventana se escuchaba el chinchineo de las espadas manejadas siguiendo las órdenes del que sería el siguiente señor de aquella casa, de aquel que debía mantener el honor del apellido Almoravid en la posición que se merecía. Miguel, quieto cual estatua, observaba con actitud seria. De vez en cuando, su voz se unía a la de su sobrino, enviando alguna indicación concreta. Se quedó allí quieta, en la ventana, observando el movimiento del pecho de su esposo que subía y bajaba lentamente, calmado. Le pareció que elevaba su vista hacia la ventana pero, si lo hizo, la desvió enseguida.

Corrió las cortinas y cerró los ojos. Los días pasaban sin noticias de



Roland. Quería creer que la ausencia de notificaciones era en sí misma una buena noticia, pero anhelaba el momento de poder besar a su hijo en la frente.

Al escuchar el sonido de la puerta, Elvira se sobresaltó. Y al ver la silueta de su tío Miguel en el umbral, su corazón se encogió dentro de su pecho.

—¿Qué hacéis aquí?

Elvira escondió precipitadamente la carta iniciada y el pergamino con las claves de la escritura, debajo de la original. Su rostro se tornó carmesí.

—Solo escribo una carta que me ha pedido la tía Laraine.

—¿Ah, sí?

La joven agachó la cabeza, apenas se atrevía a encarar a su tío, que se acercaba por detrás de ella.

—Tal vez no os importe continuarla después.

—Por supuesto que no, tío.

Miguel se quedó clavado allí mientras le decía que no hacía falta que se llevara nada, que él terminaría enseguida. Elvira escondió a toda prisa la carta y las claves debajo de su brial. Se levantó tan rápido que a punto estuvo de derramar la tinta. Su tío la agarró suavemente por la muñeca. Había visto perfectamente la maniobra de su sobrina y el azoramiento de esta.

—¿Para quién es la carta? —le preguntó.

Estaba tan cerca de ella que Elvira no tuvo más remedio que mirarlo directamente a la cara y mentirle.

—Para Roland y Alejandro.

—¿Y no puede hacerlo ella?

—Dice que yo tengo mejor letra y más paciencia, y mejor vista.

—Ya —dijo Miguel soltando su muñeca—. No tardaré.

La joven se alejó a toda prisa y cerró la puerta tras de sí. Se encerró en su cuarto, mientras el corazón amenazaba con explotar.

Miguel tomó en sus manos la carta que había iniciado su sobrina. «¡Mejor letra, más paciencia y más vista!». No se movió cuando escuchó unos golpes en la puerta y la voz de su esposa, que le preguntaba si estaba dentro. Laraine entró con paso decidido y tocó la espalda de Miguel.

—¡Estáis helado!

El infanzón se giró hacia ella con la carta en la mano.

—Elvira dice que le habéis mandado escribir una carta.

–Sí –admitió, cómplice–, ando escasa de tiempo.

–¿Para escribir a vuestro hijo?

–Mi vista ya no es la de antes, Miguel. Me canso. Y Elvira tiene mejor letra que yo.

–¿Así que lo admitís?

Laraine se quedó sin saber qué decir. Miguel dejó la carta en el escritorio y se fue. «Hxofppfjm Pfhnk». Ese era el comienzo.

Se abalanzó sobre las escaleras todo lo deprisa que su pierna le dejó. Llevaba la mandíbula apretada y el puño derecho fuertemente cerrado. No esperaba a mayo. Encontraría al correo y ajustaría cuentas inmediatamente. Las palabras de Laraine, pronunciando su nombre desde la puerta de su alcoba, colgaban de sus espuelas de oro, mientras él trataba de pisarlas. En el zaguán, casi se choca con uno de los criados.

–Ha llegado un emisario real. Os aguarda en el salón pequeño, señor.

El de Grez miró hacia la puerta que le acababa de señalar y después fijó su vista en el anillo que orlaba el dedo índice de su mano izquierda, regalo envenenado del rey Sancho; fidelidad debida en mal momento. Se dirigió hacia el salón, renqueante. Un escudero con el emblema del águila negra en el pecho se levantó de inmediato.

–Mi señor, el rey me envía a buscaros. Os emplaza en Obanos, mañana, a la hora tercia –le comunicó poniendo en sus manos un pergamino enrollado, lacrado con el sello real.

Miguel leyó las breves líneas con las órdenes del rey.

–¿Te ha dicho don Sancho cuál es el motivo de esta reunión?

–No, señor.

–Está bien. Os acompañaré a las cocinas para que os den agua y comida y todo cuanto necesitéis –dijo, frustrado. Su caza debería esperar.

Miguel buscó a Nicolás, el siervo que había sustituido a Domingo. Le ordenó que fuera a buscar a su hijo y a su sobrino y les dijera que debían presentarse ante él de inmediato en el salón pequeño y que después preparara su equipaje para partir de inmediato. Los dos aludidos se presentaron ante él, rápidos como el rayo.

–¿Ocurre algo, *aita*?

–Debo partir.

–¿Queréis que os acompañemos?

Miguel miró a través de la puerta abierta. Allí estaba Laraine. «El peor de

los momentos».

–No –dijo, mientras cerraba la puerta–. Antes me habéis preguntado por la manera de recuperar vuestras espadas –los dos jóvenes se pusieron rígidos–. Hay rumores sobre maniobras y ataques entre los burgos, de nuevo. Quiero que no dejéis salir a ninguna mujer Almoravid sola de esta casa. ¿Ha quedado claro? Quiero que acompañéis a Laraine, a Elvira, a Isabel, a Magdalena o a Clemencia a cualquier sitio al que vayan. Es una orden. Una orden Almoravid. ¿Queréis vuestras espadas? Pues cumplid mi orden.

Miguel salió al zaguán. Nicolás estaba ya allí, junto a Laraine, quien esperaba una explicación de su esposo. Pero este no estaba dispuesto a dársela. No en aquel instante. Miró a su hijo y a su sobrino.

–Ninguna, a ningún sitio sola. ¿De acuerdo?

–Tenéis nuestra palabra.

–¡Miguel! –Laraine hizo un último intento.

–He de marcharme –dijo, mientras se ponía una camisa y una túnica de viaje sobre su espalda lacerada.

–¿Qué está ocurriendo? –Elvira se acercó a su tía y se agarró a su brazo.

–El tío cree que puede haber escaramuzas entre los burgos de Pamplona. Nos ha ordenado que no os dejemos salir solas. Debemos acompañaros siempre que tengáis intenciones de abandonar el feudo Almoravid. Diego o yo debemos escoltaros. Así que quiero que nos informéis de cualquiera de vuestras salidas, incluidas las visitas a Santa Cecilia o a la catedral –contestó su hermano muy serio.

La mano de Elvira tembló sobre la de su tía y la miró compungida.

–¿Creéis que el tío sospecha...?

–Aquí no –le susurró.

Su prioridad era encontrar al hombre con quien su esposa se había citado el día anterior y pedirle explicaciones. Hubiera sido fácil esperar a que su sobrina concluyera la redacción de la carta y seguir a Laraine cuando esta tratara de contactar de nuevo con el correo. Pero la inoportuna llamada del rey había desbaratado sus planes. El camino hacia Obanos, aunque corto, fue agónico; con sus pensamientos lanzados a elucubrar decenas de situaciones. Tan pronto pensaba que habría una explicación lógica –distinta a la traición– para el comportamiento de su esposa, como se rendía a la evidencia de los hechos. En el silencio de aquella pequeña posada donde pasó la noche, las

pocas letras que había trazado su sobrina bailaban delante de sus ojos. Y, cuando estas tomaron forma, tras descifrarlas, sintió como si alguien hubiera apuñalado su corazón: «Karissimo Simon».

Arrugó el papel, donde la traición había quedado marcada y lo arrojó a la chimenea. Se quedó allí clavado, con el brazo izquierdo apoyado en el alféizar y los pies muy cerca del fuego, mientras la marca de la deslealtad rugía entre las llamas y su corazón se cargaba de hielo y rabia. Estaba furioso. Si los hubiera tenido delante en ese momento, los habría matado a todos. A Laraine, al hombre que le había entregado la carta y al emisor de esta, a Simon. Y también a Elvira. A los cuatro. Se sentó en el camastro, hundido, mordido por los afilados dientes de la traición y el resquemor amargo que esta dibuja en el alma. Solo esperaba que Diego y Miguel *txikia* cumplieran su cometido y eso impidiera a Laraine entregar la carta que Elvira estaba escribiendo al infame correo que aguardaba entre las sombras de alguno de los burgos de Pamplona. Con su orden, había comprado un poco de tiempo. Esperaba que fuera suficiente.

Se despertó agotado, como si aquella fuera la noche que prosigue a una batalla; devorado por sus propios demonios que hacen carnaza en los corazones heridos y trazan lúgubres pinceladas en las almas abatidas. El escudero de don Sancho lo estaba esperando en una de las mesas de la posada. Aguardaba relajado, mordisqueando un trozo de hueso en busca de los últimos restos de carne.

—¿Cómo sabíais dónde me encontraba? —le preguntó Miguel, que había elegido Puente la Reina para pasar la noche en lugar del propio Obanos.

—Conozco bien estos lugares y estos lugares me conocen bien a mí.

Un personaje críptico. Lo que faltaba para alegrarle el día.

—Y decidme, conocedor de estos lugares, ¿os ha ordenado el rey que me siguierais?

—Don Sancho quiere asegurarse de que llegáis a tiempo a Obanos.

—Pues lo he hecho.

—Todavía no habéis llegado. Comed algo. Os esperaré fuera.

Se sentó en el asiento que acababa de dejar libre el escudero. La luz de una pequeña ventana incidió sobre su rostro, resaltando sus ojeras, su pelo aún revuelto y largo y su barba poblada en la que empezaba a destacarse alguna hebra plateada. Sus ojos oscuros habían perdido su brillo característico. En esos momentos no se sentía el hombre que lo puede todo, que está dispuesto a

levantarse una y otra vez por muy difícil que sea la empresa en la que se haya comprometido. En esos instantes, era más bien un caballero pisoteado por las pasiones humanas. ¿Tanto había cambiado como para que Laraine prefiriera las atenciones de otro? ¿Por qué lo castigaba? ¿Acaso se sentía desatendida? La voz del posadero le hizo fijar su atención en el presente. Eso es lo que debía hacer, lo que siempre había hecho.

–Aquí tenéis.

El infanzón miró la copiosa bandeja que le había preparado, digna de un rey. Observó al hombre con suspicacia.

–¿Todo esto para mí?

–Elegid lo que más os guste. Está todo pagado.

Se perdió de nuevo en elucubraciones. Pero esta vez no pensó en su esposa, sino en las bendiciones que el rey le enviaba por delante. Muy serio debía ser pues el asunto que lo reclamaba ante su presencia. Se quitó el aro de oro que portaba su dedo índice de la mano derecha y lo hizo girar entre sus dedos. Comió con fruición, pero bebió con moderación. El vino no era un buen refugio para su alma. Necesitaba estar lúcido, pensar con claridad. ¿Cuántas veces había aconsejado prudencia y calma para los actos de otros? Decenas. ¿Por qué le costaba tanto aplicarse a él la recomendación? Sus labios iniciaron el esbozo de una cínica sonrisa.

Dio por terminada su comida, dejó una propina al posadero y salió al exterior. Un pinchazo en su tobillo le recordó el reciente percance con su hijo y su sobrino y una molestia en su espalda, la estupidez de la aplicación de su propio castigo. ¿Serviría de algo? El escudero le aguardaba en el exterior, paciente. Miguel se limitó a seguirlo hasta Obanos.

Como si lo hubiera calculado con precisión de hechicero, el escudero lo dejó en la puerta del edificio donde se reunía la hermandad de Infanzones en Obanos, justo a la hora tercia. Miguel dejó las riendas de su caballo en sus manos y entró en la sala de reuniones. Para su sorpresa, todos los miembros de la hermandad estaban sentados, esperándolo. Miró con inquietud tanta solemnidad en medio de un silencio tan inusitado como sorprendente, para unas gentes que compartían unos ideales de amistad y defensa mutua. Repasó con la mirada, uno a uno, los componentes de esa larga fila de hombres. Descubrió seriedad en García Martínez de Lerín, severidad en el gesto hosco de Martín Garceiz de Eusa y cierta condescendencia en Lope Arceiz de Arce. Sin embargo, le fue imposible descifrar ese gesto siempre tan transparente de

Álvaro. Y eso lo puso en alerta. Siguió el repaso. Todos las miradas confluían en él. Parecían expectantes por saber si lo había notado, si se había fijado en que su hermano no estaba allí, en que era el único que faltaba y que el rey Sancho ocupaba un puesto en esa mesa, a pesar de que, a veces, no estaba totalmente de acuerdo con las funciones de la hermandad que aquellos hombres habían creado. Todos querían saber qué iba a hacer cuando descubriera que tan solo quedaba una silla libre y que esa silla no era para García.

–Buenos días, vuestra majestad –saludó con una breve reverencia. Su intervención rompió el silencio irritante, pero trajo mayor incomodidad cuando sus palabras murieron.

–Tomad asiento, don Miguel –la voz de don Sancho sonó con autoridad.

El rey miró hacia atrás. Uno de sus sirvientes se adelantó entonces y llevó unos pergaminos a Miguel. Este clavó su vista en ellos.

–¿Sabéis qué son?

El de Grez tomó el primero de ellos. «Últimamente los pergaminos son portadores de estremecedoras nuevas para mí». Leyó el primero de ellos. Había supuesto que podía suceder, pero contaba con haber enderezado el rumbo de los acontecimientos, antes de que fuera demasiado tarde. Al parecer, no había actuado con la rapidez que ese caso requería. El comportamiento de su hermano solo podía llevar a lo que tenía delante de él. Aquellos pergaminos recogían decenas de quejas de su actitud, de su conducta poco caballerosa, de sus prácticas abusivas. Se tomó su tiempo y leyó cada una de aquellas palabras en las que grotescamente bailaba la realidad de la actuación de un alma sufriente, pero para la que no había excusas. Alargó el momento de concluir su lectura, prolongando la agonía de los hombres que aguardaban en silencio. Ellos también lo traicionaban. Ni uno de ellos se había atrevido a avisarle. Ninguno. Ni siquiera Álvaro, quien se jactaba de ser su amigo y que pretendía que las familias Subiza y Almoravid emparentaran a través del casamiento de su hijo Pedro con Isabel, su hija.

Por fin, elevó su vista hacia el rey. Se hacía viejo, como él mismo. Su figura atlética comenzaba a verse vencida por los excesos de comidas y bebidas. Su barriga se pronunciaba por debajo de su cinturón. Pero su larga espada seguía siendo tan intimidante como su propia presencia.

–Comparezco hoy aquí a petición de todos los miembros de esta hermandad, Miguel. Y, a la vista de los hechos que vos mismo tenéis delante,

creo que mi presencia aquí es más que justificada. Los abusos de vuestro hermano no pueden continuar. ¿Ensañarse con cadáveres?

–Con todos mis respetos, vuestra majestad, no hay pruebas de que fuera él... –Miguel salió en defensa de García, pero un gesto del monarca le hizo callar.

–Estaréis de acuerdo conmigo en que, en estas circunstancias, vuestro hermano no puede seguir siendo el *buruzagi* de esta hermandad. No toleraré más abusos de poder.

Miguel miró su anillo, el rey lo hizo también, y una oleada de impotencia se cruzó en su pecho. Don Sancho continuó hablando.

–La Junta de los Infanzones deberá elegir a otro sobrejuntero, cuyo nombre será expuesto a mi aprobación. Y después al hombre que estará al frente de la hermandad como cabo y que yo habré de sancionar también. Ahora, si alguno de vosotros tiene alguna sugerencia sobre el hombre que debe sustituir a García Almoravid, me gustaría escucharlo.

Tras un corto silencio, García Martínez de Lerín se levantó. Carraspeó un par de veces antes de hablar.

–Yo propongo a don Miguel de Grez para ambos puestos.

–Yo secundo la propuesta –dijo don Lope.

–Y yo.

Se escucharon tantas voces de apoyo a la candidatura como miembros había en la Junta. Tras escuchar todas las voces, Miguel se levantó muy lentamente. Respiró profundamente antes de dirigirse a todos ellos, tejiendo de nuevo una capa de silencio a su alrededor.

–Y yo declino vuestra propuesta –dijo con voz calma y clara, pero su discurso se fue calentando conforme hablaba–. No aceptaré el cargo que me proponéis. ¿Acaso creéis que podéis traerme aquí tras fraguar una conspiración contra mi hermano y pretender que yo ocupe su lugar? Si alguno de vosotros ha pensado que vuestro ofrecimiento puede hacerme olvidar la conjura aquí maquinada estáis muy equivocados.

–No negaréis que el comportamiento de vuestro hermano es inadecuado para los intereses de nuestra Junta.

–No, no lo niego. Pero ni siquiera habéis tenido agallas para traerlo aquí y decírselo a la cara y yo he venido creyendo que era el rey quien me llamaba. ¿Es que tanto miedo os da García?

–¿Acaso no lo tenéis vos mismo? ¿Acaso no es temor a vuestro hermano lo

que os impide aceptar este cargo? –inquirió Martín Garceiz de Eusa.

–Os equivocáis –dijo Miguel apoyando sus manos sobre los pergaminos recriminatorios contra García–. No, no tengo miedo de enfrentarme a mi hermano. Lo que tengo es honor. Honor Almoravid. Reconozco que su comportamiento no ha sido ejemplar en los últimos tiempos, pero jamás, entendedlo bien todos, jamás quitaré a mi hermano de un puesto que se ha ganado por méritos propios, para ponerme yo en su lugar. Mi propuesta es don Lope Garceiz de Arce. Creo que es el hombre que debe ocupar el cargo de *sobrejuntero* y de *buruzagi*. Y ahora, si me disculpáis, os dejaré a solas para que podáis votar sin presiones Almoravid. De cualquier forma, aceptaré cualquier otro candidato mientras este no sea yo. Con vuestra venia, vuestra majestad –dijo inclinándose ante el rey y abandonando la sala.

Álvaro Yenéguez de Subiza lo encontró poco después en las lindes de Obanos, cerca de la iglesia. Estaba sentado al cobijo de un árbol cuyas ramas se balanceaban al son del viento. Su entrecejo fruncido le mostró el tremendo enfado que cargaba su cuerpo. Miguel se sentía abatido y solo. Los hechos se estaban precipitando con pasmosa ferocidad. Laraine se alejaba de su corazón, de su vida; Roland... a saber en qué peligros andaría metido; Miguel *txikia* se sublevaba ante la ausencia de autoridad y responsabilidad de su padre; García penaba bajo el peso de sus pecados; Elvira confabulaba con su tía; los junteros le habían traicionado y él... acababa de renunciar al puesto que tanto había ansiado ejercer: acababa de declinar el ofrecimiento a ser *buruzagi* de la Junta de Infanzones. ¿Y todo por qué? Por una lealtad que García no merecía en esos momentos. Pero le había hecho una promesa a su padre adoptivo, a don Fortún. Y era una promesa Almoravid. Álvaro se sentó a su lado.

–No sé cómo lo habéis hecho, pero os habéis salido con la vuestra. Don Lope será el nuevo *buruzagi*.

Miguel giró su cabeza y se encontró con la mirada gris, protectora y calma de su amigo.

–¿Por qué no me dijisteis nada sobre esta...?

–¿Reunión? Os juro que nada sabía sobre ella. Si tan solo lo hubiera sospechado, bien sabéis que habríais sido el primero en tener conocimiento de ello.

Miguel recostó la cabeza en el tronco y miró al frente. La silueta de la



iglesia octogonal de Eunate era bien visible en la distancia. En ella centró su vista.

—¿Sabéis dónde está vuestro hermano?

El infanzón negó con la cabeza. Nada sabía de García desde hacía tiempo.

—¿Cómo se lo tomará?

—Es difícil saberlo.

## LAS MARCAS DE LA MUERTE

*Però ch'amore non si pò vedere  
E no si tratta corporalmente,  
Manti ne son di sì folle sapere  
Che credono ch'amor sia niënte.*

*Ma po'ch'amore si face sentire  
Dentro al cor signoreggiar la gente  
Molto maggiore presio de [ve] avere  
Che se'l vedessen visibilmente.*

*Per la vertute de la calamita  
Como lo ferro atra no si vede,  
Ma si lo tira signorevolmente;*

*E questa cosa a credere mi'nvita  
Ch'amore sia; e dàmi grande fede  
Che tuttor sia creduto fra la gente.*

***Pier della Vigna***

Puesto que el amor no se puede ver  
Ni es tangible materialmente  
Muchos tienen la loca idea  
De que el amor no es nada

Pero una vez que el amor se ha sentido  
Es el que gobierna nuestro corazón  
Por eso debe tener algo mucho más valioso  
Que lo que se ve a primera vista

Así como por su propia característica

No se aprecia cómo el imán atrae al hierro,  
Pero lo atrae de forma irresistible

Este hecho me invita a creer  
Que el amor existe; y me da gran confianza  
Que hay más gente que lo crea

*Pier della Vigna*  
*Traducción al castellano de Begoña Pro*

SALTÓ A TIERRA y pidió a uno de sus hombres que se encargara de encontrar un carro para Nabila. Llevaba aún restos de sol pegados a su cuerpo y marañas de olas enredadas en sus cabellos. Sus ojos reflejaban la seña de un coraje indómito, aunque en ese instante estuviera algo confuso y sus sentimientos laceraran su corazón con cada uno de sus latidos. No había sido un viaje fácil. Y, aunque afortunadamente estaban ya en casa, había expuesto a sus hombres a la ira del mar, a la furia del invierno, mientras Nabila parecía ajena al mundo, perdida en un pozo al que no dejaba acercarse a nadie. Dispuso todo para que se sintiera cómoda y, en cuanto vio aparecer el carro, envió a uno de los marinos a buscar a la mujer.

–Me encargo de la mercancía –le dijo a su tío–. Id vos con Nabila. Mi abuelo se alegrará de veros.

–Se alegrará más de veros a vos.

–Iré enseguida. No hay mucho que descargar.

Se encaramó a la pasarela y respiró profundo, tragándose todo el aroma del Tirreno. Repartió las órdenes deprisa y el barco se vació de cargamento y marineros. Se quedó solo. Tenía ganas de ver a su abuelo, de sentarse junto a él y contarle sus aventuras; pero había algo que lo retenía en el puerto, algo que le hacía retrasar su regreso. Caminó hacia la proa. El balanceo del barco era suave. El sol descendía hacia su muerte, lanzando brillos amarillentos que anunciaban agua. Observó el Vesubio, enhiesto e imponente. Nunca le había asustado su visión, ni el hecho de que en sus entrañas escondiera una fuerza descomunal de destrucción. Sin embargo, aquel atardecer de comienzos de primavera sintió un extraño cosquilleo. «¿Qué voy a hacer con Nabila?». Recorrió la cubierta dejando que su mano se deslizara sobre la barandilla de babor y bajó a tierra. Arrastraba una carga agridulce. Lo había logrado, sí.

Había rescatado a la mujer que era dueña de sus sueños, de sus delirios, de su corazón. Entonces, ¿por qué no sentía euforia? Se adentró en las calles de Nápoles. El destino le llevó a encontrarse con Giovanni, un noble muy bien relacionado con Federico II Hohenstaufen –rey de Sicilia y rey de romanos–, que resultaba casi tan excéntrico como el propio monarca; pero que era, sin duda, un buen compañero para aquellos momentos de zozobra. Se dejó arrastrar por él hasta su casa y juntos compartieron un largo rato de rondas y carcajadas.

El cielo era un manto negro cuando atravesó la puerta de la *domus* de su abuelo. Roger se había permitido una extravagancia en su juventud al hacerse construir en Nápoles una casa al estilo de las viejas *domus* romanas. Y Roland alababa aquella rareza de su abuelo. Pero aquella noche ni siquiera pensó en ello. Se sentía algo espeso y el vino ingerido tenía mucho que ver con ello.

–¿No creéis que llegáis un poco tarde?

Roland detuvo sus pasos.

–Me he encontrado con Giovanni.

Alejandro se colocó delante de su sobrino. Lo escrutó de arriba abajo. El joven cerró los ojos, esperando una reprimenda que no llegó.

–Vuestro abuelo os espera en sus aposentos. Está delicado, pero no se acostará hasta no haberos visto.

Asintió y dio el primer paso.

–¿No preguntáis por Nabila?

Roland se giró sin decir nada. Su tío tampoco esperó a que lo hiciera.

–Está en los aposentos de vuestra madre. He creído que sería lo mejor.

–Me parece bien –dijo con esfuerzo para que no se notara su grado de ebriedad.

Con paso lento se adentró en el espacio destinado a las habitaciones y tocó en la puerta de su abuelo. Roger estaba en la cama. Tenía un libro en la mano y varias velas iluminaban todo el espacio alrededor de él. Lo recibió con una amplia sonrisa. Parecía contento y de buen humor.

–¡Roland!

–Abuelo, ¿cómo estáis? –le dijo sentándose en la cama, a su lado.

–No tan bien como vos. Alejandro me ha contado por encima vuestro viaje. ¡Vaya aventura propia de los Salerno! Estoy orgulloso de vos. Tenéis que contármelo todo. Es una mujer muy bella. No me extraña que el califa la

hubiera elegido para ser una de sus esposas.

El joven sonrió por primera vez desde su llegada a Nápoles. Los ojos astutos y nobles de su abuelo destacaban en su rostro ajado por la edad y los avatares de toda una vida. Llevado por el entusiasmo del anciano, Roland comenzó su relato desde su salida de Nápoles. Estaba narrando su llegada a Marrakech cuando notó la respiración acompasada y tranquila de Roger de Salerno. Se había dormido. Se quedó mirándolo, atrapado en sus facciones. Con lo grande que siempre le había parecido, que poca cosa se veía ahora, agazapado entre almohada y sábanas. Se levantó despacio y sopló cada una de las velas, hasta quedarse en una completa oscuridad.

Dudó un instante sobre cuál debía ser su destino. Salió al pasillo. Miró a la habitación de su madre que ahora ocupaba Nabila. «Demasiado tarde», se excusó a sí mismo. Con paso cansino se arrastró hasta su propia habitación y se dejó caer en la cama, sabiendo que no se dormiría. Se levantó de nuevo y salió al peristilo. Sobre la piscina se reflejaba una perfecta luna llena. Roland se sentó en el suelo. Apoyado sobre una de las columnas miró al cielo estrellado y se quedó allí quieto.

Lo despertó el suave gorjeo del agua y el trino de los pájaros. Abrió un ojo y entrevió la ligera claridad que atrapaba el cielo del amanecer. Se despezó. No podía creerse que se hubiera quedado dormido allí, apoyado contra una columna. Estaba entumecido y helado. En algún momento de la noche había llovido. Se puso de pie y se frotó los brazos para entrar en calor. La casa estaba en silencio. Escuchó el ruido de pasos. Los primeros sirvientes empezaban a trajinar por las estancias. La vieja sirvienta de su madre se extrañó de verlo ya levantado. Le tenía cariño a aquel joven que había llenado aquella *domus* tanto de alegría como de temeridad. Sus primeros años allí fueron un tormento para los sirvientes, pero pronto se ganó el corazón de todos ellos; aunque gestaba las mayores trastadas y las llevaba a efecto, también era amable con todos los que formaban parte del hostel de Roger.

—¿Queda algún resto de la cena de ayer?

—Señor —le dijo la sirvienta—, algo quedará, pero os puedo preparar lo que deseéis de inmediato.

—No hace falta. ¿Te asegurarás de que todo esté al gusto de nuestra invitada? Debo salir.

—¿Tan temprano? ¿No iréis a navegar con este tiempo?

Roland miró a la mujer y le regaló una de sus mejores sonrisas.

«¡Navegar! No lo había pensado, pero es una buena idea».

Salió de casa, dispuesto a poner mucha agua de por medio entre aquella morada y él. O lo que era lo mismo; entre su corazón y el atormentado rostro de Nabila. Avanzó a grandes zancadas por las calles desiertas de Nápoles, sin cambiarse de ropa, sin asearse y se plantó en el puerto. Casi al final del embarcadero le esperaba una pequeña barquichuela de remos. Saltó a ella y soltó amarras. Partió de boga arrancada y, poco a poco se alejó de la orilla. La mar estaba más brava de lo que parecía. Pero, por eso mismo, se refugió en su furia. Necesitaba agotar todas sus fuerzas hasta sentirse exhausto, vaciado incluso de su propio pensamiento torturado. Deseaba huir de la imagen de Nabila que tanto dolía dentro de su alma. Se alejó de la costa batiendo los remos todo lo deprisa que podía. Pronto notó el cansancio y dejó de remar. Roland se dedicó a otear el horizonte. Se sintió libre, salpicado por la espuma y la sal, arropado por su traje invisible de viento.

Miró a la costa, sabedor de que debía volver. Y su corazón estalló. Tomó de nuevo los remos y los agarró con fuerza, haciéndolos romper las olas como cuando era un remero esclavo en uno de los barcos del califa. Comenzaron a dolerle los brazos, a abrírsele la piel de las manos. La sangre se mezcló con el agua. Escocía y dolía, pero apretó los dientes y siguió bogando. El mar y el viento rugían en sus oídos. Y, entonces, cuando ya estaba cerca del Castel dell'Ovo, escuchó gritos. Se giró, pero ya era tarde. El barco se le vino encima. No tuvo tiempo de preguntarse cómo había aparecido allí, ni cuánto tiempo llevaba la marinería tratando de hacerse oír y ver. Apenas tuvo tiempo de prepararse para recibir el golpe.

Roland salió despedido. Las aguas gélidas lo recibieron en un abrazo funesto. Se hundía. Entumecido y agarrotado apenas tenía fuerzas para luchar contra el empuje de las corrientes que lo arrastraban hacia el fondo. Las aguas estaban oscuras, frías, y su cabeza a punto de estallar. Sintió la necesidad de respirar, pero sabía que no podía hacerlo. Hubo un momento de pánico. Las aguas lo abrazaron como si ya fuera suyo. Agitó los brazos, luchando contra los remolinos que lo engullían. Su cadera chocó contra algo duro. El mar lo escupió. Y su brazo izquierdo sintió el aire alrededor de sus dedos. Se orientó entre las olas y braceó hacia la orilla. Afortunadamente, no estaba lejos de las rocas del Castel. Un último esfuerzo lo llevó a abrazarse a una de ellas. Boqueó extenuado. Su garganta produjo un sonido ronco, feroz, mientras él se agarraba a la vida en la misma roca en que su padre, muchos años atrás, fue encontrado por su madre a punto de perecer, también, en las aguas del Tirreno.

Roland se movió inquieto. Abrió los ojos, confuso y aterido. Sin embargo, no era agua lo que le rodeaba, sino una confortable manta. Estaba en su habitación. Tenía los labios resecos, el paladar abrasado. Gimoteó y el eco le devolvió una risotada. Una cara se acercó a la suya. Era Giovanni. Le sorprendió la palidez de su rostro, fruto, no de una enfermedad, sino provocado por algún producto cosmético. El joven se volvió a reír.

–Una imprudencia más como esa y no la contáis –se rio su amigo.

–¿Qué ha sucedido?

–Habéis tenido suerte de que estuviera paseando con Pier della Vigna cerca del Castel dell’Ovo –en ese instante un joven de buenos modales se adelantó y lo saludó–. Y de que todavía no haya partido hacia Francia con las tropas con las que Federico Hohenstaufen va a apoyar al rey francés.

–Os agradezco a los dos que me sacarais del agua y me hayáis traído a casa.

Giovanni se sentó en la cama, cerca de Roland. Este trataba todavía de ordenar en su cabeza los acontecimientos.

–¿Un poco de agua? –le ofreció.

Roland se incorporó y aceptó el vaso que Giovanni le tendía. Nada más probarlo, escupió con fuerza.

–¿Estáis loco? –le espetó.

–Un poco de agua con sal para un amigo salido del agua salina.

Roland se limpió los labios con la manga y se rascó la cabeza. Tuvo que hacer un esfuerzo para contener la risa.

–Aún estáis a tiempo de partir conmigo –le dijo.

–Mi sitio está aquí, Giovanni.

–Otón IV prepara la invasión de Francia. Se ha aliado con Juan sin Tierra y el conde de Flandes.

–¿Lo habéis confirmado? –preguntó, aunque sabía que Giovanni no se lo comentaría de no saberlo con certeza.

Giovanni esgrimió un gesto impreciso con su mano.

–Sois un caballero y participasteis en la batalla esa contra los almohades.

–La de las Navas de Tolosa.

–Esa –dijo levantándose y caminando hacia la ventana.

–Soy solo un mezquino mercader, Giovanni –dijo, parafraseando lo que tantas veces le había repetido el siciliano.

–Moriréis rico y en la cama. ¿Es eso lo que queréis?

–Moriré en el mar.

–Hoy habéis estado a punto de hacerlo.

–Pero no lo he hecho.

Giovanni tomó tres copas y una jarra y sirvió vino para los tres. Roland titubeó antes de probarlo. Su amigo le miró de reojo, con una sonrisa sardónica marcada en la comisura de sus labios, y se bebió todo de un trago. Roland lo hizo a sorbitos.

–Debemos marcharnos.

–No os dejéis matar.

–Y vos no tentéis a la muerte, o acabará prendándose de vos.

–Gracias, Giovanni.

Con otro gesto de su mano, trazando círculos como si hiciera una reverencia, el joven se despidió. La puerta se cerró despacio. Roland se levantó. El frío todavía estaba agarrado a sus huesos, pero el vino empezaba a calentarle el estómago. Salió. Sabía que debería explicarle a su tío por qué había destrozado una de sus barcas. Incluso se tenía que explicar a sí mismo, qué era lo que había sucedido. Se dirigió hacia el peristilo. Se deslizó entre las columnas que soportaban la estructura. Y entonces la vio. Nabila estaba sentada al lado de la piscina. Los rayos de sol que se colaban entre las veloces nubes del cielo se reflejaban en las aguas dulces y tranquilas de la alberca. En la orilla, ella parecía una diosa griega. Se detuvo, extasiado ante su contemplación. Apoyó su hombro izquierdo en la columna. Sintió un pinchazo en su cadera y recordó que se había golpeado con algo mientras braceaba en las turbulentas aguas del Tirreno. Pero no cambió de postura, no se movió. Deseaba que aquel instante durara eternamente. Y ansiaba, a la vez, que ella lo mirara y poder refugiarla en el hueco de sus brazos.

Nabila se movió como si hubiera intuido que alguien la observaba. Se levantó de golpe al ver a Roland. Acudió a su lado preocupada.

–¿Qué os ha pasado? ¿Os encontráis bien?

–Estoy bien. Solo algo magullado y cansado. Una dura jornada en el puerto.

Nabila entornó su mirada y Roland sintió el vacío que sus iris verdes dejaron al ocultarse. Fue como si el cansancio se presentara de golpe, como si sus manos heridas, en carne viva, comenzaran a doler, como si sus huesos se partieran de nuevo. Necesitaba sentarse, pero se quedó inmóvil. Era más



fuerte su deseo que la prudencia dictada por su cabeza. Y entonces lo hizo. Se movió hacia la mujer y la besó, ignorando el dolor de sus labios agrietados, porque el beso fue dulce, balsámico. Hasta que se dio cuenta de que ella no le correspondía. Y aquel beso se convirtió en un pozo oscuro de agonía. Se apartó de ella y se fue a ver a su tío. Después de escuchar su pequeña reprimenda, se encerró en sus aposentos.

Roland se quedó dormido a una hora incierta de la tarde. Sus sueños fueron convulsos, imprecisos y oscuros. Soñó con su padre. Él también había estado a punto de ahogarse cerca del Castel dell'Ovo. Su tío Alejandro había ordenado a dos de sus hombres que le dieran una paliza y lo arrojaran al mar por celos. Pero Laraine lo había encontrado a tiempo y lo había salvado. Una historia de amor que en nada se parecía a la suya. Se despertó sobresaltado. Alguien golpeaba su puerta. Entraron sin esperar respuesta. La vieja sirvienta de su madre se acercó con cara seria.

—Es vuestro abuelo.

Se levantó. El cansancio y el dolor se le pasaron de golpe.

—¿Qué le ocurre?

—Se ha sentido indispuerto. Vuestro tío ha hecho llamar al médico.

Avanzó a grandes zancadas y se detuvo en la puerta de los aposentos de su abuelo. Alejandro le hizo una seña para que entrara. Miró a su tío en busca de una respuesta a la pregunta que en silencio le hacía y el veredicto que encontró en su mirada no le gustó en absoluto. Un escalofrío recorrió sus brazos. Se apresuró a acercarse al lecho de Roger. Los ojos sabios y bondadosos de su abuelo le sonrieron. Alejandro tocó el brazo de su sobrino, mientras este se sentaba en el borde de la cama e hizo salir a todos.

—¿Cómo os encontráis, abuelo?

—Me recordáis tanto a vuestro padre, que a veces tengo la impresión de estar hablando con él.

El joven sonrió. Sabía que eso, viniendo de su abuelo, era un elogio.

—Me siento cansado, Roland. Dios no tardará en llamarme —hizo una pausa y miró a su nieto como si quisiera hacer un retrato preciso de él—. Me alegro de que estéis aquí, de que vuestra madre me permitiera ver crecer a uno de mis nietos.

—Siempre me he sentido bien en vuestra casa.

—También es la vuestra.

El anciano se quedó de nuevo en silencio unos instantes, concentrado en su respiración.

–He redactado unas misivas para vuestra madre. Me gustaría que se las llevarais cuando yo muera.

–No vais a morir, abuelo.

–Nadie es eterno, Roland, y la vida pasa en un suspiro. Parece que fue ayer cuando mi padre me enseñaba los rudimentos de la navegación y hoy los años parecen escurrírseme entre los dedos –Roger se miró las manos como si de verdad estuviera viendo deslizarse las estaciones y los años entre los agujeros que dejaban sus falanges separadas–. Encima de mi escritorio está la carta para mi hija. Quiero que la guardéis vos.

Roland se levantó y se acercó al lugar que su abuelo le había indicado. Miró la abultada carta y asintió despacio.

–Separando la parte que he destinado a las órdenes mendicantes, he nombrado a Alejandro heredero del resto de mis bienes; con la condición de que, tras su muerte, pasen a manos de vuestra familia, de vos y de vuestra madre y de vuestros hermanos. Sin embargo, os he reservado un barco, Roland: El Navarro.

–¿Queréis que capitaneé el Navarro? –dijo, regresando cerca de su abuelo.

–¿Quién mejor para hacerlo?

–Será extraño hacerlo sin mi tío.

–A pesar de vuestra imprudencia de esta mañana... –Roger lo miró con cierto beneplácito–, supongo que estáis preparado para asumir la responsabilidad.

–No os defraudaré –le afirmó con una sonrisa que se borró de súbito de su rostro.

–¿Qué os ocurre?

–Es extraño, abuelo.

–¿Qué es lo extraño?

–Cuando yo capitaneé el Navarro...

–Significará que yo ya no estaré aquí.

Roland bajó su mirada. Roger le tomó de las manos.

–Me voy contento de saber que dejo personas capaces al cargo de mis proyectos y de lo que yo construí. Hay fuego en vos, Roland, el fuego de los antiguos mesapios. Si lo domináis, os convertiréis en una gran persona.

El anciano se quedó dormido. Roland permaneció en la estancia largo rato,

velando sus sueños tranquilos.

Lo primero que llamó la atención de Roland al entrar en la *domus* dos días después fue el profundo silencio que parecía haberse agarrado a los cimientos de aquella casa. El siervo que le abrió la puerta no se atrevió a mirarlo. Tampoco lo hizo la vieja sirvienta de su madre. Y entonces supo que solo había un camino que sus pasos debían seguir. Se acercó a la habitación de su abuelo y él mismo evitó enfrentar los ojos que ya sabía sin vida de su abuelo. Alejandro lo abrazó fuertemente, incapaz de contener las lágrimas. Roland no quería creer, no quería pensar que Roger se había ido. Respondió al apretón de su tío palmeando suavemente sus cansadas espaldas.

–Este hombre me enseñó a caminar recto por la vida –le confió a su sobrino, mientras se miraba el dedo mutilado de su mano. Un ínfimo castigo por tratar de robarle la vida a Miguel, el padre de Roland. ¡Pero cuánta enseñanza contenía aquel pequeño gesto!

El joven miró por fin a su abuelo.

–Acaba de fallecer –le dijo Alejandro.

Era cierto, su carne aún estaba caliente. Se fijó entonces en el sacerdote que le daba las últimas bendiciones y rezaba oraciones susurradas. Se arrodilló, se persignó y oró también por el alma de Roger de Salerno.

Finalizadas las oraciones, la casa se llenó de amigos y vecinos. Roland se retiró unos instantes a sus aposentos, huérfano del afecto de aquel hombre que era su abuelo. Se sentó cerca de la ventana, con su pierna derecha subida a la silla y su codo apoyado sobre la rodilla. No sabía cómo se sentía, pero notaba una inmensa tristeza arraigada en su pecho. Se abrió la puerta. La vieja sirvienta de su madre le llevó una bandeja con comida y agua.

–Ha venido mucha gente a la casa –le recordó.

El joven cerró los ojos. Tomó aire mientras sentía el abrazo gélido de la aflicción enganchado en sus huesos. Era un frío diferente al que le sometieron las aguas del Tirreno; mucho más lastimero. Un frío que tardaría en salir de su cuerpo y que ni el calor del fuego más abrasador podría derrotar. Un vacío que solo el tiempo mitigaría. Comió algo, obligado por la mirada de la sirvienta y bebió un vaso de agua. Salió de la estancia. Nabila lo vio caminar con paso ceremonioso, impoluto, digno, triste. Sus manos colgaban apretadas a ambos lados de su cuerpo y sus cabellos largos, parecían despeinados y arreglados al mismo tiempo. Su atuendo era sobrio. Llevaba una túnica negra que acentuaba

el color oscuro de sus ojos y su tristeza. En su cintura, bien guardado en su funda, asomaba la empuñadura de su cuchillo vaina *Magnot*. Él ni siquiera se fijó en ella. Llevaba la vista fija al frente, evitando centrarla en ningún punto concreto. Recibió los primeros pésames con marcada educación, tratando de mostrarse frío ante sus propios sentimientos. Habían acudido comerciantes, marineros, autoridades, plebeyos... Roland echó en falta a su amigo Giovanni. Seguro que él, a pesar de decir o de hacer alguna de sus excentricidades, le hubiera hecho más llevaderas aquellas horas. También la presencia de su madre habría ayudado. «¡Pobre! –pensó Roland–, ¿cómo le voy a dar la noticia?». Al menos, Alejandro estaba a su lado. Su tío agradeció con un gesto de alivio su presencia. También para él había sido un duro golpe, a pesar de que el estado de salud de Roger de los últimos días ya presagiaba el fatídico desenlace.

Lo enterraron en el baptisterio de San Giovanni de Nápoles, encima de lo que mucho tiempo atrás había sido el templo de Apolo. Fue entonces cuando el vacío se hizo más grande y la ausencia de su abuelo, más patente. Necesitaba estar solo, así que cuando regresaron a la *domus*, se excusó con su tío y se encerró en su dormitorio. Se sentó frente a su escritorio –donde aguardaba la carta que debía llevar a su madre–, pero Roland en esos momentos no tenía ganas de enfrentarse con la realidad. No giró la cabeza cuando escuchó entreabrirse la puerta. Supuso que sería la vieja sirvienta de su madre llevándole algo de comer o de beber. Por eso se sobresaltó cuando sintió una suave caricia en su hombro. Un agradable aroma inundó la estancia. De repente se encontró desarmado ante la inesperada visita, ante los profundos ojos verdes de Nabila, ante sus labios que le decían cuánto lamentaba la muerte de Roger, ante su abrazo cálido, ante sus movimientos provocativos, ante su olor embriagador. Y se derrumbó en su pecho como un niño, dejando que las lágrimas retenidas se desbordaran mansamente. Nabila recorrió su rostro con sus dedos finos y delicados, robándole las lágrimas, compartiendo su dolor. Ella también lloraba. Dos almas que comparten el dolor y se entregan la una a la otra. Desnudó ella su cinturón, recorrió él su cuello. Le susurró ella al oído, le robó él un beso. Se desnudó ella, atrancó la puerta él. Se dirigió a la cama ella, se desnudó él. Y llovieron lágrimas y besos, y se entregaron el uno al otro.

–¿Os vais? –preguntó él al sentir que ella se removía de su abrazo.

Nabila se levantó en silencio, dio un último beso a Roland en los labios y

se vistió. Roland contempló los movimientos delicados de la mujer, como una danza, mientras se ponía su ropa. En ese instante en que su espalda desapareció bajo la camisa, el joven se preguntó quién era realmente la mujer con la que acababa de estar. Tan cercana y lejana a la vez, tan enigmática, tan fría y tan ardiente, tan sensual, tan terriblemente inalcanzable. Aquella mujer, amante de califas y caídas, lamentablemente, nunca sería enteramente suya.

Cerró los ojos, y hubiera cerrado también los oídos de haberlo podido hacer, con tal de no escuchar el amargo sabor de la derrota. Porque a veces, una victoria también puede suponer una terrible pérdida. Se cerró la puerta y la pena se tragó el dulce vergel que Nabila había llevado consigo. Se levantó despacio, con esa terrible carga que los acontecimientos trascendentales dejan en el alma. Se vistió tan lentamente que el propio tiempo parecía girar a su alrededor. Como un ritual, se colocó la camisa, las calzas, la almilla, la cota de malla y la sobreveste con el blasón de los Almoravid. Recogió los guantes, se calzó las botas y se colocó las espuelas de oro. Él mismo se preparó un equipaje ligero. Cuando terminó, echó una ojeada a la habitación, abrió la ventana, recogió la carta que Roger había redactado para su hija y se la guardó entre sus pertenencias. Luego, buscó a su tío.

En cuanto lo vio, Alejandro supo de su inminente partida. Había pensado que tal vez esperara unos días –incluso que le invitara a viajar con él–, pero Roland siempre había sido un joven de reacciones rápidas e inesperadas, a veces hechas sin pensar. Un joven cargado de fuego. Lo abrazó sin decir nada. Las palabras sobraban y la emoción solo le permitió desearle buen viaje y enfatizar el hecho de que le hiciera llegar a Laraine todo su cariño y sus besos.

–Quiero pedirlos algo –le dijo Roland.

–Lo que deseéis.

–Decidle a Nabila que es libre de marcharse cuando quiera. Dejo El Navarro a su disposición. Filipo la llevará al puerto que desee. Y si su ruta es por tierra, Filipo la escoltará al lugar que ella elija. En mis aposentos, debajo de mi cama, he dejado una bolsa con dinero. Disponed de él para que no le falte de nada durante la travesía y para sobrevivir al menos durante un año.

–¡Roland! ¿Qué ha ocurrido?

–¿Acaso veis que ella sea muy feliz aquí? –hubo un instante de silencio. Roland apretó los labios y suspiró profundamente–. Adiós, tío. Debo ir a cumplir el encargo de mi abuelo. Debo anunciar a mi madre que su padre ha muerto.

## OSCUROS PRESENTIMIENTOS

No bastó lo dispuesto por el Rey en orden a la paz de las tres poblaciones de Pamplona. Y ya que no se llegó a rompimiento, se vieron el año siguiente mil doscientos y catorce indicios que la amenazaban. Porque se reconoció que los de la Navarrería y población de San Nicolás iban cuidadosamente fortificando las torres, y muros interiores, que miraban al Burgo de San Saturnino. Y el Rey reconociendo que en la paz llana ya asentada el que previene defensa medita ofensa, e invasión, vedó severamente la obra por un decreto, que se halla original en el archivo de la Ciudad.

*Annales del Reyno de Navarra. Volumen 2, capítulo IX,  
pág. 383. José de Moret y Francisco de Alesón.*

SU PALIDEZ ERA TAL, que parecía enferma. Tanto, que su propia tía le preguntó si se encontraba bien y puso su mano sobre la frente, por si le había sobrevenido una calentura. Elvira se retorció las manos. Sabía que Miguel sospechaba algo. La había visto escribir la carta, se habría preguntado por la rareza de aquellas palabras y, además, les había prohibido salir solas de casa. Constantemente se lo repetía entre dientes. Clavó la mirada en Laraine, preguntándole sin palabras. Quería saber cómo se las iban a arreglar para entregar la carta al emisario de Simon. ¡No iba a estar eternamente en la ciudad! Estaba ansiosa, deseaba que su tía le comunicara que había hallado la solución. «Durmámoslos –le había sugerido Elvira en su inocencia–. Seguro que alguna de vuestras hierbas puede hacerlo». La siciliana sabía que la petición de su sobrina tenía parte de sentido, pero no podía hacerles eso a los dos jóvenes cuyo orgullo había sido ultrajado recientemente y cuya conducta estaba en entredicho. Miguel nunca les perdonaría una negligencia como esa.

Enseguida se había disculpado Elvira, al darse cuenta de sus malvados pensamientos. Pero estaba realmente desesperada.

—¿Vais a ir hoy a Santa Cecilia?

Laraine retiró su mano de la frente de su sobrina y se quedó con la mirada perdida. Se le acababa de ocurrir una idea.

—¿Tía?

La siciliana la tomó del brazo y le hizo sentarse junto a la ventana.

—Creo que sé cómo podemos hacerle llegar nuestra carta al correo.

Se iluminaron sus mejillas, sonrieron sus ojos inquietos entre lágrimas, se le aceleró el pulso. Elvira agarró fuertemente a Laraine del brazo.

—Esperadme aquí. Voy a avisar a mi hijo. Iremos a Santa Cecilia.

Diego torció el gesto, pero no le quedaba más remedio que acompañar a su madre. Lo hubiera evitado de buena gana. Laraine iba todos los días a la iglesia, a rezar por su familia. Era muy devota de la santa. Y nunca le había ocurrido nada. Cierto que había tensión entre los burgos. Y cierto que los pobladores de la Navarrería y de San Nicolás estaban reforzando sus murallas, pero los muros se deterioran con el paso del tiempo, ¿qué tiene de malo reforzarlos? Se limitó a asentir. Dejó todo lo que tenía en mente y buscó a su primo. El castigo era de los dos y juntos lo sufrirían. Miguel *txikia* torció el gesto igual que había hecho Diego. «Un caballero perdiendo el tiempo escoltando a su tía y a su hermana a la iglesia», pensó con resignación.

Nada más salir de la casa, Laraine sintió como si se hubiera vaciado por dentro. Como si no tuviera pulmones en los que depositar el aire que estaba inhalando. Elvira notó el sofoco de su tía. Iba agarrada a su brazo y sintió una especie de tirón. Lo achacó al nerviosismo del plan que tenían entre manos. Caminaron muy juntas, con los dos jóvenes pisándoles los talones. Era una mañana tranquila. Había pocas personas por las calles. A lo lejos se escuchaban los sonidos de las obras de refuerzo de las murallas. Los pájaros surcaban el cielo sobre sus cabezas. Penetraron en la penumbra de Santa Cecilia, donde las velas cubrían el espacio de sombras. Se adelantaron hasta el altar y se arrodillaron. Los ojos de Elvira se movieron inquietos. Tenía miedo de que alguien se les acercara y, a la vez, sabía que si estaban allí era precisamente para eso. Miró de reojo a su tía, tapada con un velo negro que salía del lateral de su gorro. La notó temblorosa, a punto del desmayo.

—¿Tía?

Laraine miró a su sobrina. Se sentía atenazada por una inquietud sofocante.

Una corriente de aire le rozó el rostro. Era un viento ligero, algo frío, aunque no enfriaba. ¿Una premonición? ¿Una despedida? No tenía ese grado de zozobra desde que presintió que a Miguel le ocurría algo, cuando estuvo a punto de perecer en las Navas de Tolosa. La sensación de que algo malo había sucedido o iba a suceder encogió su corazón en su pecho.

–¿Tía?

–Ahí está Blanca –susurró.

La beata de Santa Cecilia encendió una vela a los pies de la imagen de la mártir. Se giró con una sonrisa al reconocer a Laraine y su sobrina.

–He de pedir un favor.

Laraine fue rápida. Le entregó la carta y le dio instrucciones de a dónde debía llevarla y a quién debía entregarla. Se despidieron entre bisbiseos, mientras la siciliana le colocaba en las manos unas monedas por las molestias. Blanca, además de confeccionar zapatos, se encargaba –como beata de Santa Cecilia–, de limpiar el templo, de tocar las campanas, de atender las ofrendas fúnebres, de comunicar avisos, de preparar los elementos litúrgicos y de mantener limpias las sepulturas. Ella y Laraine se conocían desde hacía muchos años y había confianza entre ambas.

Cogidas del brazo, tía y sobrina se dirigieron a la puerta donde los dos jóvenes aguardaban. Salieron a la calle. Laraine miró al cielo tratando de desembarazarse del presentimiento que la ahogaba.

–¡*Ama!*

Diego la cogió casi al vuelo, antes de que cayera sobre el duro suelo.

–Estoy bien –los tranquilizó a todos.

Se puso en pie y trató de centrarse en su respiración. Elvira la miraba con cara de pánico. Se acercó a ella. Su estado nada tenía que ver con Simon y la carta, pero no podía explicárselo a su sobrina, ni a su hijo, ni a Miguel *txikia*. Estaba preocupada. ¿Le habría ocurrido algo a Roland? Miró a su primogénito, que todavía la agarraba del brazo. Parecía sereno, tranquilo.

–Volvamos a casa.

Una vez en el hogar Almoravid, Laraine recobró su calma. Se encerró con las mujeres en el salón pequeño para compartir con ellas la música, las danzas y las lecciones de aquel día. Le comunicó a su hijo que no tenía intenciones de realizar ninguna salida más aquel día y se volcó en sus labores. Sin embargo, aquella mañana no pudo concentrarse en las puntadas ni en la aguja. Su mente parecía reacia a centrarse en tarea alguna. Miró por la ventana. Los hombres



habían iniciado su entrenamiento diario. Fortún y Johan, los dos primos, los más pequeños del clan Almoravid, que acababan de ser admitidos para iniciar su entrenamiento, se movían con soltura entre los milites.

–¿Estáis preocupada, tía? –le preguntó en un susurro Elvira–. ¿Creéis que Blanca...?

Trató de sonreír y le aseguró que confiaba plenamente en la beata, que no se inquietara por eso. Elvira regresó a su silla y se centró en su labor. Sin embargo, miraba de reojo a su tía, que parecía perdida en un lugar muy lejano.

Un grupo de aguerridos caballeros, encabezado por Gonzalo Fernández, se acercaba a Pamplona. Escoltaban al rey, quien cabalgaba entre ellos con semblante serio. El rostro de Miguel, que cerraba la formación, también era adusto, pero por motivos diferentes a los de su monarca. Don Sancho marchaba a Pamplona forzado por las malas relaciones de los tres burgos que conformaban la ciudad. Aunque más o menos tenía claro qué era lo que debía hacer, rumiaba en silencio la solución a los problemas que suscitaban las continuas rencillas que arrastraban los habitantes del burgo de la Navarrería, de San Nicolás y de San Saturnino. Desde su marcha a la batalla de las Navas de Tolosa, sus desavenencias parecían haber incrementado sustancialmente. Y para muestra, los refuerzos que los moradores de la Navarrería y San Nicolás estaban llevando a cabo en los muros interiores que lindaban con el burgo de San Saturnino.

A Miguel le acompañaba su propia preocupación. Se sentía traicionado. Le dolía la deslealtad de García a los valores que ambos habían defendido siempre con pasión: Le molestaba la desobediencia y la apatía de su sobrino y de su hijo. Estaba irritado por la trampa que sus propios compañeros de armas, los junteros, le habían inferido. Y le afligía inmensamente la infidelidad de su esposa. Parpadeó lentamente y se miró las manos. En su dedo índice, cubierto ahora por sus guantes, llevaba un anillo. Un aro que mucho tiempo atrás había puesto en sus manos el rey Sancho. Un anillo que tenía una inscripción: *Ad usque fidelis* –Fiel hasta el final–. Las palabras le quemaron en su garganta. Gruñó. Lo debió de hacer en alto porque Álvaro Yeneguez de Subiza, que cabalgaba delante de él, se giró y le dedicó una amplia sonrisa. Se dejó caer a su lado.

–¿Os preocupa algo? –le preguntó, con la sonrisa reflejada en sus ojos grises.

Miguel se aupó sobre los estribos y se recolocó en la silla del ejemplar árabe que montaba.

–¿Debería? –dijo con cierto sarcasmo.

Álvaro tomó entonces un aspecto más serio. Conocía a su amigo y sabía que aquel no era momento de hacer bromas.

–¿Vais a salir a buscarle?

Asintió.

–Os acompañaré.

Miguel tiró de las riendas de su caballo y lo frenó. Álvaro hizo lo mismo. Se miraron.

–No tenéis por qué hacerlo. No es vuestro cometido.

–Las vicisitudes de un amigo son las mías.

Miguel sonrió a su pesar. Tal vez Álvaro fuera el único asidero leal que le quedaba. Agradeció aquel gesto. En el fondo, ambos eran como dos caras de una misma moneda. Hermanos de leche, habían padecido los atropellos de don Yenego, el padre de Álvaro, en su infancia. De algún modo habían aprendido a sobrevivir juntos. Estaban atados por un juramento tácito que ninguno de los dos había pronunciado; pero ambos estaban dispuestos a defender la vida del otro hasta el final. Por eso, Álvaro no entendía la reticencia de su amigo a desposar a Isabel con su hijo Pedro. Siguieron cabalgando en marcado silencio. Álvaro estuvo tentado de sacar el tema del desposorio de sus hijos, pero definitivamente, a Miguel no se le veía del humor apropiado.

El perfil de la ciudad ya se dibujaba en el horizonte. Las batallas nunca se acaban. Cuando una termina, se inicia otra y, a veces, hay que lidiar con varias a la vez. Se veía el humo salir de las chimeneas. Un humo que ascendía recto en aquella tarde ausente de viento.

Nada más entrar en el hogar de los Almoravid, Miguel sintió una desagradable sensación de ahogo. No era el sitio en el que más le apetecía estar, decidió. Así que, con la excusa de ir a buscar a su hermano, notificó a todos que partiría al alba sin demora. Hubo silencio sepulcral durante la cena. Elvira no se atrevía a mirar a su tío, azorada y temerosa de que la interrogara acerca de la carta que le había visto iniciar. Miguel *txikia* y Diego todavía cargaban con la culpa del último entrenamiento y de los latigazos que Iñigo y Miguel habían recibido en su lugar. Isabel estaba resentida con su padre porque no hacía sino demorar la respuesta sobre su compromiso con Pedro. Laraine sentía un nudo en su estómago y sus pensamientos estaban centrados en

algo que había sucedido o iba a suceder. Miguel tenía la cabeza llena de problemas y traiciones. En cuanto a Dulce y Constanza, siempre habían sido tímidas y reservadas. Así que, aparte de los más pequeños, Magdalena, Clemencia, Johan y Fortún, el único que parecía dispuesto a hablar era Iñigo.

Por eso, cuando concluyó la cena, uno a uno se fueron despidiendo, hasta que frente a las llamas de la chimenea solo quedaron tío y sobrino. Iñigo echó otro leño al fuego, gesto que indicaba que tenía intenciones de permanecer allí largo rato y de que quería hablar con su sobrino.

–Estoy viejo, Miguel. No debí aceptar tan gratamente ese latigazo. La espalda me duele como si se me partiera a cada movimiento y empieza a ser un suplicio andar.

–Pues lo disimuláis muy bien.

–Tengo un honor que mantener... –dijo mirando directamente al infanzón, tratando de entender su callado posicionamiento–. ¿Os ha encomendado el rey alguna misión que os preocupe? Vuestra imprevista marcha de mañana...

Miguel se levantó de su asiento. Anduvo unos pasos hacia la chimenea y se apoyó en el alféizar. El calor era agradable. Apenas le molestaba el pie –al parecer, los remedios de su esposa estaban dando buenos resultados–, y sentía la pierna herida mucho menos anquilosada. Detuvo su mirada en el movimiento de las llamas que lamían el reciente tronco con que su tío las había alimentado. Luego giró su cabeza hacia Iñigo, y se sentó en una silla, subiendo su pierna herida sobre otra que colocó enfrente de él.

–Todos los junteros estaban allí. Todos, menos mi hermano. ¿Y sabéis por qué no estaba? Porque nadie se había molestado en llamarlo, en buscarlo. ¡Cobardes! Si me lo hubieran dicho, yo mismo lo habría llevado. Es cierto que García no está teniendo un comportamiento ejemplar últimamente, pero es solo que está pasando una mala racha. Y se merecía que al menos tuviéramos la dignidad de mirarle a los ojos y decírselo.

–¿Qué ha ocurrido?

–Las quejas contra él han llegado hasta el rey. Y don Sancho se ha mostrado intransigente. Lo habían organizado todo y ¿sabéis lo más curioso? Pensaban que yo aceptaría sustituir a mi hermano.

–Pero habéis rechazado la oferta –supuso, por la forma de hablar de su sobrino.

–¡Qué otra cosa podía hacer! –había dolor en sus palabras, como si le hubieran robado algo que le pertenecía por derecho propio–. Propuse a Lope

Arceiz de Arce.

–¿Y aceptaron?

Miguel asintió.

–¿Y, entonces? ¿Esa salida vuestra de mañana?

–Voy a buscar a García –dijo en tono quedo.

–Os acompañaré.

–Prefiero que os quedéis aquí, al cuidado de la casa. Diego y Miguel *txikia* todavía tienen que demostrar que saben comportarse como dos Almoravid y el rey se ha acercado a Pamplona para tratar de zanjar los hostigamientos entre los burgos. Además, Álvaro vendrá conmigo.

Iñigo aceptó las palabras de su sobrino.

–Será mejor, entonces, que descansemos –dijo, poniendo una mano sobre el hombro de Miguel y deseándole buenas noches.

Se quedó solo, perdido en sus meditaciones. Por fin se decidió, apagó el fuego y la estancia se quedó a oscuras, a excepción de una vela que titilaba en su mano. Ascendió las escaleras hasta su alcoba y entró. Laraine lo esperaba despierta y sus sentimientos se removieron inquietos en su estómago. Se sentó en la cama en silencio. Laraine encendió varias velas más hasta que la habitación se iluminó lo suficiente como para verse nítidamente las caras.

–¿Estáis preocupado por vuestro hermano? –le preguntó ella, mientras se acercaba a él por detrás.

Guardó silencio y rehuyó su contacto cuando ella intentó ver cómo evolucionaba la herida que el látigo había marcado recientemente en su espalda.

–Es tarde –le dijo él con brusquedad.

–¿Os ocurre algo? –preguntó ella extrañada de su salida repentina.

–No –mintió. Había decidido que aquel no era el momento para enfrentarse a Laraine. Esperaría a mayo y, entonces, caería como un demonio sobre aquel desalmado que se atrevía a flirtear con su esposa. Y con ella... y con ella... no se atrevió a continuar. No sabía qué hacer con Laraine, no entendía por qué había dejado de amarle y, sin embargo, actuaba como si todo siguiera igual. Sin terminar de desvestirse y sin decir buenas noches, se metió en la cama y se tapó.

Una extraña corriente recorrió el cuerpo de Laraine. No entendía la razón por la que Miguel se comportaba así. Iba a partir al alba, pero se alejaba de ella desde aquel mismo instante. Apagó las velas una por una, soplando con

suavidad. La estancia se quedó a oscuras. Permaneció largo rato sentada en el borde de la cama, desorientada, como si estuviera perdida en la niebla. Se tumbó por fin, obligada por la noche. Alargó su brazo, pero no llegó a rozar el cuerpo que tan bien conocía, aquel cuerpo curtido en mil batallas, aquel cuerpo fuerte de guerrero. En ese instante, estaban lejos el uno del otro, a pesar de estar separados tan solo por unas pulgadas.

Fue el primero en levantarse. Se fue a hurtadillas, como ladrón en la noche, inquieto y furibundo, con el semblante taciturno y el rictus serio. Álvaro, tal y como le había dicho, le esperaba en la puerta. Se saludaron con un gesto de cabeza y salieron de Pamplona, dejando atrás las rencillas de los tres burgos y el resentimiento que el quebradizo estado de su matrimonio consumía su alma.

–¿Sabéis dónde buscarlo?

–Sé dónde empezar a buscarlo.

–¿Y vais a decirme, entonces, nuestro destino? ¿O me vais a llevar a ciegas?

–El monasterio de Leyre.

–¿Leyre! ¿Piensa ingresar en la orden?

–No lo creo, aunque dadas las circunstancias, quién sabe lo que está pasando en este momento por su cabeza.

–¿Entonces?

Miguel se encogió de hombros.

–De acuerdo. Guardaos el secreto –intentó bromear.

Cabalaron en silencio. El día levantaba, se hacía más claro, pero no parecía amanecer en el alma de Miguel. Descansaron al abrigo de unos árboles y se sentaron a comer algo. Contrariamente a lo habitual, fue Álvaro el que llevó el peso de una conversación que Miguel no hizo mucho por mantener. Cuando el señor de Subiza le preguntó si tenían alguna noticia de Roland, Miguel limitó su respuesta a un movimiento negativo de cabeza. Tampoco fue mucho más explícito cuando le preguntó por sus hijas. La mirada gris de su amigo se detuvo por unos instantes en el rostro de Miguel. Parecía absorto en sus propios pensamientos.

–María me ha dicho que os recuerde que os esperamos a comer el segundo sábado de mayo.

Miguel no se movió.

–¿Me habéis oído?

El de Grez se levantó.

–¿Miguel?

Se encaró a él.

–Si durante esa comida pensáis sacar a colación los esponsales de Pedro e Isabel, será mejor que no lo hagáis.

Se levantó también Álvaro, algo incomodado por el comentario.

–De cualquier forma, salga o no el asunto en la comida, es algo que al final tendremos que hablar. Lleváis largo tiempo posponiéndolo y todavía no sé realmente por qué lo hacéis.

Miguel se acercó a él, hasta tener su rostro casi pegado al suyo.

–Creo que he dejado de sobra claro que no voy a dar mi consentimiento a esa unión.

–Miguel, ¿qué hay de malo...?

–No quiero hablar de este asunto, Álvaro. Ni hoy ni nunca. Y como encuentre a vuestro hijo cerca de Isabel, juro que tendrá que enfrentarse a mí.

Le había agarrado del cuello de la camisa mientras hablaba. Tenía la mandíbula apretada y la vena de la frente se le había hinchado. Álvaro apartó la mano de su cuello y se zafó de él.

–¿Se puede saber a qué ha venido eso?

No obtuvo respuesta. Miguel se subió a su montura y emprendió la marcha sin aguardar a su amigo. Resignado, Álvaro lo siguió. Debería estar muy enfadado, pero no lo estaba. Tal vez, algo molesto. Solo quería saber por qué Miguel no accedía a que Isabel se casara con Pedro. En otras ocasiones, Miguel se había escudado en sus orígenes humildes; algo que, obviamente, Laraine no tenía y, además, él era ahora un Almoravid con todas las letras. Álvaro estaba decidido a encontrar la razón que impedía a su amigo dar su consentimiento.

Miguel marchaba a buen paso. Sabía que su comportamiento con Álvaro no había sido correcto, pero estaba demasiado furioso para reconocerlo y excusarse ante él. El silencio acompañó su marcha hasta la misma puerta del monasterio.

Miguel desmontó y pidió hablar con el abad. Álvaro esperó a cierta distancia con los caballos. Les invitaron a entrar y a refrescarse cuando se identificaron. Agradecidos, aceptaron el ofrecimiento. Salió don García, abad de Leyre, y los saludó afectuosamente. Dejando a Álvaro en el interior, Miguel

siguió al abad hacia el bosque. Se detuvieron cerca de la fuente donde decían que San Virila se había sentado a descansar y había pasado trescientos años contemplando extasiado el canto de un ruiseñor, mientras trataba de desentrañar el misterio de la eternidad. Allí, el abad le señaló un punto y Miguel vio a su hermano. Le dio las gracias y se acercó a García.

El noble se había descuidado y su aspecto había pasado a ser el de un caminante sin bienes. A Miguel le pareció que su apariencia estaba muy lejos de recordar al ricohombre que era, al Almoravid por definición. García elevó su vista hacia el rostro de Miguel cuando este se le acercó.

–Si habéis venido a pedirme que regrese con vos, perdéis el tiempo.

Miguel se sentó cerca de él y miró alrededor. Sabía por qué estaba allí García. Se sentía culpable. Allí crecía el niño que le hacía sentirse responsable de la muerte de Toda y, sobre todo, de la de su esposa, Catalina. Tenía los ojos enrojecidos y la mirada vencida. Tal vez, pensó el infanzón con cierta amargura, él mismo no estaba tan lejos de la personificación de fracaso que en esos instantes veía en su hermano.

–No he venido a obligaros a volver. Solo quiero recordaros las responsabilidades que os aguardan en la Navarrería.

–¿Acaso no es lo mismo?

–Vuestro hijo Miguel *txikia* os necesita.

Sus labios dibujaron una sonrisa irónica.

–No lo creo –su mano derecha jugueteaba con un tallo mientras hablaba.

–No pensaríais eso si lo hubierais visto descansando y emborrachándose con sus hombres, sin concluir uno de los entrenamientos.

–¿No será que vos no disteis las órdenes correctamente?

–¿No será que vos no estabais allí para repartirlas?

Hubo una pausa mientras el viento se tragaba el eco de los reproches mutuos.

–Mirad, García, no sé qué pensáis que podéis hacer aquí apartado de vuestras responsabilidades.

–¿Responsabilidades, decís? –respondió, alterado y exaltado–. Son esas responsabilidades las que me mantienen aquí.

–Permanecer aquí solo os sirve de tormento. ¿Es eso lo que pretendéis? ¿Torturaros?

García hizo un gesto de hastío. Miguel miró para otro lado. Ni siquiera sabía muy bien qué estaba haciendo allí, cuando en ese instante él mismo se

sentía frustrado.

–¿A qué habéis venido?

La pregunta de su hermano le hizo desviar su mirada hacia él. Ciertamente se respiraba paz en aquel sitio. Algo que contrastaba con el torbellino acelerado que notaba girar frenéticamente dentro de su estómago.

–El rey convocó a los junteros ante su presencia.

García reaccionó con indiferencia.

–¿No queréis saber qué pasó?

–¿Acaso debería importarme?

–Sí, debería.

–Pues entonces, contádmelo.

Se tomó su tiempo antes de empezar.

–Ha habido quejas de vuestro comportamiento. Y esas demandas han llegado a oídos del rey. ¡Por todo lo más sagrado, García. ¡Erais el *buruzagi*!

–¿Era?

–Erais, sí. ¿Qué esperabais?

Miguel miró a su hermano. No le pareció que hubiera pesar en su pose, más bien cierta relajación, como quien piensa que es dulce la muerte tras el sufrimiento.

–¿Sois vos el nuevo *buruzagi*?

–¡Por supuesto que no!

–Y eso os ha molestado.

Una mueca se pintó en la boca del infanzón.

–Por si os interesa, me ofrecieron el puesto –dijo mientras se pasaba la mano por la barba–. ¿Qué os ha pasado, García? Era nuestro sueño. Hemos peleado mucho por sacar adelante la Junta de los Infanzones.

–Más bien, era vuestro sueño –remarcó.

Miguel se quedó mirando a su hermano, quien seguía jugueteando con el tallo.

–Elvira, Miguel, Fortún y Johan os necesitan. ¡Son vuestros hijos! ¿Lo recordáis?

García quiso reírse, pero su gesto se quedó tan solo en una mueca.

–Os tienen a vos y a Iñigo.

–¡Por el amor de Dios, García! Llevaos a ese niño a Pamplona o dejadlo aquí, pero no os impongáis este castigo –casi gritó Miguel, tratando de hacer



reaccionar a su hermano. Mas no lo logró.

–No tenéis ni idea, Miguel, ni idea, de lo que estoy sufriendo.

García desvió la mirada hacia el monasterio. Se sentía en deuda con ese niño, a la par que lo odiaba por recordarle sus pecados. Se sentía en deuda también con Catalina, su esposa, a la que había engañado. Pero ya no había vuelta atrás. No había forma de reparar el daño. Para hacer honor a la verdad, tampoco había sido justo con Toda y ahora, aunque quisiera, tampoco podía serlo con ese pequeño que había abandonado en el monasterio de San Salvador de Leyre. Vio cómo Miguel se levantaba. Al parecer, todo estaba dicho entre los dos hermanos.

–¿Pensáis regresar algún día?

–Volveré pronto, Miguel, pero no me presionéis.

Se giró para marcharse, pero esperó un poco antes de dar el primer paso. Su cabeza, algo agachada, indicaba que estaba pensando en decir algo. Sin embargo, se arrepintió en el último instante. Despacio, se alejó de la fuente de San Virila y caminó hacia el monasterio.

–¿Proseguís camino? –el abad interrumpió sus pensamientos.

–Sí. Debemos regresar a Pamplona.

–Id con Dios, entonces.

–¿Podría pedirnos un último favor?

–¿De qué se trata?

–¿Podría ver al niño que trajo mi hermano?

El abad García pareció vacilar unos instantes, pero al final dio su consentimiento.

–Está en el huerto.

–¿Puedo preguntaros qué nombre le habéis puesto?

–Fernando.

Miguel caminó despacio. Su túnica azul golpeaba suavemente sus piernas a cada paso. Su porte nunca había dejado traslucir sus orígenes humildes. El abad se detuvo en la puerta y le señaló a un niño que todavía caminaba torpemente. Se acercó a él, a ese niño de ojos y pelo oscuros que jugueteaba con las hierbas y buscaba insectos mientras un monje a su lado le repetía nombres y oraciones en latín. Saludó y se agachó delante del niño. Lejos de asustarse, el pequeño clavó sus ojos en él. Eso le gustó al infanzón. Miguel se quitó la cadena que llevaba al cuello, escondida debajo de su camisa, de la cual colgaba la cruz de doble travesaño, símbolo de los Infanzones, y se la

colocó al niño. Este bajó la cabeza y contempló el regalo con una sonrisa. Miguel se fue, invadido de una extraña sensación. Mientras se alejaba de Fernando, se sintió vacío, solo.

## EL REPUDIO

Principios de mayo del año de 1214

*E mataban ombres é destragaban, é palacios quemaban, é facian toda justicia de los malfeytores, è con tanto eran los ombres pobres defendidos, é el Seynorio defendido, è la tierra estaba en paz.*

Y mataban hombres, y causaban estragos, y quemaban palacios, y hacían justicia frente a los malhechores y, entre tanto, eran los hombres pobres defendidos, y el señorío defendido, y la tierra estaba en paz.

***Datos históricos referentes al Reino de Navarra. Una información acerca de los infanzones de Obanos. Arturo Campión. Original de la Biblioteca de Koldo Mitxelena Kulturunea, Diputación Foral de Guipúzcoa. <http://www.europeana.eu/rights/rr-f/>***

UNA FÉRREA DISCIPLINA se había aplicado en el hogar de los Almoravid. El decreto del rey prohibiendo la fortificación de sus torres a los habitantes del burgo de la Navarrería y a los de San Nicolás había logrado paralizar las obras. Pero, con la excusa de que los ánimos todavía no estaban apaciguados, Miguel había prolongado el control estricto sobre las actividades del clan. Para los hombres, eso significaba entrenamientos continuados, prácticas mañana y tarde y guardias prolongadas. A las mujeres se les habían limitado tanto sus movimientos que, prácticamente, permanecían recluidas en el interior de la morada. En consecuencia, el mal humor se esparcía cual niebla sibilina por el suelo y las paredes de la casa, amenazando con envenenar los corazones de todos los Almoravid.

García continuaba sin dar señales de vida. Miguel lo suponía en Leyre, matando los días en los alrededores de la fuente, torturándose con la visión de un niño pequeño, que se mostraba dulce y observador entre los muros de aquel monasterio. Y entre silencios, entrenamientos y un férreo control de las actividades de cada uno, llegó el mes de mayo. Miguel se levantó de mal humor aquel viernes, tercero del mes, y no atendió a la llamada de su esposa. Laraine, sentada en la cama, con sus ojos todavía bañados de sueño en aquel amanecer frío, se quedó mirando la habitación vacía. No entendía qué le pasaba últimamente a su esposo. No recordaba la última vez que habían hecho el amor, ni cuáles habían sido las últimas palabras que él había susurrado en su oído, ni la última vez que había sentido su aliento cálido cruzar el mapa de su piel. Se levantó y miró por la ventana. El patio permanecía vacío, salvo por el par de milites de guardia. Notó su corazón atrapado en la nostalgia, vestido de melancolía. Ansiaba el momento en que aquella puerta estrechamente vigilada se abriera y dejara paso a Roland –todavía seguían sin noticias suyas–. Y, al mismo tiempo, temía el instante en que Simon apareciera por aquella misma entrada. No tenía ni idea de cómo reaccionaría García –tal vez fuera preferible que permaneciera ausente–, y tampoco tenía muy claro la conveniencia de poner a Miguel en antecedentes. En un par de ocasiones había estado a punto de contárselo, pero se había mostrado tan frío y tan ocupado, que el momento había pasado. Y ahora, que ya había avanzado mayo...

Apareció la sirvienta con agua. Le dio los buenos días y le preguntó qué vestido deseaba ponerse. Eligió uno al azar. ¡Qué más daba cómo estuviera vestida si aquel día no saldría de casa, ni siquiera a Santa Cecilia. –Estaba cansada de los comentarios que suscitaba la pequeña procesión diaria que formaban las damas y su escolta–. Y, además, Miguel ni siquiera se dignaba a mirarla. ¡Cómo echaba de menos el contacto con su cuerpo, las miradas cómplices, el entendimiento mudo, casi animal, que había existido entre ambos...! Un escalofrío recorrió sus brazos mientras se desnudaba y el agua fría mojaba su rostro y su cuello. El calor del lecho desapareció de golpe. Su ojos miraron al vacío. Aquella sensación extraña, pájaro de mal agüero, continuaba allí, prendida en su estómago. Se vistió y bajó a desayunar. En el salón pequeño –en vez de mantel, silencio–, todo le pareció irreal. Su sobrina la miró inquieta, recordándole la inminente llegada de Simon, y sus temores a que no viniera. Principios de mayo era una fecha demasiado imprecisa, los caminos que unían Bordèu y Pamplona muy largos y los Pirineos, peligrosos. Acechaban ambas la puerta con el rabillo del ojo; el cielo, con el corazón

encogido; y a los hombres que se movían por la casa armados hasta los dientes, con cierto recelo. Concluyó la comida. Salieron los hombres al patio y se reorganizó el salón pequeño. Magdalena, Isabel y Constanza tomaron sus instrumentos. Laraine se sentó cerca de la ventana con una labor entre las manos. Necesitaba luz porque su vista no era tan buena como antes. Dulce y Elvira se acomodaron a su lado. Se miraron tía y sobrina, deseosa Elvira de compartir con ella sus miedos y sus cuitas, pero sin atreverse a hacerlo por la presencia de Dulce, a la que no habían hecho partícipe de la inminente llegada de Simon. Miraba la joven con ansiedad hacia el patio, con temor hacia su labor y temblaba la aguja en su mano. Laraine, con la excusa de hacerle una sugerencia sobre lo que estaba cosiendo, colocó su mano sobre la suya. Elvira tragó saliva y miró a su tía. La siciliana trató de sonreírle y la joven le devolvió una sonrisa nerviosa.

El viento comenzó a soplar con fuerza por la tarde. La ventana de la cocina se abrió de golpe. Entraron pétalos de flores, hojas de árboles y polvo. La cocinera se dio prisa en cerrar. Se santiguó mientras proclamaba que parecía que se acercaba una gran tormenta. Laraine estaba con ella, supervisando la elaboración de los platos que se servirían aquella noche. Se había asegurado de que se prepararan los bocados favoritos de su esposo. Lo había meditado durante aquel largo día. El brillo de los ojos de Elvira, el palpitar de su corazón joven por su amado, aquella larga espera... le habían recordado sus primeros años junto a Miguel. Quería sentir de nuevo toda aquella vorágine de sentimientos. Deseaba tener a aquel infanzón, al que se había entregado para siempre, cerca de ella. Así que lo iba a intentar una última vez. Sabía que no estaba siendo una temporada fácil para él, que había tenido que asumir obligaciones que no le correspondían, que se sentía preocupado por su hermano y responsable por su hijo y por su sobrino. En él había recaído de golpe la organización de todo el clan Almoravid... y, por eso mismo, ella quería manifestarle su apoyo. Así que, se había aplicado en ello la mayor parte de la tarde. La cocinera recogió las hojas y murmuró entre dientes una letanía. Laraine sonrió. No le asustaban las tormentas. Había visto varias de ellas en el mar y las de Pamplona no le parecían tan peligrosas. Encendieron el fuego y pusieron los pucheros sobre las llamas. Pronto la cocina se llenó de un delicioso aroma a verduras y a asado. Laraine asistió satisfecha a todo el proceso. Se sentía, después de muchos días, en paz. Se dio cuenta de que en las últimas jornadas había caído en la apatía y ahora que había decidido hacer

algo, su espíritu se le antojaba renovado y su corazón, alegre.

Fue la última en entrar en el salón pequeño. Los hombres se habían sentado al fondo, las mujeres, cerca de la puerta. Dispuso que se sirviera el mejor vino que tenían guardado y el comedor pronto comenzó a llenarse de voces. Eso era buena señal, pensó. Buscó con la mirada a Miguel, pero este parecía rehuirle. No le importó. Tenía otros planes para él. Solo esperaba que no bebiera demasiado. Se sorprendió al ver que colocaba su mano sobre la copa, indicándole al escanciador que no le sirviera una segunda ronda. Al parecer, se había tomado muy en serio su trabajo al frente de los Almoravid. Eso le agradó. Se dejó llevar por las voces, por el runruneo fardón de los veteranos guerreros que contaban sus batallas, exageradas con el paso de los años, agrandadas las hazañas por el rastro orgulloso de las mentes. Vio a Dulce buscar con sus ojos a Diego y a este devolverle la mirada sostenida en esa sonrisa que barrunta una noche de vino y rosas.

Y sintió un pinchazo en la boca de su estómago. Un mordisco amargo por todo aquello que borra el paso del tiempo y por lo que ese mismo tiempo nunca llega a dibujar. Se terminó la cena y desfilaron primero los más pequeños y después las jóvenes y ella se quedó la última, dejando a los hombres entregados a su charla y sus risas. Porque aquella noche, la cena que ella había encargado y el vino parecían haber roto el letargo de la familia. Y se alegró por ello y creyó que todo podía ser posible. Subió despacio a su habitación, rozando con la mano derecha la vieja barandilla de madera, curtida por decenas de huellas Almoravid. Cerró despacio la puerta y se dirigió al espejo que le regaló un rostro maduro, pero todavía atractivo. Se cepilló despacio el cabello y dejó que su ropa cayera al suelo, hasta quedarse desnuda. Se metió entre las sábanas. Su contacto le dio un escalofrío, pero se obligó a mantenerse ahí quieta, esperando la llegada de Miguel. Se hizo un ovillo y se entretuvo contemplando las sombras que las velas dibujaban en las paredes.

Miguel se puso de pie. El salón se había quedado vacío. Rodeó la silla y esperó unos instantes, agarrado al respaldo, con la mirada perdida en la chimenea apagada. Dos gruesos troncos aparecían cubiertos de cenizas, recordando viejos fuegos. Apretó los labios hasta casi hacerlos desaparecer entre el nacimiento de su barba y su bigote, ambos perfectamente recortados y cuidados. Se llevó la mano izquierda hacia la cintura y la colocó encima de la empuñadura de su espada. Se giró y, despacio, se dirigió hacia la puerta. El

eco de sus pasos retumbó en el sosiego de la noche Almoravid. Subió las escaleras con lentitud, como si cada peldaño supusiera escalar una inmensa montaña. Llegó arriba con el corazón en un puño, pero con la decisión tomada. Se detuvo unos instantes ante la puerta. «Después de todo –se dijo–, tal vez Laraine esté ya dormida».

Le sorprendió la claridad de la habitación. Laraine se removió en la cama. Sonreía, barruntando el placer, ajena a los pensamientos de su esposo.

–Suponía que estaríais dormida.

–Aguardaba vuestra llegada.

La dama se sentó y dejó caer la sábana que la tapaba, descubriendo su hombro desnudo y el cabello largo que escondía sus pechos. Su ceño se frunció en un acto reflejo ante la indiferencia que mostró la mirada de él. Bajó los ojos confundida, extrañada de la reacción de Miguel, quien se fue hacia la ventana. El infanzón cogió la camisa de su esposa y se la arrojó, mientras le pedía que se cubriera.

–¿Ocurre algo? –preguntó ella, inocente, con la prenda entre las manos.

Miguel permaneció de espaldas, mirando por la ventana abierta a aquella noche de tormenta que solo había quedado en viento.

–Lo he estado pensando mucho, Laraine. Y creo que he tomado la decisión acertada.

–¿De qué decisión estáis hablando?

–Quiero que os vayáis.

–¿Cómo? –acertó a preguntar ella, totalmente desconcertada–. ¿Queréis que me vaya de la habitación?

Se giró por primera vez él.

–No. Lo que estoy diciendo es que quiero que os vayáis de Pamplona, que abandonéis la morada Almoravid, que regreséis a Sicilia.

–No, no... no os entiendo –tartamudeó.

–Dadas las circunstancias, es lo mejor para los dos –continuó él sin atender a lo que su esposa le decía. Había apartado de nuevo la mirada. Dolía ver sus ojos que trataban de mostrarse sorprendidos. Dolía, y mucho, ver aquel rostro que tanto había amado. Pero era lo que debía hacer. Y él, Miguel de Grez, nunca se había sustraído a sus obligaciones.

–Miguel, ¿se puede saber qué estáis diciendo? –terminó de ponerse la camisa.

–Estoy diciendo, Laraine, que quiero que salgáis de mi vida, para siempre.

Sus oídos dejaron de oír. Así, se dijo, debía de ser la muerte. Un vacío tremendo de sonido, de olor, de sabor, de visión. De alguna manera, se las arregló para salir de la cama y llegar hasta donde estaba él.

–No lo pongáis más difícil.

Se detuvo. Los ojos dulces de Miguel se habían llenado de odio.

–Avisadme cuando estéis preparada para partir y os buscaré un medio de transporte seguro.

Hizo ademán de irse y Laraine, confusa y sorprendida, lo agarró del brazo. Pronunció un rotundo y fuerte «¡No! Aguardad. Hablemos despacio». Aquellas palabras rompieron el silencio y resonaron en la noche. Estaba segura de que habían sido escuchadas en las habitaciones colindantes, pero le daba igual.

–No quiero ningún escándalo, no quiero que el nombre de los Almoravid ande de nuevo de boca en boca.

La cabeza de Laraine se movió repetidamente hacia los lados. No quería poner nombre a lo que estaba escuchando, pero su cabeza empezaba a tomar conciencia de ello.

–¿Me estáis... repudiando?

–Supongo que es así como se puede llamar.

Si le hubieran arrojado un barril lleno de agua, no habría sentido tanto frío. Si le hubieran escupido a la cara, no habría notado tanta humillación. Si le hubieran golpeado con un hacha de guerra, no se habría cubierto de tanto dolor.

–¿Por qué? ¿Por qué me repudiáis? Os he dado cinco hijos, he cuidado de vuestro hogar... ¿Os lo ha pedido él? ¿Os lo ha ordenado García?

–No digáis sandeces. Esto nada tiene que ver con mi hermano –la detuvo él, fajándose de su mano.

–Entonces, ¿con qué tiene que ver?

–No os creía capaz de ser tan fría –había reproche en su voz. Laraine lo notó en cada poro de su piel, en cada letra pronunciada. Y ella no sabía por qué–. Os permitiré que pongáis cualquier excusa ante nuestros hijos, pero ninguno de ellos abandonará Pamplona. Deberéis iros sola.

La puerta se cerró ante ella y fue como si la hubiera golpeado en la cabeza, matándola. Se sintió mareada, retrocedió y, con su mano, buscó la cama para agarrarse a ella. La palpó, pero no fue consciente de sus medidas y se dejó resbalar hasta el suelo. Repudiada. Repudiada. ¿Por qué? ¿Por qué ahora? ¿Por qué repudiada? Una ola de calor, seguida de otra de frío. La habitación se



hizo enorme de repente y luego menguó ante sus narices, socavando el oxígeno, dejándola asfixiada, rota.

Trató de controlarse, pero los sentimientos eran demasiado fuertes y los miedos demasiado recios. Las inseguridades de los últimos días aparecieron de golpe para amordazarla. Sus lágrimas se deslizaron gruesas y amargas. Se llenó de mocos y de babas, tragándose el llanto para que nadie escuchara su fracaso. Se debatió entre la desesperanza y el vacío durante largo rato, hasta que su cuerpo decidió que ya no tenía más lágrimas. Miró hacia la ventana y se fundió con la noche oscura que se vislumbraba a través de ella. Repudiada, se repetía una y otra vez. Se sintió culpable. Y su cabeza comenzó a esgrimir reproches punzantes en su contra. Ella era culpable. Y comenzó a llorar de nuevo, hasta que sus ojos se cansaron y se mostraron hinchados y rojos. Se levantó del suelo y se acercó al espejo ante el que pocas horas antes se había contemplado mientras se peinaba. Se sentó a observar aquel fantasma, reprochándole ahora a él la pérdida de su esposo. Había sido su culpa. Su culpa. Se acercó a la superficie lisa que tenía delante. Aquella que se reflejaba allí no era ella. ¿Qué había quedado de la Laraine fuerte y luchadora? Un brillo cruzó a través de su pupila. Fue algo fugaz, pero nítido. «Soy Laraine Sybia de Salerno», se dijo. Cogió un pañuelo y se secó suavemente los ojos, luego se sonó la nariz y se miró de nuevo al espejo. Se vio vieja y cansada. Arrugas que antes habían pasado desapercibidas se multiplicaron en el espejo. Parpadeó y tomó aire despacio. Empezó a serenarse. Tras la sorpresa inicial y el sentimiento de culpabilidad, empezaba a aparecer la aceptación de la situación. «Bien, Laraine –se dijo–. Tenéis dos opciones. Suplicar a vuestro esposo, o marcharos». Inhaló de nuevo, llenando sus pulmones hasta que se colmaron y luego expulsó el aire despacio, echando un pulso a esa imagen que le devolvía la superficie plana del espejo. Y entonces, tomó una decisión y en ella se impuso su orgullo mesapio.

Roland atravesó la puerta del Abrevador y una sonrisa nostálgica se pintó en su rostro. Tenía ganas de ver a su familia, pero una voz interior no dejaba de recordarle que traía malas noticias. La gente se volvía a mirarlo. Cabalgaba despacio entre las calles estrechas del burgo de la Navarrería, con la vista fija al frente. Cuando la puerta de la morada Almoravid se dibujó ante él, refrenó a su caballo y se apeó. Se tomó unos instantes mientras palmeaba a su fiel compañero de viaje y contempló la casa desde unos pies más atrás. Ató al caballo fuera y se encaminó a la entrada. Solo unos pasos lo separaban de

la puerta, pero Roland nunca había hecho las cosas como las hacían los demás. Rodeó la finca y se encaramó a la muralla de la parte de atrás. Rondas de guardia, entrenamientos en el patio, observó. Había cosas que no cambiaban en aquella casa. «¿Cuatro guardias?», se fijó entonces. «Sí –cambió de opinión–. Hay cosas que sí han cambiado y, o mucho me equivoco, o mi tío se está volviendo paranoico».

Dulce atravesó el patio y se dirigió a los establos, ajena a los ojos que observaban desde la altura. Roland buscó a su hermano entre los hombres que se entrenaban y lo distinguió batiéndose con su primo. Su padre parecía realmente enfadado, corrigiendo posiciones y exigiendo concentración. ¡Cuánta más libertad disfrutaba él en sus barcos! Siguió con la mirada a su cuñada, mientras pasaba por delante del pequeño jardín donde seguían creciendo las rosas de su tía Catalina, y una sonrisa de viejo bribón asomó a la comisura de sus labios. Miró a los guardias y saltó al interior sin que nadie lo notara. Siguió a Dulce hacia el interior de los establos y la asaltó de pronto, surgiendo de entre los caballos.

–¡Me habéis asustado!

–Nada más lejos de mi intención –le dijo él, poniendo la rosa que acababa de cortar en su mano.

Dulce entornó los ojos. La noche pasada había sido fantástica. Se había despertado en brazos de Diego y habían hecho el amor justo antes del amanecer.

–¿Os habéis escapado del entrenamiento? –le preguntó ella, volviendo la cabeza hacia la puerta, de donde surgía la voz clara y rotunda de su suegro.

–Más o menos –le dijo él.

–¿Qué ocurre? Parecéis... diferente.

Roland sonrió divertido.

–¿Os gusta mi rosa?

Dulce se la llevó a los labios y la olió. Catalina siempre había cuidado bien aquellas flores que ahora parecían crecer por inercia, como si ella todavía siguiera cuidándolas, a pesar de habían transcurrido casi dos años desde que había muerto. Roland cogió su mano y la acarició suavemente. Un fognazo en su cabeza le llevó el recuerdo de Nabila. Dolió. Soltó la mano de su cuñada de golpe. ¿Qué estoy haciendo?

–Lo siento –se disculpó, echando un paso hacia atrás.

Se giró. La puerta quedó en frente de él y en su vano, apareció recortada

una figura tan alta como él, tan morena como él, tan despeinada como él. Y ambos se quedaron mirándose como si uno fuera el reflejo del otro en un espejo. Diego elevó su espada en línea paralela con su hombro y dio el primer paso. Estaba confuso. Roland enarcó su ceja izquierda.

–Lo correcto sería un abrazo, pero no sé por qué, siento ganas de atravesaros con mi espada.

–Me conformaré con un apretón de manos.

–Disculpaos con mi esposa –la punta de su espada se apoyó en el pecho de su gemelo.

–Vamos, Diego, no he hecho nada por lo que deba disculparme.

–Le habéis hecho creer que era yo. Y le habéis regalado una rosa.

–Cortesía de cuñado.

–¡Roland!

–De acuerdo. Haré tal y como me pedís tan amablemente –dijo, apartando con su mano enguantada la espada de la trayectoria de su pecho y dirigiéndose hacia Dulce.

–Bella dama, perdonad si os he importunado. De cualquier forma, espero que aceptéis esta rosa, que no es sino un humilde e indigno regalo para alguien de vuestra hermosura.

–¡Roland! –dijo Diego, con fingido enojo.

–Acepto vuestras disculpas. En cuanto a la rosa –dijo, mirando a su esposo–, solo la aceptaré si Diego está de acuerdo.

–Tenéis una esposa muy diplomática y fiel. Me llevaré la rosa, no quiero ser causa de una ruptura matrimonial –dijo muy cortés, haciendo una reverencia hacia Dulce y tomando de su mano la flor.

–Nunca cambiaréis –bromeó Diego, abrazándose a su hermano–. ¿Cuándo habéis llegado? ¿Y por dónde demonios habéis entrado?

–Acabo de llegar y he entrado por la parte de atrás. Un pequeño salto.

–¿No os han visto los guardias?

–Está claro que no.

–A *aita* no le va a gustar.

–Pensaba que le haría ilusión verme.

–No es por ti, es...

Iba a seguir hablando cuando un gran alboroto les llegó desde el patio.

El corazón de Simon latía ferozmente. Desde su partida de Bordèu no había parado de hacerse las mismas preguntas. ¿Habrían cambiado los sentimientos de Elvira? ¿Lo seguiría amando? ¿Qué sentiría al tenerla frente a frente? ¿Estaría tan bella como él la recordaba? Se llevó la mano al pecho. Debajo de la túnica de viaje llevaba su preciado tesoro; todas las cartas – escasas –, que Elvira y él habían intercambiado en el transcurso de estos casi dos años. «¡Dos años!», se dijo con incredulidad. Esperaba que fuera tiempo suficiente para que García hubiera superado la pérdida de su esposa y hubiera olvidado la desbandada de los ultramontanos en la guerra contra los almohades y ya no lo tachara de cobarde. Era un riesgo que estaba dispuesto a asumir. No podía esperar más. No quería darle al destino la oportunidad de que Elvira se escapara de su lado. Con ese espíritu llegó a Pamplona. Justo en el día en que todo en casa de los Almoravid comenzaba a estallar cual tormenta que largamente se ha barruntado en el horizonte.

Nada en las tranquilas calles de la ciudad auguraba el poco ortodoxo recibimiento con que los Almoravid estaban a punto de obsequiarle. Nada en el despejado mediodía predecía lo cerca de la muerte que iba a estar en unos instantes. Creía recordar bien el trazado hasta la casa de Elvira. No estaba lejos de la puerta del Abrevador, por donde acababa de entrar en la ciudad. Casi de inmediato, todo se le hizo tremendamente conocido, como si fuera anteayer cuando se fue de Pamplona. Enseguida reconoció el feudo de los nobles Almoravid. Desmontó con premura, sintiendo cada latido de su corazón palpitando por su amada. Se acercó a la puerta y golpeó la madera, anunciando así su llegada. Se restregó la cara, se tocó el cabello, echando los mechones cortos que tapaban su frente hacia atrás, se sacudió el polvo de la ropa y esperó con los brazos en jarras y su mejor sonrisa pintada irremediabilmente en su rostro.

La puerta se abrió. El sonido de sus propias palpitaciones ocultó el ruido agudo de los goznes. Un hombre totalmente equipado para la batalla se plantó delante de él, examinándolo de una manera minuciosa. Simon se sorprendió. Esperaba a un sirviente, no a un soldado. Comenzó a hablar, pero aquel hombre hizo caso omiso a su educada introducción y lo metió de golpe en el patio, agarrándolo sin contemplaciones de la túnica. La puerta se cerró tras él. Le bastó un breve vistazo para darse cuenta de que todos los hombres Almoravid se encontraban en aquel espacio, practicando con las armas. Trató de encontrar a García entre las miradas escrutadoras y el silencio espeso con que se había llenado el patio. Todo el mundo había dejado sus quehaceres y

permanecía en absoluta quietud, observando con descaro al intruso. «¡Sí que ha despertado interés mi llegada!», se dijo.

Un hombre se movió hacia él con decisión y premura. Por un momento pensó que iba a atravesarlo con la espada que llevaba en la mano. De pronto se detuvo delante de él. No le gustó su mirada. En ella estaba la huella de un hombre afrentado. Recordó que aquellos hombres se tomaban muy en serio la lucha y los entrenamientos. No había más que pensar en García, el hombre al que tenía que tratar de impresionar y convencer. El que había abierto la puerta lo soltó. Por un instante, Simon se amedrentó, pero no había llegado hasta allí para acobardarse ahora.

–Soy Simon...

–Soy don Miguel de Grez –dijo secamente su interlocutor, con una sonrisa cínica que no le gustó en absoluto al joven.

Los ojos oscuros del infanzón se clavaron en los suyos de tal forma que le hicieron sentirse desnudo. Miguel lo escrutó sin pestañear. No había esperado a alguien tan joven y eso le dolió inmensamente. ¿Cómo podía hacerle eso Laraine? Ya no importaba. Había hecho bien en decirle a su esposa que iba a repudiarla justo la noche anterior. Ahora, desde la ventana de su habitación, podría ver el castigo que iba a infringir a aquel malnacido por deshonorar su casa. Cortando el intento de explicarse, incrédulo por las agallas de aquel joven, el amante de su esposa, de presentarse allí, sin máscaras, comenzó a registrarle. El rostro del aquitano se tornó lívido cuando la mano diestra de Miguel encontró las cartas. A este le bastó un vistazo para saber que allí se encontraba la prueba del delito. Todos los músculos de su cara se tensaron y las venas de sus ojos, dilatadas y estresadas, dieron a sus cuencas un tono rojizo de locura.

–Atadlo al poste de castigo.

Fue como recibir una sentencia de muerte. Simon gritó, tratando de explicarse, sin entender exactamente qué estaba ocurriendo. No lo podía creer. ¿Los habían descubierto y estaban esperándolo? ¿Acaso le había tendido una trampa la propia Elvira? Trató de zafarse de las manos que lo sujetaban y lo arrastraban. Le quitaron sus armas y le despojaron de su túnica y de su camisa, dejando su torso al descubierto. En un abrir y cerrar de ojos se encontró atado a un poste y el miedo vistió sus desnudas espaldas.

–¡Laraine, Laraine! –gritó sin pensar, sin saber que esa era la excusa perfecta para Miguel.

Necesitaba ayuda. Estaba desesperado. Pero sus gritos causaron el efecto contrario al que esperaba. El infanzón se giró con rapidez, lo encaró y lo abofeteó.

—¡Elvira! ¡Elvira! —lo suyo fue un lamento desgarrado y ronco—. ¡Elvira!

Se arremolinaron los hombres sin saber qué sucedía, pero dispuestos a darle la razón a su caudillo. Y por encima del terror que estaba empezando a experimentar, Simon continuaba llamando a su amada con tormentoso pesar.

Elvira estaba delante de la puerta de la habitación de su tía. Su puño encogido a punto de golpear la madera. Se detuvo. Era extraño que Laraine durmiera hasta tarde. Su tío le había dicho que no se encontraba bien y que era probable que pasara todo el día allí. Negó con la cabeza. Había visto a su tía enferma, muy enferma, y eso no la había apartado de sus responsabilidades. Nunca. Mientras su madre estuvo delicada, y a pesar de la oposición de su padre, Laraine había tomado las riendas de la casa. Ella había lidiado con todo. Y tras la muerte de Catalina, ella siempre había estado allí. Se decidió por fin y golpeó con suavidad. Si estaba enferma, tal vez le apeteciera algo de compañía, o que le subiera algo de comer.

—¿Tía?

Abrió la puerta. La cama estaba descubierta y sin hacer, los armarios cerrados, las cortinas descorridas, el peine colocado encima del tocador, como siempre, pero allí... no había nadie.

—¿Tía? —repitió como si eso pudiera hacer que la siciliana se materializara.

Se quedó quieta en medio de la habitación, hasta que unos gritos la sacaron de su ensimismamiento y le hicieron acercarse a la ventana. Se llevó la mano al pecho, abrió mucho los ojos y sintió que su corazón se detenía de súbito.

—¡Dios mío! —fue lo único que pudo decir antes de salir corriendo escaleras abajo.

Se abrió paso a empujones entre los hombres de armas de su padre. Su corazón desbocado estaba a punto de salirse por la boca de la que entraba y salía aire a bocanadas. Vio a su tío dirigirse hacia él con el látigo.

—¡Simon! ¡Nooo!

Fue un grito desesperado que hizo girar a su tío la cabeza y que apenas le dio tiempo de contener su mano. El arma rozó el brazo de Elvira mientras esta se colocaba entre su tío y su amado.

–¡No! Por favor –suplicó–. Por favor, tío Miguel. Es Simon. Por favor, no le hagáis daño. Laraine os lo explicará todo, pero, por favor, no le golpeéis, le amo. Le amo, tío Miguel, por favor.

Respiró aliviado el joven y cerró los ojos. Sintió el contacto cálido del cuerpo de Elvira sobre su espalda desnuda y, a pesar de lo aterrorizado que aún estaba, no quería que aquel momento se terminara nunca.

Miguel se quedó quieto, todavía sobreponiéndose ante la reacción de su sobrina, quien se había abrazado al recién llegado y no paraba de suplicar a su tío y de decirle a Simon cuánto lo amaba. Aunque su cuerpo permanecía estático, su cabeza funcionaba a toda velocidad. Miró a Simon y a su sobrina y le sobrevino un escalofrío. ¿Se estaban besando? Soltó el látigo. El sudor le escurría por la barba y la frente. Miró al suelo, sabiendo que decenas de ojos observaban perplejos cuanto acontecía. Sabía que tenía que hacer algo, pero la verdad que empezaba a empapar su cabeza como fina, pero pertinaz lluvia, comenzaba a hacerle daño en su corazón. «¿Me he equivocado?». Su cabeza se atrevió por fin a hacerse la pregunta.

–Soltadlo –dijo al fin–. Y llevadlo al salón pequeño. Elvira, entrad con él. *Txikia*, continuad con el entrenamiento.

Se movieron todos los hombres en pos de Miguel *txikia*, menos Diego, Roland y Dulce. Al despejarse el patio de hombres, los tres quedaron enfrentados a su padre.

–¿Roland? –preguntó atónito Miguel–. ¿Cuándo... cuándo habéis llegado?

Se acercó el aludido a su padre.

–Acabo de hacerlo y suerte que he decidido no entrar por la puerta. ¿Qué está ocurriendo?

Abrazó a su vástago.

–Es algo que voy a averiguar ahora mismo. Después hablamos.

–¿Dónde está madre? –preguntó Roland, agarrando a su padre por la manga para evitar que se girara–. Hay algo que debo decirle. El abuelo Roger ha muerto.

Apretó los labios Miguel, en un gesto que últimamente repetía a menudo. Miró hacia la ventana de su habitación. Su mandíbula sobresalió hacia delante y Roland notó cómo su pecho se hinchaba al emborracharse de oxígeno.

–Está en su habitación. Será mejor que subáis con vuestro hermano –le pidió a Diego.

Dulce no dijo nada, pero salió en pos de su esposo.

Miguel se quedó en medio del patio. «¡Maldita sea!». Cogió la ropa de Simon, que había quedado en el suelo junto con aquellas cartas codificadas, y entró en la casa. Se dirigió al salón pequeño y cerró la puerta. «Tal vez debería estar junto a ella». «Tal vez yo sea la última persona a la que quiere ver». Un breve suspiro salido de la garganta de su sobrina evaporó sus pensamientos y le hizo centrarse en la pareja que tenía delante. Estaban sentados el uno junto al otro. Apoyaba Elvira su cabeza en el hombro desnudo del aquitano y en los rostros de ambos se marcaba una mueca de estupor y recelo.

–Vestíos –le pidió al joven, devolviéndole la ropa.

Se sentó al lado de su sobrina y le miró el brazo. Había sido tan solo un rasguño en el antebrazo, pero bien podía haber sido su cara. Tomó una tela limpia y envolvió la herida con ella a modo de vendaje.

–Estoy bien, tío –le aseguró, viendo la amabilidad con la que Miguel envolvía su brazo.

El infanzón la miró a los ojos y le habló muy suave.

–¿Podéis explicarme qué es esto? –le dijo, poniendo las cartas sobre la mesa.

Avergonzada, la joven agachó la cabeza. Simon fue a tomar la palabra, pero Miguel lo detuvo con un gesto de su mano izquierda y le recordó que su turno llegaría después.

–Este es Simon de Bordèu. Nos conocimos hace casi dos años, al poco de morir mi madre, mientras vosotros luchabais contra los almohades al sur de la península. Regresó con...

–Los ultramontanos –completó Simon por ella.

Sonrió Elvira agradecida por su apoyo. Sabía que su padre consideraba a los ultramontanos unos cobardes por haberse retirado antes de combatir contra al-Nasir en la batalla de las Navas de Tolosa.

–Estaba aquí cuando regresasteis. Tal vez no os acordéis porque estabais herido –miró a su tío para tener su confirmación y este la animó a que continuara el relato con un breve gesto de su cabeza–. Simon y yo... nos enamoramos. Pero padre no lo consideró adecuado y echó a Simon de nuestra casa.

–¿Y qué tiene que ver Laraine con todo esto?

–¿Visteis la carta que estaba escribiendo, verdad? Aquel día, en vuestros aposentos. Os dije que era una carta que mi tía me había pedido que escribiera



para ella porque así lo habíamos acordado. Cuando Simon se fue, comprometimos a la tía para que nos ayudara a mantener el contacto a través de cartas. E ideamos un sistema de codificación para que mi padre no se enterara. Él nunca lo hubiera consentido, tío. Ya sé que hice mal en ocultárselo a mi padre y en pedir ayuda a Laraine, pero ella era todo lo que tenía entonces. Acababa de perder a mi madre y si perdía también a Simon... No sabéis lo qué significó para mí su presencia en aquellos momentos y que ella accediera a cubrir nuestro secreto.

Miguel echó hacia atrás su espalda y se apoyó en la silla.

—¿Me estáis diciendo que estas cartas son la correspondencia que ambos habéis mantenido durante estos años?

Ella afirmó escuetamente y Simon tomó entonces la palabra al ver que Miguel lo miraba ahora a él.

—Decidimos que ya había pasado el tiempo suficiente para que García superara todo lo que ocurrió. Así que le sugerí a Elvira la idea de viajar a Pamplona y de hablar con su padre para proponerle nuestro casamiento.

Se levantó Miguel de golpe. Tanto que asustó a su sobrina. Sin embargo, él ya tenía otros pensamientos en la cabeza.

—¡Maldita sea! —bramó en alto. Se hubiera reído si no fuera tan serio todo lo que había arrastrado el descubrimiento de aquellas cartas. Se giró hacia los dos jóvenes—. Está bien. Podéis quedaros hasta que regrese García, pero manteneos lo suficientemente alejado de ella como para que corra el aire entre los dos, o la próxima vez no estará ella para libraros del látigo.

Abrió la puerta y se dio de bruces con sus hijos.

—¿Cómo se lo ha tomado vuestra madre? —dijo con tono preocupado.

—No está, *aita*.

—¿Cómo que no está?

—Ama no está en casa.

—¿La habéis buscado bien? —dijo, seguro de que Laraine no había podido abandonar la casa. De ser así, alguno de sus hombres le habría informado o la habría acompañado.

Diego asintió.

—Buscadla de nuevo —dijo, mientras subía a su habitación.

Si le hubieran arrojado un cubo de excrementos, no se habría sentido tan mal como se encontraba en aquellos instantes. La habitación estaba vacía y la ausencia de Laraine aumentaba esa sensación. Miró el armario. Toda su ropa

estaba allí, ordenada como siempre. Un elocuente aroma a ella le llegó hasta la nariz, clavándose en su corazón. Se estremeció. No se podía haber ido. Allí estaban sus joyas, sus peines, sus perfumes... Todo. Se sentó en la cama, perdido, esperando que sus hijos aparecieran diciendo que la habían encontrado tal vez en el almacén, en las cuadras, o en el granero... Llegaron al rato los dos. Mirada de pregunta del padre, leve negación de los hijos.

–Estará en Santa Cecilia –dijo Roland–. ¿No es allí donde suele ir a rezar? Me acercaré.

Miguel desvió la mirada hacia su primogénito. Diego negó de nuevo.

–Imposible. He preguntado a todos los guardias. Aseguran que Laraine no ha salido de la casa. Nadie la ha visto desde ayer a la noche.

Miguel se llevó la mano derecha a la cabeza y se masajeó las sienes. «¿Qué he hecho?». Conocía a Laraine lo suficiente como para saber que si deseaba desaparecer sin dejar rastro podía hacerlo. Se escucharon ruidos de pasos subiendo deprisa las escaleras.

–¿Es verdad? ¿Roland está en casa? –el rostro alegre de Magdalena contrastó con el de preocupación de los tres hombres.

No les dio tiempo a ninguno a reaccionar. La adolescente se echó encima de su hermano y a Roland no le quedó más remedio que cogerla en brazos. Se apartó un poco Magdalena para ver a su hermano de lejos y Miguel pudo ver a su hija de perfil. ¿Cuándo había crecido hasta convertirse en una jovencita? ¿Cuántos años tenía ya? ¿Trece? Se parecía a su madre.

–¿Ocurre algo? –preguntó al poco la muchacha con su habitual desparpajo y sexto sentido.

–Lo siento, Magdalena. No traigo muy buenas noticias de Sicilia. El abuelo Roger ha muerto. Ahora íbamos a contárselo a nuestra madre.

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas. Su labio inferior comenzó a temblar.

–Hoy he tenido un sueño extraño –dijo mirando a su padre, con palabras apenas susurradas–. Un hombre vestido con loriga y túnica azul me daba un beso suave en la mejilla. Me ha parecido tan real que por un momento pensaba que no era un sueño. Ahora ya sé que era el abuelo que venía a despedirse de mí.

Roland la abrazó y Magdalena lloró con rabia y dolor, escondida su cabeza en el pecho de su hermano mayor. Diego se ofreció a acompañar a su hermana abajo y buscar a Isabel y a Etienne para darles la noticia. Roland y

Miguel se quedaron en la habitación. El joven esperó a que se cerrara la puerta antes de encarar a su padre.

—*Aita*, ¿qué está ocurriendo? —no se anduvo por las ramas al preguntar—. Hay vigilancia extrema en la morada, receláis de todos los que llegan, las mujeres de nuestra familia no pueden salir solas a la calle, casi matáis a Simon delante de todos, los hombres están en tensión... y nuestra madre ha desaparecido.

—Para acabar de llegar habéis hecho un resumen bastante elocuente de la situación. ¿Y sabéis lo más gracioso? A pesar de la estrecha vigilancia, una persona ha entrado en la casa sin ser detectada y otra... —no pudo seguir.

Roland se sentó a su lado, en la cama todavía deshecha.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Dónde está mi madre?

Miguel miró el anillo que llevaba en el dedo índice de su mano izquierda y comenzó a hacerlo girar dentro del dedo. *Ad usque fidelis*. Eso es lo que estaba grabado en su interior. Hacía mucho tiempo había prometido ser fiel a un hombre, a un rey que todavía no lo era. Y se había mantenido fiel a él, fiel a ese anillo y a lo que sus palabras significaban. Sin embargo, había roto otra promesa, una promesa hecha con el corazón: Yo te doy mi fe, Laraine, le había dicho hacía ya mucho tiempo a su esposa.

—Ayer por la noche discutí con vuestra madre. Le dije que la iba a repudiar, que quería que se fuera y que tendría que renunciar a todos sus hijos. Le dije que le allanaría la marcha, que solo me dijera cuándo estaba presta para el viaje y que yo haría que la escoltaran hasta donde ella eligiera.

Roland saltó de la cama como si le hubieran pinchado con la punta de una espada en las nalgas.

—¿Os habéis vuelto loco?

—Eso es lo que parece, ¿no? Hace unos meses encontré una carta extrañamente codificada entre las pertenencias de vuestra madre. Conseguí descifrarla y os juro que no me gustó nada lo que hallé en aquellas palabras de amor y en la promesa de venir a visitarla en mayo. Luego pillé a Elvira codificando un mensaje que me dijo estaba escribiendo para Laraine. Todo encajaba, Roland. Creí que ella había encontrado a otro.

—¿Y ese otro era acaso Simon?

—Sí. Lo malo es que el mensaje no era para Laraine, como me acaban de confirmar Elvira y Simon. Vuestra madre solo los estaba encubriendo y protegiendo de García.

–¡Por los siete mares, *aita*! ¡Menuda habéis liado! ¿Y dónde está ahora nuestra madre?

–Ojalá lo supiera, Roland.

–Lo prepararé todo, *aita*. Saldremos a buscarla.

–Iré yo –dijo, levantándose tan enérgicamente como pudo.

–Iremos los tres.

La vida le había dado un duro revés. De repente, sin avisar, lo había perdido todo y la obligaban a caminar en dirección opuesta a la que llevaba. Un camino desconocido se hallaba frente a ella. Tenía miedo, sí, era inútil no reconocerlo. A veces, en las oscuras y eternas noches de ausencia de Miguel, en el gélido hueco que su cuerpo dejaba en su cama, había temido el momento de continuar su vida sin él. Pero jamás imaginó que su esposo pudiera llegar a apartarla de su lado. Nunca en su vida –ni siquiera su intuición se lo había indicado así– sospechó que una palabra pudiera hacer tanto daño como una espada. Repudiada. Miguel la iba a repudiar. La iba a apartar del lado de Isabel y de Magdalena cuando más la necesitaban, y del pequeño Etienne y de Álvaro y Dulce y de Roland y de todos sus nietos venideros. Se apretó el pecho. La loriga que se había puesto era tan fría como la muerte misma y su gélido tacto traspasaba su fina camisa y la almilla que se había puesto a toda prisa, desesperada por alejarse del lugar que abrasaba su alma. Tenía que tomar una decisión, pero no podía hacerlo entre lágrimas y dolor. Por eso había decidido alejarse, para poder estudiar con calma y a conciencia cuál sería el siguiente paso que debía dar. Se iría, sí, pero no estaba dispuesta a aceptar, sin más, ser apartada de sus hijos. Ella los había alumbrado a todos, los había cuidado, los había amamantado, los había velado en sus noches de insomnio, enfermedad o pesadillas. ¿Acaso sabía Miguel qué significaba eso? Aún tenía esperanzas. Se había criado cerca del mar y ella mejor que nadie sabía que lo que se lleva la marea, las olas lo devuelven. Miguel podía apartarla de su vida, pero no de la de sus hijos. Tenía que encontrar una solución. Miró al cielo. Las nubes corrían sobre su cabeza. Se entretuvo en mirarlas y, por primera vez desde que Miguel le anunció que la iba a repudiar, pudo sonreír. Una sensación extraña recorrió sus venas. Era agradable no tener que preocuparse por las incidencias del día. Nadie que la llamara para dar el visto bueno a las compras diarias. Nadie que la buscara porque un animal se había puesto enfermo, o para aprobar las lecciones de sus hijos, o para

comprobar el menú del día. Ningún consejo que repartir, nadie a quien rendir cuentas. Pesaba la loriga que llevaba y era fría como el más frío de los inviernos, y la espada que se había colgado a la cintura molestaba al andar, pero era libre de ir y venir a su antojo. Era curioso cómo un simple cambio de vestuario podía modificar las costumbres de las gentes. Vestirse de hombre había sido un acierto. Nadie le había impedido la salida de la morada Almoravid; en las calles le abrían paso –también ayudaba llevar el escudo Almoravid bordado en la capa–; no llevaba escolta... Modificó su manera de andar para no llamar la atención. Sacó las puntas de sus pies hacia fuera, cargó el peso de su cuerpo en la cintura, e incluso se permitió cierto pavoneo mientras trataba de imitar a los hombres de su casa. Por un momento se sintió diferente y, en cierto modo, lo era. Aunque todavía no era consciente del todo, sabía que su vida tenía un antes y un después escondidos entre los trazos gruesos de aquella temible palabra: repudio. Todavía no tenía muy claro qué iba a hacer con su vida. Lo primero que se le había pasado por la cabeza –por pura rabia– había sido coger todas sus cosas y marcharse como un ladrón en la noche. Tomar rumbo hacia Sicilia sin decir nada a Miguel sobre su destino. Estaba demasiado dolida. Pero luego lo había pensado mejor. No podía hacerles eso a sus hijos. No podía abandonarlos sin decir nada. Eso iba a ser lo más duro. Enfrentarse a sus rostros, a sus ojos, y decirles que se tenía que marchar porque su padre... porque su padre... ya no la quería. Se detuvo en medio de la rúa Mayor de los Cambios, atenazada por aquel pensamiento. Un morador del burgo de San Cernin chocó con ella. Paradójicamente, no se molestó, ni gruñó, sino que se disculpó. Continuó andando. Saber que Miguel ya no la quería era peor que si alguien le hubiera dado la noticia de su muerte. «¿Qué voy a hacer? Ya no tengo edad para que ningún otro hombre me mire; ni quiero. Y volver a Sicilia, con mi padre... he fracasado. Miguel ya no me quiere». Se obligó a seguir andando, apartándose de las bulliciosas calles conocidas y abandonó la ciudad en dirección sur, sola, sin caballo, sin destino.

Miguel, Diego y Roland entraron en los establos. Nervioso, el infanzón empujó al doncel que se encargaba de su caballo y él mismo ajustó la cincha. Diego lo miró, intranquilo, pero sin decir nada; sabedor de cuándo a su padre era mejor no dirigirle la palabra. Dejó al mando a Miguel *txikia* y los tres partieron de la segura morada Almoravid. Se detuvo unos instantes el infanzón, errantes sus pensamientos entre decenas de posibilidades. En realidad, no tenía ni idea de a dónde podía haber ido Laraine. Se decantó por

Santa Cecilia. Una vez allí, Diego entró y encontró a Blanca. La beata enseguida le preguntó por su madre, temiendo que le hubiera ocurrido algo, ya que no había visitado la iglesia desde hacía una semana. Como pudo –no se le daba bien mentir–, el joven esquivó la pregunta. Se despidió de ella, pero renqueó por el templo, dando tiempo por si en algún recoveco pudiera estar su madre. Tras una búsqueda infructuosa, salió a la calle. La realidad se dibujada en su rostro, que preguntaba: y ¿ahora qué? Deambularon por la ciudad, recorriendo tiendas y negocios a los que Laraine solía acudir. Miguel notaba las miradas de soslayo de sus hijos. ¿Lo culpaban?

Salieron de la ciudad hacia el norte y bordearon sus murallas, buscando en las orillas del río, en las eras donde los labradores trabajaban esperando la cosecha. Pero la suerte no les sonrió. Laraine se había ido. Llegaron hasta Leguín y acamparon cerca del castillo. El día había envejecido con asombrosa rapidez. Miguel levantó la cabeza hacia el cielo cuando ya se veía con claridad el cinturón de Orión y, junto a él, asomaba el Auriga, mientras el Dragón enseñaba su cola. Diego se encargó del fuego y Roland de los caballos. Miguel se alejó a pie. Necesitaba estirar las piernas, poner en orden sus pensamientos. Miró al horizonte. Se había ido con lo puesto, desafiando a los peligrosos caminos, a los dementes que deambulaban por ellos. «¿Dónde estáis, Laraine? ¿Dónde he de buscaros?».

Repartieron un poco de comida y se sentaron alrededor de la hoguera, en silencio. Solo el ruido de las masticaciones se elevaba poco más que el crepitar del fuego. Miguel estiró de un trozo de carne y lo masticó despacio. Las llamas se reflejaban en los rostros de sus dos hijos. Tan iguales y tan distintos.

–¿Lo conseguisteis? –preguntó de pronto el de Grez–. ¿Rescatasteis a Nabila?

Roland miró a su padre con una mezcla de afecto y tristeza.

–Sí –dijo escuetamente, como si hablar de ello le costara.

–¿Sí? ¿No pensáis contárnoslo?

–Tal vez no sea el momento.

–Tal vez no fue como habíais imaginado –le picó Diego, que conocía bien la mirada de su hermano gemelo.

–Quizá nada sea como nos lo imaginamos –se apresuró a concretar Roland.

Le dolió el comentario de su segundo hijo, aunque enseguida se dio cuenta

de que sus palabras nada tenía que ver con su madre y él, por la manera en que miraba sin enfocar nada.

–Me gustaría oírlo de todas formas –terció Miguel. Necesitaba poner su mente en otra cosa o se volvería loco pensando en los peligros que podría estar corriendo Laraine en aquellos momentos. Sabía que era una mujer fuerte y que podía arreglárselas sola, pero uno no siempre se encuentra con buenas almas que lo acompañen en el viaje.

Roland les narró su travesía, su llegada a Marrakech, el encuentro con el *imesebelen*, la sorpresa que se escondía entre los pliegues de la alfombra, la muerte del califa, el regreso a Sicilia, la muerte de Roger... pero se guardó para él la congestión de su propio corazón, envuelto en tinieblas por la ausencia de Nabila. Miguel siguió el relato con atención. Así que el califa al-Nasir había muerto. También Pedro II de Aragón lo había hecho poco antes, defendiendo a sus súbditos cátaros. De aquella batalla, la de las Navas, solo quedaban Sancho el Fuerte y Alfonso VIII.

Diego recostó su espalda contra el árbol que tenía detrás. Empezaba a estar preocupado. Una mujer no podía desaparecer sin más, no podía evaporarse. No tenía lógica. Se había ido de una casa especialmente vigilada y no había acudido a ninguno de los lugares habituales. Se levantó como un resorte, culpando a su padre en silencio. Un reproche que se guardaría muy bien de confesar en alto.

–¿Creéis que se dirige a la costa? –oyó que preguntaba Roland

–Supongo. Aunque no se haya llevado mucho dinero, por aquellos puertos es fácil que tarde o temprano acabe apareciendo uno de los barcos de vuestra flota.

–Entonces, habéis descartado el viaje a pie, a través de los Pirineos.

Diego gruñó al escucharlos, dio varios pasos y se encaró a ellos, ofendido, como si tuvieran una cuenta pendiente.

–¿De verdad creéis los dos que nuestra madre se ha ido así, sin más? La habéis ofendido –le dijo directamente a su padre–. Y os odiará por eso. Puede que en caliente se le pasara la idea de irse sin despedirse de vos. Un justo castigo –dijo entre interrogativo y afirmativo–. Pero nuestra madre no es capaz de irse sin despedirse de sus hijos. Puede que considerara la idea de evitar que la volvierais a humillar, pero jamás abandonaría a Isabel, ni a Magdalena, ni a Etienne... y jamás se iría sin saber qué ha sido de vos –dijo, esta vez dirigiéndose a su hermano–. No sabéis cuánto ha sufrido desde que recibió esa

carta vuestra contando no sé qué locuras de iros a meter de nuevo entre almohades.

Había dolor y angustia en sus palabras. Miguel lo miró con cierto desdén, pero comprendió que su hijo podía tener algo de razón en sus argumentos. Roland era como él, pero Diego... Diego se parecía más al carácter de su madre.

—¿Tenéis otra teoría?

—Nuestra madre no se ha ido. Tiene que estar en Pamplona o cerca de la ciudad.

—¿Qué os hace pensar eso?

Se quedó pensativo unos instantes, dudando.

—Magdalena ha dicho que la noche anterior había tenido un sueño raro. Un caballero vestido con túnica azul la había besado en la frente. Creo que nuestra madre se vistió con vuestras ropas y se alejó de la casa para pensar sobre lo que acababa de ocurrir. Para ella tuvo que ser algo dramático escuchar vuestras palabras. Pensadlo bien, ¿cómo si no salió de la casa sin que nadie la viera? Hemos revisado sus pertenencias, pero ¿y las vuestras? ¿No habéis echado en falta nada?

Una sonrisa irónica asomó a la boca de Miguel. Tendría gracia que su esposa hubiera burlado así de fácilmente la estrecha vigilancia que él había organizado en torno a la casa. Un caballero con la insignia Almoravid al pecho habría tenido paso franco ante cualquier vigilante. ¡Maldita sea! ¿Así de fácil?

Tal vez, encontrar la solución adecuada fuera más difícil de lo que había supuesto. Quizá, ni siquiera hubiera una opción alternativa. No se había planteado la posibilidad de pasar la noche fuera de casa, pero no quería retornar a ella sin haber meditado bien todas las variantes. ¿Estarían preocupados? No le importaba en absoluto que Miguel lo estuviera, pero ¿y sus hijos? Su recuerdo le arrancó unas cuantas lágrimas. Se sentía cansada y pesada. La cota de malla seguía transmitiéndole ese frío gélido. ¿Sentirían esa misma sensación los guerreros cuando se encaminaban a la batalla? Había pasado el día por los prados de Baranáin<sup>19</sup>, dubitativa entre emprender el rumbo siguiendo a los peregrinos que viajaban hacia Santiago o regresar al seguro hogar de los Almoravid y enfrentar el destino que su esposo había trazado para ella. Y lo hubiera hecho. Se habría ido siguiendo la estela del sol



sin importarle que la muerte la esperara en la próxima curva –si ese era su destino–, pero tenía unos hijos a los que atender. Miró hacia el horizonte, donde un sol bajo parecía despedirse con reticencia. Puso su mano derecha a modo de visera para evitar que los últimos rayos molestaran a sus pupilas. Estaba serena, pero necesitaba más tiempo. Y, sobre todo, necesitaba un lugar donde pasar la noche. Se retiró hacia la ciudad. El sol quedaba a su espalda y, por un instante, le proporcionó un poco de calor al impactar en su espalda anillada. Caminó despacio, balanceando su cuerpo, la espada golpeando suavemente su gemelo externo –ya se había acostumbrado a ello–. Se separó del camino. No tenía prisa por regresar, nadie la esperaba en el lugar incierto al que se encaminaba. Cerca ya de Pamplona, se detuvo un instante entre los árboles, hasta asegurarse de que no hubiera nadie por los alrededores. ¿Se habría dado cuenta Miguel de su ausencia? ¿Habría dado la voz de alarma? ¿Habría mandado a sus hombres a buscarla? ¿O habría podido más su pudor de tener que dar explicaciones? ¿La estaría buscando él mismo? No importaba. Ella quería estar sola, rumiar sola su desgracia. Dolía haber descubierto que su esposo ya no la amaba. ¡Y cuánto! Ya no la amaba. Dio un rodeo y se dirigió a Cortalave. Todavía eran visibles los contornos de la muralla y de los árboles. Y cerca de los campos de cereales ya crecidos, encontró el sitio ideal para pasar la noche.

Ardía el fuego con lentitud de viejo, amenazando con convertirse en brasas desahuciadas. Miguel arrojó entonces un nuevo tronco. Lo vigiló durante un instante y volvió después su mirada a su espada, que descansaba sobre sus rodillas. Con gesto avezado de viejo guerrero pasó su dedo por la hoja con la presión adecuada para comprobar si estaba lo suficientemente afilada. Se apreciaba cierta claridad ya en el este mientras mascaba pensamientos grises, trágicos, cruentos, compasivos, venenosos, frágiles, remotos... Por el rabillo del ojo vio moverse a Diego y sentarse dentro de su saco. Se refrotó los ojos como si así pudiera enfocar mejor la figura de su padre.

–¿No pensáis dormir? –le preguntó su primogénito.

Miguel se levantó y colocó su espada en la funda.

–Despertad a vuestro hermano.

Recogieron todo en silencio. Miguel miró hacia Pamplona. Se le había ocurrido algo. Algo insólito, desde luego. Lo siguieron sus hijos.

–Voy a probar suerte.

–¿En Pamplona?

–En los alrededores.

Había tenido mucho tiempo para cavilar sobre ello. Primero había pensado que, tal vez, Laraine podía haber pedido asilo en alguno de los monasterios cercanos, pero sabía que a su esposa le gustaba estar sola en momentos trascendentes como aquel. Y, pensando en eso, solo se le ocurrió un sitio en el que podía estar. Recordó cierta historia sucedida en Pamplona cuando él era pequeño. El rey Sancho VI había tenido que huir hacia Leguín, hostigado por las tropas de Alfonso VIII. Recordaba que, poco después, había llegado a la ciudad Enneco, el juglar, el que hoy era el esposo de Oria. Como no le dejaron entrar en Pamplona por la proximidad de las tropas hostiles, el juglar había escondido el carro y los dos caballos que llevaba en el término de Cortalave, en la construcción donde se guardaban los aperos de labranza. Tal vez... La luz del amanecer apenas era un susurro del día que llegaba. Los caminos estaban todavía oscuros y solitarios, pero eso no importaba. Después de todo, eran sendas trilladas por decenas de salidas, por miles de búsquedas de toda una vida entregada a la caballería. Sujetó las riendas, tenso, porque, a fin de cuentas, podía estar equivocado.

Laraine se despertó sobresaltada. No se había tumbado en el suelo para dormir, pero lo había hecho, apoyada en una de las paredes. El frío se le había pasado, pero seguía sin tener muy claro qué decisión considerar. Comprobó que empezaba a clarear. No quería que la encontraran allí. Probablemente, su atuendo de caballero evitaría muchas preguntas y su espada cortaría la curiosidad a cualquiera con quien tropezara, pero no quería tener que dar explicaciones a nadie de por qué había pasado allí la noche. Salió al exterior. Los campos, todavía verdes, estaban barnizados de una preciosa coloración melosa. Acarició las plantas, mecidas suavemente por la suave brisa del amanecer. En esos momentos se sintió libre. Libre de verdad. Le pareció irónico que, justo cuando el destino peor la trataba, se sintiera tan bien. Era como si fuera otra persona. Dio un par de pasos, cerró los ojos y se dejó acariciar por aquel día de mayo. «Es inevitable –se dijo–. Me tendré que ir. Lo acepto. Acepto el reto, acepto mi destino. Lo haré con humildad, pero con elegancia; con tristeza, pero solo en mi corazón y nunca más dejaré que aquel que se llamaba mi esposo me haga daño. Volveré con mi padre una temporada. Retornar a mis orígenes me dará fuerzas. Y trataré de pactar con Miguel el futuro de Isabel, Magdalena y Etienne antes de irme. Cuando se casen mis

hijas –y para eso no queda tanto–. Miguel ya no me podrá obligar a no verlas. En cuanto a Etienne... No lo sé. Él ya tiene once años y su futuro ya no depende de mí, en cualquier caso. Me iré con la excusa de buscar a Roland, de saber de él. De ver a mi padre y asistirlo en su vejez. Me iré en busca del mar. Me marcharé a escuchar su sonido y allí, frente al Tirreno, les contaré a las olas que una vez amé a un hombre que ellas estuvieron a punto de devorar». Abrió los ojos. El sol había asomado ya por el este. Colocó su mano derecha a modo de visera para contemplar cómo el nuevo día se desparramaba sobre la ciudad. A lo lejos, le pareció distinguir las figuras de tres jinetes. Por su velocidad, parecían llevar prisa. Tal vez algún mensaje urgente para el obispo. No se escondió. Ya había tomado su decisión. Ya no importaba.

–Allí hay alguien –señaló Roland con su mano izquierda.

Miguel estiró de las riendas y refrenó a su montura. El galope mantenido desde Leguín había fatigado a los hermosos caballos de raza árabe. Trató de aguzar su vista. Veía un bulto en la distancia. Podía ser una persona, pero tampoco estaba claro. Se acercaron a paso ligero.

–*Aita* –dijo Roland, acostumbrado a observar el mar en busca de barcos hostiles–. Es de los nuestros.

–Acercaos vosotros –le tembló la voz. Se quedó rezagado, observando; atenazado por una mezcla de inquietud y emoción.

Laraine se dio cuenta de que los jinetes se alejaban del camino que llevaba a Pamplona y se dirigían hacia ella. Se mantuvo quieta unos instantes más. Después, con una calma que no creía haber tenido nunca, como si el tiempo se hubiera ralentizado a su alrededor y pudiera observar detalles que en otras circunstancias habrían pasado inadvertidos, movió la capa y dejó al descubierto su espada. Se adelantaron dos de ellos y el tercero se quedó atrás. Por su mente discurrieron cientos de posibilidades, pero se sentía tranquila, como si controlara la situación, a pesar de estar en desventaja. Vio cómo los dos caballeros adelantados detenían sus caballos a unos siete pasos de distancia. El contraluz del amanecer le impedía distinguir sus rasgos. Descabalaron al unísono, como en un movimiento pactado de antemano. Sus pies rozaron el suelo a la vez y comenzaron a caminar adelantando la misma pierna, mientras imprimían igual movimiento a sus brazos e inclinaban sus cabezas hacia el lado derecho. Tomó aire y desenfundó su espada, tratando de

imitar los movimientos que tantas veces había visto ejecutar en el patio de los Almoravid. Escuchó una risa divertida.

–¿De verdad creéis que podéis impresionar a alguien con ese estilo tan particular? Hasta Etienne se maneja mejor que vos con una espada.

Se quedó boquiabierta. Su corazón comenzó a palpar precipitadamente, comiéndose los latidos, mientras la verdad resbalaba por sus carnes. Una verdad que no se atrevía a hacer cierta.

–¿Roland? –preguntó al fin, como si hubiera visto un fantasma.

Corrió el joven y abrazó a su madre. La agarró con fuerza provocando risas, hipos y llantos en la mujer. Laraine no paraba de repetir el nombre de su hijo y de preguntarle si estaba vivo. Diego aguardó paciente detrás. Hasta que su madre se separó de su hermano y entonces ella, atenta, lo llamó también a su lado y los tres se fundieron en un interminable abrazo.

La vio envejecida. Pero dadas las circunstancias, tampoco se lo reprochó. El rictus de Roland se tornó serio. No podía olvidar que era portador de malas noticias. Sin embargo, aquel no era el momento. Giró su cabeza hacia atrás, mostrándole a su madre el camino que conducía hacia Miguel. Esta comprendió, bajó la vista al suelo, pero no dijo nada.

–¿Estáis bien? –le preguntó Roland.

Laraine aseveró con la cabeza. Su hijo la miró y, muy despacio, le quitó el almófar. No pudo evitar una exclamación de sorpresa.

–A *aita* no le va a gustar que os hayáis cortado el cabello.

Se llevó ella la mano a sus cabellos cortos. Sí, lo había hecho. Con la misma espada que ahora yacía a sus pies, casi olvidada.

–Os juro que me da igual lo que piense vuestro padre.

–Creo que antes de decir nada deberíais hablar con él.

–Me dejó muy claro que no quería hablar conmigo nunca más.

–Nunca más es demasiado tiempo, ama –terció Diego.

–No quiero que os metáis en esto –les dijo muy seria–. Ya he decidido que regresaré a Nápoles.

Al nombrar aquella ciudad, una sombra triste cruzó el semblante de Roland.

–¿Ocurre algo, hijo?

–No traigo buenas noticias de Nápoles, ama.

–¿Qué ha sucedido? –le preguntó oprimiéndole el brazo, clavándole las uñas.

–Vuestro padre... ha muerto. Lo siento muchísimo.

Se dejó abrazar de nuevo por sus hijos y sollozó en silencio. Diego secó sus lágrimas despacio. Estaba... diferente. Abatida, triste, pero rodeada de una luminosidad especial. Tal vez fuera el lento amanecer que la orlaba con sus destellos dorados; tal vez, los propios reveses que se habían presentado de golpe en su vida y que la habían barnizado con una capa de serenidad. La suave brisa llevó con ella el sonido de pasos acercándose. Giraron a la vez los dos gemelos el cuello y se alejaron al ver llegar a su padre.

–Traedle a vuestra madre el mejor vestido que encontréis –que una dama se vistiera de hombre era un pecado capital, severamente penado.

Sus hijos se marcharon. Era como debía ser. Habían dejado el camino expedito para él. Pero eso no significaba que los apenas cuatro pasos que ahora lo separaban de su esposa fueran fáciles de recorrer. Se detuvo y la contempló unos instantes. Se había dado la vuelta y caminaba erguida a pesar del peso de la cota de malla, a pesar de las malas noticias. Sus pasos eran lentos, calculados. El vestuario de caballero le aportaba cierta dignidad, cierta apostura. Se alejaba de él. No se lo reprochaba. No iba a ser fácil recuperar aquella plaza que había sido suya. Él era un caballero, un infanzón, un guerrero. Sabía lo qué costaba recuperar una plaza entregada en bandeja al enemigo. Se preguntó si llevaba las armas adecuadas. El destino a veces nos enfrenta a pruebas para las que apenas estamos preparados, pero un guerrero sabe cuándo es el momento adecuado para presentar batalla, aunque sea consciente de que no va a ganar. Aceleró el paso y se plantó delante de su esposa, arrojándose de rodillas. Le hubiera gustado abrazarla, hundirse en su cuello, desnudarla. Pero eso vendría después, si se mostraba ducho en aquella lid y Dios tenía a bien bendecirle con su perdón y el de su esposa.

–Os he ofendido y os pido perdón por ello. No es gran cosa lo que tengo, aparte de mi orgullo, así que pongo lo más preciado que me queda a vuestra entera disposición.

Tomó su espada y puso la empuñadura entre las manos de su esposa. Apoyó después la hoja sobre su propio hombro, de tal manera que el filo rozaba su cuello.

–Tomad mi vida. Haced con ella lo que queráis –le dijo con aplomo.

Laraine miró un instante a los ojos de su esposo. Sabía que su arrepentimiento y su dolor eran sinceros. Por eso mismo, apartó la mirada enseguida. No quería que aquellos ojos, que tantas veces habían resbalado por

su cuerpo, terminaran por ablandar su alma. Le había hecho mucho daño y no estaba dispuesta a ponérselo fácil. Observó su cuello, puesto a su merced. Se lo merecía. Se merecía que le arrancara la cabeza. Se miró las manos. Sus dedos tapaban parte del lema de la espada. *Ad usque fidelis*, la primigenia inscripción, convivía con otra más nueva, que García había hecho grabar en todas las espadas de los Almoravid, antes de tomar la cruz y seguir al rey Sancho en la reciente guerra contra los almohades: *Benedictus Dominus Deus Meus, qui docet manus meas ad proelium, et digitos meos ad bellum*<sup>20</sup>. Notó que sus manos se llenaban de temblor. Retrocedió unos pasos y dejó que la espada cayera en la tierra seca donde crecía el cereal. Estaba confusa. Su padre había muerto, el noble Roger. Muerto lejos de ella. Un arrebató de soledad la hizo estremecer. Miguel continuó de rodillas, sin moverse. Trataba de explicarse.

–Actué movido por los celos. En realidad no quería repudiaros, pero descubrí esa carta y pensé que vos y Simon...

Laraine bajó la vista hacia los ojos de su esposo. Parecía que había captado su atención.

–Creí que teníais un amante y que vendría a veros en mayo. Por eso extremé la vigilancia en la residencia Almoravid, por eso exigí que no salierais sola, por eso... os aparté de mi lado. Laraine, por favor, perdonadme.

Notó la turbación en el rostro de su esposa. El graznido de una picaraza se agrandó en el silencio amargo que mantenía Laraine. Podía notar perfectamente la batalla que se estaba librando dentro de su cabeza. Abrumada por las circunstancias y la reciente notificación de la muerte de su padre, se debatía entre la entereza y el desmoronamiento, entre el dolor y la aflicción, entre el desengaño y el amor. Sus hombros estaban echados hacia delante, pero no lo suficiente como para mostrar rendición. Aún quedaba mucha fuerza dentro de ese cuerpo que soportaba sin aparente esfuerzo el gran peso de la loriga. Ella reaccionó por fin. Apretó los puños con saña y se abalanzó sobre el cuerpo de su esposo. Miguel cayó hacia atrás. Sintió el peso de su cuerpo atenazando el suyo mientras sus puños descargaban un primer golpe sobre sus costillas. No opuso resistencia. Sabía que debía dejarse vencer hasta morir. Y murió pronto. Al menos eso debió pensar Laraine porque, agotada, después del tercer golpe, se dejó caer sobre Miguel.

Aguardó este unos instantes sin moverse, con los ojos cerrados. A veces, para vencer hay que perder, se dijo previendo un rayito de esperanza. Miguel

movió su mano derecha y la llevó hasta la cabeza de su esposa, enredando sus dedos entre los cabellos cortos y desmadejados. No pudo evitar recordar a Laraine en la cama, desnuda, con sus cabellos largos y recién cepillados ocultando sus pechos, aguardándole mientras él la despreciaba.

–Lo siento tanto... –dijo él, al fin–. Siento haber pronunciado aquella maldita palabra. Y siento la muerte de vuestro padre.

Ella permaneció callada, seria, derrumbada. Dejó Miguel que transcurriera el tiempo, rozando suavemente la nuca y la coronilla de su esposa y abrazando su cintura con la otra mano.

–¿Interrumpimos algo importante? ¿Algo de lo que dos almas puras no debamos ser testigos? –preguntó Roland con su habitual inocente ironía.

Miguel abrió los ojos. Las cabezas de sus dos hijos interceptaron la luz del sol.

–Ayudadme a poner en pie a vuestra madre –les pidió.

El de Grez se levantó también y se sacudió el polvo. Estaba dolorido. Con ayuda de Roland y Diego, le quitaron a Laraine la sobreveste con el emblema Almoravid y le pusieron el brial como buenamente pudieron. Luego le colocaron la capa sobre los hombros y cubrieron su cabeza con la capucha. La subieron al caballo de Miguel, con las piernas colgando hacia la izquierda, y este se montó detrás de ella. Despacio, se dirigieron hacia Pamplona. Laraine apoyó su hombro y su cabeza sobre el pecho de su esposo. En ese sutil contacto encontró el calor que su cuerpo parecía haber perdido en las últimas horas. Cerró los ojos, aislándose del mundo. Pensar dolía.

Entraron en silencio en el patio Almoravid, en medio de una gran expectación. Diego y Roland ayudaron a bajar a su madre. Miguel descabalgó y, sin dar pie a preguntas, cogió en brazos a su esposa y la subió a la habitación. Al pasar al lado de su primogénito, le rogó que pidiera un poco de agua para lavarse y que prepararan algo de comer y de beber; algo frugal, matizó.

Miguel dejó que Laraine se sentara en la cama y aguardó a que les subieran lo que había pedido. Advirtió a la sirvienta que no les molestaran y esperó a que se cerrara la puerta. Con toda la delicadeza de que fue capaz, le soltó el nudo de la capa y dejó que cayera sobre la cama. Después le quitó el brial. La contempló durante unos instantes, con las calzas, las botas grandes y la loriga pesada y fría. Pensó que habría sido un gran caballero. Le quitó la

cota de malla. Le pareció que ella sonreía. Se puso de rodillas frente a ella y descansó su cabeza sobre las piernas de su esposa.

–Os aborrezco –escuchó.

–Me lo merezco –dijo él, ahogado en su propio dolor.

–¿De verdad ibais a repudiarme?

–Estaba enfadado. Tan enfadado como para estar a punto de matar a Simon. Pero no creo que hubiera podido vivir lejos de vos como pretendía. Os habría ido a buscar al mismísimo infierno.

–Os aborrezco –le susurró de nuevo–. Pero me aborrezco más a mí misma.

El infanzón levantó la cabeza, algo contrariado, encontrando los ojos oscuros de su esposa mirándole fijamente. El cansancio se traslucía en sus ojeras y en sus párpados hinchados. Había llorado amargamente.

–Me odio porque, en el fondo, no soy capaz de aborreceros tanto como os merecéis.

–¿Hay esperanza, pues, de que perdonéis algún día a este caballero?

–Muchos méritos deberéis hacer.

–Me gustaría empezar ahora mismo.

–No os va a resultar fácil. Extrañamente, he encontrado una dulce libertad fuera de estos muros.

–Estoy dispuesto a todo.

–Siempre lo habéis estado –se le deslizó una sonrisa por la comisura de los labios, tal vez reflejo de un agradable recuerdo.

–Os dejaré descansar –dijo rozando su mano e iniciando el movimiento para levantarse.

–¿Tan pronto os desligáis de las nuevas tareas con las que os habéis comprometido?

Bastó una leve mirada de ella hacia la bandeja de comida. Miguel se la acercó a la cama. Le sirvió agua y le ofreció algo de fruta. Realmente estaba hambrienta, aunque no se había dado cuenta hasta ese instante. Cuando su estómago recibió la comida se sintió mejor. El infanzón se sentó a su lado, dejando espacio suficiente para que se encontrara cómoda. No podía dejar de mirarla.

–¿Puedo preguntaros algo?

–Probad –dijo, terminando de masticar y tragando.

–¿Qué habéis hecho con vuestra melena?



–¡Ah! Eso. Creo que debe estar en algún sitio entre la almillá y la camisa – dijo moviendo su cuerpo y sus brazos–. Tal vez os gustaría encontrarla.

Acercó Miguel su mano temblorosa a la primera de las prendas, como si fuera un esposo en su primera noche. Eso le hizo sonreír a Laraine. Después, dejó que la mano de su esposo se deslizara por debajo de la almillá. Su tibieza le hizo encoger el estómago. Se miraron a los ojos. No había timidez en la mirada de Miguel, tal vez, algo de cautela, pero sin duda sabía lo que estaba haciendo.

–Quizá, la búsqueda sea más fácil si me quitáis la almillá.

Miguel procedió, recreándose en el momento, sabiendo sus sentidos penetrados de dolorosos deseos. Arrastró la prenda y cayó al suelo una hermosa y larga trenza de cabellos oscuros orlada con hebras plateadas. Él la tomó en su mano como si contemplara la prueba de un delito.

–¿Os gustaría tenerla?

–Sería un honor, señora.

–Es vuestra, entonces.

Se apartó entonces Miguel de un salto. Su pecho subía y bajaba casi con violencia mientras miraba a su esposa en camisa, calzas y botas.

–¿Qué os ocurre?

–Ni os imagináis los pensamientos que están acudiendo a mi mente en estos momentos.

Laraine se levantó sabiendo a su enemigo a su merced. Se acercó lo suficiente como para que al estirar su brazo, las yemas de sus dedos rozaran su barba. Caminó delante de él y en un movimiento rápido, se quitó la camisa.

–¿Recordáis esto? –le preguntó con cierto desdén exagerado–. Esto es lo que despreciasteis hace dos noches.

–Sí –dijo con humildad Miguel.

–¿Cómo me encontrasteis?

El giro de la conversación pilló desprevenido al de Grez.

–Nos habíamos alejado hasta Leguín. Frente al fuego, Diego dijo algo que me hizo pensar. Algo así como que si os había ofendido, bien os creía capaz de poner cuanta más tierra de por medio mejor entre vos y yo, pero que jamás os alejaríais de vuestros hijos sin pelear. Dándole vueltas a eso y, creyendo que os gustaría estar sola, el único sitio probable y posible era Cortalave. ¡Por Dios, Laraine! Va a durar mucho este tormento.

–Os merecéis una eternidad de tormento.

Se había acercado tanto que ahora él sentía el delicioso calor que desprendía su cuerpo, su aliento y sus movimientos sumamente embriagadores.

–Sois libre de marcharos cuando queráis –la voz de ella sonó sugerente.

La miró él a los ojos, tratando de centrarse y valorando la posibilidad de desafiarla. Se arriesgó, iba en su carácter y no iba a cambiar ahora. Y Laraine lo conocía demasiado bien.

–Todavía sois mi esposa –le dijo al oído, asiendo muy despacio su mano izquierda, entrelazando sus dedos con los suyos. Su otra mano subió lentamente hasta su hombro, rozando apenas su piel.

–Sois muy osado –le dijo ella, desenvainando su espada y colocándola entre ambos.

Había jugado y había perdido, se lamentó Miguel.

–Matadme, entonces, o desnudadme y dejadme yacer a vuestro lado.

La siciliana se detuvo en sus ojos y durante largo tiempo desapareció todo alrededor de ellos, convertidos en dos jóvenes a punto de descubrirse el uno al otro. Una inesperada lágrima bañó el rostro de ella y él la borró con su dedo. Laraine dudó. A veces no es tan fácil perdonar. A veces nuestro orgullo nos impide hacerlo. Se despegó de su mirada, atragantada por miles de sentimientos. Lo amaba. Era una cruel verdad admitirlo en ese instante, porque quería estar enfadada con él; pero era la verdad. Con la espada entre ambos, agarrando su gambesón, le hizo andar con ella y lo condujo hasta la cama. Dejó el arma sobre la superficie arrugada y se entretuvo desvistiendo a su esposo, como si estuviera realizando un rito que necesitara del tiempo necesario. Cuando Miguel notó sus manos desnudas sobre su pecho no esperó más, tomó a su esposa por la cintura y la tumbó en la cama.

Hubo rumores de que Laraine había sido raptada. También se dijo que había habido una pelea entre los Almoravid. Lo cierto es que mucho se habló del tema durante los siguientes días, pero ninguna de las teorías fue desmentida o considerada por el clan. También husmeó Lope Arceiz de Arce cuando llegó a izar apellido, por un asunto que debían atender los junteros, pero Miguel le dejó claro, desde el principio, que ese asunto no entraba dentro de sus competencias. Lope esperaba que partieran de inmediato, pero encontró a Miguel de Grez algo reticente. El infanzón dejó al *buruzagi* en el salón pequeño en compañía de su tío Iñigo y el resto de la parentela y subió a sus aposentos, donde sabía encontraría a Laraine. No le hizo falta mucho a la

siciliana para saber que su esposo tenía que marcharse. Sabía cuán culpable le hacía sentir eso porque se lo vio dibujado en la cara. Era como si un chiquillo al que le habían castigado llegara para suplicar que le levantaran la pena. La dama interrumpió su tarea. Releía las cartas que Roland había traído de Nápoles. Las palabras escritas por su padre dolían y confortaban al mismo tiempo.

–Decidme que no estáis pensando en abandonarme –le dijo él al ver las cartas.

–Creo que debería viajar a Nápoles.

El infanzón se acercó a ella y la retuvo entre sus brazos, obligándola a mirarle.

–Y yo no os lo voy a impedir, pero dejadme acompañaros. De hecho, podemos ir todos –dijo con creciente entusiasmo–. Solo permitidme atender antes unos asuntos con Lope.

–¿Y cuánto tiempo os llevará resolver esos asuntos?

–No demasiado. Espero que todo esté concluido para el sábado. Estamos invitados en casa de los Subiza.

–No os daré ni un día más.

–No me hará falta.

Laraine torció el gesto, incrédula, pero le concedió el beneficio de la duda.

–Sois increíble –concluyó Miguel.

–Y vos, terrible.

Las conversaciones se interrumpieron cuando Miguel entró en el salón. A Lope pareció gustarle que hubiera sido rápido en sus preparativos. Se puso de pie inmediatamente y buscó la puerta. Antes de marcharse, Miguel intercambió unas palabras con su tío. Había un asunto pendiente del que la familia tenía que hacerse cargo. Y ese asunto tenía dos nombres propios: Elvira y Simon. Le pidió a Iñigo que viajara hasta Leyre y trajera a García. Iñigo dudó de que pudiera convencerlo, pero, al menos, estaba de acuerdo con su sobrino en que debían ponerle al día de los últimos acontecimientos.

–Habéis estado a punto de desencadenar una tragedia ¿lo sabéis, verdad?

–Nadie se ha muerto por unos latigazos.

–Si no llega a aparecer Elvira...

–Supongo que me odia.

–Está convencida de que su padre hubiera hecho lo mismo que vos. Y mientras García no está aquí, vos sois para ella como un padre.

–Ninguna de mis hijas me lo perdonaría.

–Suerte entonces que Elvira no lo es. Y la próxima vez que un apuesto joven aparezca por nuestra puerta... dejad que otro se haga cargo de su recibimiento.

Miguel salió al patio con una sonrisa en la boca. Irónicamente, ni Elvira ni Simon parecían guardarle rencor. Los dos habían temido el momento del reencuentro; les preocupaba que el tiempo hubiera pasado y ya ninguno fuera tal y como se recordaban. Aquel episodio había servido de catalizador y los había unido desde el primer instante en que se reconocieron. Diego, Roland y Miguel *txikia* se acercaron para despedirse. El infanzón les pidió a sus hijos que cuidaran de su madre en su ausencia. A su sobrino le exigió que mantuviera la disciplina, pero le dio permiso para relajar un poco las rutinas que los hombres habían llevado las últimas semanas.

Lope y Miguel partieron y se dirigieron al punto de encuentro situado en Miluce. Por el camino, el *buruzagi* le puso al corriente sobre su tarea. En cuanto toda la Junta estuviera reunida, se dirigirían a Izu.

–Y ese asunto de Izu... –empezó Miguel, sintiendo la ausencia de su hermano como una lanzada en su corazón. Se había acostumbrado a estar con él en todos los asuntos en los que tenía que intervenir la junta.

–¿Recordáis a Jimeno de Echarri? –le preguntó el *buruzagi*.

–Sí. Se le acusó de robar ocho cahíces<sup>21</sup> de trigo a Sanz de Badostáin en Urdánoz.

–Nos dirigimos a su palacio de Izu.

–¿No ha habido acuerdo ante el alcalde de mercado?

Negó el *buruzagi*.

–*Su eta gar*<sup>22</sup> –comentó Miguel.

–Eso decís los Almoravid –concluyó Lope.

Era Miguel hombre de carisma, pensó el *buruzagi*, uno de esos que no se amilana y que creen en la justicia por encima de todo. Era bueno saberlo de su parte, aunque lo miró con cierta ojeriza. Sabía que era un rival dentro de la Junta y que si él era ahora *buruzagi*, era solo porque Miguel había declinado ocupar ese puesto. En la explanada de Miluce esperaban ya, entre otros, Martín Garceiz de Eusa, García Martínez de Lerín y Álvaro Yenéguez de

Subiza. Al poco se unieron los que faltaban. Lope dio la orden de ponerse en marcha en cuanto estuvieron todos reunidos.

Mientras aguardaban, había palpado el sentir de los hombres que ahora comandaba y parecía que todos estaban de acuerdo. Era improbable que Jimeno se aviniera a un acuerdo de última hora. Ya había manifestado públicamente su negativa a reponer lo sustraído y su oposición a la junta era manifiesta. Así que probablemente hubiera que acudir a la fuerza para resolver aquel asunto. El de Subiza se acercó a Miguel. Parecía de buen humor. Sus ojos grises reflejaban esa pequeña luz que transmiten las personas de buen corazón.

—¿A qué ha venido todo ese jaleo entre los Almoravid de estos últimos días? —le preguntó, ya de camino a Izu.

—Un asunto sin importancia, al que algunos han tratado de dar demasiada trascendencia.

—Nada de lo que ocurre entre los Almoravid es un asunto sin importancia —repitió Álvaro. En sus ojos, una pincelada de picardía.

—Ya os lo contaré el sábado en Subiza.

—Me dejáis intrigado.

—Se os va a saltar la risa cuando lo descubráis.

—Esto se empieza a poner interesante.

Miguel fijó su vista al frente. Mentalmente trató de centrarse en sus obligaciones como juntero, y en aquella misión que los llevaría hasta el palacio de Jimeno de Echarri, en Izu. Se removió inquieto en la silla. A veces, la pierna se ponía rígida, como si el músculo o el hueso se hubieran encajado mal en las articulaciones. Notó la mirada de soslayo de Álvaro, con flecos paternalistas, que parecía escudriñar su estado físico. Sería capaz de hacer detenerse a todos si creía que así Miguel se encontraría mejor. El infanzón ladeó su cabeza, y con una sonrisa fugaz trató de decirle que era algo pasajero. Lo cierto era que cada vez se sentía mejor, los dolores iban remitiendo y caminaba con normalidad, excepto por las mañanas cuando se levantaba. Entonces costaba un poco.

Lope se adelantó en compañía de Martín y García Martínez de Lerín. Habían acordado que serían ellos los que intentaran un último arreglo. Los demás se quedaron a la espera. Cabecearon algunas monturas inquietas, patearon sobre el suelo otras. Era la espera que antecede a la batalla. Miguel y Álvaro se miraron, sosteniendo sus pupilas fijas, mientras valoraban si ambos

pensaban lo mismo. No les hacían falta las palabras para saber que estaban de acuerdo: pronto tendrían que desenvainar las espadas. Jimeno de Echarri tardó en contestar. Se había encerrado en el palacio a cal y canto. Y sucedió. Sin previo aviso llegó la primera oleada de piedras arrojadas desde el palacio. Demasiado atrás quedaba el grupo de junteros para que les alcanzaran los proyectiles. Pero los tres hombres de la avanzadilla tuvieron que recular y usar sus escudos para no sufrir serios daños. Sin embargo, no pudieron evitar algún que otro corte y contusión.

Los hombres se agruparon entonces y a la orden de Lope cargaron contra el palacio. Hubo fuego cruzado en la tarde de mayo, intercambio de piedras y flechas incendiarias, insultos y gritos. Fue el sol, en su huida, quien detuvo los combates de aquella jornada. Una fina columna de humo salía de los muros del palacio cuando se retiraron los junteros. La destrucción había sido grande.

Algo más tarde, concentrados alrededor de la hoguera, los infanzones analizaron los sucesos y curaron las heridas –las menos–, de aquellos que habían recibido algún impacto; rasguños de una estratagema controlada. Lope tomó la palabra cuando se sentaron por fin a cenar. Se trataba de decidir cuál sería la estrategia a seguir al día siguiente. Se debatió con la tranquilidad propia de tener el tiempo a su favor. Y tomaron la decisión, tras votar todas las opciones debatidas. Tal y como habían acordado, descansaron aquella noche. Mantuvieron el fuego encendido, recordatorio para los moradores del palacio de que seguían allí. Pero al amanecer, cuando los primeros rayos despuntaron sobre suelo navarro, los junteros desaparecieron de Izu. Sin embargo, no eran hombres de dejar los asuntos importantes a medias. Así que, en los días siguientes, destrozaron el palacio de Jimeno en Muniáin y atacaron con lanzas y saetas su propiedad de Bidaurre.

Había algo dentro de ella que le decía que ya nada sería igual. Había perdonado a Miguel. Estaba segura de ello. Sin embargo, sentía algo diferente, cual cicatriz que permanece recordando viejas heridas. Su alma se había cubierto de una capa hecha a base de nostalgia y melancolía. No estaba triste. No era eso. Pero... notaba cierta carga sobre sus hombros que antes no estaba allí. El reciente episodio le había hecho pensar, replantearse algunas cosas, y cierto desasosiego parecía haberse quedado a vivir con ella. Aquel desplante le había hecho mirar a Miguel de otra manera, desde fuera: Y con él, se había visto también a ella de distinta manera. Diego posó su mano en su hombro. Le costó reconocer en él al niño que una vez había sido. «Llegará a tiempo», le

dijo el joven sin abrir la boca, con esa mirada que manifestaba la confianza y devoción que su primogénito sentía hacia su padre. Estaban en Subiza, en el interior del palacio familiar, protegidos por aquel murete de piedras que no hacía mucho habían tratado de asaltar los Almoravid, cuando el viejo Yenegro Martínez, el padre de Álvaro, todavía vivía. Hasta ellos llegaban los deliciosos aromas de las viandas que se cocinaban en esos momentos. Dulce se acercó, sus ojos azules fijos en Diego. Laraine se preguntó si Miguel y ella se habían mirado así alguna vez. Lo recordó. Hubo un tiempo en que se hubiera quedado a vivir en sus pupilas. Y aún hoy lo haría, se dijo. «Pero viviría de otra manera, sin esperar nada, solo por el placer de mecirme al mismo ritmo de vuestro corazón. Solo por saberme viva. Solo por recordar que una vez fuimos uno, y yo os di mi fe y vos me disteis la vuestra».

María se acercó. La dulce dama de la que una vez Miguel había estado enamorado. ¡Cuán distinta hubiera sido la vida de los dos si esa relación hubiera cuajado! Tal vez ese pensamiento estuviera fuera de lugar, pero necesitaba mirarse de otra manera. Desde luego, ni Diego, ni Roland, ni Isabel, ni Magdalena, ni Etienne existirían. Se giró y los buscó a todos con su mirada. Roland había hecho buenas migas con Martín, el hijo mayor de los Subiza, y hablaba con él en animada charla. Isabel, en un rincón, acechaba con la mirada a Pedro, y él a ella, pero ninguno de los dos se atrevía a acercarse; como si la sombra de un Miguel ausente sobrevolara sobre ellos. Magdalena – la más díscola de sus vástagos– correteaba con Etienne, Johan y los sobrinos de Miguel, los hijos de su hermano Bartolomé. A Laraine todavía se le hacía extraña la situación tan distinta de los dos hermanos –hijos ambos de un sirviente, Juan de Grez; siervo no de un señor cualquiera, sino del temible Yenegro Martínez de Subiza–. Qué diferente había sido su destino: Miguel había sido prohijado por los Almoravid y se había convertido en caballero, mientras que Bartolomé seguía en Subiza, sirviendo a Álvaro. Era extraño, pero, conociendo a Miguel; tampoco lo era tanto. A pesar de su reciente disputa, ella bien sabía cuánto fuego anidaba en el corazón de su esposo; una pasión sin tregua en la que ella se sentía inmersa, porque, en cierto modo, formaba parte de ella.

María había dispuesto una mesa larga en el exterior, protegida del viento entre los árboles. Los llamó a todos y se dispusieron a comer. Era inútil esperar a Álvaro y a Miguel. Laraine y ella se miraron, cómplices, sabiendo que ambas pensaban lo mismo. La siciliana contempló la larga tabla, repleta de deliciosos manjares, con los invitados compartiendo risas y anécdotas. La

sensación del paso fugaz y quebradizo del tiempo se acentuó en ella al contemplar las generaciones jóvenes.

—¿Creéis que vuestro esposo cambiará de opinión respecto a Pedro e Isabel?

Tomó aire antes de contestar. En realidad, no lo sabía. No tenía ni idea de cuál era la oscura razón por la que Miguel se oponía tan obstinadamente a ese casamiento. Y cuantas veces había tratado de hablar de ello, Miguel se había atrincherado en su empecinamiento y no había logrado sonsacarle nada.

—Ya conocéis a Miguel, cuando se obceca en algo... Sin embargo, confío en que cambie de opinión. Él y Álvaro son buenos amigos. Y eso debería bastar.

—Eso es lo que me preocupa. A pesar de esa amistad, a pesar de ser hermanos de leche, Álvaro me ha dicho que se muestra muy tajante respecto a su decisión. Pensaba que tal vez vos conocierais la razón por la que no quiere que nuestros hijos se unan.

Laraine miró a María. Sus manos se movían de la mesa a su regazo, lo que indicaba que estaba nerviosa.

—Me gustaría pedirlos algo —se decidió, por fin, la señora de Subiza. Laraine supo de qué se trataba antes de que María continuara, pero se quedó en silencio, escuchando—. Me consta que sería una buena unión para ambas familias y ellos también parecen quererlo. ¿Podrías vos mediar ante Miguel?

—Hablaré con él —le aseguró. En cierto modo, sabía que después de lo ocurrido entre ambos, su esposo se sentiría en deuda con ella. Al menos, la escucharía. Estaba pensando en eso cuando los dos caballeros entraron por la puerta.

Casi todos se levantaron para recibirlos, deseosos de conocer de primera mano las noticias que traían, especialmente los más pequeños y los jóvenes. Los recién llegados saludaron a todos en general —Miguel se abrazó a su hermano Bartolomé— y después ambos se acercaron hasta sus esposas. Álvaro intercambió una mirada particular con María. Laraine se fijó en ella. Parecía como si se interrogaran, algo que confirmó al ver el leve asentimiento de la señora de Subiza.

—¿Cómo estáis? —la voz de Miguel le hizo volver la cabeza hacia él.

Miguel llevaba esa mirada de pundonor, gesto satisfecho en su rostro. Al parecer, las cosas les habían ido bien. Olía a viento y a aventura, a fuego y espada. Y ella se sintió en cierto modo embriagada, envuelta por él.



–Muy bien. María es una gran anfitriona. ¿Todo ha ido bien?

–Todo ha concluido. Y, como prometí, hemos llegado a tiempo.

Bartolomé les sacó agua para lavarse manos y rostro y enseguida se sentaron a la mesa. Parecían los dos de buen humor. Al lado de sus hijos mayores, y espoleados por estos, comenzaron el relato de los últimos acontecimientos. Laraine se fijó en Álvaro. De vez en cuando, su gesto mostraba el ademán de timidez propio de su carácter, pero matizado con notas de madurez, experiencia y sabiduría que la vida había colocado en sus espaldas. Sus miradas coincidieron en ese instante y la siciliana vio cómo se iluminaban sus ojos grises, cargados de buenas voluntades.

Álvaro se levantó con la copa en su mano e invitó a todos a hacer lo mismo. Brindó por el mejor amigo y compañero de armas que alguien puede tener, a lo que Miguel correspondió con una sonrisa y un abrazo y, también, por las dos familias. Por un instante, Laraine creyó que los dos habían hablado y que iban a anunciar el compromiso. Vio las caras de expectación de Pedro e Isabel, pero todo se quedó ahí, por lo que apareció la desilusión. La siciliana pensó que, tal vez, Álvaro solo estuviera allanando el terreno. Se sentaron de nuevo, mientras Bartolomé y Juana servían el postre.

–¿Cómo está mi padre?

–Apenas se levanta de la cama, pero está bien de ánimo. Le dije que podía comer con nosotros, pero declinó el ofrecimiento. Ya sabéis lo recto que es.

–Me gustaría verlo.

–¡Qué formal os habéis vuelto! No necesitáis mi consentimiento.

Colocó su mano en el hombro de Álvaro mientras susurraba un quedo gracias y se perdió en la casa.

–¡Miguel, hijo!

A pesar de su ceguera, y de los años que devoraban su rostro y su cuerpo, Juan de Grez reconoció a su primogénito.

–¿Cómo estáis, *aita*?

–¿Sois vos, de verdad?

–Lo soy –le dijo sentándose cerca de él. Juan buscó sus brazos y se agarró a ellos. Miguel notó el temblor de sus manos y las agarró con fuerza.

–¿Cómo estáis? ¿Habéis aprendido ya a no meteros en líos?

Miguel hizo una mueca, pensando en Laraine, y en Elvira y en Simon.

–Veo que no –dijo, con la agudeza propia de su veteranía. Conocía bien a su hijo.

–Yo estoy bien, *aita*. ¿Cómo estás tú?

–Estoy viejo y cansado, Miguel –los dedos del viejo sirviente recorrieron los brazos de su vástago y llegaron hasta su rostro–. Tengo suerte de que don Álvaro sea mi señor. Cualquier otro me habría arrojado a los perros, aunque ahora no tengo carne ni para alimentar a un cachorro –rió ante su comentario.

–Yo te veo bien.

–Me alegro tanto de volver a estar con vos...

–¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Miguel vio una sombra cruzar sobre el rostro de su padre, que el viejo Juan trató de disimular esbozando una sonrisa.

–Pronto me reuniré con vuestra madre –Miguel quiso restar importancia a ese asunto, pero su padre apretó sus manos huesudas fuertemente sobre las de Miguel–. Solo quiero agradeceros todo lo que habéis hecho por mí y por vuestro hermano.

–Podría haber hecho mucho más, si ambos me hubierais dejado.

–Álvaro nos ha cuidado como si fuera mi propio hijo. Tenéis suerte de compartir su amistad.

«Sí, la tengo», reflexionó Miguel. El infanzón abrazó a su padre antes de irse. Los ojos vacíos de Juan lo miraron cuando se detuvo en la puerta. El anciano supo en ese instante que ya no vería más a su hijo.

–Que tengáis una vida larga y feliz –le deseó desde su lecho.

–Cuidaos mucho, *aita*. Y si cualquiera de vosotros necesita alguna cosa, solo tienes que pedírsela a Álvaro. Si él puede, os la dará. Y, si no, acudirá a mí.

–Lo sé, hijo. Id con Dios.

El infanzón cerró la puerta y bajó por las escaleras. Álvaro lo estaba esperando.

–¿Cómo lo habéis encontrado?

–Me ha dado la impresión de que quería parecer mejor de lo que realmente se encontraba.

–Me consta que es cierto. De alguien teníais que haber heredado vuestro orgullo.

–No soy orgulloso.

–Por supuesto que lo sois –bromeó, aunque los dos sabían que había buena dosis de verdad en ello–. ¿Podemos hablar?

Álvaro acompañó su requerimiento con una invitación de su mano para salir al exterior. Anduvieron en silencio hasta el muro. Miguel se giró para encarar a su amigo. Enarcó su ceja derecha, lanzando así una pregunta silenciosa.

–Hace tiempo que os vengo sugiriendo la posibilidad de que Pedro y vuestra hija Isabel se comprometan –comenzó Álvaro, escrutando cualquier reacción de Miguel–. Para nosotros sería un honor que nuestras familias se unieran.

Miguel lo detuvo con su mano. Parecía calmado, pero el de Subiza lo conocía lo suficiente como para saber que acababa de despertar a la bestia que su amigo llevaba dentro. Aun así, cuando se dirigió a él, lo hizo con voz calma.

–Más que sugerencia, lo vuestro es insistencia y mi respuesta sigue siendo la misma.

–¿Por qué no? –le increpó Álvaro, algo molesto, deteniendo con su mano derecha la retirada de Miguel.

Hubo un momento de tensión. Álvaro soltó su brazo y continuó de manera más moderada.

–Siempre me dais una respuesta negativa. Sin embargo, jamás os habéis detenido a explicarme la razón. Pedro es un buen muchacho, de buen ver creo yo, y nuestra familia tiene posesiones y riqueza. A Isabel no le faltaría de nada. ¿Cuál es pues esa razón que os impide dar vuestro consentimiento?

–Mi respuesta es no, Álvaro.

–No lo entiendo. ¿Acaso esperáis emparentar con la realeza?

Miguel hizo un gesto con su mano tratando de decirle a su hermano de leche que aquella cuestión estaba zanjada. Se dio media vuelta e inició su marcha. Tras un instante de indecisión, Álvaro salió en pos de él, pero una voz lo detuvo.

–¿De verdad queréis saber por qué Miguel nunca dará su consentimiento?

–¡García! ¿Cuándo habéis llegado?

Con una mueca le transmitió a Álvaro la idea de que eso no tenía importancia.

–¿Queréis saber cuál es el motivo por el que Miguel no permitirá que Pedro e Isabel se desposen?

–¿Acaso os lo ha dicho a vos?

–No. Por supuesto que no. Él nunca ha hablado conmigo de ese asunto.

–Entonces, ¿por qué creéis saberlo?

–Lo sé y eso debería bastaros.

–De acuerdo. Os escucho.

–Don Yenego Martínez de Subiza.

–¿Qué?

–Lo que oís: don Yenego Martínez de Subiza.

–¿Mi padre es el motivo?

García asintió mientras dejaba que Álvaro asimilara la información.

–Mi padre está muerto, bien lo sabe Miguel. Él mismo preparó la cuerda con que lo ahorcasteis. ¿A qué viene eso ahora?

–¿Creéis que Miguel consentirá que un nieto suyo lleve la sangre de vuestro padre? ¿Del hombre que lo torturó y lo humilló en su infancia? ¿De aquel que intentó mancillar a su hermana y que ocasionó su muerte?

Álvaro, un hombre templado, sintió fuego arder dentro de él. ¡Así que era eso! Su rostro se había congestionado y la vena de su sien aparecía hinchada. Le pareció que García soltaba una carcajada, pero él estaba demasiado absorto por la noticia como para darle siquiera importancia. Miró a Miguel y salió corriendo tras él, llamándolo con urgencia. Cuando llegó a su altura, le hizo detenerse y se plantó delante de él.

–¿Es cierto lo que dice García? –le increpó. Estaba furioso.

Miguel miró por encima del hombro de Álvaro y vio la silueta de su hermano en el sitio donde los dos caballeros habían estado hablando hacía unos instantes. Desvió su mirada lo justo para encarar a Álvaro—. ¿Es cierto que os oponéis a que nuestros hijos se casen porque nunca consentiréis que vuestra sangre se una a la de mi padre? ¿Qué jamás permitiréis que un nieto vuestro comparta la sangre de Yenego Martínez de Subiza?

El infanzón se quedó callado. Tomó aire y en su gesto nada distinguió Álvaro de lo que pensaba, solo la confirmación de que las palabras de García eran ciertas.

–No me lo puedo creer. ¡De vos! ¡Del que creía mi amigo! No sabéis la de situaciones raras que me he imaginado a causa de vuestra obcecación, pero jamás se me había pasado por la cabeza que el motivo fuera mi padre. Os diré algo, Miguel. Más motivos que vos tengo yo para oponerme a este enlace. Después de todo, vuestra sangre no es noble y nunca lo será. Sin embargo, yo

jamás apelaría a ese hecho para separar a Pedro y a Isabel.

–Álvaro...

–No digáis nada. Y marchaos de mi casa.

–Aguardad. Por favor –trató de mediar Miguel.

–¡Ahora! –sentenció.

Álvaro se dirigió hacia el interior de su casa. Llevaba la cabeza por delante de su cuello y las manos apretadas. Miguel se quedó mirando su silueta hasta que desapareció dentro de la casa. Ninguno de los dos se dio cuenta de que detrás de un árbol cercano, Isabel había sido testigo de la conversación entre su padre y Álvaro. Los ojos se le llenaron de lágrimas. No podía creer lo que acababa de escuchar. Su mano temblorosa se agarró al tronco del árbol, buscando el apoyo que a su cuerpo parecía faltar. Pedro y ella jamás podrían estar juntos. Eso era lo que acababa de oír. Miró hacia la mesa donde los jóvenes todavía compartían conversación. Pedro y ella, de mutuo acuerdo, habían decidido distanciarse durante aquella jornada, pero ahora las cosas habían cambiado. Necesitaba hablar con él. Salió de su escondite, jugueteando con la falda de su vestido, sacudiéndolo como si tratara de desempolvarlo. Absorbió sus ganas de llorar y ocultó su mirada para que nadie la viera brillante. Paseó sola, obligando a sus piernas a ir despacio aunque deseaba abalanzarse sobre Pedro y contarle lo sucedido. No fue fácil hacer que se fijara en ella. Y todavía lo tuvo más difícil para que entendiera sus gestos. El joven se levantó por fin y, con paso ligero, se metió en los establos. Isabel acudió detrás, temblorosa, sus ojos oscuros fijos en el suelo que pisaba. Miró atrás antes de acudir a los establos y, en cuanto vio a Pedro, se arrojó a sus brazos, sin pensarlo. Sobresaltado por el impulso de la joven, Pedro acarició su larga melena mientras le preguntaba a qué venía tanta urgencia. Le habló ella mirando directamente su rostro sembrado de algunas pecas. Le contó lo que acababa de escuchar con palabras que se atragantaban en su garganta. La consoló él, prometiéndole que algo se le ocurriría. Isabel se dejó envolver por la certeza que transmitían sus palabras, confiando ciegamente en él. Pedro tomó su rostro entre sus manos y la contempló antes de acercar sus labios y tocar ligeramente los de la joven. En la distancia alguien gritó el nombre de Isabel.

–Os llaman.

–Me buscan. Pedro...

–No os preocupéis. Se me ocurrirá algo.

–Mañana partimos hacia Sicilia –dijo, con gran desespero–. Os voy a echar de menos.

–Y yo a vos –le dijo, besándola ahora con pasión.

Otra vez esa llamada.

–Debo ir. Si mi *aita* nos pilla, es capaz de mataros aquí mismo.

La boca de Pedro dibujó una sonrisa entre pícara e irónica.

–Os amo.

–Y yo a vos.

---

19 Actual Barañáin.

20 *Bendito el Señor mi Dios, que adiestra mis manos para el combate, y mis dedos para la batalla. Salmo 144.*

21 Cahíz: medida que se usa para pesar grano, legumbre y otros sólidos. Su equivalencia varía según las regiones. Se equipara más o menos a 666 litros o a 690 kilogramos.

22 *Su eta gar*: A sangre y fuego.

## BURUZAGI

Otros cabos nombrados por la Junta y confirmados por el monarca fueron Miguel de Grez y Sancho Fernández.

*La Junta de los Infanzones de Obanos hasta 1281. M<sup>a</sup>  
Raquel García Arancón*

FUE SENTIR LA BRISA MARINA y encontrarse de nuevo como en casa. Se ensanchó su sonrisa y ya formó parte de él hasta que atracaron en Nápoles. El mar lo transformaba. Le hacía sentirse libre. Además, tuvieron la suerte de encontrar uno de sus barcos amarrado en el puerto, como si estuviera esperándolos. Y a partir de ese instante, se movió como pez en el agua. Roland se encargó de todo y en cuanto el navío comenzó a moverse sobre las olas mansas del fondeadero, sustituidas poco después por un mar bravío, se colocó en la proa buscando el azote del oleaje y esperando con avidez las gotas de sal sobre su rostro. El resto hizo la travesía como pudo; entre mareos e indisposiciones. La que mejor lo pasó fue Magdalena, para quien el viaje se convirtió en una gran aventura. Además, gracias a que el movimiento no parecía hacer mella en su cuerpo, compartió grandes ratos junto a Roland. “No quiero que este viaje termine nunca”, le confesó una noche estrellada en la que ambos contemplaban el cielo desde la proa. Su hermano mayor quiso saber la razón y ella le aseguró que lo iba a echar de menos, porque sabía que él se quedaría en Nápoles y ella tendría que regresar a Pamplona. “Tal vez, encontremos en Sicilia algún caballero que quiera convertirnos en su esposa”. “¡Roland!”, se escandalizó ella, lo que hizo reír a carcajadas al pirata –apelativo cariñoso con el que Magdalena le llamaba desde que pisaron la superficie del barco y lo vio moverse entre cabos y velas–.

–¿De verdad tenéis un barco para vos solo?



Roland asintió con las manos apoyadas en la barandilla de estribor, contemplando la vela hinchada por el viento.

–¿Y por qué no vinisteis a vernos en barco?

–En esos momentos yo tenía que viajar a Pamplona, pero mi barco tenía otra misión.

–¿Sin su capitán? –preguntó, incrédula, la jovencísima Magdalena.

–Sin su capitán –sentenció con un deje de tristeza que, afortunadamente, su hermana no pareció apreciar.

Roland se volvió hacia el mar, cuya superficie parecía haberse cubierto de pronto de melancolía. Una punzada de dolor maquilló por un instante su sonrisa.

–¿Ocurre algo?

–Me ha parecido ver un pez –dijo él para disimular.

–¿Un pez volador? ¿Dónde?

–No he dicho que fuera volador.

–Yo no veo nada –añadió Magdalena con la vista muy fija en el mar.

–Mañana llegaremos a Nápoles.

Ella lo miró con tristeza.

–¿Creéis que *aita* me permitiría quedarme con vos y con el tío Alejandro?

El aludido tocó los brazos de Magdalena y tomó su rostro por la barbilla.

–¿Qué hacéis? –protestó ella.

–Tal vez te lo permitiera... si fueras un chico. Y tú no lo pareces.

–¡Roland!

Cogió a su hermana y le dio vueltas por cubierta en volandas. Los chillidos de alegría sobrevolaron la embarcación.

–¿Se puede saber qué hacéis con vuestra hermana, Roland? –la voz de Miguel sonó autoritaria.

–¿Divertirnos? –le dijo, mientras dejaba que los pies de Magdalena tocaran de nuevo la cubierta–. Mañana, si todo va bien, arribaremos a Nápoles.

–Eso está bien –dijo Miguel, situándose entre sus dos vástagos a contemplar la mar encrespada.

–No parece que gocéis mucho de la travesía.

–Pues lo hago. Os recuerdo que navegué hasta Chipre con Ricardo Corazón de León.

–¡*Aita!* No iréis a contarnos de nuevo esa historia... –dijo espontáneamente Magdalena.

–Debería arrojarte por la borda –bromeó Miguel, pero lo dijo de tal forma que a su hija le pareció que iba a hacerlo de veras. Tanto que hasta dio un pequeño grito–. Déjame hablar con tu hermano, ¿quieres?

–Por supuesto –la adolescente le dio un beso en la mejilla y se marchó. Entonces Miguel se dio cuenta de que ya le llegaba casi hasta el hombro.

Saborearon en silencio el sonido del mar bravo y el batir de las olas contra el casco del carguero. Roland miró al frente. El viento revolvió sus cabellos y jugueteó con furia con su camisa, pegándola sobre su pecho.

–¿Qué me espera en Nápoles, Roland?

–¿A qué os referís?

Intercambiaron miradas. Roland no había sido muy explícito en cuanto a sus intenciones con Nabila.

–Recuerdo que partisteis a rescatar a una dama –pronunció esta palabra con cierto recelo. No sabía muy bien cómo calificar a alguien que había sido una de las mujeres, tal vez la última, del califa almohade–. Me gustaría saber qué intenciones tienes para con ella.

La mirada del joven se posó de nuevo en las aguas. Un largo recorrido para nada. Ese pensamiento estuvo a punto de borrarle la sonrisa, pero consiguió sobreponerse a él.

–No tenéis nada que temer, *aita*. Nabila no estará en Nápoles cuando lleguemos.

–¿Dónde está, entonces?

Se encogió de hombros.

–Quise ser un héroe. Supongo... supongo que me lo tengo merecido. Justo antes de partir puse un barco a su disposición y le pedí a Alejandro que la llevara en él al puerto que ella decidiera. En caso de que no quisiera dejar Nápoles por mar, reservé cierta cantidad de dinero para que comenzara una nueva vida donde ella quisiera. Como veis, me jugué la vida para nada.

Miguel puso su mano sobre el hombro de su hijo.

–Hicisteis lo correcto. El califa está muerto y su futuro allí hubiera sido incierto.

–¡Flaco consuelo! –se lamentó–. Desde que me di cuenta de mi torpeza, desde que asumí que ella no me quería, no he dejado de preguntarme si no hubiera sido mejor dejarla allí. Tal vez el nuevo califa la hubiera aceptado en

su harén.

–No lo creo.

Silencio entre las olas y el viento.

–Quizá, solo necesite tiempo –se habían girado los dos y ahora miraban hacia el interior del barco. Miguel atisbó a Laraine y centró la vista en ella. La luz del sol bañaba su rostro, añadiendo luminosidad a su tez–. Pasó un tiempo desde la primera vez que vuestra madre y yo nos conocimos y nuestro compromiso. Un tiempo largo en el que no nos vimos. Si está escrito que ella sea vuestra, regresará.

Roland se quedó solo, con el mar rugiendo a sus espaldas, mirando cómo su padre llegaba adonde estaba Laraine y se abrazaba a ella por detrás. De cualquier forma, pensó, mi sitio es el mar y no la tierra.

Magdalena miró con curiosidad el puerto bullicioso en el que acababan de atracar. Con la vista perdida, Isabel la siguió. La joven llevaba días malcomiendo, contaminada por la desesperanza, abatida. Todos pensaban que era producto de la navegación agitada a la que no tenía costumbre. Etienne había hecho chanzas de ella, hasta que él mismo cayó en un profundo malestar y en un continuo mareo. Sin embargo, lo que le ocurría a Isabel poco tenía que ver con el mar y mucho con los avatares del corazón. Permaneció inmóvil, al lado de Dulce y de su madre, mientras Roland se encargaba de buscarles varios carruajes que les llevaran a ellos y sus pertenencias hasta la *domus*. Miguel y Laraine subieron con Etienne y Magdalena en el primero de los carros. Diego viajó con Dulce e Isabel en el otro. Roland les dijo que se tenía que encargar de unos asuntos y que iría más tarde, cuando estuvieran instalados. No se quedó a ver cómo su familia se perdía por las calles de la ciudad. Dio un paseo por el puerto, saludando a conocidos e interesándose por los barcos que próximamente levarían anclas. En el fondo, lo que pretendía era demorar su llegada a casa, el momento de digerir que Nabila se había ido para siempre de su vida.

Los recuerdos se agolparon y la realidad se clavó en su pecho de golpe, como un puñetazo. Aunque había tenido muchos días para asimilarlo, era distinto darse de bruces con la cruenta verdad. Daba igual cuánto tiempo dedicara a caminar por el peristilo, por los corredores, por las habitaciones. Allí no hallaría a su padre. Tras una breve indecisión, se encaminó

directamente a la habitación de Roger. Las voces de sus hijos, de su primo y de los sirvientes se quedaron atrás. El silencio se expandió en torno a ella como un eco dañino. Miguel la seguía, pero dejándole el espacio suficiente para que caminara sola. Ella abrió la puerta y recorrió la estancia con la mirada. Alguien se había preocupado de que todo estuviera igual que siempre, hasta le pareció que la sombra de su padre se delataba en el suelo. Se sentó en la cama y se tapó la cara con las manos. Se derrumbó y lloró lágrimas espesas. Él ya no estaba. Había muerto lejos de ella. Un roce en su hombro le hizo levantar el rostro. Miguel le dijo que lo sentía y ella trató de dibujar una sonrisa entre las lágrimas que mojaban sus mejillas. La abrazó y ella se dejó envolver por ese abrazo cálido y contundente. Pasaron así un buen rato, mientras el silencio navegaba en círculos alrededor de ambos, marcando la trascendencia del momento.

—Os dejaré a solas —le susurró Miguel al oído.

Laraine asintió con su mirada regada de agua salada. Trató de recordar cada momento de su vida con su padre. Al faltarle la madre siendo muy niña, entre ambos habían establecido un vínculo muy especial. Y en esa existencia feliz, nunca había cabido la posibilidad de una separación... irreparable. Los recuerdos la ayudaron a serenarse. Se levantó y paseó por la estancia, dejando que sus dedos rozaran los muebles y las paredes de aquella habitación. Se vio a ella misma de pequeña, jugando alrededor de un joven Roger, mientras este trataba de poner orden en unos papeles importantes. No la riñó cuando estos cayeron desordenados al suelo. Se limitó a recogerlos y luego salió con ella de la mano. Se dirigieron al puerto. En una pequeña embarcación, se la llevó a dar un paseo, remando él mismo. Casi podía sentir la suave brisa de aquel día sobre su rostro y el leve balanceo de un mar prácticamente en calma.

El cuarto de su hermano era pequeño y austero. Su padre le había pedido que trasladara el equipaje de Roland a su habitación y Diego llevaba en la mano las pocas pertenencias con las que su gemelo había hecho el viaje. A falta de referencia, depositó sus enseres encima de la cama, justo en el instante en el que una voz de mujer se escuchó en la puerta. Se giró despacio y entornó los ojos, tratando de descifrar lo que aquellas palabras pronunciadas en un idioma extraño trataban de decirle. Se quedó paralizado. Seguramente tenía ante él a la mujer más hermosa que jamás había visto. Sus cabellos rizados caían como una catarata de aguas azabaches hasta su cintura. Llevaba los brazos desnudos y adornaba el derecho con un brazalete en tonos plateados.

Sus labios, de un intenso rojo, se movían despacio trazando aquellas frases envolventes dictadas en árabe, dedujo. Y sus ojos hechizantes, de un verde tan intenso como los bosques navarros en primavera, lo miraban de forma gatuna. La respiración se le aceleró cuando, poco a poco, se fue acercando hacia él. No podía ser. Su hermano había dejado entrever en sus conversaciones que ella se había ido de Nápoles. Diego trató de decir algo, pero su mandíbula se movía sin que de su boca saliera sonido alguno. No se estaba insinuando, pero se movía de tal forma que parecía que lo hiciera. Le pareció flotar en un jardín exuberante, mientras sus sentidos se llenaban de aromas indescriptiblemente tentadores. Retrocedió un paso y se tropezó con la cama, haciendo que se sentara. Cuando elevó la vista, el rostro de ella estaba tan cerca que sintió su aliento cálido sobre la punta de su nariz. No entendía qué le estaba diciendo, pero su presencia era como un canto de sirena que hubiera aturdido sus sentidos. Y de pronto, Diego escuchó otras palabras, pronunciadas también en árabe, pero surgidas de la garganta de otra persona. Una voz masculina se interpuso de súbito en aquel ambiente sugestivo. El hechizo se rompió y Diego volvió a la realidad. Se puso de pie y se enfrentó a su hermano, que caminaba hacia él divertido, con una sonrisa socarrona pintada en su boca.

–¿No os basta con Dulce? –le dijo, inclinándose hacia su oído.

–¿Acaso no os gusta a vos confundir a mi esposa? –le contestó Diego, después de un prolongado balbuceo, tratando de recuperar su dignidad.

–Dejadnos solos –le pidió guasón Roland.

Diego se marchó azorado, todavía sentía en su piel el fluir de ciertas sensaciones que nunca antes había experimentado o, si lo había hecho, las tenía olvidadas. Estaba claro por qué su hermano había surcado medio mundo para ir a por ella, a por Nabila.

Roland cerró despacio la puerta y se quedó contemplando a una confundida Nabila. Era divertido, pensó, verla así, desconcertada.

–¿Todavía no habéis decidido vuestro destino? Os suponía lejos de Nápoles–le comentó, apoyando su hombro izquierdo sobre la pared y cruzándose de brazos.

–Os fuisteis sin despediros.

–Entre nosotros... ya estaba todo dicho.

Ella bajó la vista, abrumada todavía. Las palabras de Roland, aunque dichas en tono comedido, neutro, le habían hecho daño. Seguramente se lo tenía merecido.

–Además, os alegra que yo haya encontrado a otra persona a la que amar, a otra mujer con la que compartir mi vida. ¿No era eso lo que le estabais diciendo a mi hermano?

Nabila calló. Una vorágine de sentimientos giraba en su estómago, obligándola a permanecer quieta, pensando en lo que había sucedido.

–Vuestro hermano y vos sois... idénticos.

–Eso dicen.

Roland no se movía del sitio, implacable su mirada. Casi le molestó la frialdad con la que se dirigía a ella. Lo cierto es que se sentía confusa. No había reunido las suficientes fuerzas para marcharse. Cuando Alejandro le comentó las instrucciones que le había dado Roland respecto a ella, su corazón le había dado un vuelco. Ciertamente es que ella misma lo había provocado, pero una cosa era saberse dispuesta de su destino y otra muy distinta afrontar un camino de incertidumbre y zozobra. Le había pedido tiempo a Alejandro y él se lo había concedido, sabedor, seguramente, de los sentimientos de su sobrino.

–¿Gemelos?

–Él es el primogénito –dijo, mientras asentía.

–Y esa mujer de bellos ojos azules –Roland entrevió una punzada de celos en la mirada inquisitiva de ella–, ¿es la esposa de vuestro hermano?

–Se llama Dulce. Y sí, es la esposa de Diego.

Nabila se sentó en la cama. Roland notó un cierto gesto de alivio que le hizo sonreír. Todavía no había asimilado que ella estuviera allí, pero se alegraba –tal vez con una nota de maldad–, de que el reencuentro hubiera sucedido de aquella manera.

–Os presentaré a mi familia, si ese es vuestro deseo.

–Sería descortés no hacerlo –dijo ella, educadamente.

Nabila siguió a Roland hasta el *tablinum*, donde permanecía su familia, charlando con su tío Alejandro. Le presentó primero a Isabel, Magdalena y Etienne. Nabila descubrió la misma mirada pícaro de Roland en los ojos de su hermana menor. Isabel y Etienne parecían más tímidos. Después le presentó a Diego –mi hermano al que ya conoces, apostilló al hacerlo–, y a Dulce. Y dejó para el final a sus padres. Nabila, acostumbrada a analizar los gestos y las intenciones de las personas –en un harén eso es cuestión de supervivencia–, percibió enseguida la personalidad arrolladora de Miguel. Se dio cuenta de que le había bastado un breve contacto visual para valorarla. Se sintió

cohibida y ella jamás se había sentido apocada ante un hombre. No la habían educado así. Tal vez prudente, pero nunca abrumada. Además, los ojos de Miguel no habían traslucido ese deseo que empapaba la mirada de otros hombres cuando la veían. Al mover su vista hacia Laraine se encontró con una mujer fuerte y decidida. Tal vez Miguel hubiera encontrado en ella todo lo que necesitaba, pero ella era más joven. Un movimiento decidido de la siciliana interrumpió sus pensamientos. Enseguida se acercó a ella y la tomó de las manos, invitándola a reunirse con las mujeres en otro espacio más cómodo.

–¿Hablas nuestro idioma?

–Poco –admitió–. Alejandro y Roland enseñan palabras.

Las mujeres salieron y se quedaron los hombres en el tablinum. Incluso Etienne, que por su edad ya no era del todo un niño, pero tampoco era un adolescente.

–¿Por qué sigue ella aquí, tío? –interrogó Roland, sin dar pie a comenzar otra conversación. Lo dijo con calma, sin tensión.

–Me pidió tiempo.

–¿Tiempo? ¿Para qué? –preguntó, extrañado.

–No me lo especificó. ¿Qué queráis que hiciera? ¿Echarla a la calle?

–Os di dinero para que pudiera vivir en cualquier otro lugar.

–Caridad cristiana, supongo.

–Ella ha abrazado otra religión.

Diego y Miguel observaban el cara a cara de los dos hombres, mientras Etienne parecía más interesado en la maqueta de un barco que Alejandro tenía sobre la mesa principal.

–Obligada. Y, además, ¿qué más os da a vos? No me creo que fuerais a buscarla a Marrakech para apartarla después de vuestro lado.

–Supongo que tenéis razón. Me da igual si ella está o no.

Y diciendo esto, se levantó despacio, y estiró las manos, dando a entender que daba por zanjada aquella discusión. Se disculpó, diciendo que debía visitar a un amigo, y se marchó. Miguel le obligó a prometer que estaría de vuelta para la hora de la cena.

Laraine se apoyó en el alféizar de la ventana y contempló el exterior. Desde allí había visto, hacía mucho tiempo, partir a su primo Alejandro y a dos de sus sirvientes en pos de Miguel con la intención de matarlo. Los celos de Alejandro habían estado a punto de acabar con la vida del navarro.

–¿Estáis bien? –le preguntó Miguel, colocando sus manos en sus antebrazos.

Asintió, aunque distaba mucho de encontrarse bien.

–¿En qué pensáis?

–Recordaba. Otros tiempos.

–¿Cuándo vivíais aquí?

–Cuando un joven infanzón se presentó en casa de mi padre para encontrar un barco que le llevara de regreso a sus tierras y me enamoré de él.

Torció el cuello y lo miró a los ojos. La mirada de Miguel parecía perderse en la distancia, quizá también recordando.

–Desde esta ventana vi a mi primo salir en pos de vos. Se me hizo extraño. Nunca pensé que Alejandro fuera capaz de urdir un plan para quitarnos de en medio, solo porque pensaba que vos y yo íbamos a desposarnos.

–Porque vos le hicisteis creer que íbamos a desposarnos –matizó–. Yo, por aquel entonces, todavía no había caído en vuestras redes.

Ella sonrió con melancolía, transportada a otra época de su vida en la que todo estaba por iniciarse.

–Hace mucho que perdoné a Alejandro.

Se giró y quedó cara a cara con su esposo, quien mantuvo las manos aferradas a sus antebrazos.

–Es muy bella –dijo de pronto Laraine. Tenía fresco el recuerdo de cómo lo había mirado Nabila cuando Roland los había presentado. Un destello especial de joven cazadora en sus pupilas, de mujer acostumbrada a que la miren con deseo. A lo que, se dijo, Miguel había estado ajeno.

–¿Quién? –preguntó distraído el de Grez.

–Bien sabéis a quién me refiero.

Enfrentó sus ojos a los de su esposa. Desde el episodio del repudio la encontraba diferente. Y no sabía la razón exacta. Ni tampoco podía decir claramente cuál era la diferencia. Tal vez, todavía no le hubiera perdonado del todo.

–No me había fijado.

–¿Me tomáis por tonta?

Miguel entonces frunció los labios. La diminuta cicatriz de su mejilla se acentuó sobre su piel.

–Lo digo en serio. Me da igual lo hermosa que pueda ser Nabila.



–Dulce también lo es –dijo entonces Laraine, tal vez añorando la frescura de su propia juventud o recordando los problemas que a ella le había traído ser considerada bella–, aunque de distinta manera.

–¿Estáis preocupada por vuestros hijos o por mí? –dijo casi soltando una carcajada.

La apretó entonces contra su cuerpo y ella posó su cabeza sobre su pecho. Le gustaba sentirse protegida. No pudo evitar preguntarse cuántas mujeres como Nabila habría encontrado Miguel en su vida. Sabía que había estado en tierras almohades –mucho antes de que los navarros tomaran la cruz en el año 1212–, combatiendo codo con codo, como aliados en aquella ocasión, con el califa al-Nasir; ese que había muerto a finales del año del Señor de 1213. Bien pudiera ser que en aquellos días hubiera conocido mujeres fascinantes o, tal vez, solo se hubiera dedicado a combatir a los enemigos de Miramamolín. Eso nunca se lo había contado. Notó el contacto tibio de la mano del infanzón mientras resbalaba lentamente por su cuello y su espalda. La mano de ella también se movió buscando por debajo de su túnica. Miguel cerró los ojos y besó a su esposa, mientras la desvestía con manos hábiles.

Dulce salió al peristilo. Hacía una noche hermosa y el frescor de las plantas y del agua se transmitían por el aire. Laraine tenía suerte de haber crecido en un sitio así. El reflejo de la luz de la noche mostró el perfil serio de Diego, justo al otro lado de donde ella se encontraba.

–Os buscaba.

El joven giró su cabeza hacia el lugar del que provenía la voz.

–Pues ya me habéis encontrado –dijo él, tratando de luchar contra el recuerdo de los brazos de Nabila, de sus ojos, de sus movimientos sensuales, de su aroma cálido. Se reprendió por ello. Tenía a su esposa delante. Se acercó a Dulce, tratando de borrar la imagen de la mujer de su hermano. Y la abrazó con fuerza, buscando sus pechos, excitado por el recuerdo de un momento de magia. «¡Dios mío, Diego! Nunca os había visto así», pensó ella, arrastrada por la fogosidad con que su esposo la buscaba. Se dejó llevar por su arrebató y se entregó a él allí mismo, entre flores, plantas y pequeños árboles, pegados a una de las columnas, con el gorjeo del agua como testigo.

Roland se tumbó sobre la cama, desnudo. Hacía demasiado calor. Estaba furioso, aunque su sangre fría mostrase un exterior calmado y su voz sonase

como si de verdad no estuviera afectado por la presencia de Nabila. Había pasado todo el tiempo posible lejos de su presencia, intentando hacerse creer a sí mismo que, cuando regresara, ella ya no estaría allí, pero era incapaz de sacudirse de su cabeza su recuerdo y la atracción de sus hermosos ojos verdes. Era una lástima que Giovanni estuviera lejos de la ciudad. Un rato con él hubiera conseguido distraerle. Escuchó unos golpes en la puerta, pero no hizo caso. No tenía ganas de hablar con nadie. Ni siquiera le apetecía romperle la nariz a su hermano por haber tonteado con Nabila. Aunque es cierto que Diego parecía más sorprendido que excitado en el momento en que él había entrado en la habitación. Sin embargo, bien sabía él cuán seductora podía llegar a ser Nabila. Escuchó el *clic* de la puerta al ser abierta y, en un acto reflejo, se cubrió con lo primero que pilló. No quería que su madre o alguna de sus hermanas lo encontraran así. La única luz de la habitación entraba por la ventana abierta y bañaba su cuerpo joven y fuerte.

–Roland, sé que estáis despierto.

¿Nabila?, se preguntó abriendo los párpados. Por el rabillo del ojo distinguió la luz de una vela que se acercaba. Sintió el roce de su mano sobre su pecho y el calor efímero y fuerte de la cera al caer sobre su abdomen. Se incorporó de golpe y agarró la mano de la mujer para separarla de su esternón. Se miraron los dos a la luz de la vela.

–He cedido la habitación que ocupaba a vuestros padres.

Él la observó con gesto interrogativo.

–Y no sé dónde dormir.

El comentario le hizo soltar una carcajada.

–Mi tío no se hubiera marchado a descansar sin asegurarse de que el servicio os adjudicara otra habitación.

–Tal vez pensó que os encargaríais vos.

La escudriñó directamente, cargando todo el peso de su mirada joven sobre ella.

–Vuestras mentiras no van a ablandar mi corazón.

Ella se replegó y se levantó, pero Roland, más rápido, cogió su mano y la sujetó con fuerza haciendo que se volviera a sentar en la cama.

–¿A qué has venido? –le preguntó en árabe entre dientes, sacando su mandíbula hacia delante, temiendo que cualquier movimiento o palabra le mostrara a ella una apertura, una bajada de guardia por la que acometer con su arma—. ¿Qué quieres saber? ¿Si te he echado de menos? Lo siento, pero no. ¿Si

he sido fiel al recuerdo de alguien que me había abandonado? Qué más da eso ahora. ¿Qué quieres probar? ¿Si voy a sucumbir a tus encantos? ¿O tal vez quieres probarte a ti misma? ¿Tal vez necesitas saber si me echarás de menos, si puedes alejarte de mí sin que sufra tu corazón? ¿O quizá solo vengas a saldar una deuda para poder marcharte tranquila? ¿Por qué has venido?

La joven se quedó seria, circunspecta. La vela todavía continuaba en su mano. La llama se movía nerviosa hacia los lados, a impulsos de su respiración. Roland la soltó y se puso en pie.

–Por todo lo que más quieras, Nabila. ¿Ahora te quedas callada?

–Por todo eso, Roland. He venido por todo eso que dices. Y también por nada de lo que has dicho.

Nabila bajó la mirada, consciente de la desnudez del cuerpo del joven cerca de ella. Lo vio pasarse la mano por el rostro donde nacía una barba incipiente –al parecer, se había afeitado durante su estancia en tierras navarras–, tal vez pensativo, tal vez decidiendo qué hacer con ella.

–No entiendo qué quieres decir –dijo, algo más comedido.

–No sé quién soy, Roland –dijo Nabila, contemplando la llama de la vela. Sopló sobre ella despacio hasta apagarla. La habitación se quedó en penumbra. Una suave brisa arrullaba la noche y el sonido del mar se escuchaba en la lejanía–. No sé quién soy realmente –repitió–. Yo estaba allí cuando ocurrió. El califa murió entre mis brazos–. Cerró los ojos, pero los volvió a abrir, temerosa de que aquellos ojos azules volvieran a ella, recriminándole su muerte–. Yo le serví la copa en la que habían puesto el veneno. Juro que no lo sabía, pero tuvo que ser así, porque después de beber de ella... empezó a agitarse y a convulsionarse. Y murió. Pasó un tiempo sin que nadie pudiera salir de aquella sala; hasta que llegó su hijo, el nuevo califa, y ordenó que todos los que habíamos sido testigos de aquella muerte... –se detuvo un instante, asumiendo la verdad que aquellas palabras pronunciadas por el nuevo califa contenían– guardáramos silencio para siempre. Para siempre, Roland. Me pareció una promesa fácil de cumplir, hasta que nos quedamos solos con los *imesebelen*, la antigua guardia de al-Nasir, y comprendí cuán fácil iba a ser de cumplir esa promesa, porque los muertos no hablan. Entonces se acercó el *imesebelen* al que le faltaba un trozo de oreja y me dijo que me hiciera la muerta. A continuación, me hizo un tajo y caí al suelo, prácticamente desmayada, muerta de miedo. Él me sacó de allí. Y después... apareciste tú.

La habitación se quedó en silencio mientras sus palabras morían en el dictado de la noche. Roland, para quien aquella revelación constituía algo nuevo y totalmente monstruoso, permaneció callado.

–No recuerdo dónde nací –prosiguió ella, aunque en realidad hablase consigo misma–. Ni quiénes fueron mis padres, ni qué nombre me pusieron. No sé si nací cristiana, o si mi Dios ha sido siempre Allah. No lo sé, Roland. Tampoco sé por qué he venido esta noche a verte. No sé si quiero empezar una nueva vida. No entiendo por qué Allah quiso que yo fuera la única en salvarse la noche que murió el califa, la única que sabe la verdad de lo que allí ocurrió. Sin embargo, si te cuento esto, no es para que sientas pena por mí, no se trata de eso. Tal vez solo quiera empezar a conocerme, porque no sé si debo dejar atrás algo que no he sido, o empezar algo para lo que no estoy preparada; no sé ni a dónde marchar. Solo recuerdo las distintas casas, los distintos dueños, las distintas manos por las que he pasado, pero no sé dónde, ni cuándo empezó todo.

Roland tragó saliva despacio. Escuchaba en el más absoluto silencio las palabras que Nabila decía en árabe. La joven escuchó cómo tomaba aire por la nariz hasta colmar sus pulmones. Se acercó despacio a ella y se sentó a su lado en la cama. La escasa luz de la habitación le impedía ver la expresión de su rostro. Roland elevó su mano y se la llevó a la nuca tratando de relajar su cuello. El joven estiró el silencio. Quería consolar a Nabila, pero en realidad no sabía muy bien cómo hacerlo.

–No sé qué hacer –dijo ella resignada.

–¿Lo amabas?

Roland vio cómo Nabila torcía el cuello para mirarlo. Le pareció que algunas lágrimas brillaban en sus mejillas.

–¿Al califa?

Observó un movimiento en la cabeza de Roland que tomó por un asentimiento.

–Siempre se mostró agradable conmigo y durante la última semana que estuve con él, a menudo me decía que yo era su favorita –aguardó unos instantes antes de proseguir–. Supongo que sí. Lo amaba. Amaba a Muhammad.

–Mi madre siempre dice que cuando fallece alguien querido necesitamos un periodo de duelo. Tal vez debas empezar por ahí. Tómate el tiempo que necesites. Llorar al califa, llorar la vida que has dejado atrás. Mientras tanto,

puedes permanecer aquí, en la *domus* de mi familia. Y... si necesitas cualquier cosa, solo pídemelo. Y ahora, creo que un buen descanso te reconfortará.

Se puso en pie y la besó la frente, deseándole buenas noches. Rebuscó a ciegas por el suelo y la cama y recogió su ropa. Luego se dirigió a la puerta.

–Espera.

Roland se detuvo con la mano apoyada en el pomo.

–¿A dónde vas?

–Buscaré un sitio donde dormir.

Nabila se mordió los labios. Se había desatado una lucha en su interior.

–¿Puedo expresarme con libertad?

Roland se giró y contempló la sombra oscura que era el cuerpo de Nabila. Se había levantado y caminaba hacia él. Lo hacía de manera sutil, como si se deslizara por el suelo sin dar pasos. Se detuvo a escasas pulgadas. Se miraron sin verse.

–Me has preguntado si amaba al califa, pero no me has preguntado si te amo a ti.

No lo vio, pero se pudo imaginar la sonrisa irónica de sus labios y el leve movimiento de sus cejas hacia arriba.

–No suelo hacer preguntas para las que conozco las respuestas.

Nabila rozó su hombro y notó la leve tensión de los músculos del joven al recibir el contacto.

–Tal vez estás equivocado.

–Equivocado, ¿en qué?

–En creer que no te amo. Sé que te marchaste creyendo que no lo hacía, creyendo que no te amaba. Yo misma di pie a ello. Pero estas semanas de ausencia... Hay algo dentro de ti que no sé que es, Roland. Un fuego que no me da cuenta que tenías hasta que te alejaste de mí. Es algo que te viene de familia. Tu padre lo tiene, lo he sentido, y tu hermano... también, aunque lo esconde tras su timidez. Roland, no he comenzado bien contigo –su dedo índice se deslizó despacio desde su pecho hasta su ombligo y después el joven sintió su mano tibia sobre su abdomen–. No dice mucho de mí que te haya confundido con tu hermano.

–Sin embargo... algo te hizo dudar. Le dijiste a Diego, creyendo que era yo, que me encontrabas diferente.

–Sí. Me pareció que te comportabas como si fuera la primera vez que me

veías. Y recordé la primera vez que lo hiciste, poco antes de la batalla de al-Uqab. Pero tu reacción fue tan diferente, a pesar del miedo que debíais estar sintiendo... Me gustaría –le dijo ella entrelazando sus dedos con los dedos de la mano de él– que me dieras la oportunidad de demostrarte que te amo.

Nabila dio el último paso que separaba a ambos y Roland chocó su espalda contra la puerta. El golpe destacó en el silencio de la noche.

–De todas formas, haré lo que me pidas. Si tu deseo es que me marche, lo haré, aunque eso me duela. Pero si tu deseo es que me quede... si todavía me amas, te demostraré que yo también lo hago.

Roland tardó en responder. No porque no supiera cuál era su deseo, sino porque no se esperaba todo lo que había sucedido en tan poco tiempo. Su mirada se desvió hacia la cama un instante, solo para cerciorarse de que no soñaba.

–Nabila –pronunció sin saber qué más decir a continuación. Dejó que su ropa cayera al suelo y acarició suavemente su rostro. La apretó luego fuertemente contra él y la besó.

Cuando despertó, la luz de la mañana entraba clara y fresca desde la ventana. Tenía el pelo sobre la cara y el olor de Miguel pegado a su cuerpo. Se incorporó, con los ojos todavía somnolientos y el recuerdo de una dulce noche en sus labios. Miguel estaba de pie, con las calzas puestas y la camisa sujeta por un cinturón. Por su expresión, sabía que llevaba largo rato observándola. Al verla moverse, se acercó a la cama. Una sonrisa venía prendida en su semblante.

–Vayamos a Brindisi. Vos y yo, los dos solos.

Fue una propuesta soltada a bocajarro. Se le había ocurrido al amanecer, mientras –todavía adormecido– tenía a Laraine enredada en su cuerpo. De alguna manera, entendía que debía empezar con ella desde el principio y el principio había sido Brindisi. En sus calles se vieron por primera vez.

–¿Habláis en serio?

–Completamente.

–¿Sin nuestros hijos?

–A Alejandro le alegrará sentirse como el *pater familias* y nuestros hijos mayores cuidarán de Magdalena y Etienne.

Laraine se quedó pensativa. A Miguel le agradó el modo en que perdió su vista unos instantes mientras meditaba. Cuando posó sus ojos en los suyos, el

infanzón supo que su esposa daba el visto bueno. Salieron ese mismo día. La siciliana se demoró un momento con su hija Isabel, a la que veía apática desde el comienzo del viaje. La joven le aseguró que se encontraba bien, pero Laraine le dijo que hablarían a su regreso. Y así salieron de Nápoles y se fueron al encuentro del mar Adriático.

Llegaron al atardecer. La vieja casa de los Salerno estaba cuidada por dos sirvientes, marido y mujer, jóvenes y solícitos. Habían enviado por delante un mensajero anunciando su llegada; aún así, el aviso había arribado poco antes que ellos y los sirvientes se encontraban en esos momentos en el ejercicio de los preparativos. Anocheció ya cuando terminaron de instalarse. Tomaron un baño, una cena ligera y se fueron a la cama, rendidos.

Madrugaron y caminaron hacia el mar. Era un día brumoso. Miguel había estado allí en dos ocasiones. Recordó la primera vez; aquel eterno viaje por tierra hasta llegar a Brindisi, con la madre de Ricardo, Leonor de Aquitania, y la infanta Berenguela de Navarra. Y el recibimiento del almirante Margarite. Detuvo sus pasos de repente.

—¿Por qué sonreís?

—Recuerdo este sitio —dijo, señalando la iglesia situada a su izquierda—. El templo de San Juan. Estuve aquí justo antes de veros por primera vez. Me acuerdo del fresco de la pared donde alguien había pintado un Cristo de cabellos rojos.

—¿Queréis entrar?

Asintió. En la puerta se cruzaron con dos caballeros templarios, con su cruz patada roja sobre el hombro izquierdo de su capa. Miguel se hincó de rodillas en el mismo sitio donde lo había hecho muchos años atrás. Recordó que allí había encendido una vela por su hermana Guiomar. Ahora, años después, llegaba al mismo sitio con su muerte vengada.

Salieron al exterior. Laraine se cogió de su brazo. El cielo seguía gris. Caminaron despacio superponiendo sus huellas a las del tiempo pasado. Y, de súbito, ambos se detuvieron y contemplaron en silencio el sitio donde se vieron por primera vez.

—Recuerdo el momento en que aparecisteis —dijo Laraine, retrocediendo en el tiempo. Tenía una sonrisa dibujada en su rostro, muy diferente de la mueca de miedo que sintió aquel día—. Aquellos hombres nos tenían acorralados. Temí lo peor. Eran cinco contra mi primo Alejandro —poco ducho en armas—, mi padre y yo. Aparecisteis de pronto, vos y García, y desenfundasteis la

espada.

–El nuestro no fue un encuentro que pueda calificarse como corriente.

–No.

–Vamos; quiero ver el mar.

–Pensaba que no os gustaba demasiado el mar.

–Me parece precioso. Visto desde fuera –apostilló. Lo que le hizo reír a Laraine.

Llegaron a las proximidades de la costa. El mar parecía calmo. Se sentaron. La siciliana apoyó su cabeza en el hombro de su esposo.

–¿Os arrepentís de haber abandonado todo esto?

Inspiró una vez con fuerza antes de negar con bastante vehemencia. Miró el rostro de Miguel, curtido en decenas de batallas. De pronto vio el paso del tiempo a través de sus ojos, de su expresión, de sus cabellos, y se dijo que había sido bonito completar las etapas de su vida junto a él.

–No, no me arrepiento –dijo convencida–. ¿Y vos? ¿Os arrepentís de haber atado vuestra vida a la mía?

–No.

Contemplaron el mar sereno, olvidándose de comer, de beber y del resto del mundo. Caía la tarde cuando decidieron regresar. Laraine aprovechó el buen humor que parecía gastar Miguel para hablarle sobre Pedro e Isabel. Estaban llegando a casa y el infanzón se detuvo de golpe. Laraine esperó su reacción. Le pareció que dudaba. Sin embargo, se plantó delante de ella y la tomó de las manos diciéndole que ese era un asunto del que prefería ocuparse cuando regresaran a Pamplona. Laraine aceptó la propuesta y el tema quedó aplazado.

–¿Cuánto tiempo creéis que vuestros padres estarán fuera? –Dulce le repitió la pregunta. Parecía que Diego estaba distraído.

–No mucho –dijo al fin, como si regresara de un lugar muy remoto. Dulce tenía la impresión de que Diego se comportaba últimamente de un modo diferente. No sabía si era por el viaje, por la proximidad del mar o, tal vez, por la de Nabila–. Mi padre no querrá dejar pasar mucho tiempo sin atender sus obligaciones. No se arriesgará a que la navegación sea peligrosa estando todos nosotros con él. ¿Tenéis ganas de regresar?

–En cierto modo –dijo, escondiendo sus ganas de retornar a Pamplona. O, más bien, de alejarse de Roland y de Nabila.



Como si solo con pensar en ellos se hubieran materializado a su lado, ambos aparecieron por la puerta.

–Hemos pensado en salir a navegar un rato. Iremos todos. Hoy hace el día perfecto –dijo Roland divertido.

–Nos apuntamos –dijo Diego, sin consultarlo con Dulce.

En poco tiempo, excitados por la aventura, desde el mayor al más pequeño de los hermanos Migueléiz, estuvo listo para partir. Incluso Isabel pareció contagiarse del entusiasmo de todos. Cargaron comida y bebida en un carro y se dirigieron al puerto. Su llegada no pasó inadvertida en medio de la frenética actividad de esas horas. Roland se sentía en su elemento con su indumentaria peculiar, mitad marinero, mitad caballero. Dulce se sorprendió de su versatilidad, de su verborrea y de cómo era saludado por todos. Y para ella fue entonces más aguda la diferencia entre los caracteres de ambos hermanos. Miró a Diego, quien gentilmente le tendió la mano para ayudarla a bajar del carro, y le sonrió. Roland encontró enseguida quien les ayudara a cargar los alimentos, los aparejos de pesca y a subir a las damas. Dulce comprobó *in situ* la expectación que levantaba Nabila y lo poco que se preocupaba ella por pasar desapercibida. No la envidió, acaso, sintió pena, pero no dijo nada. La joven se esforzaba por integrarse, por aprender el romance navarro, incluso algunas palabras en vascón, y parecía realmente interesada en saber cosas sobre la vida en Navarra. Cuando no podía expresar algo o hacerse entender o, simplemente no captaba bien el significado de lo que le estaban diciendo, acudía a Roland. Y entonces ambos se comunicaban en árabe y su voz parecía transformarse igual que sus movimientos y su figura. Había congeniado con ella, por eso no se explicaba a qué venían esos sentimientos de celos que alguna de sus actitudes removían en ella. Se sentó a su lado, en la popa, mientras los más pequeños lo hacían en la proa. Roland le enseñó a Diego cómo debía sentarse y tomar los remos. El mayor prestó toda la atención posible, pero una cosa era entender las explicaciones de su hermano y otra llevarlas a cabo. Sus primeros intentos frustrados hicieron reír a Roland.

–Tal vez queráis remar vos solo –le amenazó Diego, mientras le apuntaba con uno de ellos como si fuera una lanza. Le imitó su hermano y por un instante pareció que ambos se iban a retar y mucho temió Dulce que uno de ellos (principalmente su esposo), acabara en el agua. Sin embargo, se conformaron con la simple amenaza y después ambos rieron como niños.

Una vez sentados y remo en mano, Diego fue cogiendo la maña y

consiguieron alejarse del embarcadero con una trayectoria más o menos decente. Navegaron hacia el Castel dell'Ovo y allí Roland echó el ancla para detener la pequeña embarcación. Como buen marinero se movía con soltura por la cubierta, sorteando piernas y cuerpos, ajeno al balanceo de la nave. Este es un buen sitio para pescar, les dijo. Y sin esperar respuesta comenzó a preparar los utensilios. Etienne se quedó asombrado por la destreza de su hermano y fascinado cuando puso en sus manos una de las cañas y le enseñó cómo debía hacer. Ahora es solo cuestión de paciencia, le dijo. Se fue hacia la proa y se colocó allí. Cuidado con los anzuelos, les advirtió entonces a todos, porque si no estaban atentos podían acabar clavándose los unos a otros. Pronto empezó la actividad en la que todos participaron. Dulce, Nabila e Isabel desde su asiento. Los demás, de pie en los distintos puntos del barco. Etienne fue el primero en pescar un pez que sacó ayudado por sus hermanos. Lo felicitaron todos. Sus ojos claros chispearon como si acabara de realizar la mayor hazaña del mundo. El sol hacía destacar sus mechones rubios. Era el que menos se parecía a sus hermanos. Después picó un pez en la caña de Magdalena, pero al intentar sacarlo, se escapó, con el consiguiente disgusto por parte de la chiquilla. Roland se rio de ella, y, en respuesta, ella le lanzó un pequeño puñetazo en el estómago que el mayor exageró como si hubiera sido el golpe de un gigante y cayó al suelo derrotado. Continuaron con su actividad hasta la hora de comer. Isabel, aburrída, hacía un buen rato ya que había dejado a un lado su caña y se dedicaba a contemplar los destellos de luz atrapados entre las pequeñas olas de la superficie. Hicieron un descanso. Repartieron la carne seca, algo de fruta y unos pastelillos y bebieron grandes sorbos de agua.

Una vez satisfecha el hambre, Roland recogió el ancla y los dos hermanos mayores empezaron a remar con fuerza, como si hubieran hecho una apuesta a ver cuál de ellos daba el golpe más rápido o más certero. Y rodearon la ciudad de Nápoles.

—El tiempo va a empeorar. Será mejor que regresemos —mencionó Roland—. Ayudadme con esto, Diego. La carga debe estar nivelada en el barco —se refería a los peces que habían pescado.

Había comenzado a levantarse el viento y la superficie del agua se movía con más brusquedad. Aunque el balanceo era suave, Dulce se agarró al asiento.

—¿Por qué sois el que más ha pescado, Roland? —le preguntó Etienne.

—Porque soy amigo de los peces.

El menor se le quedó mirando y Roland comprendió que ya no tenía ante él

a un niño para contarle cuentos infantiles.

–Tengo más destreza porque lo he hecho antes –le aclaró.

–Me gustaría salir a pescar más días con vos.

Roland le zarandeó los cabellos que le llegaban hasta los hombros y le pidió que se sentara, no fuera que un golpe de mar lo lanzara al agua. Etienne ocupó su sitio, pero no se sentó. Estaba totalmente entusiasmado con aquel paseo, con el mar y la pesca y empezó a soñar con acompañar a Roland, con quedarse allí con él.

–¿A qué edad pescasteis vuestro primer pez?

–Tendría tu edad.

Eso pareció contentar al muchacho. Roland se sentó por fin y le indicó a Diego cómo debían ejecutar la maniobra. Más lento de lo que hubiera deseado el joven marino, consiguieron hacer virar la embarcación. Cogieron los remos y Diego comenzó a bogar. Pronto se dio cuenta de que tenía que hacer mayor esfuerzo para meter las palas. La superficie comenzó a oscilar con más violencia. Diego notó cómo el esfuerzo comenzaba a pasarle factura. Miró a la costa como si así pudiera calcular cuánto faltaba para llegar, pero, concluyó, eso era muy relativo en el agua. Un golpe de mar les hizo votar a todos. Y, de repente, Etienne desapareció.

–¡Etienne!

Dulce fue la primera en darse cuenta de lo sucedido. Por la propia inercia, la nave se alejó del lugar de la caída. Vio la cabeza del muchacho un instante más entre las olas que subían y bajaban y señaló con el dedo.

–¡Echa el ancla! –gritó Roland a Diego, mientras él se quitaba toda la ropa que podía y se lanzaba al agua.

Diego obedeció. Tomó el ancla y la lanzó por estribor. La nave siguió su curso, alejándose de Etienne y de Roland. El mayor de los Migueléiz corrió a popa. Frustrado, se preguntó por qué la embarcación no se detenía. De repente, se sintió un pequeño tirón y la nave frenó un poco su marcha. Diego trató de calcular cuánto se podían haber alejado del lugar en que había caído su hermano pequeño. No mucho, pensó, pero ¿cuán de profundas serían aquellas aguas?

–Tranquilas, lo rescatará –les dijo a las jóvenes que miraban hacia el punto en que cada una creía haber visto a Etienne por última vez.

Diego repasó en su cabeza lo poco que había aprendido de navegación. Dudaba entre tirarse él también al agua o permanecer en la embarcación.

¡Dios!, pensó. Por un momento se le atragantó la idea de que podía perder a sus dos hermanos. De reojo, miró a Nabila. Se preguntó qué estaría pensando en aquellos momentos. Despachó ese pensamiento y cualquier otro. Debía mostrar calma y centrarse en el mar, tratar de ver asomar la cabeza de sus hermanos para acercar la embarcación a ellos. Su corazón se aceleró. Notó su pulso latir fuertemente en el cuello, pulverizando el paso del tiempo que él quería detener.

—¡Allí! Coged un remo y tratad de acercarlo a ellos —les pidió a Nabila y Dulce mientras él se despojaba de la ropa y se lanzaba al agua.

La ola se le vino encima y le pilló con la boca abierta. Tragó un líquido salado que le hizo torcer el gesto. Escupió y cerró los ojos con fuerza: escocían. ¿Cómo ha aguantado tanto rato Roland buceando? No tuvo tiempo de contestarse porque en ese instante se percató de la gélida temperatura del agua. Movié sus brazos para salvar el oleaje y dirigirse hacia la cabeza de Roland que a intervalos desaparecía de su perspectiva. Llegó a su lado. Allí estaba su hermano mayor pero, ¿y Etienne? Sin terminar de hacerse la pregunta, su hermano se sumergió de nuevo y él lo siguió. Roland era más rápido y estaba acostumbrado a aquel elemento que Diego calificó de hostil. Siguió la estela de los pies de su hermano. Pero de repente lo perdió de vista. Se detuvo. Llevaba los carrillos hinchados como si en ellos pudiera contener el aire. Miró a un lado y a otro, arriba y abajo. Parecía que sus hermanos habían desaparecido para siempre. Descendió un poco más. Las sienes le martillearon con fuerza, los pulmones empezaron a quemarle. Miró hacia arriba. La superficie se veía luminosa, bañada por un bonito halo de luz. ¿Arriba o abajo? Se preguntó en un instante de lucidez. O lo que era lo mismo, ¿vivir o morir? Miró hacia abajo, una última vez. ¿Se ahogaba o era solo el pánico? Y entonces vio una sombra. No, dos. En un último esfuerzo alcanzó a sus hermanos. Cogió a Etienne fuertemente del sobaco y empujó hacia arriba. Necesitaba aire, aire, aire...

Escupió con fuerza nada más salir a la superficie. Desorientado, miró alrededor tratando de guiarse hacia la nave. Roland le hizo un gesto con la mano y entonces los vio. Pero también fue el momento en que un intenso cansancio se le vino encima. Se alentó a sí mismo. Roland había colocado a Etienne de espaldas y lo sujetaba por el pecho. Tenía los ojos cerrados y la tez muy blanca. Estiró de él con todas las fuerzas que le quedaban y así alcanzaron el remo. Lo subieron a la embarcación. A Diego le dieron ganas de tirarse de espaldas sobre la estrecha superficie y quedarse allí, pero Etienne

era lo primero.

Chorreando agua, Roland se colocó al lado de su hermano pequeño y se apoyó sobre su pecho.

–Diego –gritó con su vista puesta en el pequeño–, levad el ancla y poneos a los remos. Que os ayuden Nabila y Dulce. Hemos de llegar cuanto antes al puerto.

–Vamos, pequeño, vamos. Vamos –murmuró entre dientes–. Nos hemos dado un buen susto todos, pero eres fuerte, eres un Migueleiz, un Almoravid. Vamos Etienne. Venga, pequeño –reiteraba mientras empujaba su pecho.

Una tos entre sus palabras le hizo buscar los ojos de su hermano. Sí, tosía. ¡Gracias a Dios! –¡Está vivo! –exclamó.

Hubo gritos de alegría en respuesta. Lo rodeó con sus brazos, escondiendo su cabeza entre ellos, inmensamente feliz.

Etienne volvió a toser. Se sintió fatal. Le dolía todo, especialmente la cabeza y el pecho. Se dejó abrazar por su hermano, mientras escuchaba el sonido alegre de los gritos del resto de sus compañeros de viaje. Estaba asustado, mortalmente asustado. Roland lo dejó en manos de Nabila y Dulce y se colocó a los remos. Los dos gemelos se miraron. La silueta del Castel dell 'Ovo se fue quedando atrás. Roland miró con recelo sus muros aparentemente inofensivos y empezó a reír de manera queda.

–¿Qué os parece tan gracioso? –le preguntó Diego.

–Nuestro padre estuvo a punto de ahogarse aquí. Y poco antes de emprender viaje hacia Navarra, yo estuve a punto de perecer a los pies del castel. La embarcación en la que navegaba se partió y caí al agua. Y hoy... –dijo derivando hacia una sonrisa irónica–. Hoy hemos podido morir los tres. Este no es un buen sitio para los hombres de nuestra familia. Recordadme que no me aventure solo por aquí.

Los dos rieron. Necesitaban descargar la tensión acumulada en los últimos instantes. Las mujeres se volvieron hacia ellos, creyendo que se habían vuelto locos. Ambos se encogieron de hombros en un gesto idéntico.

–Remáis bien. Y os defendéis bien entre las olas –le dijo Roland.

–Me halagáis.

–Lo digo en serio. ¿No os apetecería quedaros aquí, mientras yo regreso a Pamplona?

–¿Cambiar nuestros lugares?

–Cambiar nuestros destinos.

–¿Os burláis de mí?

–Por un instante he pensado que ibais a acceder. Reconocedlo. Era una idea tentadora. De pequeños lo hacíamos a menudo.

–Siempre supisteis cómo embaucarme en vuestras trastadas.

–Era divertido.

–Lo era.

–Y nunca nos castigaban.

–A vos.

Se rio Roland y los dos se quedaron serios unos instantes.

–Ha faltado poco –Roland retomó la conversación. Lo hizo en tono bajo, para que el resto no le escuchara—. Si no llegáis a lanzaros al agua, mucho me temo que no hubiera podido sacar a Etienne.

–Se os ve muy modesto esta tarde. No es propio de vos.

Tomó aire y fijó su vista en Diego.

–Por un instante he temido que... –estaban llegando al puerto y los dos se levantaron para llevar a cabo las últimas maniobras. Diego puso su mano sobre el hombro de su hermano y negó con la cabeza. Entre ellos no hacía falta que se dijeran más. Los dos lo sabían. Miraron a su hermano pequeño. Sus ojos claros parecían tristes, pero la color había retornado a sus labios y a sus mejillas.

–Rezad para que nuestros padres no estén en casa.

–Habéis rezado poco –le dijo Diego a Roland nada más llegar a la puerta. El aludido siguió su mirada y vio a qué se refería. En la puerta, un caballo y un carro pequeño proclamaban que sus padres acababan de llegar. Roland torció el gesto—. De cualquier forma... se iban a enterar tarde o temprano. Y traemos a Etienne entero.

Hacía buena temperatura y sus ropas se habían secado algo durante el corto trayecto hasta la *domus*, pero el susto lo llevaban todos bien impreso aún en sus rostros.

Laraine salió en cuanto escuchó los sonidos. Tenía muchas ganas de ver a sus vástagos. Enseguida se dio cuenta de que algo pasaba. Miró a sus dos hijos mayores buscando una explicación. Se dio cuenta de que estaban en camisa, sus cabellos mojados y revueltos. Pensó que habían aprovechado el buen tiempo para darse un baño, pero el rictus de su mirada evidenció que su percepción era errónea. Así que, concluyó, lo único que podía haber ocurrido

era que ambos se hubieran peleado y hubieran acabado en el agua. Empezó a recriminarles ese hecho, cuando la voz de Etienne la interrumpió. Entonces ella se dio cuenta de que también él estaba mojado.

–Ellos no tienen la culpa –dijo avergonzado–. Me he caído al agua, ama. No iba bien sujeto como me había dicho Roland que hiciera. Casi me ahogo. Ellos me han salvado.

Fue escueto y conciso. Habló al borde de las lágrimas. Sabía que debía ser valiente como su padre le decía, pero estaba asustado.

–¿Es cierto? –preguntó Laraine, abrazando a su hijo y llevándoselo dentro. Desde la puerta les pidió a Roland y Diego que avisaran a Miguel.

Le hizo desnudarse y meterse a la cama. El pequeño protestó débilmente, pero una vez tumbado fue como si el sueño lo abrazara. Tenía los ojos cerrados cuando llegó su padre. Se sentó a su lado.

–¿Cómo estás? –le preguntó.

El muchacho se quedó callado, cohibido ante su progenitor, pensando que iba a recriminarle su acción.

–¿Qué ha sucedido?

–Me caí del barco.

–¿Por qué te caíste?

Otro silencio prolongado. Miguel esperó paciente. Etienne intercambió una mirada con su madre, quien lo animó a continuar. Se mordió los labios, indeciso. Los ojos de Miguel continuaban clavados en su rostro.

–No obedecí a Roland. Él me dijo que debía sentarme y agarrarme fuerte. Miguel suspiró.

–*Aita*, he sido valiente y he dicho la verdad.

–Lo has hecho.

–Aún así... pensáis que merezco un castigo.

Hace unos años... ni se lo hubiera pensado. Habría castigado a su hijo severamente, pero ahora... Sentía la mirada de Laraine en su espalda, pendiente de su decisión, y mucho se temía que conocía su opinión al respecto. Y Roland y Diego habían asumido la responsabilidad y le habían rogado que no castigara a Etienne, sino a ellos.

–Supongo que ya has recibido suficiente castigo. Será mejor que duermas un poco.

–*Aita*, Roland y Diego no tienen la culpa.

Miguel rozó la frente de su hijo. Sus cabellos claros se habían pegado a ella por los restos de salitre. Se los apartó despacio y le sonrió. Los párpados del pequeño se fueron cerrando, hasta que ocultaron por completo el iris moteado de briznas verdes de sus ojos.

El suceso fue contado durante la cena y comentado por todos los testigos – excepto el principal protagonista, que se había quedado dormido–. El incidente se convirtió en una anécdota. E incluso pudieron reírse de la maldición que el Castel dell'Ovo parecía tener jurada contra los Migueleiz. Fue una velada tranquila. Alejandro, desde el sitio de honor que ocupaba como anfitrión de la casa, observó a todos, uno por uno. Sabía que pronto, aquella mesa ahora tan concurrida, se quedaría vacía. Sintió cierto arrebató de nostalgia, pronunciada por el recuerdo de Roger. Una pena que él ya no estuviera allí; aunque era cierto que Laraine y su familia tampoco estarían en Nápoles si él no hubiera muerto. Miró a Roland. Estaba más callado de lo habitual. De reojo miraba a Nabila y, a veces, descansaba su vista en su madre, seguramente tratando de asimilar cada uno de los detalles de su rostro. Ambos sabían que Miguel pronto daría la orden de regresar. Alejandro los iba a echar de menos. A todos. Y mucho. Quién sabía si la vida le daría otra oportunidad de tenerlos juntos en su casa. Vio a Miguel levantarse y aupear su copa.

–Apellido, honor, valor, rey, Navarra –ensalzó. Dio un trago y concluyó–.  
*Su ta gar.*

Repitieron sus palabras los hombres y las mujeres. Nabila miró entonces a Roland interrogativa. El joven le dedicó una de sus mejores sonrisas e hizo un gesto con su copa hacia ella. Nabila bajó su mirada; una caída sugerente de pestañas que hizo que la sonrisa se sostuviera en los labios del joven navarro durante mucho rato. Y desde entonces, le fue difícil desprenderse de sus ojos, de su mirada. Supo que a partir de ese instante, su sangre rebelde, regada con las aguas saladas del Tirreno y del Adriático, debería batallar por buscar el puerto adecuado. Una terrible elección entre el mar y la tierra; entre la vida en la cubierta de un barco y el abrazo dulce y enigmático de Nabila.

La siciliana se levantó y las demás mujeres la siguieron. Algo le decía a la siciliana que su esposo deseaba hablar a solas con sus hijos. Discretamente, Alejandro hizo lo propio. Miguel sirvió más vino en las copas de sus vástagos. Desde que supo lo de Etienne sentía dentro una mezcla de alivio e impotencia.



—*Aita* —le dijo Roland—, Diego y yo hemos decidido intercambiar nuestras vidas.

Asomaba a sus mejillas un mohín de pillería; una picardía de niño travieso. Esa que siempre le acompañaba.

—¿Os habéis vendido por un plato de lentejas? —preguntó Miguel, dirigiéndose a Diego.

—Bien, no ha sido exactamente un plato de lentejas —trató de parecer serio.

El infanzón miró a sus dos hijos de hito en hito. Hacía tanto tiempo que no estaban juntos que se le había olvidado lo cómplices que podían llegar a ser.

—¿Me estáis hablando en serio? —preguntó por fin.

Roland fue el primero en estallar en carcajadas, luego lo hizo Diego.

—Ha sido divertido veros confundido —confesó Roland.

—No me lo he creído ni por un instante.

Los tres se rieron. Cuando se serenaron, Miguel tomó de nuevo la copa entre sus manos y sorbió de ella.

—Roland —comenzó el padre—, nos marcharemos en cuanto haya un barco que lleve más o menos nuestro rumbo.

El joven asintió, como si ya hubiera previsto esa declaración por parte de su padre.

—El Salerno tiene previsto partir pasado mañana. Se podría arreglar.

Un leve asentimiento bastó para hacerle saber que Miguel estaba de acuerdo.

—No quiero inmiscuirme en vuestros asuntos, hijo, pero hay algo que debo comentaros antes de irnos. Se trata de Nabila.

El joven marino inspiró aire, tomó su copa y se dirigió con ella hacia la ventana.

—¿Os lo ha pedido mi madre?

—En cierto modo.

—No hace falta que os vayáis —dijo Roland al ver que su hermano mayor hacía ademán de levantarse para dejar que su padre y él resolvieran ese asunto en privado—. Tal vez vuestros consejos también sean de utilidad.

Diego se sentó de nuevo y relleno las copas de su padre y de él.

—Ya sé que os dije que no estaría aquí a nuestra llegada. Y os juro que creía que se había marchado. Sin embargo, en el último momento le dio miedo verse sola. Me dijo que no recuerda cuáles son sus orígenes —dijo girándose y

encarando a los dos hombres—. No sabe quiénes son sus padres, ni cuál es el lugar donde vio la luz. No sabe si nació cristiana o almohade o... —se detuvo. Agitó la copa haciendo círculos y contempló el líquido rojo moverse en una espiral frenética. Se sentó de nuevo—. Me ha pedido tiempo para recordar, para pensar en su futuro.

Torció el gesto levemente. Había mucho más. Un hecho que atormentaba su conciencia, un asesinato, un califa muerto, un *imesebelen* y una alfombra. Pero eso nunca lo compartiría con nadie. Sabía cuánto le había costado a Nabila confesárselo a él y sabía, también, que confiaba en que guardara el secreto.

—No me malinterpretéis, pero debo advertiros que tengáis cuidado. Nabila es hermosa, muy hermosa y la envidia arraiga en los corazones más insospechados. Si alguien intuye su origen... podéis veros metidos en un grave aprieto —le dijo el infanzón, que conocía además el espíritu indómito de su hijo y sabía bien que ese mismo carácter le llevaba a permanecer durante poco tiempo en el mismo sitio—. Vuestra madre me ha pedido que os diga que acogeríamos de buen grado a Nabila en Pamplona.

—Gracias, *aita*. Se lo comentaré a ella —dijo levantándose de nuevo.

Llegaron a Pamplona en pleno otoño. Habían dejado atrás el balanceo del mar con su brisa fresca y salada, así como a Alejandro, Roland y Nabila —la joven había decidido quedarse en Sicilia. Y ojalá que fuera la decisión correcta—. Se acomodaron pronto a las rutinas de la ciudad fortificada y a su vida en el burgo de la Navarrería. Laraine tenía la sensación de que hubieran pasado años desde su partida, aunque todo estuviera igual a como lo habían dejado. Caminó hacia el salón pequeño, lugar de encuentro de las mujeres de la casa en esos instantes. Se acomodó cerca de la chimenea y tendió sus manos hacia el fuego recién encendido. Las huellas del paso del tiempo se veían en ellas, pensó mientras el chisporroteo de las llamas se imponía al silencio de la sala. También las caras de sus hijas y de sus sobrinas le recordaban que los tiempos cambiaban. Johan y Etienne se habían despegado de sus faldas, jugaban ya a ser mayores. Pronto, tal vez, serían enviados lejos de Pamplona, a formarse con algún señor, o con algún pariente. Se frotó las manos. Por una vez, en vez de enfrascarse en alguna tarea, contempló la escena como si no estuviera allí. La muerte de su padre le había dejado un resto de melancolía en el alma. Una etapa que se cerraba, quién sabía qué traería la siguiente. Dulce se entretenía con Magdalena y Constanza. Sus ojos claros brillaban mientras cuchicheaban entre las tres. Parecían divertidas. Elvira miraba por la ventana.

A veces, según se movieran los hombres, podía ver a Simon practicando la espada con ellos. De vez en cuando, se sobresaltaba y se llevaba la mano izquierda al pecho. Luego sonreía. García había accedido a acompañar a ambos a Burdeos para presentarse a la familia de Simon. Pero primero le había exigido al joven que pasara una temporada en Pamplona. No tenía ni idea de cómo se las había arreglado para superar todas las pruebas a las que, estaba segura, el Almoravid lo habría sometido. Pero el caso es que se encontraba todavía allí y pronto –antes de que el paso por los Pirineos quedara cerrado por la nieve–, se desplazarían hasta Burdeos. Isabel también miraba por la ventana, se fijó Laraine, pero su vista parecía perdida. Se había apartado de las demás mujeres y su labor descansaba desganada sobre su regazo. Tenía el rictus serio, su expresión adusta. Se la veía delgada y apagada, con su tez mortecina y sus ojos hundidos. El amor hacía esas cosas, pensó. Frunció el ceño, como si a su mente hubiera llegado otro pensamiento. Tal vez, lo que veía en el rostro de su hija no fuera amor. Se levantó despacio y se sentó cerca de ella. Isabel evitó su mirada. Apretó una mano contra la otra en un gesto nervioso, como si intuyera que su madre fuera a interrogarla.

–Tu padre me prometió que trataría el asunto de tu desposorio con Pedro a nuestro regreso. Dale un poco de tiempo.

Isabel permaneció quieta, sus ojos rozando las lágrimas, obligándose a mirarse las manos para no llorar.

–¿Me has escuchado, hija? –le preguntó Laraine cogiendo las manos de la joven.

En ese contacto, Laraine descubrió que había algo más que un enamoramiento, algo que preocupaba terriblemente a Isabel. La miró un instante antes de decidir cómo acometer el problema. La invitó a acompañarla a su habitación, con la excusa de enseñarle un vestido. Isabel la siguió sin oponerse. Subieron ambas y, una vez dentro, Laraine acomodó a su hija en la cama y ella se sentó a su lado.

–¿Qué ocurre? –le preguntó directamente.

El chocar de las espadas se elevó entre el murmullo del patio en el que destacaban las voces de García y Miguel repartiendo órdenes. La joven guardó silencio, envuelta en un halo de tristeza.

–Isabel, mírame.

La aludida elevó su mirada, hasta chocar con los ojos de su madre. Sus labios temblaron levemente antes de abrirlos.

–Nunca me casaré con Pedro. *Aita* no lo permitirá.

–¿Cómo has llegado a esa conclusión?

–No es una conclusión, ama –había rabia en su contestación, una rabia apenas insinuada, pero que no pasó desapercibida para Laraine–. Dejó muy claro que no permitirá que nuestras sangres se unan.

–¿Cuándo te ha dicho eso? ¿De qué estás hablando?

–No me lo ha dicho a mí. Lo oí por casualidad el día que estuvimos invitados en Subiza. Padre y don Álvaro hablaron sobre el tema. No era mi intención escucharles, pero descubrí cuál era la verdad. Jamás dejaré que un nieto suyo lleve la sangre de don Yenegro Martínez de Subiza. Por eso nos fuimos precipitadamente de la casa de María. Álvaro echó a *aita* de ella.

Isabel se levantó de golpe, su mirada lejana. Todavía sin asimilar lo que aquellas palabras contenían, Laraine detuvo a su hija del brazo y le pidió que confiara en ella, que hablaría con Miguel. Pasó fugazmente por delante de su madre, una mueca de incredulidad en su boca. No porque no creyera a Laraine, sino porque conocía a su padre y sabía que no cambiaría de opinión.

Laraine se llevó las manos al rostro. Trataba de despejarse y comprender. ¿Sería verdad que Miguel nunca permitiría ese compromiso? Y de ser así, ¿por qué no se lo había comentado a ella? Se quedó absorta. Sus pensamientos giraban en su cabeza. Afuera, los hombres recogían sus armas de entrenamiento. Miguel entró poco después en la habitación. Llegaba contento. El rostro sudoroso marcaba en su gesto una sonrisa de satisfacción. El descanso del viaje le había sentado bien a su pierna –apenas cojeaba– y el retorno a sus actividades parecía llenar por completo su existencia. Se acercó a su esposa y la besó en la coronilla. Comenzó a hablar, pero Laraine no lo escuchaba.

–Miguel –le interrumpió ella, girándose y encarándolo–. Acabo de hablar con Isabel.

La sonrisa se difuminó en su rostro.

–¿Sobre qué? –preguntó mientras se quitaba la ropa de entrenamiento.

–Tiene la absoluta certeza de que vos jamás consentiréis su matrimonio con Pedro Álvarez de Subiza porque no queréis que vuestros nietos lleven la misma sangre que don Yenegro.

Laraine aprovechó el momento de silencio posterior a sus palabras para observar a su esposo. Casi podía adivinar qué estaba pasando en esos instantes por su cabeza. Miguel trataba de descubrir si Isabel podía haber

escuchado su conversación con Álvaro. Estaban al aire libre y había árboles alrededor. Ella o el propio Pedro podían haber estado cerca.

–¿De verdad habéis roto vuestra amistad con Álvaro a causa de este asunto? –le preguntó de forma directa, pero con moderación.

–Laraine, os dije que me iba a ocupar de ello a mi regreso y lo pienso hacer.

–Supongo que no querréis mi opinión, pero si sirve de algo, creo que, cuanto antes lo hagáis, será mejor para todos. Conozco a Isabel. Aceptará lo que vos digáis sin rechistar, aunque con eso sea la mujer más desdichada del mundo. Os obedecerá porque antes preferirá sufrir ella a haceros sufrir a vos. Sin embargo... no estoy muy segura de lo que puede llegar a hacer un hombre enamorado –lo miró con intención, torciendo ligeramente su cabeza, implicándole en la respuesta–. El asunto tal vez se os escape de las manos. ¿Qué sucedería si él la secuestrara? ¿O si se casaran en secreto? ¿Mandaríais a todos los junteros sobre el hijo de vuestro mejor amigo, de vuestro hermano de leche? ¿Les haríais tomar partido por Álvaro o por vos? ¿O lo haríais a vuestra manera? ¿Seríais capaz de lastimar a Isabel?

–Basta, Laraine –le pidió, cogiéndola de los brazos.

La siciliana no vio en ese gesto un ademán de ira o de enfado. El propio Miguel sentía que, tras lo sucedido unos meses antes con su esposa, le debía algo. La miró a los ojos, buscando su comprensión.

–No es tan fácil, Laraine –trató de explicarle con ojos casi febriles, encarcelados en un pasado violento del que él había sido víctima–. Vos no conocisteis bien a don Yenegro. No tenéis ni idea de lo que era capaz de hacer. Su hijo Jordan era igual que él. Igual de brutal y desalmado. Eso se lleva en la sangre.

–Pero Álvaro es un hombre ecuánime y mesurado. Y ni Martín, ni Pedro, ni Bernard responden a ese perfil de hombres sanguinarios y asesinos.

–Pero la mala sangre está ahí, Laraine. Y sería irónico que el destino me hiciera un regalo así, ¿no creéis? –le dijo, soltando sus manos en un gesto de abatimiento.

–Don Yenegro murió. Lo vencisteis, hicisteis justicia. Sería ridículo que le dejaseis venceros después de muerto, permitiendo que su sombra yerta dirija vuestros actos –le respondió muy seria, dándole la vuelta a su argumento.

–No lo sé, Laraine. Lo he pensado mucho desde que partimos y creo que hago lo correcto.

Laraine bajó la mirada.

–María me pidió que intercediera, que tratara de convencerlos. Que Pedro e Isabel se casen sería una manera de sellar vuestra amistad. El destino de Álvaro siempre ha estado ligado al vuestro. Vuestras vidas han corrido paralelas. ¿Qué hay de malo en que ese lazo se estreche y se haga uno? ¿Acaso puede tener más peso el espectro de un canalla, que la amistad forjada a lo largo de los años, escrita con la sangre de ambos?

Laraine dejó la pregunta en el aire y se marchó despacio. Miguel necesitaba su propio espacio para reflexionar y ella también sentía la necesidad de estar sola.

Más allá de los sueños, Isabel se había dado de bruces con la realidad. ¿Se puede obviar el amor?, se preguntaba con la sangre burbujeante de su extrema juventud. ¿Podría vivir, sufriendo eternamente? La joven pensaba que jamás podría olvidar a Pedro. Deambuló por el patio. Los hombres se habían retirado a cambiar sus ropas de entrenamiento por otras más apropiadas para presentarse a comer. Normalmente, la sala de armas permanecía cerrada después de que los hombres completaran sus ejercicios, pero, en esa ocasión, la puerta estaba entreabierta. Dentro olía a sudor, a hierro, a fuego. También olía a sangre y a batalla. Las espadas eran intocables, salvo por sus propietarios. Nadie se lo había dicho, pero esa era una de las normas no escritas, nunca dichas, que todo el mundo seguía en la casa. Su mano se fue hacia el pomo de una de esas preciosas y mortíferas armas. Sintió un escalofrío al tocarla. Pedro le había dejado una vez coger la suya. Su rostro compuso una mueca de infelicidad. Estiró de ella, con las dos manos. Su filo refulgió un instante ante sus ojos y luego se apagó. Lo había decidido: si no podía ser Pedro, no sería nadie. Pediría permiso a su padre para ingresar en un monasterio. Tal vez antes peregrinaría a Santiago. Eso todavía no lo tenía decidido. Pasó la palma de su mano por el filo del arma. Un hilillo de sangre brotó de súbito, pero ella no apartó la mano. Apretó más, buscando en aquel dolor mitigar otro que sentía su corazón y que nadie podría aliviar.

–No deberías estar aquí –reconoció la voz de su hermano, pero no se movió–. Isabel, ¿me has oído?

Se acercó por detrás y se sobresaltó al encararla y verla tan quieta, tan pasiva. La sangre y las lágrimas se escurrían por el filo de la espada y la joven parecía ajena a ese hecho.

—¡Isabel!

Le quitó la espada de la mano con cuidado. Ella pestañeó una vez, pero permaneció perdida, ignorando a su hermano.

—¿Qué te sucede?

El joven recordó que Dulce le había comentado que estaba preocupada por Isabel. Le había dicho que le parecía que últimamente no comía y se la veía triste. No le había hecho demasiado caso, pero ahora que la veía ahí, delante de él, se fijó en su tez macilenta y en su aspecto demacrado. Buscó una tela limpia de las que siempre guardaban en la sala de armas para utilizar en caso de necesidad y apretó fuertemente la herida con ella. Isabel ni siquiera lo miró.

—Os llevaré a dar un paseo. Creo que os sentará bien.

Con ternura de hermano mayor la agarró de la cintura y la condujo a los establos. Su caballo estaba preparado, puesto que había dado orden de que se lo ensillaran. Tenía asuntos de los que ocuparse, pero podían atenderlos en otro momento. No esperó a preparar otra montura. La ayudó a subir y se montó él detrás. Salieron de la ciudad en dirección este. Estaba raso y el cielo se veía de un azul intenso. El frío se sentía en el rostro, pero al sol se estaba bien. Los árboles pelados dejaban ver el curso del río, caudaloso y fuerte. Era casi la hora de comer y el silencio era absoluto en los alrededores. Cabalgaron hasta dejar atrás la ciudad. Diego notaba los suspiros de su hermana. Seguía vertiendo lágrimas silentes, cálidas y atribuladas, que de vez en cuando morían en las manos de Diego, que sujetaban las riendas. Se detuvo cerca de una fuente. Descabalgó y ayudó a su hermana. Ató el caballo y la invitó a dar un paseo.

—Isabel, ¿qué te ocurre? Isabel —insistió casi gritando su nombre.

Ella pareció retornar de un lugar lejano. Miró alrededor, extrañada, como si de repente se hubiera dado cuenta de que no estaba en su casa y no supiera cómo había llegado hasta allí.

—¿Te has enfadado con alguien?

Negó fuertemente con la cabeza.

—¿Alguien te ha hecho daño?

Se separó de su hermano y comenzó a andar. Diego la alcanzó por detrás.

—¿Quién ha sido?

—Nadie, Diego —dijo con voz vacilante—. A veces suceden cosas.

Diego empezaba a estar intranquilo. No tenía ni idea de qué le podía estar

afectando tanto. Continuaron caminando. El joven le insistió para que le contara sus penas, pero al no recibir respuesta, se calló. Se limitó a tomar su mano herida con cuidado entre la suya, grande y fuerte, y la acompañó en silencio.

–¿Habéis estado alguna vez en un monasterio? –le preguntó al cabo de un rato ella.

–Una vez nos alojamos en uno durante un par de días.

–¿Cómo era?

–¿Por qué queréis saberlo? ¿Acaso estáis pensando en encerraros en uno? –dijo con una sonrisa abierta y franca que se borró al comprender que eso era justo lo que su hermana estaba pensando.

–¿Cuál es la razón por la que queréis hacerlo?

–¿Acaso es eso importante? –le espetó contrariada—. Lo he decidido y punto.

Su hermano la miró y se detuvo. No era Isabel una joven de respuestas airadas como la que acababa de darle.

–¿Os obliga nuestro padre a hacerlo? –Isabel tomó aire. En cierto modo, esa era la clase de vida a la que su padre la estaba encaminando—. Te lo pregunto porque si es algo que tú misma estás planeando, no se te ve muy dichosa, ni convencida.

Ella se encogió de hombros, sin saber qué decir.

–¿Y qué hay de Pedro? –se atrevió a preguntar.

Isabel apretó los dientes antes de encarar a su hermano.

–Vos queríais a Dulce lo suficiente como para desafiar a nuestro padre. Tenéis suerte de ser un hombre y de manejar una espada –se le escapó una sonrisa irónica—. Si Pedro intenta hacer lo mismo... lo matará, Diego. Pido a Dios todos los días para que Pedro tenga la suficiente cordura como para no retar a nuestro padre.

–¿De qué estás hablando?

–Nuestro padre se opone a que Pedro y yo nos casemos. He barajado todas las opciones, lo he hecho desde que estuvimos en Subiza. Y creo que la única posible es esta, Diego. Se la plantearé hoy mismo a nuestro *aita*. Le propondré que me deje realizar una peregrinación hasta la tumba del apóstol Santiago y después ingresaré en un monasterio. No quiero que los dos hombres a los que más quiero acaben matándose.

–No entiendo por qué se opone nuestro padre a vuestra unión. Álvaro y



él...

–Ya no se hablan. Álvaro lo echó de su casa el día que estuvimos en Subiza. No se lo ha dicho a nadie, pero ocurrió así.

–¿Y tú sabes por qué lo despachó de Subiza?

–Don Álvaro descubrió el motivo por el cual se opone a los esponsales.

–¿Y es? –Diego estaba intrigadísimo. Sobre todo porque su padre no le había comentado nada al respecto.

–Don Yenegro Martínez de Subiza. Dice que nunca dejará que nuestra sangre se junte con la del abuelo de Pedro.

Diego reflexionó unos instantes antes de hablar.

–Las tormentas pasan, Isabel. Te aconsejo que esperes a que escampe antes de tomar decisiones precipitadas.

–Ya os he dicho que he sopesado todas las posibilidades.

–Estoy seguro de ello, pero eso no significa que debas tomar una decisión hoy mismo –al decirlo estudió el rostro de su hermana. Estaba claro que quería hacer las cosas bien y no quería deshonorar a su padre ni a su familia. Eso era digno de alabanza. Le sonrió, tratando de transmitirle cariño y fuerza.

Miguel se dio cuenta enseguida del espacio vacío en la mesa. Buscó el contacto visual con su esposa y la interrogó con la mirada. Laraine se excusó y se fue a buscar a Isabel. Miguel clavó su vista en la puerta con esa certeza de guerrero viejo que le decía que su hija no iba a traspasar el umbral. Aun así, se dio tiempo. Un largo rato después apareció Laraine. Un rápido movimiento negativo de la cabeza de su esposa interrumpió el tamborileo de su mano sobre la mesa. Se levantó despacio, dio orden de que todos empezaran a comer y se fue. Iñigo salió detrás. Conocía demasiado bien esa vibración en la mirada de su sobrino. En medio del patio, Miguel y Laraine hablaban con gesto serio. El infanzón se dirigió después a los establos, buscó un paje y le preguntó si faltaba algún caballo. El muchacho confirmó que solo faltaba el de Diego. Miguel sabía que su hijo tenía que ocuparse de unos asuntos. Miguel frunció el ceño, mientras por su cabeza cruzaban preguntas de dudosa respuesta. ¿Se habría escapado Isabel? ¿Le habría pedido a su hermano que la llevara a Subiza? Después de todo, Diego no tenía por qué saber qué había pasado entre los Subiza y él. Apretó fuertemente los labios hasta hacerlos desaparecer y tomó aire con fuerza.

–¿Qué ocurre? –la voz de Iñigo le hizo girar la cabeza.

–Isabel no está en casa. Estoy preocupado por ella. Voy a salir a buscarla.

–Os acompañaré.

–No será necesario, tío.

–¿Estáis seguro? –le preguntó mientras Miguel ya montaba en su hermoso caballo árabe.

–Señor Miguel, un paje de Subiza pregunta por vos. Dice que es urgente – el sirviente de los Almoravid interrumpió la conversación. Los dos hombres intercambiaron miradas. Miguel descabalgó y salió a paso ligero, con su cuerpo ligeramente inclinado hacia delante y los puños apretados. El pomo de su espada brilló en el mediodía. Se le acercó un paje, con la insignia de los Subiza. La indignación se iba marcando en el rostro del de Grez.

–Me envía la señora María, don Miguel –le dijo el paje–. Dice que es urgente, que debéis ir a Subiza enseguida –un rayo de ira cruzó la pupila del infanzón–. Se trata de vuestro padre. Ayer se puso enfermo y la señora mucho se teme que... que esté llegando su final.

La rabia se evaporó de golpe. La noticia, esperando como esperaba otra, le llenó de dolor. Dudó entre partir inmediatamente o salir a buscar a Isabel. Miró primero a su esposa y luego a Iñigo. Bien podía dejar el asunto de su hija en manos de su tío y de su mujer.

–Partiré ahora –dijo. El abatimiento empezaba a ocupar el lugar de la furia.

–Me ocuparé de buscar a Isabel. Os enviaré noticias en cuanto la encuentre –aseguró Iñigo.

Miguel asintió, dándole las gracias a su tío y montó en el caballo que el palafrenero ponía ya junto a él. En ese instante se abrió la puerta y entraron Diego e Isabel. Cabalgaban en animosa charla. Las mejillas de la joven estaban ligeramente sonrosadas. La salida con su hermano había surtido un efecto positivo en ella, como si se hubiera quitado una carga de encima. En realidad, nada había cambiado, pero ella sentía que Diego la entendía y protegía. Interrumpieron la charla al darse de golpe con el grupo que aguardaba en el patio.

–¿Ocurre algo, *aita*? –preguntó Diego.

Iñigo ayudó a Isabel a descender de la montura de su hermano y la joven se retiró discretamente al lado de su madre.

–Se trata del abuelo Juan. Me acaban de comunicar que se ha puesto enfermo.

–¿Es grave?

–Al parecer... sí –dijo Miguel mirando a su hija. Isabel sintió el peso de la mirada profunda de su padre y bajó la vista.

–¿Queréis que os acompañe? –preguntó Diego.

–Prefiero que os quedéis aquí. Me llevaré a un escudero y lo enviaré a informar en cuanto vea a mi padre. Isabel –la aludida dio un respingo–. Quiero que vengas conmigo.

–¿Yo? –titubeó ella.

El paje partió inmediatamente a los establos y ensilló un palafrén dócil para la joven.

–Partiremos en cuanto esté listo vuestro caballo.

La joven miró a su madre. Su rictus serio no dejaba traslucir sus pensamientos. Vio a Diego que le sonreía y ella, contagiada, sonrió levemente.

Hablaron poco durante el camino. Isabel iba cargada de dudas y Miguel también tenía las suyas propias. La joven tenía ganas de preguntarle a su padre por el motivo que le había llevado a pedirle que le acompañara. Miguel esperaba que Isabel no le hiciera esa pregunta porque, en realidad, no sabía qué le había llevado a pedírselo. Al acercarse a Subiza, los recuerdos se agolparon en su cabeza y, entonces, aproximó su caballo al de su hija y comenzó a contarle anécdotas olvidadas de su infancia que, por un motivo extraño, en ese instante acudieron a su memoria.

Llegaron a media tarde. Un sirviente les condujo hasta la casa, donde una nerviosa María los saludó con afecto y los acompañó hasta la habitación en la que se encontraba Juan. Bartolomé estaba allí y también Teresa –a la que Miguel hacía años que no veía–. Se saludaron con cariño. Teresa no pudo evitar las lágrimas al ver a su hermano mayor y a aquella joven que debía de ser una de sus hijas y a la que prácticamente no conocía. El paso del tiempo la había alejado de Miguel y de Bartolomé, pero, sobre todo, de su hermano mayor. Se dejó abrazar por él sin poder interrumpir el llanto, llevada por la emoción. Te veo bien, dijo él. Y Teresa se lo agradeció con un beso en la mejilla. La mujer se sentó en la cabecera de la cama. Bartolomé y Miguel permanecieron de pie. El infanzón vio en el rostro de su padre los estragos del tiempo y de la enfermedad. Su cara estaba surcada de arrugas, sus labios agrietados se movían en un continuo temblor, tal vez de enfermedad, tal vez de plegaria. Miguel había visto demasiadas veces la muerte de cerca como para

saber cuándo esta ha tomado una presa y no la va a soltar.

–¡*Aita!* –lo llamó mientras se arrodillaba a su lado. Su mano huesuda se encajó dentro de la suya. Lo miró y lo que vio en aquel cuerpo vencido fue la fragilidad de la vida en su estado más puro. Aunque el aviso había llegado con tiempo, no iba a ser posible despedirse. La mano fina y delicada de su hija se apoyó en su hombro. Miguel notó el calor traspasar su túnica y llegar hasta su carne. Isabel se arrodilló a su lado, cerró los ojos y se puso a rezar en silencio. Miguel la miró conmovido.

Leves bisbiseos rompían el silencio del que poco a poco se iba adueñando la muerte. Juan deliraba. Sería difícil que recobrará el conocimiento, imposible despedirse, decirle lo que su corazón anhelaba explicar. O tal vez, después de tanto tiempo, no hacían falta aclaraciones. El infanzón reconoció que no había sido un hijo dócil y humilde. Había tratado por todos los medios de encontrar su camino, de huir de Subiza. No, se dijo, de huir de Yenegro Martínez de Subiza, y lo había logrado. Fortún Almoravid no solo le había dado esa oportunidad, sino que le había prohijado y siempre le había considerado uno más de sus hijos. Prácticamente había recibido el mismo trato que García y que Guillaumes, sus auténticos vástagos. En ese instante, se preguntó qué habría significado para su padre ese hecho. Miguel, su primogénito, había renunciado a su familia para formar parte de otra socialmente mejor. Juan nunca se lo había reprochado. Y él, tal vez lo hubiera ofendido con su desarraigo. «Si es así, te ruego que me perdones», pidió en silencio.

María entró poco después y le preguntó a Miguel si podía ofrecerles algo. El infanzón dijo que él permanecería con su padre, pero que agradecería que a Isabel le dieran de comer, pues habían partido de Pamplona sin hacerlo. La dama se ofreció a acompañar a la joven. Isabel se levantó sin quitar la vista de su padre. ¿Le estaba ofreciendo la oportunidad de ver a Pedro? ¿O quizá supiera que Pedro no estaba en la casa y por eso se arriesgaba? Isabel se agarró del brazo de María. Tenía esta una sonrisa franca y fresca que acentuaba las arrugas de las comisuras de sus labios, pero también la afabilidad de su carácter y el brillo de sus ojos. Se sintió bien de inmediato y bajó con ella al comedor. Para su sorpresa, Martín, Pedro y Bernard –los tres hijos de Álvaro y de María–, se encontraban allí. Se levantó el mediano sobresaltado, como si acabara de ver una aparición: ¡Isabel!

–Miguel e Isabel han venido a ver a Juan –les dijo–. Han partido de Pamplona sin tiempo de comer, así que voy a pedir a la cocinera que prepare

algo para nuestra invitada. Espero que os comportéis como unos caballeros y entretengáis a Isabel mientras tanto. Pedro, ¿haríais los honores?

El aludido se adelantó y ofreció su brazo a la joven. Una sonrisa acompañó su gesto.

–No te esperaba –le dijo en bajo, para que sus hermanos no le escucharan, pero ellos tenían puestos los ojos y los oídos en la escena–. ¿Cómo es que te ha traído tu padre?

–No lo sé, Pedro. He salido a dar un paseo con Diego y, a nuestro regreso, nos hemos encontrado con el aviso de vuestro paje y mi padre a punto de partir. Entonces, de repente, me ha llamado y me ha pedido que lo acompañara.

Isabel se sentó, flanqueada por Martín y Bernard. Pedro lo hizo en frente. No quería que Miguel le pillara cerca de ella antes de saber hasta qué punto su situación había cambiado. La joven se sintió observada a tres bandas y le invadió la incomodidad. Sin embargo, Pedro rompió el hielo contándole cómo su abuelo Juan había caído enfermo el día anterior. Bartolomé lo había encontrado hablando solo y diciendo incongruencias y sandeces. Al parecer, tenía fiebre y ya no había recuperado la plena consciencia desde entonces. Isabel había tratado poco a su abuelo, pero recordaba la sonrisa que siempre le dedicaba cuando la veía, esa sonrisa que nunca evitó mostrar una boca desdentada.

María apareció en la sala acompañada por una sirvienta, y los encontró a los cuatro charlando animadamente. Sonrió satisfecha, aunque estaba preocupada por Álvaro y Miguel. Sabía lo que había pasado entre ellos. De hecho, su esposo se había ausentado de la propiedad de los Subiza en cuanto le dijo que había enviado a alguien a avisar a Miguel. Sin embargo, que el de Grez se hubiera hecho acompañar por Isabel, tal vez podía ser una señal positiva. Ofrecieron a la joven un pequeño aperitivo y, mientras comían, le pidieron que les contara cómo había sido su viaje a Sicilia. Isabel les narró el trayecto en barco, la llegada a la casa, cómo conocieron a Nabila, el accidente en su excursión marítima... Sin embargo, nada dijo de su melancolía y de su tristeza. Los cuatro la escucharon con atención e hicieron comentarios, provocando algunas carcajadas. Isabel les estaba contando cómo había sido su viaje de regreso, cuando la puerta se abrió. La joven se levantó al ver a su progenitor.

–Solo quiero comunicaros que mi padre ha fallecido –dijo compungido.

Isabel corrió hacia él y le abrazó.

–Lo siento, *aita*.

–Lo sé, hija y te agradezco que compartas conmigo estos tristes momentos.

María fue la primera en acercarse al infanzón y darle el pésame. Le siguieron Martín y Bernard. Pedro, bastante cohibido, se quedó el último. Se acercó con temor. No sabía cómo podía reaccionar Miguel y eso lo ponía nervioso.

–Lamento de veras esta pérdida –le dijo por fin.

Asintió el infanzón y, ante la sorpresa del joven, Miguel lo abrazó.

Isabel se quedó quieta, casi petrificada. Notaba su corazón tratando de salirse de su pecho.

–¿Os apetecería comer algo ahora? –le preguntó María.

–No os molestéis en pedir nada para mí. Un poco de vino y algo que tengáis a mano bastará. ¿Y vuestro esposo?

María torció el gesto antes de contestar.

–Ha dicho que tenía que atender unos asuntos y que no lo esperáramos a cenar ni a dormir.

–Comprendo –dijo Miguel–. Voy a pedir a mi escudero que avise a mi familia. Y no os preocupéis por nada. Yo me encargo de todo.

–Como gustéis, pero sabed que si necesitáis cualquier cosa, no tenéis más que pedirlo.

–Gracias, María –le dijo Miguel, rozando levemente su brazo–. Si me disculpáis, voy a organizarlo todo, pero no me olvido de ese vaso de vino.

Buscó a su escudero y le dio las instrucciones necesarias. Lo vio partir mientras él tomaba asiento en la puerta. Casi toda su infancia estaba condensada dentro de los límites de aquella propiedad. Y ahora que Juan había muerto, su infancia se empeñaba en regresar a su mente, mostrándole pequeños detalles que había olvidado. Se levantó y se pasó la mano por el cuello. Miró al cielo del atardecer con cierta morriña. Dejó que sus pies machacaran la tierra batida de aquel recinto y salió fuera. Se fue hacia el río. Buscaba retazos de su infancia, recuerdos perdidos entre la maleza y las piedras de la localidad. Pero, sobre todo, lo buscaba a él; al amigo con el que había compartido los mejores y los peores momentos de su vida. Tal vez Laraine tuviera razón y el discurrir de sus existencias estuviera atado por un lazo invisible que los obligaba a caminar juntos y a ayudarse mutuamente. Sin el otro, seguramente ninguno de los dos hubiera sobrevivido.

–No os acerquéis –la inconfundible voz de Álvaro se impuso al murmullo del agua–, o tendré que usar mi espada.

Miguel forzó una sonrisa.

–Hablo en serio –dijo levantándose y desenfundando.

Miguel continuó andando hasta que su esternón chocó contra la punta del arma.

–Hacedlo –le invitó el infanzón–. Tal vez... me lo merezca.

Álvaro mantuvo el brazo estirado y el arma elevada, sin mover un solo músculo de su rostro.

–¿Cómo me habéis encontrado?

–Por casualidad –sintió un leve empujón en las costillas al contestar–. Pensé que tal vez os encontraría aquí. Solíamos venir a jugar con María, ¿lo recordáis?

A Miguel le pareció que Álvaro aflojaba un poco la tensión de su brazo. El de Subiza bajó por fin la espada y la devolvió a su funda.

–Marchaos, Miguel –le espetó. Su voz salió ácida–. No quiero que nuestra amistad resquebrajada acabe manchada de sangre.

–Lo haré, si eso es lo que queréis. Pero antes, con el permiso del señor de Subiza, enterraré a mi padre en el lugar donde descansa Guiomar, mi madre.

Álvaro se giró hacia él. Sus ojos grises refulgieron un instante bajo el sol del atardecer.

–Juan, ¿ha muerto?

Miguel asintió despacio, como si en ese instante recayera todo el peso de la verdad sobre él. Los dos se miraron en silencio durante unos instantes.

–Lo siento de veras. Pero eso no cambia mi parecer.

Miguel repitió su gesto aseverativo un par de veces.

–Álvaro, me gustaría hablar con vos de amigo a amigo.

–Siempre habéis sido muy osado, pero esto ya es el colmo del atrevimiento. Vos habéis pisoteado nuestra amistad –Álvaro gritó exaltado.

–Intento aclarar algunas cosas y pedir perdón por la impresión que os dejé la última vez que nos vimos.

El de Subiza desenvainó de nuevo su espada. Esta vez parecía dispuesto a usarla. Estaba furioso con Miguel, furioso con su propio padre, cuya presencia parecía prolongarse más allá del tiempo y del espacio.

–Si no os vais a ir, al menos dadme la satisfacción de enfrentaros a mí.

No iba en broma y Miguel lo sabía. Nunca jamás había visto a Álvaro revolverse así contra él. Nunca lo hubiera imaginado. En cualquier otra circunstancia, Miguel era mejor espadachín que Álvaro, pero el de Grez estaba tocado anímicamente, llevaba sin probar bocado desde la mañana y, lo que era más importante, no estaba dispuesto a levantar su espada contra Álvaro.

–¡Vamos! –le espetó entre dientes–, desenvainad de una vez por todas a *Fidelis*.

Miguel esquivó la estocada con la que su hermano de leche pretendía hacerle entrar en lid.

–Estáis demasiado furioso y yo demasiado desanimado.

–Parece que, por una vez, el destino se pone a mi favor.

–¿A vuestro favor?

–Sí, a mi favor. No pienso tener piedad. Esta vez no, Miguel. Habéis ido demasiado lejos.

–Dejadme enmendar...

Miguel no pudo terminar la frase. Álvaro descargó un fuerte golpe contra él. Lo esquivó, pero el movimiento le hizo trastabillar y se cayó de nalgas. Se arrastró por el suelo. Álvaro corrió tras él. Elevó su espada dispuesto a hacer diana en la cabeza de Miguel. En el último instante, cuando el arma del señor de Subiza descendía buscando su premio, el infanzón desenfundó y atajó el golpe poniendo su espada de través.

–Solo quiero deciros –empezó Miguel apretando la mandíbula, haciendo fuerza para que el empuje de su contrincante no terminara por conseguir su objetivo–, que he traído a Isabel conmigo.

La espada de Álvaro se despegó un poco de su nariz.

–Pongo a mi hija bajo vuestra protección. Permitiré que sea de vuestro hijo Pedro. Ese es mi deseo. Quiero que nuestra amistad quede sellada para siempre en un pacto de sangre eterno.

Álvaro frenó su empuje poco a poco hasta que el tercio fuerte de su espada se despegó del filo de la de Miguel.

–¡Maldito seáis! –le dijo. Y le propinó un fuerte golpe con su puño en el rostro–. ¡Maldito seáis, Miguel! –repitió. Pero esta vez le tendió su mano para ayudarlo a levantarse del suelo–. He estado a punto de mataros.

–No seáis tan arrogante.

Cruzaron miradas. Miguel fue el primero en romper a reír. Álvaro se



contagió enseguida y le cogió del hombro.

–Os invito a una copa de vino. Hace frío y es un día... Lo cierto es que no sabría cómo calificarlo.

–Yo diría que es un día típico de nuestras vidas. La tristeza y la alegría van de la mano.

Caminaron hacia la casa de los Subiza, despacio. Los últimos rayos de sol pegaron en sus espaldas. Miguel sentía que se iba un día importante en su vida, uno de esos días marcados para siempre en su alma. Hacía mucho tiempo, el día que se murió su madre, se comprometió con Laraine. Y era justo el día en que moría su padre, la fecha que el destino había marcado también como aquella en que entregara a su hija a los Subiza.

–¿Qué os ha hecho cambiar de opinión?

–Puede que vuestras palabras o, tal vez, las de mi esposa. O, simplemente, que tenía que ser así.

Entregaron el cuerpo de Juan a la tierra al día siguiente. Todos los Almoravid y todos los Subiza estaban allí. Y todos los Juárez. Miguel eligió para su padre un sitio al lado de la tumba de su madre. Cerca estaba también la de Blasquita, la segunda esposa de don Yenegro Martínez de Subiza. Aquella mujer que murió poco después de que su esposo fuera ahorcado y que nunca llegó a recobrar su lucidez. Murió como habían sido los últimos años de su vida: atrapada en un rictus de enajenación eterna. El viento soplaba fuerte y pequeñas gotas de fina lluvia, como cristallitos helados, caían sobre todos ellos. El suelo húmedo recibió la mortaja de un leal sirviente. No había sido la suya una vida fácil, entregado a un amo vil y cruel. Pero Juan había sabido lidiar con él y le había sobrevivido. Privado de su vista, había pasado los últimos años prácticamente encerrado en sí mismo, pero siempre sonriente. Empezó a llover con fuerza justo cuando la última palada cubría por completo la existencia de su padre. Se fueron marchando todos, hasta que al lado de la tierra removida tan solo quedaron tres siluetas. Miguel, en medio, cogió de los hombros a Teresa y a Bartolomé y los atrajo hacia sí. Tres hermanos tan diferentes como la noche y el día, como el agua y la sequía, pero tres hermanos vaciados por el mismo dolor. El agua escurría por sus rostros, por sus labios, por sus narices, mas ninguno de ellos se movió en mucho tiempo.

Por primera vez en su vida, Miguel seguía el entrenamiento Almoravid

sentado. Su sobrino y su hijo se aplicaban en repartir órdenes y en imponer la disciplina. Contempló casi divertido, desde fuera, la escena que él tantas veces había protagonizado. No estaba cansado –de hecho se sentía mejor que nunca y su pierna no le dolía–. Ante un lance, soltó una carcajada. Miguel *txikia* se mosqueó con su tío y le sorprendió con una mirada de tal vez vos sepáis hacerlo mejor. Miguel le contestó con otra que le decía claramente que sí, se levantó y tomó su espada.

–El yelmo –le ordenó a su sobrino.

Se lo caló, molesto, y asió su espada con ambas manos. Antes de lanzar un mandoble subió y bajó los hombros varias veces en un gesto que Miguel había visto hacer muchas veces a García. Eso le hizo sonreír.

–De arriba abajo –le dijo Miguel. Pero su sobrino prefirió entrar cruzado.

–Muy listo –le reprendió el infanzón parando su golpe y respondiendo con otro a su apertura.

–Señor –un paje interrumpió su siguiente lance.

Miguel pidió tiempo algo molesto. No le gustaba que interrumpieran los entrenamientos y todos en la casa lo sabían. El paje le señaló a un correo recién llegado.

–Viene de la casa de don Lope. Dice que es urgente.

Miguel se preparó para recibir un llamamiento a las armas –había pensado que en la siguiente ocasión se llevaría a Miguel *txikia* y a Diego con él–, pero se encontró con una noticia sorpresiva.

–Mi señor, don Lope, ha fallecido.

Miguel le hizo repetir la noticia, incrédulo. El recién llegado le explicó que su señor venía padeciendo las secuelas de una herida reciente, al parecer mal cicatrizada. Miguel pensó que debía de haber sucedido mientras él estaba en Sicilia. Lope había sido un buen caballero, ambicioso, sí, pero ¿acaso no lo era él mismo? Pero también un compañero de armas noble y leal, un *buruzagi* de honor. Miguel decidió enviar correos a todos los junteros y preparó su viaje al valle de Arci.<sup>23</sup> Dispuso para ello que lo acompañaran Iñigo, Diego y Miguel *txikia*. Era una pena que García hubiera partido nada más celebrarse el funeral de su padre. Estaba seguro que le habría gustado acompañarlos. Leyre no estaba demasiado lejos de allí y podía haber aprovechado para visitar el monasterio. El carácter de su hermano se había agriado, pero al menos, parecía decidido a hacer cosas. En el fondo se alegraba de que hubiera aceptado viajar hacia Burdeos y salir de su enclaustramiento.

Partieron de inmediato en dirección noreste. Cabalgaron sin descanso para llegar a tiempo y rendir un último homenaje a su buruzagi. Desafiando al viento frío de finales de año, a los días cortos y gélidos del invierno recién estrenado llegaron, por fin, a su destino. Y allí estaban todos, delante de la fachada de la iglesia de Santa María: Gonzalo Fernández y su hermano Sancho, Iñigo Almoravid, Hernando de Arce, Arnaute Aldasoro, Miguel de Medina, Martín Azcona, Martín Garcéiz de Eusa, García Martínez de Lerín, Álvaro Yenéguez y Miguel de Grez.

–Ha caído uno de los nuestros –dijo Miguel–. Nuestro *buruzagi*. Este es nuestro último homenaje a un hombre que se mantuvo fiel a sus creencias, a su rey y a Dios. *Pro libertate patria, gens libera state*<sup>24</sup>!

–*Pro libertate patria, gens libera state!* –corearon todos los allí reunidos.

El viento soplaba con fuerza en la cima. Era aquel un sitio extraño y bello al mismo tiempo; un lugar donde se percibía el batir del tiempo, el temperamento fuerte del clima y, a la vez, la dulzura de sus vistas. Decidieron regresar todos a Obanos y reunirse allí para elegir al hombre que reemplazaría a Lope.

Hicieron una retirada rápida. Eran hombres acostumbrados a las incomodidades, a las largas marchas, al clima adverso, y a moverse juntos. Durante la travesía discutieron no solo la necesidad de elegir un nuevo *buruzagi*, sino también la de cubrir la baja que dejaba Lope. Se decidió que fuera Sancho Ferrán de Oiz el hombre al que propusieran como nuevo miembro de la hermandad.

Llegaron a Obanos empapados, hambrientos y cansados, pero no pospusieron su deber. Se sentaron a la mesa alargada, cada uno ocupando su sitio. En medio, una cruz de doble travesaño y los evangelios. Se hizo el silencio poco a poco y todas las miradas confluyeron de pronto en Miguel. Se levantó el infanzón y tomó la palabra.

–Ha muerto uno de los nuestros. Os invito aquí, en nuestra casa, a rendir un último homenaje a la memoria de Lope Arceiz de Arce, elevando una plegaria a Dios por el eterno descanso de su alma –en este punto, Miguel inició el rezo del *Pater Noster*.

Concluido el rezo, se sentó. Las miradas seguían puestas en él.

–Es nuestro deber continuar las tareas y obligaciones de nuestra hermandad. Y aunque la desaparición de Lope nos llene de pesar, venimos aquí decididos a renovar nuestras promesas y a continuar la labor que con

tanto tesón hemos iniciado. En primer lugar votaremos la adhesión a nuestra Junta de Sancho Ferrán de Oiz. Si estáis de acuerdo, colocad vuestra mano izquierda sobre la mesa.

Siguiendo sus indicaciones, uno a uno aceptaron con ese gesto la propuesta. Asintió Miguel, satisfecho.

–Es el momento de elegir quien será nuestro *buruzagi*, la persona que guiará los designios de esta Junta en su siguiente etapa. Yo propongo...

–Don Miguel de Grez –don Fernando González le quitó la palabra y colocó su mano izquierda sobre la mesa. El infanzón lo miró confundido.

–Don Miguel de Grez –confirmó don Martín Garceiz de Eusa enseñando su mano izquierda.

Y así siguieron todos y todos ratificaron la elección de Miguel. El de Grez movió su mano izquierda, que se había quedado suspendida en el aire, y la colocó despacio sobre la mesa.

–Con humildad y respeto hacia esta Junta y todo lo que ella representa, acepto.

Miguel trató de recordar cuantas veces en su vida había hecho ese mismo trayecto. Esta vez, sin embargo, no acudía a Tudela llamado por el rey. Él mismo había pedido la audiencia. Ascendió hasta la puerta Ferreña y la traspasó con confianza. Sancho no le atendió enseguida, pero no le importó esperar.

–Podéis pasar –le anunció un sirviente, llegada la hora de completas.

Miguel entró en la sala y se postró a modo de saludo. El rey estaba sentado delante de su escritorio.

–Acercaos y acomodaos. ¿Qué asunto os trae a Tudela?

–Tiene que ver con la Junta de Infanzones. Don Lope Arcéz de Arce ha fallecido. Lo enterramos hace unos días en sus tierras. Aquí –dijo, poniendo en las manos del rey un documento lacrado con el sello de los Infanzones– hallareis todo lo relativo a su muerte y los nuevos cambios originados en la hermandad.

Don Sancho tomó el documento que Miguel le entregaba y se dispuso a leerlo.

–Supongo que tarde o temprano tenía que ocurrir –el tono del rey era serio, pero no así el gesto de su rostro.

Miguel sostuvo la mirada de su interlocutor. A don Sancho no se le escapó

la satisfacción que su gesto transmitía.

–¡*Buruzagi*, vos!

–Os juro que fue una elección limpia, ajustada a nuestras normas y al fuero. A nadie coaccioné.

–No lo dudo –admitió divertido.

–Confiamos en que la elección sea ratificada por vuestra mano.

El rey hundió su vista en el documento y se tomó su tiempo. Miguel aguardó pacientemente. No era el momento de tener prisas. Por fin, la mano de Sancho se movió y su mirada se volvió a posar en la de su vasallo.

–No quiero tener que atender ninguna queja referente a la Junta.

–Y no lo haréis, vuestra majestad.

–Pasaré el documento a la cancillería. Ellos redactarán la sanción y os la harán llegar. Espero que os conduzcaís con templanza –insistió–. No deseo volver a veros en las corseras.

–No lo haréis, señor. Con vuestra venia.

–Id en paz y mantenedme informado de vuestras andanzas.

El rey siguió con la mirada al hombre que acababa de levantarse. El mismo que un día llegó a su lado con el anillo de un muerto.

---

23 En las crónicas medievales aparece el valle de Arce nombrado como Arci.

24 Lema de los Infanzones de Obanos: Pueblo libre, permanece en pie por la libertad de la patria.

## EL RAPTO

Junio del año de 1220

El procedimiento seguido para ejecutar la justicia era el apercibimiento al malhechor para que enmendara el daño, pudiendo solicitar fiador en la cuantía fijada por el alcalde de mercado o la Junta. La petición se hacía al cabo y en segunda y tercera instancia a los otros dos mayores. Si el delincuente se negaba a reparar el daño, los junteros «açaban apellido» y saqueaban las propiedades muebles e inmuebles del perseguido. Por cada mayoral que le había ofrecido fiador, siendo este rechazado, el malhechor debía pagar 30 sueldos que percibían los sobrejunteros a modo de gastos de representación.

*La Junta de Infanzones de Obanos hasta 1281. M<sup>a</sup>  
Raquel García Arancón*

HACÍA MUCHO QUE NO PASEABA por la orilla del Runa. Todo estaba igual que en su niñez. Tal vez, hubiera más maleza. A lo lejos se escuchaban las risas de los chiquillos chapoteando en el río. Miguel cogió de la mano a su nieto y contempló junto a él las aguas transparentes entre las que se movía algún barbo. Juan estiró el cuello. Su cara se iluminó mientras señalaba los peces. El pequeño se soltó y se metió en el río; vacilante, al principio; seguro, después. Las aguas le cubrieron hasta la cintura. Los peces esquivaron su cuerpo y se alejaron. Él se quedó muy quieto.

Desde el borde, Miguel observó su maniobra sin perder detalle. Hacía calor. Llevaba puestas las calzas negras y una camisa blanca impoluta. Al cinto, su espada *Fidelis*. Se agachó y se inclinó sobre la corriente del río. La cruz patriarcal que llevaba al cuello, símbolo de la Junta de Infanzones, se escapó de entre las cuerdas de su camisa y se columpió de su cuello. Puso sus

manos en forma de cuenco y cogió agua.

–¡Abuelo! –protestó el pequeño–. Asustáis a los peces.

Miguel se echó el líquido sobre la cabeza y el rostro, y retrocedió. Se apoyó en un árbol y dejó que el tiempo transcurriera. El de Grez estaba relajado. En su vida había pocos momentos de tranquilidad. Cuando estos se presentaban, había que disfrutarlos. En un movimiento rápido, el pequeño metió las manos en el agua. Las sacó con un pez entre ellas. Era grande en comparación con él. El animal se sacudió. El niño lo atenazó sin miedo. Con mucho cuidado, se giró. El fondo estaba resbaladizo y el pez luchaba por su vida. Dio un paso. Titubeó. Y el pez se escapó.

–¡Lo tenía! –gritó–. Casi lo consigo, abuelo.

–La próxima vez tendrás más suerte.

–Voy a probar de nuevo.

Juan se levantó y se volvió hacia la corriente del río. Cogió postura y se quedó quieto. Miguel giró su cabeza hacia la derecha. Alguien se aproximaba. No le gustó lo que vio, pero no hizo ningún gesto que demostrara su contrariedad.

–Así que es aquí donde escondéis a mi nieto –Alvar Martínez se asomó tras apartar la última de las ramas.

El de Grez dio unos pasos, solo para interponerse en la línea de avance del recién llegado.

–No escondo a Juan y os recuerdo que hace tiempo que perdisteis cualquier derecho a verlo.

–Sabéis que ese chiquillo es, con seguridad, mi nieto, hijo de mi hija. Pero vos, ¿acaso podéis tener la certeza de que lleve vuestra sangre?

–Vuestros insultos ya no pueden hacer daño a nuestra familia.

–Exijo ver a mi nieto.

–Lo estáis viendo. Disfrutad de ello porque será lo único que logréis.

–He venido a llevármelo.

–Pues habéis perdido el tiempo –dijo Miguel muy serio, acercando su mano derecha a la empuñadura de su espada.

–Os creéis muy valiente porque tenéis detrás a todos esos locos que os siguen. Pero sin ellos no sois nadie. Y, ahora, no parece que estén a vuestro lado.

–Yo no estaría tan seguro.

–¡Juan!, ven aquí, chiquillo –pronunció Alvar.



El pequeño dio la vuelta y observó al extraño que hablaba con su abuelo. Sin decir palabra se acercó a Miguel. Este extrajo a *Fidelis* de su funda. Alvar se rio con estrépito.

–Soy tu abuelo y mi nombre es Alvar. Recuérdalo bien porque un día vendré a buscarte.

El recién llegado se giró y se marchó. El pequeño miró al infanzón, que se aprestó a envainar su espada.

–¿Quién es, abuelo? ¿Alguien que quiere vuestra ayuda?

–Más bien alguien que busca crear problemas.

–¿De verdad es mi abuelo?

Miguel se agachó hasta quedar a su altura. Lo tomó de los brazos y se dirigió a él.

–Es el padre de tu madre, igual que yo lo soy de Diego. Pero él se alejó de Dulce hace mucho tiempo –Miguel dudó. Quería prevenir a Juan, pero sin asustarlo–. Y ahora no sé qué intenciones puede tener, después de tantos años. En cualquier caso, ya se ha marchado. Vamos, ¿quieres seguir pescando?

–¿Qué tal un paseo?

–De acuerdo –aceptó Miguel poniéndose de pie.

Juan lo agarró de la mano izquierda y caminaron despacio entre los árboles, sin separarse del curso del río. Se alejaron de la ciudad y se aproximaron a Villava. Allí se sentaron a descansar y Miguel le ofreció un poco de pan y queso. El de Grez miró hacia el cielo, buscando la posición del sol.

–¿Tenemos que volver ya?

–Creo que sí.

–Un poquito más, abuelo.

Caminaron de regreso sin demasiada prisa. Miguel subió a Juan a hombros durante parte del trayecto. El día estaba luminoso y la temperatura, agradable. Ascendían hacia la puerta del Abrevador cuando se toparon con Diego, que bajaba a su encuentro.

–Habéis dicho que os buscáramos si había cualquier incidencia –se excusó el joven.

–¿Algo urgente?

–Lo parece, aunque el recién llegado no ha sido muy explícito.

–¿No ha comentado de qué se trata?

–Solo ha dicho que se llama Jimeno Sánchez de Iriberry y que esperaría lo que hiciera falta hasta hablar con vos. ¿Lo conocéis?

–Creo que no.

–*Aita* –interrumpió Juan–, ¿puedo montar con vos?

–Pensaba que ibas a ser mi compañero. ¿Ahora me abandonas? –le espetó Miguel divertido.

Juan pareció dudar y bajó la cabeza.

–Anda, ven aquí, que te aúpe –el rostro del pequeño se llenó de felicidad al escuchar a su abuelo.

Cuando estuvo montado delante de su padre, el infanzón le guiñó un ojo.

–Lo mimáis demasiado –le susurró Diego a su progenitor cerca del oído.

–No tanto como quisiera. Os veré en casa. Y, Diego, he de hablar con vos.

–De acuerdo –aseguró, poniendo su caballo al trote.

Miguel se detuvo a contemplar la estela de su progenie. Se sentía orgulloso. Antes de Juan, Diego y Dulce habían tenido una niña, que murió a la semana de nacer, y un niño que nació muerto. Juan había sido la bendición de su hogar. La presencia de Alvar junto al Runa era un nubarrón en esa tarde perfecta. Esperaba que su consuegro no diera problemas. En cualquier caso, hablaría con Diego para prevenirle. No quería sorpresas desagradables. Ya se las había visto con él una vez en las corseras. Era suficiente.

Enfiló la rúa de los Peregrinos. Una suave brisa jugueteó con su camisa. Apoyó su mano izquierda en el pomo de *Fidelis* y saboreó los últimos momentos de tranquilidad de aquel día. Para cuando se descuidó, su puño ya estaba empujando la puerta del palacio Almoravid. Se dirigió derecho al salón pequeño, donde aguardaba su visita. Ante él descubrió a un joven, de complexión fuerte. No, se dijo, definitivamente no lo conocía.

–Soy Miguel de Grez. Me han dicho que queríais verme.

El infanzón soportó, impávido, el escrutinio de aquel hombre. Mucho antes de que hablara, ya sabía que se trataba, cuando menos, de un asunto delicado. El de Grez invitó a sentarse a su huésped con un movimiento de su brazo. El escrutinio continuó un instante más.

–Mi nombre es Jimeno Sánchez de Iriberry. Estoy aquí porque necesito de los servicios de la Junta –dijo de corrido.

–Podéis hablar con libertad.

Por el movimiento de sus pupilas, Miguel pudo intuir sus dudas.

–Mi esposa ha sido raptada –el tono era bajo, casi confidencial.

El *buruzagi* se apoyó en el respaldo de su asiento. Nunca se había enfrentado a un rapto.

—¿Sabéis quién es el captor?

Jimeno se levantó y se restregó las manos. El sudor se marcaba en su frente.

—No lo sé.

—Alguna pista tendréis. ¿Estáis malavenido con alguien?

—Os repito que no lo sé —el de Iriberry elevó el tono.

—¿No me podéis dar alguna pista? Vuestra esposa... ¿cómo se llama?

—Elvira Zaviel.

—¿Cuándo desapareció?

—No desapareció. Os repito que ha sido raptada.

—De acuerdo —aceptó el cabo—. ¿Cuándo visteis por última vez a Elvira?

El recién llegado se volvió a sentar. En el silencio de la sala se escuchó un pronunciado suspiro.

—Hará cuatro días.

—¡Cuatro días!

Eso suponía muchas horas de desventaja.

—Os quiero ayudar. De hecho, os voy a ayudar, pero necesito que me contéis todo lo que recordéis de los últimos días.

Jimeno se relajó un poco y dejó de frotarse las manos. Miguel esperó paciente hasta que este comenzó a hablar. En realidad, la vida de Sánchez de Iriberry era pura rutina. Decía no tener enemigos, ni estar en litigio con caballero alguno, iglesia o monasterio. Fue Miguel el que se levantó entonces y se encaminó a la ventana. Miró un instante hacia el horizonte para calcular cuánta luz le restaba al día. Todo indicaba que tendría que partir pronto, pero las palabras del de Iriberry no le bastaban.

—Mirad, Jimeno. Hay algo en vuestra historia que no me creo —dijo volviéndose hacia la sala—. Por lo que me contáis, más parece un acto de desaparición voluntaria que un rapto.

—No os miento.

—Entonces decidme de una vez en qué lío andáis metido y con quién.

Jimeno se levantó. Parecía dudar entre marcharse o hablar.

—De acuerdo —se encaró por fin—. Es un asunto antiguo que ocurrió hace muchos años y está zanjado.

–Pero sospecháis que ha podido tener que ver.

–Veréis, es un pleito por unas tierras que disputaron nuestros abuelos.

–¿Y se trata de...?

–Ladrón de Guevara.

Miguel se rascó la barbilla. La familia Vela, pensó. Así que se trataba de eso. Los poderosos Vela estaban detrás del secuestro. Los señores de Guevara y Oñate, los antiguos condes de Álava, aquellos cuyos antepasados asesinaron al conde García de Castilla en el año 1029. Si ellos habían raptado a Elvira, el asunto no iba a resultar sencillo. Los Vela estaban emparentados con la realeza navarra, aunque no siempre hubieran sido leales a ella. Para ser ecuanímenes, ciertamente, los Almoravid tampoco lo habían sido en el pasado. Miguel iba a tener que aplicar sus habilidades de negociación y su tacto.

–Iré a hablar con Ladrón de Guevara –terció Miguel–. ¿Sabéis dónde puedo encontrarlo?

–En Los Arcos. Allí es donde ha ocurrido todo.

–¿Los Arcos? No sabía que los Vela tuvieran intereses en esa localidad.

–Y no los tienen, aunque los reivindicán.

–Hay algo que no entiendo. Si los Vela no tienen posesiones en Los Arcos, ¿adónde se han llevado a vuestra esposa?

Jimeno miró al *buruzagi*. A Miguel le pareció que su labio temblaba levemente.

–No lo sé.

–Jimeno, creo que hay algo que no me estáis contando. Necesito saber qué me voy a encontrar cuando llegue a Los Arcos.

–De acuerdo, os lo diré. Está en mi casa, en nuestra casa.

–¿Lleváis cuatro días fuera de vuestro hogar?

Miguel tenía ganas de reír pero, por respeto a Jimeno, se mantuvo serio. Le pidió que le esperara allí. Tenía que prepararlo todo para partir de inmediato. Había luz suficiente para llegar hasta Cizur; de ahí proseguirían camino al amanecer. Buscó a Laraine. En cuanto lo vio, la dama supo de su inminente marcha. Miguel se acercó y se abrazó a ella. Permaneció un rato sin moverse, aspirando el aroma que emanaba de su coronilla.

–Debo irme.

La siciliana odiaba escuchar eso, pero lo aceptaba. Cuando Miguel se marchaba a atender asuntos relacionados con la Junta de Infanzones era imposible saber cuándo regresaría. Se besaron. Ninguno de los dos quería

separarse.

–Laraine, ¿cuidaréis del pequeño Juan?

–Sabéis que lo haré.

Se besaron como hacían siempre que sabían que podía ser la última vez.

–Voy a hablar con mi hermano y mi tío.

Al apartarse, Miguel dejó en su cuerpo un halo de calor conocido. Laraine lo observó mientras salía. Sus espaldas todavía fuertes, sus ademanes poderosos, su cabeza erguida. Todavía bailaban mariposas en su estómago cuando lo miraba. Atrás quedaba aquel malentendido de las cartas codificadas. Se llevó las manos al rostro y recorrió las líneas que la vida iba marcando sobre él. Se mantuvo quieta, mirando el vano vacío de la puerta. Cuando Miguel se iba, la sensación de temor siempre estaba allí. Era *buruzagi* desde hacía ocho años. Y cada vez que se marchaba, el hueco que dejaba era mayor. Bajó las escaleras y descubrió a Jimeno, el hombre al que su marido iba a ayudar. Salió al patio y esperó. Quería verlo ir por sí... Sacudió la cabeza. Debía evitar por todos los medios los pensamientos funestos que se abalanzaban sobre ella.

Los hombres salieron poco después. García e Iñigo estaban con Miguel. A Laraine no le pasó desapercibida la mirada que su esposo dirigió a su hermano. Sabía lo duro que era para él que García hubiera sido expulsado de la Junta. Lo echaba de menos en los cometidos de la hermandad.

–¿A qué tanta prisa? –le preguntó Iñigo.

–Prefiero salir ahora. Ganaremos tiempo. Mandaré recado a García Martínez de Lerín de camino a Los Arcos. En cuanto a Martín Garceiz de Eusa, nuestro paje lo convocará mañana. Tal vez, Álvaro debería estar sobre aviso también.

–Yo puedo visitarlo a primera hora –se ofreció García.

–Os lo agradezco.

El infanzón montó. Tomó las riendas de su poderoso caballo árabe y miró a Laraine. No se dijeron nada, pero no hacía falta. La siciliana le sonrió y él hizo un gesto con su cabeza. Iba a partir ya, pero de repente recordó que no había hablado con Diego. No quería ser alarmista, y menos teniendo a Laraine tan cerca, pero no podía partir sin alertarlo.

–García –llamó a su hermano. Este se acercó–, tengo un recado para mi hijo. Decidle que esté alerta. Y que cuide de Juan.

–Lo haré. No os preocupéis.

Los dos hombres salieron del hogar Almoravid. Una vez fuera, a Miguel le pareció que había alguien en las proximidades. Se volvió y llamó, pero nadie contestó a su llamada. Tal vez se había equivocado.

–Vámonos –ordenó Miguel.

Laraine estiró su brazo sobre el espacio vacío de la cama. La luz del amanecer iluminaba el lado donde debería estar su esposo. No había dormido bien. Nunca lo hacía cuando Miguel estaba fuera. Se incorporó y dejó pasar unos instantes. Se levantó y se dirigió hacia la ventana. El patio estaba desierto y el silencio parecía emanar de la tierra. Alguien golpeó la puerta. Se giró. Lo sabía. Había asuntos que requerían su atención desde el primer momento del día.

–¿Qué ocurre?

–No es nada urgente, señora. Solo que he visto que ya estabais levantada y he recordado que queríais ir pronto al mercado. Os ayudaré a vestiros.

Enseguida estuvo preparada. Poco a poco empezaron a aparecer por la sala Magdalena, Clemencia, Dulce y el pequeño Juan. Las risas de su nieto le hicieron olvidar durante unos instantes la soledad que sentía en su alma. La puerta se abrió de golpe de par en par y por ella entró Diego. Juan corrió hacia él y su padre lo cogió en brazos.

–¿Tienes hambre, pequeño? –le preguntó, mientras se dirigía hacia su madre y le daba un beso en la frente.

–Síiiiiiiii –le aseguró riéndose.

García entró y dio un gruñido a modo de saludo. Detrás de él apareció Iñigo. Clemencia se acercó a su padre con una sonrisa que iluminó el rostro del viejo Almoravid. García cogió algo de carne y se dirigió de nuevo a la puerta.

–¿Ya os vais? –la voz de Iñigo detuvo a su sobrino.

–Voy a Subiza. Le prometí a mi hermano que avisaría a Álvaro. Y después... Tal vez aproveche para ir a... –su voz se quedó suspendida en el aire.

–Sí, lo sé.

Apenas fueron unos instantes en que estuvieron todos juntos. Diego desfiló enseguida a atender sus obligaciones. Dulce, Clemencia y Magdalena fueron a terminar de prepararse para acompañar a la siciliana al mercado. En la mesa, mano a mano, quedaron Laraine e Iñigo.

–Es una joven hermosa y buena, ¿verdad? –el orgullo de padre se escapó entre las palabras del viejo Almoravid.

La siciliana sonrió y le aseguró que así era.

–Ha crecido sin darme cuenta. Ya debe de tener edad para contraer matrimonio.

–Pero vos no encontráis a nadie lo suficientemente bueno para ella –le dijo con cariño.

–Me asusta que pueda sufrir.

–A todos nos asusta.

–A veces me da la impresión de que no voy a tener suficiente tiempo para estar a su lado.

–Lo tendréis.

–Era ya viejo cuando nació.

–Roger también era mayor cuando yo nací y no he podido tener mejor padre.

Iñigo tomó la mano derecha de Laraine entre las suyas.

–Nunca os lo he dicho, pero... Miguel tuvo mucha suerte en encontraros.

–Me halagáis, Iñigo Almoravid.

Llegaron a Los Arcos a media tarde. Miguel había tenido tiempo de interrogar a Jimeno durante el camino. No era un hombre hablador, pero había logrado una descripción bastante completa de Elvira y del interior de su casa en Los Arcos.

–¿Es esa? –preguntó el *buruzagi*, señalando una de ellas.

Jimeno afirmó. El gesto de su rostro se volvió adusto. Miguel lo tranquilizó. Desmontó y le pidió al caballero que aguardara allí, sin acercarse. Se encaminó a la casa y llamó a la puerta. Nadie contestó. Insistió, pero con el mismo resultado. Rodeó la vivienda y no encontró signo alguno que indicara que hubiera alguien. Se separó un poco y observó las ventanas. Todo estaba tranquilo. Regresó a la puerta y volvió a llamar. Como nadie acudía, decidió entrar. Justo en ese instante la puerta se abrió y un sirviente le preguntó qué quería.

–Me han dicho que esta es la casa de Jimeno Sánchez de Iriberry.

–Os equivocáis.

–Me habrán informado mal.

El sirviente fue a cerrar la puerta, pero Miguel colocó su pie a modo de cuña.

–¿Puedes anunciar a tu señor Ladrón de Guevara que Miguel de Grez, cabo de la Junta de Infanzones, está aquí y que desea hablar con él?

–En estos momentos, mi señor no desea recibir a nadie.

–Pensaba que los Vela eran más hospitalarios.

El sirviente dudó, pero Miguel estaba decidido a descubrir la verdad. ¿Era esa la casa de Jimeno, tal y como él afirmaba? ¿Estaba Ladrón de Guevara usurpando su propiedad? ¿O simplemente el hombre que había ido a buscarle a Pamplona era un impostor?

–Os equivocáis de nuevo. Aquí no hay ningún Vela.

–Creo que no me equivoco.

–Dejadle pasar.

Una voz desde el interior dio la orden. El sirviente abrió la puerta y le franqueó el paso. El interior estaba oscuro. Miguel hizo un esfuerzo para adaptar su vista. Observó los detalles que pudo, mientras el sirviente lo conducía hasta una sala sobria y fresca. Allí encontró a Ladrón de Guevara. Miguel se presentó y el noble le invitó a sentarse.

–No sabía que tuvierais posesiones en la localidad.

–No teníais por qué saberlo. ¿Puedo preguntaros qué asunto os trae a Los Arcos?

Miguel aguzó el oído. Todo parecía en orden y el silencio lo abarcaba todo.

–Se trata de un asunto delicado. Veréis, ha acudido a mí un hombre que asegura que vos retenéis a su esposa.

Una sonora carcajada rompió el silencio de la casa.

–¿Y vos le habéis creído?

–No es mi misión creer o no, sino descubrir la verdad. Y por eso os pregunto. ¿Retenéis a una mujer aquí contra su voluntad?

–Esa es una acusación muy seria, ¿no creéis?

–Lo pregunto porque todavía estáis a tiempo de enmendar una acción deleznable.

–Estáis agotando mi paciencia.

Miguel no se arredró. Continuó con su interrogatorio.

–¿Es esta vuestra casa?



–Lo es. ¿Acaso dudáis de la palabra de un Vela?

–No tengo por qué dudar de la palabra de un Vela, pero ¿acaso he de fiarme de la vuestra, solo porque seáis uno de ellos?

Los dos se estudiaron a fondo.

–¿Ahora los Vela os dedicáis a raptar a las esposas de otros hombres? ¿No es acaso un acto ruin? –insistió.

–Haré que os arrepintáis de lo que acabáis de decir –dijo Ladrón de Guevara, poniéndose en pie. Miguel permaneció tranquilo en su asiento.

–Haremos algo. Como os he dicho, todavía estáis a tiempo de reparar vuestros actos. Devolved a esa mujer a su esposo y abandonad su hogar. Os ofrezco fiador en la cuantía de mil sueldos.

–¿Acaso habéis perdido el juicio?

–No soy vuestro enemigo. Si no habéis raptado a nadie, yo mismo os devolveré la fianza y os pediré disculpas. Si rechazáis mi ofrecimiento, tendré que izar apellido.

–Basta de sandeces. Fuera de mi casa. Y decidle a Jimeno que se lo lleve el diablo.

Miguel se levantó lentamente. Dirigió su mirada a los ojos de Ladrón de Guevara y le habló muy serio.

–Tendréis noticias de la Junta.

Salió con paso tranquilo. Sus brazos se movieron rítmicamente acompañando sus zancadas. Era una tarde clara. Observó el suave balanceo de las hojas en los árboles cercanos. Analizó los alrededores, buscando el mejor ángulo para dirigir un ataque, y los mejores puntos para protegerse. Nada más verlo, Jimeno se abalanzó sobre él.

–¿Habéis visto a mi esposa?

–No.

–Dijisteis que me ayudaríais.

–Y lo estoy haciendo. Pero todo lleva su tiempo.

El rostro de Jimeno se congestionó.

–Si habéis tardado cuatro días en denunciar el secuestro de vuestra esposa, bien podéis esperar uno más.

Con desgana, el caballero siguió al infanzón. Salieron del pueblo y buscaron un buen lugar donde descansar. Miguel sugirió que comieran y bebieran algo mientras llegaban García Martínez de Lerín y Martín Garcéiz de Eusa. Jimeno estaba tan enfadado, que se negó a probar bocado.

–Como queráis –le espetó por fin.

El de Grez comió algo y se levantó. Jimeno le preguntó adónde se dirigía. Miguel suspiró.

–Voy a investigar un poco.

Se internó en Los Arcos y trató de averiguar algo sobre la casa donde se había atrincherado Ladrón de Guevara y donde, supuestamente, retenía a Elvira. No encontró a mucha gente dispuesta a hablar, pero después de un par de conversaciones, parecía probado que la casa en la que acababa de estar pertenecía, efectivamente, a Jimeno Sánchez de Iriberry.

Regresó junto al caballero. Era el momento de preparar sus armas, de comprobar el escudo, los proyectiles y la espada.

–¿Creéis que nos van a hacer falta?

–Es más que probable.

–Si atacáis, la matará.

–Nadie va a matar a nadie –al menos, por ahora, pensó. Se estaba cansando de escuchar a Jimeno. Deseaba que sus compañeros llegaran enseguida.

Afortunadamente, García Martínez de Lerín apareció poco después. Miguel habló con él aparte y le informó sobre la acusación de Jimeno del rapto de su esposa, por Ladrón de Guevara. También le puso al corriente de las diligencias que había llevado a cabo, de su entrevista con Ladrón de Guevara y la descripción de la casa tanto por fuera como lo poco que había visto por dentro.

–¿Tenéis algún indicio para corroborar la acusación?

–Lo único que sé es que no he mencionado los nombres de las personas implicadas y él, en un momento de la conversación, me espetó: “Decidle a Jimeno que se lo lleve el diablo”. Si él no ha sido, está claro que sabe de qué va todo este asunto.

–Supongo, entonces, que es mi turno.

Miguel asintió un par de veces y vio cómo García Martínez se encaminaba hacia la casa que ahora ocupaba el Vela. Jimeno estaba nervioso. Repetía una y otra vez el gesto de refrotarse las manos y no paraba de caminar de un lado a otro con la cabeza baja. Miguel se sentó. Era la primera vez que la Junta tenía que hacer frente a un caso de rapto. Se rascó la cabeza. Recordó aquella vez en que hicieron sacar de la olla una oveja a Juan Pérez de Baztán, que se la había robado a Lope Zuría de Larumbe. Pero, ¿una mujer? ¿Por qué habría

raptado Ladrón de Guevara a Elvira Zaviel? En realidad, lo que menos importaba era la razón. Lo que contaba era rescatarla con vida y, cuanto antes, mejor.

García Martínez tardó en regresar. No había muchas novedades. Ladrón de Guevara se había negado a dar fiador. Solo le quedaba una oportunidad, la que le ofrecería Martín Garcéiz, el tercer mayoral de la junta. Si no llegaba a un acuerdo con él, los junteros tendrían que pasar a la acción y tomar las armas.

–¿Qué vais a hacer ahora? –preguntó Jimeno atormentado.

–Esperar.

La llegada de aquel mensajero le sorprendió entrenándose con su tío abuelo. Diego habló directamente con él. El mensaje era claro: su padre lo requería a su lado. No le extrañó. Ya sabía por García que Miguel había dejado dicho que estuviera prevenido. Sí le pareció raro que la orden viniera de un desconocido. Sin embargo, no le dio mayor importancia. Supuso que su padre no había podido comunicarse por los medios habituales. Así que, sin pensárselo mucho, se preparó y se dispuso a partir hacia Los Arcos.

Dulce cogió a su hijo en brazos y ambos se despidieron. A la mujer no le gustaba la idea de que partiera solo, pero Miguel *txikia* regentaba su propia tenencia y hacía tiempo que no vivía en la Ciudad

En cuanto Diego partió, Juan corrió al lado de su abuela. La cogió de la mano y le preguntó si quería jugar con él a hacer puntería. La siciliana aceptó de buen grado. Estar con Juan la hacía rejuvenecer. Pronto se apuntaron también Clemencia, Magdalena e Iñigo. El patio se llenó entonces de risas, mientras trataban de introducir piezas de madera de distintos tamaños en cestos y agujeros, que prepararon específicamente para el juego.

Le tocaba el turno a Laraine, cuando vieron que una cuerda caía desde el otro lado del muro.

–¿Qué demonios es eso? –preguntó Iñigo, buscando su espada y pidiendo a las mujeres que entraran en la casa.

La rápida reacción del viejo ricohombre no fue suficiente. Muros y patio se llenaron de asaltantes que, escondidos bajo yelmos, comenzaron a atacar indiscriminadamente. Laraine logró agarrar a su nieto del brazo y se lo llevó hacia la puerta de la casa. Antes de que pudiera alcanzarla, un hombre atenazó su mano. Ella le empujó y logró desasirse unos instantes.

El caos lo invadió todo en pocos instantes. Las piezas de madera que

estaban utilizando hasta hace poco como juego, fueron pisoteadas y esparcidas sin ningún tipo de miramientos. Alguien la empujó y cayó al suelo. Sintió un pinchazo en la pierna. Se arrastró hacia la puerta y la abrió para que Juan entrara. Pero el hombre que la había empujado lo volvió a hacer y enganchó al pequeño por el cuello. Mientras trataba de liberar a su nieto, Laraine observó el campo de batalla en que se había convertido el patio. Los hombres Almoravid se defendían con bravura, pero los atacantes eran decenas. ¿De dónde habían salido? Clemencia y Dulce gritaban y trataban de zafarse de aquellos que las perseguían. Vio a Iñigo dar un codazo en el cuello a uno de los agresores y despachar a otro con un par de certeros mandobles. La pierna le dolía, pero logró ponerse en pie. Cogió un tronco grueso y golpeó en la espalda al hombre que se llevaba a Juan. Este se volvió enfadado y le lanzó un golpe, que Laraine esquivó. Estiró de Juan, que pataleaba y pretendía morder a su captor para liberarse. Su abuela lo animó a que continuara, mientras ella se defendía con el tronco entre las manos. El asaltante tiró al chiquillo al suelo y le dio una patada. Con las dos manos libres, se encaró a Laraine. Esta acertó a darle en el brazo, pero el hombre sacó su espada. La dama retrocedió. Jadeaba. El hombre la atacó y la espada le acertó en el brazo. Eso le hizo soltar el tronco. Desprevenida y desarmada, el arma impactó en su cuerpo. Sintió un escozor seguido de un dolor agudo. La vista se le nubló, pero no podía desmayarse. Debía proteger a Juan y a Dulce y a Clemencia. Vio al pequeño a su lado. Su cara lo decía todo. Ella le agarró de la mano y le pidió que fuera valiente y fuerte como su abuelo. Alguien lo separó de su lado. Ella trató de arrastrarse por el suelo. Su agresor hizo un gesto raro. El miedo se agarró a ella, estrangulando su corazón y su alma. Pensó que la iba a violar. Estaba demasiado débil para defenderse, pero estaba dispuesta a presentar batalla hasta el final. Entonces, se dio cuenta de que esa no era la intención del atacante. Había subido su espada por encima de su cabeza y preparaba un movimiento para rematarla en el suelo. En el último momento, Iñigo logró llegar hasta ella y desvió la espada. Estaba agotada. Aún no se podía creer lo que estaba viendo. En un postrero esfuerzo, poco antes de perder la consciencia, le gritó a Iñigo y le señaló a Juan. Alguien lo arrastraba hacia el otro lado del patio.

El viejo noble oía todos los chillidos. Los de su hija llamándole con voz desgarradora, los de sus hombres reorganizándose, los de Dulce alertando a su hijo y pidiendo clemencia. Y los de Laraine suplicándole que protegiera a Juan. Iñigo se multiplicó. Hubo un instante en que pensó que podían vencer,

pero cuando una nube de asaltantes se abalanzó sobre él y sintió la desgarradora mordedura de una espada sobre su costado, en lo único que pensó fue en su hija.

–¡Padre!

Iñigo se escabulló como pudo y se abalanzó sobre el hombre que sujetaba a lo máspreciado de su vida.

–¡Clemencia!

–¡Padre!

–Thurayya<sup>25</sup>, la estrella de mi vida.

No llegó más que a rozar su pie. Cayó de rodillas mientras la punta de una espada asomaba pegada a su esternón. Clemencia gritó horrorizada.

Martín Garcéiz de Eusa y Álvaro llegaron casi a la par. Miguel les explicó enseguida como estaba la situación. El tercer sobrejuntero no perdió el tiempo. Se aseguró de que había comprendido bien la situación y se encaminó al encuentro de Ladrón de Guevara. Era la última oportunidad para llegar a un acuerdo. Si Vela se negaba de nuevo, habría que tomar otras medidas. Al menos intentaría sonsacarle dónde se encontraba Elvira, tal y como le había pedido Miguel.

–¿Creéis que atenderá a razones? –preguntó Álvaro.

–No lo conozco lo suficiente.

–¿Qué haréis si no devuelve a Elvira?

–Atacaremos.

–¡Destruiréis nuestro hogar!

–Solo trataremos de hacerle salir.

Jimeno se giró y miró a Álvaro antes de alejarse.

–Creo que no le caéis muy bien –se rio el de Subiza.

–Él es el raro. Y quien buscó ayuda de la Junta. Sabe de sobra cómo actuamos.

–¿Cuál suponéis que es la vinculación entre ambos?

–Si queréis que os diga la verdad; ni lo sé, ni me importa. Si Martín viene con una negativa, izaré apellido.

–He venido preparado. Y he puesto sobre aviso al resto de junteros. Estarán de camino en cuanto los llamemos.

La cabeza de Miguel se movió de atrás adelante varias veces en señal de

asentimiento. Se sentaron a la sombra de un árbol. Martín tardaba. Eso tal vez fuera buena señal. Mientras esperaban, se dedicaron a comer algo y a beber. Siempre había que estar preparado.

Jimeno fue el primero en verlo. Los demás se pusieron en pie enseguida.

–¿Qué nuevas traéis?

–Quiere hablar con vos –dijo refiriéndose a Miguel.

–¿Ha aceptado fiador?

–No.

–Entonces, no hay mucho más de lo que hablar. Sin embargo... –dijo mirando a Jimeno de soslayo–, supongo que podemos esperar un poco más.

Miguel se encaminó a pie hacia la casa. Álvaro lo retuvo unos instantes y le habló quedo.

–¿Os fiáis? ¿No será una trampa?

–Me he hecho la misma pregunta. Pero el único modo de averiguarlo es entrando en esa casa. Si no salgo dentro de un rato, tenéis permiso para atacar.

–De acuerdo.

El *buruzagi* llamó a la puerta. El mismo sirviente se la abrió y le volvió a indicar el camino. Encontró a Ladrón de Guevara en la misma sala y prácticamente en la misma posición. Solo que esta vez estaba acompañado por una copa de vino. No se levantó al ver al cabo, pero sí le invitó a sentarse con él y a compartir un trago.

–Beberé cuando llegemos a un acuerdo –dijo Miguel.

Ladrón esbozó una sonrisa lacónica.

–No me importa que atacéis.

–Lo suponía. Después de todo, esta no es vuestra morada.

Guevara tomó otro trago. No estaba ebrio y eso le gustó al infanzón.

–Así que tenéis otro plan.

–Me gustaría darle otra oportunidad a la palabra. ¿Por qué habéis pedido que vuelva?

–Quiero ver vuestro rostro cuando sepáis que habéis perdido.

–No temo perder. Esta no es una lucha entre vos y yo. Vayamos al grano. Estoy dispuesto a negociar un pacto. Aunque no os perdonaré los noventa sueldos que le debéis a la Junta por gastos de representación. Para empezar, debo saber si Elvira está bien.

–Os lo garantizo.

–Como bien sabéis, en esta ocasión no me basta con vuestra palabra. Me gustaría hablar con ella.

–De acuerdo.

Guevara se puso de pie y lo guio a través de un pasillo hacia una de las habitaciones. El cuerpo de Miguel estaba tenso, preparado por si tenía que actuar. El captor se detuvo delante de una puerta que tenía una especie de ventana estrecha en la parte superior. A través de ella, Miguel vio a una mujer joven, sentada sobre una cama. Tenía la mirada triste y estaba pálida pero, por lo demás, se la veía bien.

–Como podéis comprobar, se encuentra en buenas condiciones.

Miguel se giró hacia él.

–Esto es lo que os ofrezco: Dejad a Elvira al margen. Cualquier desavenencia que tengáis con su esposo, tratadla con él. Jimeno estará más inclinado a ceder si sabe que ella está bien. Por mi parte, la Junta estaría dispuesta a dejar esto saldado con una multa. Os doy una hora. La casa no es difícil de asaltar y tenéis pocos hombres. Y si a Elvira le ocurriera algo, sería como si firmarais vuestra propia sentencia de muerte.

Ladrón de Guevara dudó un instante. Miguel lo notó por la forma en que desvió su mirada. Vela nunca creyó capaz a Jimeno de llevar tan lejos la situación.

–Una cuestión más. ¿Puedo llevármela?

Se sostuvieron la mirada. Ladrón de Guevara movió su mano derecha muy despacio hacia su túnica. De ella sacó una llave nueva. La puso en la mano de Miguel y luego apoyó la otra en su hombro.

–Decidle a Jimeno que lo espero dentro. Estoy dispuesto a hablar sobre esa deuda que tenemos pendiente.

Miguel se encaminó hacia la puerta y abrió sin dificultad. La dama se asustó. Se levantó y corrió a refugiarse a un rincón.

–¿Sois Elvira Zaviel?

La mujer asintió una vez.

–Soy Miguel de Grez, *buruzagi* de la Junta de Infanzones. Sois libre. Vuestro esposo Jimeno os aguarda fuera.

Elvira dudó. Parecía demasiado bonito para ser real.

–No temáis. Estáis a salvo. Yo os acompañaré a la salida.

Tomó la mano que el infanzón le tendía y lo acompañó. Se pegó al cuerpo de su salvador al ver a Ladrón de Guevara. Salieron al exterior. Miguel notaba

cómo sus manos temblaban al agarrar su brazo. Al descubrir a Jimeno, Elvira se detuvo. Apenas podía contener la emoción. El caballero salió corriendo y la abrazó. El de Grez dejó que tuvieran un instante de intimidad. Cuando se separaron, Jimeno acudió adonde estaban los miembros de la Junta.

–Gracias –les dijo– ¿Cómo lo habéis logrado?

–Eso no importa ahora. Ladrón de Guevara quiere hablar con vos. Dice que está dispuesto a llegar a un trato para saldar esa deuda que arrastráis. Le he dicho que acudiríais.

–Os dejo a Elvira bajo vuestra custodia, mientras negocio con ese... con ese... *boca fedient*<sup>26</sup>.

–¡Jimeno! –le atajó Elvira.

–Se lo tiene merecido.

La mujer se rio bajito.

–Estaremos alerta, por si necesitáis ayuda.

Cuando Jimeno se alejó, los junteros ofrecieron comida y agua a Elvira. Esta aceptó gustosa.

No hacía más que unos instantes que el de Iriberry se había ido, cuando un jinete apareció por el horizonte. Miguel se levantó a observar. No reconoció su figura hasta que no estuvo prácticamente a cien pies.

–¡Diego! –exclamó totalmente sorprendido–. ¿Ha ocurrido algo?

–Eso quería saber yo. Vos me habéis hecho llamar.

–Solo le dije a García que estuvierais prevenido, no que vinierais.

–Eso es lo que me dijo mi tío, pero me refiero al mensajero que enviasteis. Y que ha llegado esta mañana.

–No he enviado ningún mensajero. ¿Habéis sido vos? –le preguntó a Álvaro.

–No. Solo he mandado aviso con mi escudero a los junteros para que estuvieran alerta, pero no los he mandado llamar. Y a vuestra casa no he enviado a nadie. Además, solo vos podéis izar apellido.

Los otros dos mayores negaron también.

–¿Qué ocurre, *aita*? –inquirió Diego al ver el rostro de su padre.

–Espero que nada.

–Pero...

–El otro día me encontré con Alvar en el río. Dijo que quería ver a Juan.



No pude hablar con vos sobre ello, por eso le di el recado a García. Nada dije sobre vuestro suegro porque no quería asustaros.

–¿Creéis que...?

Miguel miró muy serio a su hijo.

–Corred a casa. Yo iré en cuanto termine aquí.

–Dad esa orden y regresaré con él –le dijo Álvaro.

–¡Maldita sea! –la respiración de Miguel era entrecortada y fuerte–. Id.

–Si queréis ir también vos –se ofrecieron los dos mayores.

–No. Debo concluir este asunto. Seguramente no será nada y Diego y Álvaro ya están en camino.

Jimeno y Ladrón de Guevara tardaron en arreglarse más de lo que Miguel pensaba. Al final, hicieron un intercambio de propiedades y el Vela se comprometió a pagar la multa impuesta por la Junta. Como acto de buena fe, pagó los noventa sueldos que el *buruzagi* le había imputado como gastos de representación en aquel mismo momento. La que menos satisfecha parecía era Elvira, se le notaba en la cara, pero no dijo nada. Tal vez hablara más tarde a solas con su esposo. Aunque eso era asunto privado.

–¿Queréis dormir en Estella? –les invitó García Martínez.

Miguel estaba decidido a seguir camino. Algo inquietaba su alma.

–Entonces, os acompañaremos. Si algo inquieta a nuestro *buruzagi*, no lo podemos dejar pasar.

Lo primero que les chocó fue el ajeteo de gente en las inmediaciones del hogar de los Almoravid. Y las miradas que les dirigieron. Antes de entrar, el corazón de Diego ya latía desbocado. En un acto reflejo de protección, Álvaro se colocó delante y entró primero en el recinto. Sin embargo, no estaba preparado para lo que vio allí. Sobre el suelo de barro del patio yacían un montón de cadáveres. Álvaro se acercó a ellos. Ninguno era Almoravid. Antes de que pudiera hacerse pregunta alguna, el grito rasgado de Diego llenó su alma de tribulación.

–¡Maaadre! ¡Dulce!

Entró en la casa y alguien se abalanzó sobre él, tirándose a su cuello.

–¡Magdalena!, hermana. ¿Qué ha ocurrido?

La separó un poco y vio su cara magullada e hinchada. Se le hizo un nudo en la boca del estómago y la furia se apoderó de él.

– ¿Quién os ha hecho esto? ¿Dónde están los demás?

–Lo han matado, Diego. Lo han matado.

–¿A quién?

–Y madre está muy grave.

Magdalena temblaba como una hoja. De pronto se echó a llorar y ya no pudo decir más.

Diego tomó aire, pero no le pareció suficiente. Sentía un torozón en la garganta, que le impedía tragar o decir nada. Afortunadamente, Álvaro estaba a su lado.

–¿Dónde está vuestra madre? –preguntó el noble.

–Arriba –anunció entre hipidos.

–Id con ella –le dijo a Diego–. Yo voy a enterarme de qué ha ocurrido.

Magdalena agarró del brazo al señor de Subiza.

–No deja que nadie se acerque, Álvaro.

–¿Quién, mi pequeña? ¿Quién no deja que se acerque a quién? –le dijo con todo el cariño que pudo, cogiendo su cara magullada entre sus manos.

Sin decir nada, lo condujo hasta el salón pequeño. Álvaro se quedó en la puerta un instante antes de dar el siguiente paso.

–¡No lo toquéis! –fue lo primero que escuchó–. No os acerquéis. No está muerto. No está muerto. ¿Lo oís bien? No está muueeeerto.

Clemencia estaba fuera de sí. Tenía la cara sucia de sudor y sangre, igual que las manos, y el vestido hecho jirones, al igual que su alma. El noble se acercó despacio. Ella lo amenazó con un cuchillo. Álvaro hizo un movimiento rápido y cogió su muñeca.

–Clemencia. Soy yo, Álvaro. Voy a ayudarte. Voy a ayudar a tu padre.

–No está muerto, Álvaro. No lo está.

–Tranquila –dijo abrazándola.

–No está muerto.

–Tranquila, cielo. No te preocupes.

La joven rompió a llorar. Él acarició su pelo y cerró los ojos. ¿Qué locura era aquella? ¿Quién había podido hacer algo así? Se acordó de las palabras de Miguel. ¿Alvar? No le creía capaz de semejante locura.

Álvaro miró a Magdalena. Era digna hija de su padre. Estaba compungida, pero no derrotada.

–¿Hay alguien del servicio que pueda preparar algo caliente para

Clemencia?

–Todos están muertos, tío Álvaro –le interpeló cariñosamente–. Pero yo puedo hacerlo.

–Clemencia, ¿irías con tu prima?

La joven negó reiteradamente con la cabeza.

–De acuerdo. Siéntate y descansa. Magdalena te traerá algo para relajarte.

Cuando la joven salió, Álvaro acompañó a Clemencia hasta una de las sillas. Luego se acercó a la mesa donde reposaba el cuerpo de Iñigo. Al verlo, sintió un profundo dolor. Con mano temblorosa cerró sus ojos Almoravid. Por detrás escuchó el llanto de su hija. Su mente guerrera analizó sus heridas: la del hombro y la de la pierna no eran importantes. Pero la del vientre... esa sí era mortal y no se la habían hecho precisamente por delante. Su agresor le había atacado por la espalda. ¡Cobarde! Sintió una profunda ira, pero eso no era nada comparable con la que iban a sentir Miguel y García cuando se enteraran. La frágil estabilidad que Sancho VII había logrado establecer entre los burgos, podía estar en peligro.

Magdalena llegó con una infusión que puso en manos de su tía. Esta la agarró sin tener plena consciencia de estar haciéndolo. Álvaro se volvió entonces hacia la pequeña Almoravid. Se había dado cuenta de un detalle muy importante.

–Magdalena –le preguntó–. ¿Dónde están Dulce y Juan?

–Se los han llevado.

–¿Quién? ¿Quién se los ha llevado?

La joven se encogió de hombros. Estaba empezando a rendirse al cansancio.

–Cuida de Clemencia un poco más, ¿de acuerdo? Tengo que hablar con tu hermano.

Diego era comedido, pensó. Pero se trataba de su esposa y de su hijo y eso no hay carácter, por muy templado que sea, que lo pueda contener. Si algo les pasara a Isabel o al pequeño Álvaro, él mismo era capaz de tomar su espada y de enfrentarse a quien quiera que osara hacerles daño. Subió despacio, pensativo, y se encontró con Oria.

–Gracias al cielo que habéis llegado –le dijo.

–Oria, ¿cómo está Laraine?

–Está muy grave, señor.

La noticia encogió el corazón de Álvaro. Pensó en Miguel y apretó los

puños hasta clavarse las uñas en sus manos.

–¿Diego está con ella, verdad?

–Sí, señor.

–Oria, ¿tú sabes qué ha ocurrido?

La curandera bajó la cabeza y se acercó al noble.

–Me han avisado los vecinos. Cuando he llegado, todo estaba cubierto de sangre y de cadáveres. Parece que un numeroso grupo de hombres se ha presentado aquí por sorpresa. Algunos dicen que eran veinte, otros que cincuenta. Y han asaltado la casa, entrando con cuerdas. Han matado al señor Iñigo y han encerrado a las mujeres en la bodega. Allí las encontraron los vecinos.

–¿Y Dulce? ¿Y Juan?

–Nadie los ha visto. No me he atrevido a decírselo al señor –dijo, mirando hacia la puerta de los aposentos de Laraine, donde su hijo mayor la velaba.

–Oria, ¿puedes llamar a Blanca la beata? Me gustaría que ella y tú os encargaseis de embalsamar el cuerpo de Iñigo.

–Clemencia no deja que nadie se acerque.

–Ahora está más calmada. Lo permitirá. Y si no lo hace, yo la convenceré. ¿Alguien sabe dónde está García? Necesito que un mensajero vaya a buscarlo y que dé aviso en Subiza.

–Mi esposo se encargará de localizar a García y de avisar a vuestra familia.

–Gracias, Oria. Gracias de corazón.

La curandera sonrió y se fue a llevar a cabo sus cometidos.

Al verlo entrar, Diego se levantó. Álvaro discernió odio y furia en su mirada enrojecida. Se acercó a la cama y preguntó por Laraine. La dama estaba muy pálida y muy quieta. Tenía contusiones en su rostro y los brazos llenos de moretones.

–Ha perdido mucha sangre. Suerte que Oria llegó a tiempo. Tiene una herida en la pierna y otra aquí –dijo señalando su propio vientre–. Esta es la más grave.

Álvaro se sentó cerca de la cama y tomó la mano de la siciliana. Su respiración era tranquila en ese momento, pero su cuerpo ardía. Diego se paseó por la habitación, nervioso e inquieto. Estaba atrapado en una vorágine

de pensamientos.

–Oria me ha contado el asalto. Dice que mi tío ha muerto. ¿Es cierto?

–Sí. Clemencia está desolada.

–¿Creéis que Alvar está detrás de todo esto, como insinuó mi padre? Voy a hablar con Dulce. Quizá ella pueda darme algún detalle más.

Álvaro se levantó y lo interceptó.

–¿Qué hacéis?

–Hay algo más que deberíais saber.

–¿De qué se trata?

Antes de contestar, lo cogió del brazo. Quería asegurarse de que estaba asido a algo, cuando le contara la noticia.

–Vuestra esposa y vuestro hijo han desaparecido.

Diego sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies. Entonces no había más que una verdad. Todo apuntaba a su suegro.

–Voy a por él, Álvaro, y nadie me va a detener.

–No solo no os lo voy a impedir, sino que os voy a acompañar, Diego.

El joven lo miró extrañado. No se esperaba esa respuesta.

–Entonces, partamos ya.

–No.

–¿No? Habéis dicho que me acompañaríais.

–Y lo haré, pero a su debido tiempo.

–Es un asunto personal. Mi esposa y mi hijo están desaparecidos, mi tío abuelo ha muerto y mi madre sufre heridas muy graves. En cuanto a Clemencia y Magdalena, ¿no habrán sido violadas, verdad?

–No –dijo el de Subiza con casi total seguridad.

–Como veis es un asunto personal.

–Es un asunto que atañe a los Almoravid, tanto a vos como a García y a vuestro padre. Y quizá también a la Junta de Infanzones, no solo a vos. Cabalgaré a vuestro lado, pero esperaremos a vuestro padre.

–Para entonces será tarde.

–Miguel está en camino y si Alvar hubiera querido matar a Dulce y a Juan no se los habría llevado.

Diego sabía que tenía razón, pero su sangre le decía que no podía esperar. Cada instante que pasaba era un momento separado de las personas a las que más amaba.

–De acuerdo –aceptó–. Iré a ver a mi hermana y a mi tío.

–Bajaré con vos.

–Veo que no os fiáis.

–Sois hijo de Miguel, ¿cómo queréis que me fie?

–Os doy mi palabra.

Cuando Diego abandonó la estancia, Álvaro se quedó unos instantes al lado de Laraine. Abrió la ventana lo justo para que entrara un poco de aire fresco. Al sentarse en la cama, tuvo la impresión de estar invadiendo la intimidad de su amigo, su santuario. Por eso se levantó y cogió una silla. La siciliana se removió entre sueños. El dolor, pensó, debía de ser insoportable. Tomó un paño y refrescó su frente.

–¿Miguel? –la voz era débil y estaba insuflada de súplica.

–Soy Álvaro. Vuestro esposo llegará enseguida.

No hubo respuesta. La mano trémula del noble se cerró en un puño. ¿Cómo podía haber sucedido?

–Laraine, sed fuerte –le dijo.

Si ella moría, no habría fuerza en el mundo que pudiera contener la furia del infanzón. Se levantó de golpe. Él mismo se rebelaba contra la impotencia. La puerta se abrió al cabo de un rato. Diego se quedó quieto en el vano. Había rigidez en su rostro, pero a la vez cierta calma. Eso tranquilizó al de Subiza.

–¿Ha llegado vuestro padre?

El joven negó reiteradamente. Se sentó cerca de su madre y acarició su rostro. Se recreó en su mirada escondida, en su rictus de dolor, en sus manos blancas. Se la veía frágil y derrotada. Y eso no lo podía consentir.

–No puedo esperar, Álvaro. Voy a hablar con mi suegro.

Lo comprendía. Y, pensándolo bien, tal vez fuera mejor así. Diego tenía templanza y le asistía el derecho; pues se trataba de su esposa y de su hijo. Miguel no tendría conmiseración. No, tratándose de Iñigo y de Laraine, de Dulce y de Juan.

–No puedo permitir que vayáis solo.

Diego aceptó la compañía. Le temblaba el pulso, aunque trataba de esconderlo. El joven se inclinó y besó a Laraine en la frente.

–Os quiero, madre –susurró.

Salieron al exterior. Diego se había aplicado con cabeza. Con la ayuda de

algunos vecinos y amigos que se habían enterado de lo ocurrido, había organizado bien las cosas. Los cadáveres de los asaltantes estaban a un lado del patio, lejos de la vista. Los de los Almoravid, sobre soportes de madera, formando varias hileras. Algunas mujeres los velaban ya. Habían encendido velas y las oraciones ascendían hacia las nubes blancas que cubrían el cielo.

–¿Cómo están Clemencia y Magdalena?

–Acompañadas por Blanca y Oria. Preparan el cadáver de mi tío.

Álvaro posó su mano sobre el hombro de Diego.

–¿Estáis preparado? –le preguntó el de Subiza.

–Lo estoy –afirmó.

–Entonces, vámonos.

Montaron. Los primeros pasos de los caballos resonaron de manera ronca sobre el suelo de tierra. «*Benedictus Dominus Deus Meus*, guíad nuestros pasos», pensó Álvaro. Salieron fuera del baluarte mancillado de los Almoravid, justo en el momento en que tres jinetes se aproximaban.

A Miguel le corría el sudor por las sienes. Iba despeinado. Su túnica azul se había pegado a su pecho. Refrenó a su caballo, a quien el sudor perlaba su piel brillante. Padre e hijo se miraron fugazmente y los peores presentimientos de Miguel se vieron confirmados en aquel rostro reservado y circunspecto de su vástago. Aún así, preguntó:

–¿Qué ha ocurrido?

Álvaro desmontó. No era aquel un asunto a tratar sobre un caballo. Miguel saltó de su montura y se dispuso a entrar, pero su amigo lo retuvo. Detrás de él esperaban Martín y García Martínez.

–Aguardad. Será mejor que sepáis algo.

La mirada del infanzón era tan penetrante que Álvaro sintió que le estaba leyendo el alma.

–Han asaltado el palacio Almoravid –Miguel cerró los ojos unos instantes y los volvió a abrir–. Vuestro tío, Iñigo, ha muerto –los músculos del cuerpo del de Grez se tensaron–. Vuestros caballeros, escuderos y servidumbre, han muerto. Laraine –al escuchar su nombre, Miguel agarró fuertemente el antebrazo de Álvaro–, está muy grave.

–No puede ser. ¿Qué más, Álvaro? ¿Qué más? –porque sabía que había más.

–Clemencia y Magdalena están bien. Algo magulladas y asustadas, pero en buenas condiciones. Pero Dulce y Juan –vio que Miguel apretaba los dientes–

han desaparecido.

Miró a su hijo. No hacía falta que nadie le dijera adónde se dirigía.

–Cabalgaré con vos, hijo –le aseguró, mientras calaba su pie en el estribo.

–Esperad –lo retuvo el señor de Subiza.

–Nada puedo hacer por los muertos. Ni por Laraine –aseguró con un dolor intenso–, pero espero que no sea demasiado tarde para Dulce y mi nieto.

Se dispuso a montar. Los dos mayores que lo acompañaban no podían dar crédito a lo que acababan de escuchar. Se mostraron dispuestos a colaborar en lo que fuera menester.

–Dejad que vaya Diego –dijo el de Subiza–. Yo lo acompañaré. Y pueden venir ellos también –dijo refiriéndose a los sobrejunteros–. Creo que vos debéis entrar. Esperad a vuestro hermano y, entonces, dirigíos a casa de Alvar. Nosotros os contaremos las nuevas.

–¡No! –dijo muy seguro.

–Supongo que Álvaro tiene razón –terció Diego–. Madre os necesita a su lado. No para de murmurar vuestro nombre.

El infanzón bajó su pierna y se fue al lado de su hijo.

–No hagáis ninguna locura y esperad a que García y yo estemos allí.

Diego asintió y estiró de las riendas. Con paso ceremonioso, él y los tres nobles se dirigieron a la casa de Alvar.

Todas las miradas confluyeron en el infanzón nada más abrir la puerta. Cesaron las oraciones y los llantos y un silencio estridente se extendió delante de Miguel, cual alfombra de bienvenida. El olor a muerte y derrota traspasó su nariz y llegó a su cerebro. Era un olor que dolía. Elevó su vista hacia la ventana de su dormitorio y caminó entre los difuntos. Su cabeza fue diciendo sus nombres. Uno a uno. El polvo se elevaba a su paso, envolviendo sus botas. Lo siguieron esos ojos que lo compadecían, pero que sentían mayor lástima por aquel que había cometido aquella barbarie. Era hombre muerto, igual que lo estaban todos aquellos que los rodeaban. Entró en la casa. Al oír la puerta, Clemencia y Magdalena corrieron hacia la entrada y se abalanzaron sobre él, hambrientas de consuelo y cariño. Él las abarcó con sus brazos.

Al sentir el contacto de las dos jóvenes, todo el peso del mundo se le vino encima. Decenas de imágenes de peleas y batallas pasaron por su mente: Yenegro, los Infanzones, las Navas, los *imesebelen*... todo aquello que quería evitar a su familia había traspasado los muros más seguros de Pamplona.



¿Cómo podía haber ocurrido?

–Miguel, lo han matado.

Miró a su sobrina. Sabía a quién se refería. El de Grez tomó aire. Era difícil hacerse a la idea. Era imposible aceptar la evidencia. Clemencia lo tomó de la mano y pasaron a la sala. Iñigo estaba encima de la mesa. Sus brazos permanecían cruzados sobre su pecho. Sobre ellos, su espada. Al acercarse, Miguel temió derrumbarse, pero sacó fuerzas de donde pudo para mantenerse entero. Iñigo era el último de sus hermanos que quedaba con vida. Toda una generación se había marchado. La furia invadió su cuerpo de guerrero. Acababan de asesinar a su tío. Fortún había sido como un padre para él, pero Iñigo había sido su mentor y su maestro. Lo admiraba y lo estimaba. Nadie podía imaginar cuánto. Dio un golpe sobre la mesa con su puño.

–¿Lo vengaréis? ¿Vengaréis la muerte de mi padre? –Clemencia se dirigió a él. Sus ojos estaban húmedos.

–Sabéis que lo haré –le aseguró–. Todo el peso de la justicia caerá sobre el responsable.

Sentía ganas de salir, espada en mano, y atravesar con ella a Alvar. Pero no podía actuar así y lo sabía, por mucho que lo deseara. Debía comportarse como lo que era: el cabo de la Junta de Infanzones. Eso no significaba que fuera a ser clemente. Si estaba en su mano, las penas serían duras. Como buruzagi, sería implacable.

–Debo subir a ver a mi esposa. Avisadme si llega García. ¿Lo haréis?

–Sí.

–¿Cómo estás, Magdalena?

–He pasado mucho miedo, *aita*. Mucho. Me alegro de que ya estéis aquí. Madre peleó sin descanso.

Besó a su hija y miró una vez más a su tío. Algo se desgarró en su interior. Se acercó a las escaleras y posó su mano derecha sobre el barandado. De pronto, los pies le pesaban como si alguien los hubiera encadenado al suelo. Llegó arriba y se detuvo delante de la puerta de esa habitación que tantas veces había traspasado. Abrió muy despacio y entró. Oria estaba allí. Al ver a Miguel, se levantó y salió a su encuentro.

–¿Cómo está?

–Muy débil.

Muy débil era la forma suave de Oria de decir que Laraine estaba muy grave.

–Déjame solo, ¿quieres?

–Si necesitáis cualquier cosa, no tenéis más que llamarme.

Le impresionó su rostro pálido, salpicado de contusiones.

–¿Qué os han hecho? –se lamentó.

La cogió de las manos y se ahogó en ellas. No recordaba haber llorado nunca, pero esa vez lo hizo. Fue un llanto corto y ahogado en el que recogió toda su congoja. El temor a perderla lo amordazó. Se rebeló y sorbió sus lágrimas. Se mantuvo muy quieto, observando cada pequeño rasgo de su cuerpo. Descubrió la sábana y contempló la herida de su vientre. Oria la había vendado. Sobre el lienzo limpio se veía claramente una mancha de sangre.

–Miguel.

–Estoy aquí.

No abrió los ojos, pero al infanzón le pareció que sonreía levemente.

–Todo va a ir bien, Laraine. Os lo juro.

Ella movió la mano y buscó su contacto. Miguel acercó sus dedos y los enlazó con los suyos. Estuvieron así un rato, sin moverse. Alguien llamó a la puerta.

–Adelante.

–Vuestro hermano está aquí –le anunció Oria.

Separó su mano y le prometió que volvería en cuanto pudiera. La besó en la mejilla y le aseguró que todo iba a ir bien. Se levantó. Se ajustó el cinturón y comprobó que su espada estaba bien colocada en la funda y se deslizaba con facilidad fuera de ella. Miró a su esposa y asintió. Había llegado el momento. Bajó deprisa las escaleras. Sus pisadas retronaron en el silencio del palacio Almoravid. Los dos hermanos se encontraron en la puerta de entrada a la casa.

–¿Es verdad? –preguntó García acalorado.

Ni siquiera esperó una respuesta.

–Nadie, Miguel, nadie entra en mi casa, asesina a mi familia y vive para contarlo.

El de Grez lo agarró y se lo llevó a la sala donde habían puesto a su tío. Magdalena y Clemencia dejaron a los dos hombres solos.

–Decid una palabra, García, solo una, y todo el peso de la Junta caerá sobre él.

–Lo haremos a mi manera.

–Lo haremos de la manera correcta. Por él, García, por Iñigo.

–Id a por él y aseguraos de que paga por lo que ha hecho. Me da igual la forma, mientras no salga impune.

El Almoravid miró a su tío yacente. Un gruñido se escapó de su garganta. Se acercó a la mesa y contempló al viejo noble. Se lo habían contado. Él solo había matado a seis asaltantes. Únicamente atacándole por la espalda habían logrado vencerlo.

–Era el mejor.

–El mejor.

Miguel se colocó enfrente de su hermano. En medio de ambos, el cuerpo de su tío. Sus respiraciones eran agitadas y fuertes. La tensión era palpable entre los muros Almoravid. Todos sabían que se acercaba una tormenta, aunque todavía no estuviera muy claro cuándo iba a descargar.

Los dos hermanos se miraron. No hizo falta que ninguno dijera nada. Se dirigieron a la sala de armas. Se colocaron la cota de malla, las túnicas, el almófar y los guantes. Se ajustaron el cinturón y cubrieron sus cabezas con los yelmos. Cogieron los escudos y un pequeño ariete y montaron en sus poderosos caballos árabes. Tras ellos, quedó un hogar pertrechado y triste, cuyos recovecos recogían los llantos y tribulaciones de cuantos habían quedado tras sus muros.

No tardaron en llegar a la casa de Alvar. A simple vista, parecía que estaba vacía. Miguel echó una ojeada a las ventanas atrancadas y a la puerta cerrada. De sus paredes emanaba un silencio artificial.

–Está preparado para resistir –le dijo Miguel a su hermano.

En cuanto los vio, Álvaro se acercó a ellos.

–No tengo palabras. Quien quiera que esté detrás de esto ha ido demasiado lejos.

Aceptaron sus condolencias con un gesto de su cabeza.

–¿Y mi hijo?

–Está dentro.

–¿Cuánto lleva ahí?

–Un buen rato.

–No es buena señal –apuntó García.

No, no lo era, pensó Miguel. Cada instante que pasaba, corría en su contra.

–Voy a entrar –les anunció–. Como cabo de la Junta de Infanzones, tiene que dejarme paso franco.

Desmontó y se dirigió a la entrada. Antes de llegar, la puerta se abrió de

golpe y por ella salió un hombre a trompicones, que terminó en el suelo. Alguien lo había empujado desde dentro.

Miguel se agachó a su lado y lo levantó. Diego lo miró a punto de derrumbarse. Decepcionado consigo mismo, anunció que no lo había conseguido. Alvar insistía en que él no sabía nada. Y que no tenía nada que ver con el asalto. El joven se había ofrecido a cambiarse por Dulce o por su hijo, le había suplicado, pero habían terminado echándolo.

–Están dentro, lo sé, *aita*.

–¿Estáis seguro?

–Podría reconocer el aroma de Dulce en una ciénaga.

Miguel miró a su hermano. Este asintió. El infanzón llamó a la puerta.

–¡Abrid al *buruzagi* de la Junta de Infanzones!

La puerta tembló ante su embate.

–No lo repetiré. ¡Abrid o echaré la puerta abajo!

Como la respuesta no llegaba, el de Grez tomó el ariete y comenzó a golpear con fuerza la madera. Esta cedió al tercer intento. Asomó la cabeza y varios hombres se le vinieron encima. Tuvo el tiempo justo de sacar su espada y hacerles frente. Los que venían detrás de él lo ayudaron. El ímpetu de los recién llegados hizo recular a los defensores. Una vez en el patio, Miguel se las apañó mejor para atacar. No tardaron en deshacerse de los cinco hombres que les habían salido al encuentro. Antes de dar el siguiente paso, Miguel contempló por un instante los hombres que yacían a sus pies. Se sacudió la cabeza y dirigió su mirada hacia la casa. Muy lentamente, avanzó hacia la puerta y entró.

–¡Alvar! –gritó.

–No sois bienvenido –la voz del interpelado sonaba tranquila cuando apareció ante él al final de la escalera.

–Te conmino, como *buruzagi* de la Junta de Infanzones, a entregarme a tus rehenes. Tienes derecho a un fiador, así como a la posibilidad de reparar el daño que has ocasionado.

–Ya le he dicho a vuestro hijo que nada tengo que ver con lo que ha ocurrido en vuestra casa.

–No estoy aquí por eso. Solo quiero ver a Dulce y a Juan.

–No están aquí.

–Yo creo que sí.

Miguel notó movimientos a su alrededor. Varios hombres se agruparon

cerca de su consuegro y otros más lo rodearon. No se arredró. Los grandes males requieren grandes remedios. Y él contaba con la ayuda de quienes aguardaban fuera.

–Deberíais buscar justicia en otro sitio.

–La buscaré si hace falta, pero no me iré de aquí sin ellos.

–Ya veo que no sabéis ir a ningún sitio sin vuestras sombras.

Miguel miró por encima de su hombro. Martín y García de Lerín habían entrado ya.

–Ya habéis oído al *buruzagi* –Martín tomó la palabra–. García y yo os haremos la misma oferta, como mayores de la Junta.

–Os lo podéis ahorrar. No pienso atender ninguna de vuestras ofertas. Sin embargo, yo os haré una. Marchaos ahora que todavía estáis a tiempo.

Los hombres de armas de Alvar se fueron aproximando a los intrusos. El círculo se estrechó sobre ellos. Miguel no quería ser el primero en desenvainar, pero su consuegro se escapaba. Su mente despierta de soldado se puso alerta. En cuanto escuchó el primer rasgueo, no se lo pensó. Tenía que llegar a Alvar como fuera. Pero todos sabían sus intenciones, por lo que cerraron filas ante él. Trató de convencerlos, de decirles que solo quería rescatar a su nuera y a su nieto, que no tenía nada contra ellos. Pero aquellos hombres no estaban allí para atender a razones, sino a las armas. Llamó a su hijo. Sabía que, a esas alturas, ya no andaría lejos. Como pensaba, García y Álvaro aparecieron enseguida. Diego se puso a su lado y el de Grez le habló en voz baja.

–Voy a abrirte camino. No dejes que se escape.

El joven apretó los dientes y afirmó con convicción.

–¡Ahora!

Miguel elevó su espada, la giró en el aire y acertó en el pecho del primer hombre que se interpuso en su camino. Cruzó armas con un segundo. Opuso más resistencia que el anterior, pero a él también lo despachó tras un par de lances bajos. Se encaró al tercero. En cuanto se deshiciera de él, habría un hueco para que Diego pasara. La espada de su rival le rozó el brazo, pero la cota de malla resistió. Detrás de él, sus compañeros se defendían con la misma disciplina. Miguel agarró a su adversario por la manga y lo empujó escaleras abajo. Diego, en cuanto vio el hueco, subió los escalones.

–¡Encuétralos! –le dijo su padre.

Diego llegó arriba. Espada en mano, se apoyó en una de las paredes. Miró

en derredor. El estrecho pasillo estaba oscuro y todas las habitaciones cerradas. Se forzó a respirar despacio. Deseaba gritar el nombre de su esposa y de su hijo. Quería que supieran que estaba allí. Pero prefirió ser sigiloso y cauto. Los ruidos de los combates amortiguaban los sonidos de su presencia en la parte de arriba. Gran parte de su victoria dependía de poder sorprender a su suegro. Se acercó a la primera de las puertas. La abrió despacio. No parecía haber nadie. Salió. Probó suerte en la segunda. En medio de la habitación había una cama estrecha. Diego la recorrió con la mirada. Se iba a dar media vuelta, cuando vio que unos pies asomaban por detrás. Se acercó mientras su corazón se desbocaba.

—¡Dios mío! ¡Dulce!

Se arrodilló junto a ella. Estaba tan quieta... La volvió a llamar. No se atrevía a tocarla. Acercó su mano a su rostro. Era tan bella...

—Amor mío. Estoy aquí. Estoy aquí. Despierta. Despierta, por favor.

La cogió entre sus brazos y la acunó mientras susurraba su nombre. Giró su cabeza hacia la puerta. Había escuchado un ruido. Con alivio, advirtió que era su padre. Miguel se arrodilló a su lado. Meneó la cabeza.

—No está muerta —le dijo—. ¿Y Juan?

Diego se levantó inmediatamente y llamó a su hijo. Cuando salió, se topó de frente con Alvar. Llevaba a Juan bien asido para que no se pudiera mover y lo amenazaba con un puñal.

—Lo mataré, si no me dejáis vía libre.

Miguel depositó el cuerpo de Dulce en la cama y salió al escuchar la voz amenazante.

—¡Soltad a Juan!

—¡No le llaméis así! Se llama Alvar.

Miguel estaba calmado. Solo esperaba que Diego fuera capaz de aplicar ese temple que siempre le había caracterizado en una situación que comprometía a su propia familia.

—Devolvedme a mi hijo.

—No tenéis escapatoria —le advirtió Miguel.

—Vos me la vais a facilitar. Quiero un caballo y comida, o lo mato como he hecho con su madre.

—Dulce está viva —dijo Miguel mirando a su nieto, que se había quedado pálido al escuchar aquellas palabras—. Y no vais a matar a nadie.

Tras decir esto, el infanzón dirigió una mirada a su hijo. Este hizo un gesto

mínimo de asentimiento que bastó a su padre. Luego guiñó un ojo a su nieto.

–Juan –le dijo en tono cariñoso–. ¿Te acuerdas de cuando vamos a pescar? ¿Cómo se escapan los peces de tus manos?

–Me acuerdo, abuelo –atinó a decir el pequeño, a pesar del miedo que sentía. Su voz salió trémula, pero decidida.

Un leve movimiento de Miguel lo inició todo. Él se encargó de golpear fuertemente el brazo que sujetaba el puñal. Diego metió su mano entre el arma que amenazaba a su hijo y la cabeza de este. Juan, en cuanto notó que la resistencia de Alvar cedía, culebreó y se movió como un pez, hasta que logró resbalar del brazo de su captor.

–¡Lo tengo! –gritó Diego.

–Lleváoslo de aquí.

Por las escaleras subían ya García, Álvaro y los mayores. Diego puso a Juan en manos de su tío y se fue a atender a Dulce.

Miguel se quitó el yelmo y lo tiró al suelo. Empuñó su espada y miró a su consuegro. Pensaba que después de Yenegro, no iba a conocer a un hombre tan malvado en su vida. Tal vez, el que tenía delante se le asemejaba bastante. Iba a pedirle que se rindiera, pero no iba a darle esa oportunidad. No a quien había matado a Iñigo. Atacó directo a su cabeza. Alvar se defendió. Pero el infanzón estaba furioso y golpeó con su espada reiteradamente hasta que el hombre al que se enfrentaba soltó su arma. Se detuvo agotado. Debería matarlo allí mismo. Su instinto se lo pedía. Él no había tenido piedad.

–¡Miguel! –la voz de Álvaro detuvo su último lance–. Todo está controlado. Los atacantes han sido reducidos y esperan la sentencia. Es hora de que Alvar también sepa cuál va a ser la suya.

El de Grez se pasó la mano enguantada por la comisura de los labios. Retiró los restos de sangre y sudor.

–Se os acusa –dijo con voz potente–, de asaltar la residencia de los Almoravid, de matar a hombres y mujeres indiscriminadamente y de raptar a dos personas inocentes. ¿Tenéis algo que decir al respecto?

Alvar reuló. Estaba empezando a ver cuál era la verdadera situación. Aún así, no se iba a rendir tan fácilmente.

–No tenéis ninguna prueba de que estuviera en el asalto ese que mencionáis. En cuanto a lo de raptar, creo que ha habido un malentendido. Dulce es mi hija y dirá que estaba de visita.

–Os equivocáis. Sí que hay un testigo de que estuvisteis en nuestra casa.

Mi tío, Iñigo Almoravid, nos lo ha contado todo y testificará contra vos.

–¡Imposible! –le salió. No podía ser. Él mismo se había asegurado de que Iñigo no hablara. Tenía que estar muerto. Él lo había visto. Estaba muerto.

–En cuanto a vuestra hija, en esta casa hay suficientes testigos que contarán lo sucedido.

Miguel, Álvaro, García, Martín y García Martínez escrutaban cada uno de sus movimientos. El primero se acercó muy despacio e inmovilizó sus brazos. García se adelantó y ató fuertemente sus manos a la espalda para que no pudiera escapar.

–Alvar Martínez, se os acusa de asesinato, de destrucción de bienes ajenos y de raptó. Y por ello, se os condena a morir. La ejecución de la pena se llevará a cabo mañana a la hora prima. Vuestras posesiones servirán para pagar todo aquello que habéis destruido en el palacio Almoravid. Lo que quede, pasará a manos de vuestra hija.

Miguel se dio la vuelta y se fue. Dejó que su hermano se encargara y acudió a ayudar a su hijo. En la pequeña cama donde la había dejado, Dulce seguía muy quieta. Miguel se llevó a su nieto.

–Has sido muy valiente –le dijo por el camino–. Estoy muy orgulloso de ti.

–¿He hecho bien el pez?

–Más parecías una culebrilla.

–¡Abuelo! Sabéis que no me gustan las culebrillas.

–Vamos a traer un poco de agua para tu madre.

–¿Está bien?

–Solo un poco cansada.

Abuelo y nieto regresaron con el líquido. Los junteros ya se habían llevado a Alvar y al resto de los atacantes. Miguel entregó el vaso a su hijo y le informó de que se llevaba a Juan a casa.

Diego se quedó junto a su esposa. De la forma más delicada que pudo, mojó el rostro de Dulce. Esta movió un poco los párpados y, por fin, abrió los ojos.

–¡Ah! ¡Diego!

La abrazó hasta casi hacerle daño. Y luego la besó sin darse cuenta de que ella todavía estaba mareada.

–¿Y Juan? –preguntó, en cuanto recordó todo lo que había vivido en las últimas horas.

–A salvo, con mi padre.



–Llévame a casa, Diego –le pidió sin poder contener las lágrimas. Estaba realmente asustada y terriblemente cansada. El joven la cogió en brazos y bajó por las escaleras. La montó en su caballo y regresaron.

La luz blanquecina del amanecer penetraba sin fuerza por la ventana abierta. Miguel se despertó de su duermevela. Agarró la mano de su esposa, solo para asegurarse de que seguía allí con él. Una lágrima le bailó en las pupilas. Al cerrar los ojos, una gota se vertió sobre su mano. Contempló cómo se fundía con su piel. «Laraine». Se removió en la silla y apoyó su codo sobre su rodilla y la cabeza en su mano. No podía dejar de mirarla. Miguel sabía que sufría y se sentía impotente al no poderle evitar ese padecimiento. Acercó su mano a su rostro. Apenas rozó su frente. Vio su gesto de dolor. Se quejó débilmente. Ni para eso tenía fuerza. Laraine permanecía atada a un sueño inquieto.

La casa estaba sumida en el más absoluto de los silencios, por eso, enseguida percibió el crujido de la escalera. Al poco, García se asomó por la puerta.

–¿Cómo sigue?

–No hay cambios.

–Es la hora. Si deseáis quedaros...

–Lo deseo, sí, pero mi deber es ir. Por Iñigo.

Miguel se despidió con un suave beso. Los dos hermanos bajaron las escaleras. Los junteros ya estaban en el patio. Los hombres que habían participado en el asalto aguardaban maniatados. El infanzón los miró sin disimulo.

–Haced vos los honores –le pidió a García.

Este no se hizo de rogar. Fue hasta la habitación que había servido de prisión para Alvar. Lo miró con desprecio. Aquella noche se habían conocido los dos un poco mejor. Alvar había terminado por confesar todo lo acontecido. No había sido tan difícil como cuando interrogaron a Pere tras la muerte de Fortún. Lo sacó de allí. Este se removió e insultó a los Almoravid, pero García fue implacable. Ya estaban todos. El *buruzagi* dio la orden y la comitiva partió hacia Miluce.

Las calles estaban desiertas, pero se fueron llenando de gentes silenciosas. Alguien golpeó una vez sobre el suelo con su pie. El movimiento se contagió y el sonido se propagó a lo largo del recorrido. Mientras pasaban, el ruido

rítmico anunciaba que los reos caminaban hacia el lugar de su ajusticiamiento: Miluce. Cuando salieron de Pamplona, los vecinos los siguieron.

Miguel cabalgaba a la derecha de Alvar. Miraba al horizonte mientras notaba los movimientos de tensión de su consuegro. «No tenía por qué haber sucedido». Afortunadamente, Dulce y Juan estaban bien. Pero no volverían a ver nunca más a Iñigo. Y, en cuanto a Laraine... Quiso apartar cualquier mal augurio de su mente. Como si se hubiera dado cuenta de su desasosiego, Álvaro se colocó a su lado. Era una suerte contar con su amistad inquebrantable. Mantuvo su mirada al frente.

Llegaron sin novedades. Las sogas ya estaban preparadas. Miguel desmontó y pronunció las acusaciones con voz clara y alta, para que todos las oyeran. Y dictó la sentencia correspondiente. Comenzó por los hombres de armas de Alvar y aquellos que habían participado en el asalto. Diez, en total, más todos los que los Almoravid, con Iñigo a la cabeza, habían logrado reducir durante el asalto.

Pocos instantes pasaban de la hora prima cuando los árboles cercanos al Runa se llenaron de cuerpos pendientes. Alvar fue el último. Ya no quedaban sogas libres, apreció. Tal vez, pensó, al ser noble, se libraría de morir. Miguel se colocó enfrente de él. Le repitió las acusaciones: asalto, robo, destrucción de propiedades ajenas y asesinato de siete personas, incluido don Iñigo Almoravid.

Escupió al oírlo. Ese iba a ser su triunfo. Así que lo había matado. Miguel le había dicho que seguía vivo solo para hacerle confesar. «¡Maldito sea por siempre! ».

—Por todos estos crímenes y vuestras atrocidades, se os condena a morir ahogado.

—¿Ahogado? —preguntó realmente asustado—. ¿Ahogado? —repitió.

Miguel no le hizo caso. Se acercó a su hermano y lo miró directamente a los ojos.

—Os cedo hoy mi puesto de *buruzagi*. Aceptadlo y ejecutad a Alvar.

—Así será —dijo y, abrazándolo, le dio las gracias.

García tomó las riendas y acercó a Alvar a la orilla del río. Este gritó e intentó salir corriendo, pero los junteros no se lo permitieron. Ya sin escapatoria, el noble Almoravid ató las cuerdas, de las que pendían varias piedras de distinto tamaño, al cuello, brazos, piernas y tronco del asesino. No cubría mucho, pero el peso lo mantendría abajo sin posibilidad de salvarse.

Lo introdujeron en el agua. El peso de las piedras lo arrastró y lo dejó tumbado en el fondo.

Miguel no podía dejar de pensar en Laraine. Sintió como si lo llamara. Y mientras contemplaba los esfuerzos de Alvar por librarse, a su mente vino la imagen de su esposa agonizante. Alvar dejó de moverse y unas burbujas diminutas ascendieron a la superficie. Sus ojos miraban a un cielo inalcanzable. Miguel montó y salió a galope tendido hacia Pamplona. Una vez en el palacio Almoravid, desmontó de prisa y subió las escaleras de dos en dos. Abrió la puerta de su habitación y encontró a Laraine agitada y enfebrecida. Su cuerpo se convulsionó.

—¡Laraine! —se echó junto a ella y la abrazó—. Estoy aquí. Estoy aquí.

Se despertó desorientado y entumecido. No sabía cuánto tiempo llevaba en la misma posición. Miró a Laraine. Estaba viva y se la veía más tranquila. Él estaba realmente agotado. Se sentó en la cama y asió la mano de su esposa. Notó un pequeño apretón que le hizo sonreír. Tal vez se lo hubiera inventado, pero era agradable pensar que Laraine sabía que estaba junto a ella.

La llama de la vela tembló. Aunque era de día y había luz, había decidido tener un cirio siempre encendido hasta que se recuperara. Blanca se lo había traído de Santa Cecilia. Rezaría por ella, le había dicho. La zapatera siempre había tenido buen corazón. Se quedó muy quieto, mirando a su esposa.

—¡Maldita sea, Laraine Sybina! Despertad de una vez. No estoy preparado. ¿Me oís? No estoy preparado. Me prometisteis que estaríais aquí para envolver la última de mis caricias y yo aún tengo muchas caricias que daros.

—Nunca aprenderéis —la voz de Laraine sonó muy débil—. Os dije que no creyerais en vaticinios.

—¡Laraine! ¡Gracias al Cielo! ¿Cómo os encontráis?

—Me duele todo, Miguel.

—Descansad, entonces, mi amor. Yo velaré vuestros sueños. Pero si queréis hablar, os prometo ser un buen oyente.

La siciliana lo miró con ternura. Algunas imágenes espeluznantes regresaron a ella. Fue muy consciente de que cuanto recordaba no había sido un mal sueño. Le pesaba todo el cuerpo y le dolía la cabeza. Intentó moverse, pero se arrepintió enseguida porque fue como rebozarse sobre pequeños cristales. Se llevó la mano hacia el vientre, pero Miguel se lo impidió. Al ver su rostro, le preguntó si era muy grave. Él le dijo que lo era, pero no mortal.

Se quedó muy quieta. Notaba frío y calor a la vez. La habitación comenzó a darle vueltas y cerró los ojos.

–Lo siento, Miguel –dijo.

–¿Qué es lo que sentís?

–No ser un hombre, para haber ceñido una espada con la que defender el hogar Almoravid.

–Vos no tuvisteis la culpa. Y sé de buena tinta que os defendisteis con bravura.

–Iñigo... –dejó caer abriendo los ojos. La consternación afloró en el rostro de su esposo. Y comprendió que sus ojos no la habían engañado—. Él me salvó la vida. Hubiera podido con todos. Pero llegó Alvar y lo atacó por la espalda. Y luego lo remató en el suelo. Eso es lo último que recuerdo. ¿Qué ha sido de los demás? Quiero que me cuentes cuanto sucedió, aunque duela.

Miguel la tomó de las manos y le narró los sucesos. Se detuvo al ver cómo las lágrimas resbalaban por su rostro. Pero ella lo animó a continuar. Necesitaba saber cuál había sido el desenlace. Escuchó con atención y sonrió entre las lágrimas acumuladas; feliz por poder ver el rostro de su amado. Poco a poco, sus ojos se cerraron y se quedó tranquila. Miguel no se apartó de su lado.

Oír la voz de Laraine alegró un poco su espíritu abatido. Se quitó un peso de encima, aunque era consciente de que el peligro no había pasado. Todavía se la veía débil y la herida era grave. Se lamentó por no haber estado allí para defenderlos, para evitar a su familia vivir aquella tragedia. Pensó en la trampa que Alvar les había tendido, aprovechando la ausencia de la mayoría de los hombres Almoravid de la casa y apartando a Diego, haciéndole creer que él lo había llamado. Apretó los puños. Estaba dolido, pero había que seguir adelante.

El silencio de la casa le permitió escuchar los crujidos de la escalera. Alguien subía. Miró hacia la puerta. García abrió y entró con vehemencia. Su rostro estaba rígido y serio. Sabía qué venía a continuación. Miguel se levantó. Para bien o para mal, la vida continuaba. Acompañó a su hermano y bajaron el tramo de escaleras que daba al exterior. Allí se cruzaron con Oria, que venía a quedarse con Laraine mientras enterraban a Iñigo.

Miguel se emocionó al ver a todos los que habían venido a acompañarlos: Los Subiza, los Almoravid, los junteros, los vecinos y los amigos. Partieron

hacia la iglesia en un profundo silencio. Los pasos eran lentos. Los muros de las casas devolvían el eco de la tragedia. Depositaron el cuerpo de Iñigo muy cerca de donde descansaría para siempre. Clemencia no pudo contener su llanto. Se arrojó sobre el cadáver de su padre y se abrazó a él. Miguel y García acudieron a su lado y la arroparon, mientras la ceremonia seguía adelante. Miguel miró a su tío antes de que lo devolvieran a la tierra. Quería guardar para siempre el recuerdo de su sonrisa, su generosidad, su disciplina, su intensa mirada Almoravid. El llanto de Clemencia se volvió a escuchar. Miguel la atrajo hacia sí y la envolvió en un cálido abrazo. Se imaginaba lo sola y desamparada que se sentiría. Pero ella también era una Almoravid. Como si hubiera leído sus pensamientos, la joven estiró su espalda, dejó de llorar, se giró y se acercó a su padre. El entierro se detuvo un instante. Colocó una rosa blanca en el pecho de Iñigo. Y se quedó cerca de él hasta que desapareció para siempre.

---

25 Thurayya es el nombre árabe de Clemencia. Significa estrella.

26 Este insulto se utilizaba en la Edad Media. Ver libro *Odiar. Violencia y justicia. (Siglos XIII y XVI)*.

## EL PRIMER INFANZÓN

16 de julio del año de 1220 Tudela

D. Sancho prestó pronto su aquiescencia á la Junta de Obanos y la amparó con su autoridad. No fue creación real, pero debió de parecerle al Rey que alguna necesidad remediaba y la miró con simpatía. No se vislumbra, tampoco, que el Rey recelase, ni menos experimentase de parte de ella, ataques á sus prerrogativas. Hay que tomar nota de una disonancia única. El caballero D. García Martínez de Lerin, declaró de oídas, «que á la postrimera que fincó la Junta á placer del Rey é con su voluntad». Es decir, que según esta declaración, acabó D. Sancho por resignarse, después de un período de oposición y disgusto.

*Datos históricos referentes al Reino de Navarra. Una información acerca de los infanzones de Obanos. Arturo Campión. Original de la Biblioteca de Koldo Mitxelena Kulturunea, Diputación Foral de Gipuzkoa. <http://www.europeana.eu/rights/rr-f/>*

NO SE HABÍA SEPARADO DE SU LADO en las últimas semanas. Por eso, se le hacía extraño estar ahí, en Tudela. Sabía que Laraine se encontraba bien. Ella misma se lo había asegurado antes de partir. Y él había visto sus progresos y sus esfuerzos por recuperarse pronto. Y la había visto sonreír. Había sido una sonrisa triste, porque el alma de todos los Almoravid cargaba con un peso de nostalgia, pero era una sonrisa, al fin y al cabo.

Pasó a la sala. Le extrañó ver solo al rey. Era un día especial aquel 16 de julio. Habían pasado ocho años desde que lucharon en las Navas y, desde entonces, don Sancho siempre celebraba el aniversario con los nobles que lo

habían acompañado.

Miguel se postró y esperó. Don Sancho le pidió que lo acompañara. Se sentaron frente a frente, en una pequeña mesa. El rey se interesó por su esposa y el infanzón, agradecido, le dijo que recuperaba poco a poco la salud y el buen humor. El rey se alegró y así se lo hizo saber.

Alguien tocó en la puerta. Un sirviente pidió permiso para entrar y procedió a encender varias velas. La luz artificial realzó los indicios de viejas batallas que ya formaban parte de la fisonomía de sus rostros. Frente a frente estaban dos hombres curtidos en peligros y luchas; rey y vasallo. Don Sancho elevó su copa y bebió a la salud de Miguel. Este hizo lo propio y apuró la suya. Los dos saborearon largamente el último trago.

–Vuestra majestad, me gustaría pedirlos algo –se atrevió a decir el infanzón.

–¿De qué se trata?

Miguel separó la espalda lentamente de su asiento y se inclinó hacia delante. Una sonrisa iluminó su rostro.

–Reconoced a la Junta y permitid que forme parte de vuestra curia<sup>27</sup>.

La propuesta no pareció impresionar al rey. A esas alturas, los dos hombres se conocían de sobra.

–Los años no merman vuestras ambiciones.

–Dejémoslo en aspiraciones.

Don Sancho se rio con fuerza. Su panza se movió al ritmo de sus carcajadas.

–Vuestras aspiraciones han acarreado más de un disgusto –dijo posando su mirada sobre el anillo de Miguel.

–Y alguna que otra satisfacción, si me lo permitís.

–Hemos sido buenos guerreros.

–¿Hemos? Todavía lo somos, vuestra majestad.

Don Sancho pidió más vino. No esperó a que la copa de Miguel se terminara de rellenar. Le ofreció la suya. Miguel titubeó antes de aceptarla.

–Es un honor, señor.

La mirada de los dos hombres confluyó un largo rato, luego Miguel se centró en la copa, bebió y le pasó el recipiente al rey. El anillo del *buruzagi* refulgió un instante al encontrarse con la luz de la vela cercana. El rey bebió despacio. Últimamente se encontraba torpe. La salud empezaba a pasar factura a ese cuerpo de enormes dimensiones. La compañía de Miguel le trajo a la



mente muchos momentos vividos juntos. Aquel viaje hasta Chipre, y la boda de Berenguela en Limassol, con un pletórico Ricardo Corazón de León. Y su última gran contienda, en el sur de la península, contra el infiel almohade. Don Sancho todavía podía ver los ojos encendidos de Alfonso VIII de Castilla en aquella mañana del 16 de julio de hacía ocho años, mirando a la tienda roja de Miramamolín, y la gallarda figura de Pedro II de Aragón, al ponerse al frente de sus tropas. Ninguno de los dos se contaba ya entre los vivos, como tampoco lo hacían el califa Abu Abd-Allah Muhammad abu Yuqub al-Nasir, ni su amigo Abou el-Djyouch, del que habían tenido noticias de que había muerto en las Navas. Solo quedaban él y el arzobispo Rodrigo Ximénez de Rada. Sancho sorbió un largo trago de su copa. Había momentos para batallar y momentos para saborear las pequeñas victorias. Y tal vez, aquel era uno de esos últimos. Echaba de menos los caminos y las batallas, pero en aquel instante de calma intentó saborear lo que tenía. El reino respiraba un ambiente de paz. Nadie acechaba sus fronteras en esos días y él mismo se había encargado de sanear las finanzas, por lo que los tiempos eran prósperos. El rey clavó su vista en Miguel –búho real, así lo apodaban, recordó–.

–Siempre habéis sido un hueso duro de roer.

–¿Lo haréis, entonces? –insistió.

–Os sancioné como *buruzagi*. No me presionéis ahora con formar parte de las Cortes.

–No osaría hacerlo, señor.

–Si llego a saber la que se me venía encima cuando os di ese anillo...

Miguel suspiró.

–Es tarde para arrepentimientos.

Sancho no apartó la vista del rostro de su invitado. Un rey no tiene amigos, pero tal vez, Miguel fuera lo más parecido a uno que había llegado a tener. La puerta se abrió y un sirviente anunció que los invitados aguardaban.

El de Grez sabía que su tiempo de audiencia se acababa. Sacó un documento doblado de su túnica y lo colocó encima de la mesa.

–Estos son los nombres de todos los junteros y nuestra propuesta.

–Miguel... –le advirtió el monarca–, dejadme disfrutar de la velada.

–De acuerdo.

–Id vos delante. Yo me reuniré enseguida con todos vosotros.

El infanzón se dio por satisfecho. Conocía a Sancho lo suficiente como para saber que si no había dado un no por respuesta, había posibilidades. Se

permitió una sonrisa mientras se levantaba. Desde la puerta, se giró y miró al rey. Él también lo observaba. Era su momento. Ambos lo sabían. El momento de la Junta de Infanzones. La época de aquellos hombres que habían decidido unir sus fuerzas para defender a los más débiles. De todos ellos, el de Grez había sido, sin duda, el primer Infanzón. Tal vez ni él mismo supiera lo que estaba poniendo en marcha cuando se enfrentó a don Yenegro Martínez de Subiza; o tal vez, don Miguel de Grez siempre lo supo, porque sus sueños siempre fueron grandes y jamás tuvo miedo de intentar hacerlos realidad.

*Pro libertate patria, gens libera state.*

Pamplona, 26 de mayo de 2016

---

27 La Junta de Infanzones de Obanos fue llamada a Cortes por primera vez en 1232, cuando Sancho VII las convocó para tratar el asunto sucesorio. En esas Cortes, el rey comunicó el acuerdo de mutuo prohijamiento realizado en 1231 entre él y el rey de Aragón Jaime I, para que heredase el reino del otro aquel que sobreviviera.

## PERSONAJES HISTÓRICOS

MIGUEL DE GREZ: Infanzón; buruzagi o cabo de la Junta de los Infanzones de Obanos. Aunque existió en realidad, se desconoce su vida. Lo que aquí se cuenta sobre él es ficción novelada por la autora.

GARCÍA ALMORAVID: Ricohombre de Navarra. Hijo de Fortún Almoravid.

ÍÑIGO, FORTÚN Y JIMENO ALMORAVID: Ricohombres de Navarra

SANCHO VII EL FUERTE: Rey de Navarra entre 1194 y 1234. El último de la dinastía Jimena. Hijo de Sancho VI el Sabio y de Sancha de Castilla.

MARTÍN GARCEIZ DE EUSA: Sobrejuntero.

GARCÍA MARTÍNEZ DE LERÍN: Sobrejuntero.

GARCÍA JORDÁN E HIJOS: Malhechores ajusticiados por la Junta de Infanzones.

YENEGO MARTÍNEZ DE SUBIZA: Ricohombre del reino. Se cuenta que fue por sus maldades por lo que se crearon las Juntas de los Infanzones de Obanos.

FRANCISCO DE ASÍS: 1181/1182-1226. Santo italiano, fundador de la orden franciscana.

GARCÍA: Abad de Leyre.

LOPE ARCÉIZ DE ARCE: Burusagi de la Junta de Infanzones.

FEDERICO II HOHENSTAUFEN: 1194-1250. Emperador del Sacro Imperio Romano y rey de Sicilia.

PIER DELLA VIGNA: 1190-1249: Secretario y canciller del emperador Federico II. Abu Abd Allah Muhammad ibn Yaqub, al-Nasir: También conocido como Miramamolín en las crónicas cristianas: Califa almohade entre 1199 y 1213.

ABOU YACOUB YOUSSEF AL-MUSTANSIR: Hijo y heredero de Abu Abd-Allah Muhammad abu Yuqub al-Nasir. Califa almohade entre 1213 y 1223.

ABUL'ULÁ: Tío de al-Nasir. Dirigió el ataque que las fuerzas del califa hicieron sobre las costas de Barcelona en 1210.

ABD AL WAHID: Señor de Ifriquiya entre los años 1207 y 1216. Era tío de al-

Nasir, califa de los almohades.

ABOU EL-DJYOUCH: Caíd de al-Nasir. Fue el traductor en la visita que Sancho VII hizo en 1211 al califa almohade según el relato de Roudh el-Kartas.

ELVIRA ZAVIEL: Noble navarra, secuestrada por Ladrón de Guevara.

LADRÓN DE GUEVARA: Noble navarro, descendiente de los Vela de Guevara y Oñate.

JIMENO SÁNCHEZ DE IRIBERRI: Caballero navarro. Pidió ayuda a la Junta de Infanzones a causa del secuestro de su esposa.

JIMENO DE ECHARRI: La Junta de Infanzones actuó contra él tras robar ocho cahíces de trigo en Urdánoz a Sanz de Badostáin.

## PERSONAJES DE FICCIÓN PRINCIPALES

NABILA: Esclava. Última esposa de al-Nasir.

ALEJANDRO DE SALERNO: Primo de Laraine Sybia.

LARAINÉ SYBINA DE SICILIA: Esposa de Miguel de Grez Almoravid.

DIEGO, ROLAND, ISABEL, MAGDALENA Y ETIENNE MIGUÉLEZ ALMORAVID: Del primogénito al menor, hijos de Miguel y de Laraine.

DULCE ÁLVAREZ: Hija de Alvar Martínez y de Godina. Esposa de Diego Migueleiz.

ALVAR MARTÍNEZ: Noble navarro.

CATALINA: Esposa de García Almoravid.

MIGUEL *TYKIA*, ELVIRA, FORTÚN Y JOHAN GARCÍA ALMORAVID: Hijos de García Almoravid y de Catalina.

GUILLAUMES FORTÚNEZ ALMORAVID: Hermano de García. Hijo de Fortún Almoravid y de doña Teresa.

CLEMENCIA/THURAYYA: Hija de Iñigo Almoravid y Badra.

TODA: Sirvienta de los Almoravid.

ÁLVARO YENÉGUEZ: Noble del reino. Amigo de Miguel de Grez. Hijo de Yenego Martínez de Subiza.

MARÍA PÉREZ DE EULATE: Esposa de Álvaro Yenéguez.

MARTÍN, PEDRO Y BERNARD ÁLVAREZ DE SUBIZA: Hijos de Álvaro Yenéguez y de María Pérez de Eulate.

JUAN DE GREZ: Sirviente de los Subiza. Padre de Miguel de Grez, Guiomar, Teresa y Bartolomé.

GUIOMAR DE GREZ: Esposa de Juan. Madre de Miguel de Grez, Guiomar, Teresa y Bartolomé.

BLANCA GARCÉS: Zapatera y beata de Santa Cecilia.

SIMON DE BORDÈU: Ultramontano. Pretendiente de Elvira Almoravid.

ORIA: Sanadora. Casada con Enneco el juglar.

MUHAMMAD IBN ALI: Amigo de Alejandro. Comerciante tunecino.

ABU IBN MUHAMMAD: Hijo de Muhammad ibn Ali.

WILLIAM DE HAMPSHIRE: Caballero sajón, amigo de Roland Migueleiz.

GIOVANNI: Amigo siciliano de Roland.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALTADILL, Julio, *Castillos Medievales de Navarra*. Editorial Maxtor, 2005.
- BALDÓ AKCIZ, Julia y NAUSÍA PIMOULIER, Amaia. Ser mujer (siglos XIII-XVI). Colección Navarra 1212-1512 (número 4). Gobierno de Navarra. Departamento de Cultura, Turismo y Relaciones Institucionales. Caja de Ahorros de Navarra/Banca Cívica. Diario de Navarra. 2012.
- BOUMAZA Bechir, *Ni emires ni ayatollahs: Un conflicto político-cultural y la actualidad de la guerra entre Irak e Irán*, Encuentro Ediciones. 1984.
- CAMPION, Arturo, *Datos históricos referentes al Reino de Nabarra, Una información acerca de los Infanzones de Obanos*, 1892. Euskal-Erria: revista bascongada San Sebastián T. 27 (2 sem. 1892) p. 353-357, 417-422, 464-471 (KM) 178876. Original de la Biblioteca de Koldo Mitxelena Kulturunea, Diputación Foral de Gipuzkoa.
- CANSINOS ASSENS, Rafael, *Mahoma y el Korán*, Arca Ediciones. Diciembre 2011.
- CARRASCO PÉREZ, Juan, *Historia Ilustrada de Navarra. Época Antigua y Media*, Diario de Navarra.
- CASPÍSTEGUI GORASURRETA, Francisco Javier y LARRAZA MICHELTORENA, María del Mar, *Recordar 1212/1512*. Colección Navarra 1212-1512 (número 9). Gobierno de Navarra. Departamento de Cultura, Turismo y Relaciones Institucionales. Caja de Ahorros de Navarra/Banca Cívica. Diario de Navarra. 2012.
- DE MORET, José y DE ALESÓN, Francisco, *Annales del Reyno de Navarra. Vol. 2*, por Bernardo de Huarte, impresor de la muy Noble y muy Leal Provincia de Guipúzcoa. 1695.
- DEL CAMPO JESÚS, Luis, *Sancho el Fuerte de Navarra*, La Acción social, 1960.



- DOSSINAGUE, José M., *La Guerra de la Navarrería*.
- EL-KARTAS, Roudh, *Histoire des souverains du Magreb, et annales de la ville de Fès*. Tradui de l'Arabe par A. Beaumier. MDCCLX. Digitalizado por Internet Archive in 2009 with funding from University of Ottawa.
- FORTÚN PÉREZ DE CIRIZA, Luis Javier, *Reyes de Navarra. Sancho VII el Fuerte (1194-1234)*, Editorial Mintzoa, 1987.
- FUNDACIÓN EL LEGADO ANDALUSÍ. *Itinerario cultural de Almorávides y Almohades: Magreb y Península Ibérica*. Editado por la Junta de Andalucía/Consejería de Cultura, 1999
- GARCÍA ARANCÓN, M<sup>a</sup> Raquel, *La Junta de los Infanzones de Obanos hasta 1281*, Institución Príncipe de Viana, Gobierno de Navarra, 1984.
- GAUDEFROY-DEMOMBYNES, Maurice, *Mahoma*, Akal Universitara, Éditios Albin Michel, París. 1957 y 1969.
- JIMENO JURÍA, José María, *Colección documental de Sancho VII el Fuerte. 1194–1234*. Archivo General de Navarra, Ediciones Pamiela, 2008.
- PATIÑO PUENTE, José Vicente, *El mueble en la Edad Media*. Revista de Claseshistoria. Artículo nº 173.
- PEÑA MARTÍN, Salvador, *Hermenéutica y gramática bajo los almohades: Ibn Jaruf y los testimonios tardíos*. Universidad de Málaga.
- PÉREZ DE LABORDA Y PÉREZ DE RADA, Alberto, *La villa de Obanos, de los Infanzones al Misterio*, Ediciones Eunat, Pamplona 2008.
- SÁNCHEZ DONCEL, Gregorio, *San Francisco de Asís en España y en Alcocer (Guadalajara)*. Wad-al-Hayara: Revista de estudios de Guadalajara. Nº 11, 1984, págs. 227-238.
- VAQUERO, Eloísa y ÁLVAREZ URCELAY, Milagros, *Historia de Navarra. Vol. I Desde la prehistoria hasta 1234*, Ediciones EH Herper, Pamplona, 1989.

## ALGUNAS REFERENCIAS HISTÓRICAS

### **La muerte de Abu Abd-Allah Muhammad ibn Yaqub al-Nasir (Miramamolín)**

Tras la derrota en la Batalla de las Navas de Tolosa, Abu Abd Allah Muhammad ibn Yaqub, conocido como al-Nasir o Miramamolín, se retiró a Sevilla y después a su palacio de Marrakech donde nombró heredero a su hijo Abou Yacoub Youssef, apodado al-Mustansir. Murió a los pocos días (25 de diciembre de 1213) de manera prematura sin que se sepa la causa exacta. Existen varias versiones sobre su muerte: Según Mu'yib, el califa habría muerto debido a una apoplejía provocada por un tumor cerebral. El Rawad al-mi'tar y al-Zarqasí afirman que al-Nasir murió por la mordedura de un perro. Ibn Jallikán recrea una situación algo fantásica en la que afirma que al-Nasir fue muerto por su propia guardia negra. Según él, el propio califa habría dado la orden a sus negros de que mataran a todo aquel que anduviese por los jardines de palacio una vez echada la noche. Para comprobar que se cumplía su palabra, el propio califa habría ido a los jardines, momento en que su guardia negra habría caído sobre él y lo habría lanceado hasta la muerte. Por su parte, Routh el-Kartas escribe en su crónica que al-Nasir fue envenenado por una de sus mujeres. Es esta última versión la que yo he seguido para reconstruir la trama de esta novela.

### **San Francisco de Asís y el camino de Santiago**

San Francisco de Asís recorrió el camino de Santiago y fundó algunos monasterios durante su estancia en tierras hispanas. No se sabe con exactitud las fechas de su peregrinación, pero diversas fuentes la sitúan entre la Pascua de 1213 y noviembre de 1215, cuando contaría 31 o 32 años. Lo más probable

es que entrara por el camino aragonés y llegara a Rocaforte (Sangüesa), localidad en la que fundaría el primer convento franciscano en España (tal vez a su regreso de Santiago). La tradición lo sitúa en esta población navarra hacia 1213. Le acompañaron en su viaje fray Bernardo de Quintavalle y otros frailes. En sus predicaciones, exhortaban a los fieles con el saludo: ¡El Señor os dé la paz!

### **Las acciones acometidas por las Juntas de los Infanzones de Obanos**

Los relatos referidos al ahorcamiento de García Jordán y de sus hijos por el robo de un buey y la destrucción de los palacios de Jimeno de Echarri en Izu, Muniáin y Vidaurre por el robo de ocho cahices de trigo están recreados a partir de los testimonios recogidos sobre la actuación de las Juntas de los Infanzones en el año 1281. Tanto M<sup>a</sup> Raquel García Arancón, como Arturo Campion se refieren a ellos en sus estudios sobre las Juntas de los Infanzones de Obanos (ver bibliografía). Durante el reinado de Juana y de Felipe el Hermoso, en el año 1281, se le encargó al gobernador francés Guerin d'Ampleplieux un estudio sobre la confederación de los nobles que solía reunirse en Obanos. Y a ello se aplicaron hombres y esfuerzos para recoger testimonios sobre sus actuaciones. Para los reyes, la existencia de estas Juntas parecía suponer un obstáculo frente a su poder.

Durante el reinado de Sancho VII el Fuerte, según se recoge en los mencionados testimonios, los Junteros llevaron a cabo, entre otras, estas acciones que se han recreado en la novela:

«Un ladrón, llamado García Jurdan, ayudado de sus hijos, robó un buey en Oreribie (Ororbía) y los ahorcaron a la cabeza del puente de Iza.

D. Semen de Harri, Sarri ó Echarri robó ocho cahices de trigo en Urdánóz á Sanz de Badostain y levantóse D. Lope Arceyz con toda la Junta y le destruyeron los palacios de Izu. Entonces derribaron además, los palacios de Muniain y entraron en los de Bidaurre tirando lanzadas y Saetas.

Rapto de Elvira Zaviel por don Ladrón de Guevara, castigado por la Junta, aunque no consta cómo».

### **Sobre Pier della Vigna**

Pier della Vigna (1190-1249), nacido en Capua, estudió derecho en Boloña. Se ganó el favor de Federico II Hohenstaufen, quien lo nombró su canciller y secretario. Acusado (al parecer falsamente) de lesa majestad, fue

encarcelado y acabó suicidándose. Aparece mencionado en *La divina comedia* de Dante (58-60, XIII, Inferno) entre los suicidas:

Yo soy aquel que tuvo las dos llaves del corazón de Federico,

Y que las giré abriendo y cerrando tan suave.

Se le considera como uno de los exponentes de la prosa latina medieval. Es autor de un epistolario (l'Epistoralio latino) y, de al menos dos canciones y un soneto en lengua vulgar. En esta novela está reproducido el soneto titulado *Però ch'amore non si pò vedere*. Lo he recogido de estas páginas:

<http://balbruno.altervista.org/index-828.html>

y

<http://www.inftub.com/italiano/LA-SCUOLA-SICILIANA-LE-ORIGINI95531.php>

### **Enfrentamientos entre los burgos de Pamplona**

Al regresar el rey Sancho el Fuerte de la batalla de las Navas de Tolosa se encontró con que, en su ausencia, se habían producido enfrentamientos en la ciudad. Recoge este hecho José M. Doussinague en su estudio sobre La Guerra de la Navarrería, mencionando a Esteban de Garibay como fuente. En este mencionado estudio se puede leer que «los disturbios se ocasionaron entre los del burgo de San Cernin, por un lado, y los de la Navarrería y el burgo de San Miguel, de otro, por causa de unas mozas que riñeron con otras». El obispo don Aspárago intercedió ante el rey y este convocó a los jurados de la Navarrería, San Cernin, San Miguel y San Nicolás para proporcionar una paz duradera (14 de abril de 1213). Según cuenta Doussinague, «se establecieron penas para los que mataran a alguna persona de los otros barrios. El asesino no podía acogerse a ninguna iglesia, salvo a la catedral de Santa María, ni al palacio del rey, ni del obispo, ni a casa de ningún infanzón de Pamplona; que las heridas hechas con palo o piedra se paguen a 500 sueldos y si han sido hechas con el puño o tirando de los cabellos, 60; que si no hubiese muerte ni herida, naciendo enemistad que dure una noche o un día, ninguno de los interesados haga daño al otro hasta que le desafíe delante de ocho hombres honrados, dos por cada una de las cuatro partes de que se compone la ciudad y hasta que pasen diez días después del hecho el desafío, teniéndole por traidor en caso contrario; y que ninguno de los barrios echara a otro fuego maliciosamente. Juraron los doce jurados que regían cada uno de los concejos, debiendo someterse a dicho compromiso durante veinte años». Al año siguiente, 1214, puesto que las rencillas seguían sin poder llegar a término, el

rey Sancho VII prohibió cualquier fortificación entre los burgos.

# ÍNDICE

El regreso de un esclavo

El paso de un santo

La sombra de los almohades

La carta que Miguel nunca debió encontrar

Las marcas de la muerte

Oscuros presentimientos

El repudio

Buruzagi

El rapto

El primer infanzón

Personajes históricos

Personajes de ficción principales

Bibliografía

Algunas referencias históricas